

30.6-10

GERMAN BERDIALES y PEDRO INCHAUSPE

TIERRA VIRGEN

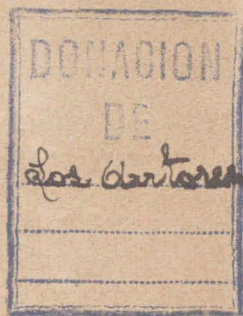
METODO GRADUAL DE LECTURA

100 Lecturas en 133 Lecciones arregladas
para los niños de Quinto y Sexto Grados

SENTIMIENTOS - CARACTERES - HEROISMO - HISTORIA
GEOGRAFIA - ANIMALES - TEORIAS CIENTIFICAS - HUMORISMO

Aprobado por el H. C. N. de Educación

PRIMERA EDICION



1933

133X190

Editorial A. KAPELUSZ & Cía. — Bmé. Mitre 1242-48 — Buenos Aires

*Resignémonos a marchar humildemente
detrás de los sabios, para poder marchar
algún día en su compañía o delante.*

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL.

*Queda hecho el depósito que
marcan las leyes 7092 y 9510.*

El alma se ensancha tanto más cuanto más se llena. — MONTAIGNE.

No debe permitirse que los niños aprendan nada que no sea excelente. Hay que escoger. Existen en los libros partes que sólo sirven para ser leídas, y otras que conviene aprender. Esta advertencia tiene mayor importancia de lo que aparenta, porque lo que se aprende de memoria se imprime en nosotros y es como un molde para el pensamiento, de manera que, si sólo se poseen moldes perfectos, necesariamente la expresión será noble y elevada. — NICOLE.

En nuestra escuela hemos asistido a varias reuniones de recitación voluntaria y pudimos comprobar un progreso efectivo en la manera de decir. Es cierto que nuestros discípulos no llegaron a presentarse con pleno dominio de sus partes escénicas ni a matizar la expresión oral, pero advirtieron que para decir bien hay que comprender lo que se recita. Además enriquecieron su espíritu cultivando pensamientos dignos y hermosos, expresiones escogidas, formas puras. — BERNIER.

Leer bien una obra teatral y representarla bien, son cosas muy diferentes. El actor no tiene que representar más que un solo papel; el lector los representa todos.

He aquí una anécdota del dramaturgo Victoriano Sardou: Habiendo leído admirablemente una de sus comedias, el éxito fué inmenso. Al iniciarse los ensayos, la eminente actriz encargada del papel principal, reprodujo fonográficamente, todas las entonaciones que empleara el autor.

—No es eso, -- gritó Sardou, -- no es eso precisamente.

—¡Pero, señor, así lo leyó usted!

—No digo que no; pero leer y representar no es lo mismo.

Leer en un salón como si se representase, es un medio seguro de desagradar a los oyentes. — LEGOUVÉ.

PRÓLOGO

Nuestros niños, y los adolescentes en mayor medida aún, aman el dinamismo que es la esencia y la característica de estos tiempos.

Entendiéndolo así, hemos procurado satisfacer a los que cursan Quinto y Sexto grados, entregándoles este libro dinámico y objetivo que constituye un Método Gradual de Lectura.

Todos los textos — con raras excepciones, — han sido cuidadosamente adaptados, refundidos, armonizados podríamos decir, ampliándolos o resumiéndolos, según los casos, para asegurar y facilitar su comprensión.

Se han graduado rigurosamente las dificultades para regular la administración metódica del esfuerzo; debe, pues, respetarse el orden que hemos adoptado.

Las necesidades de las otras asignaturas y las del calendario escolar deben atenderse sin alterar la disposición lógica de las lecciones, o, a lo sumo, utilizando el material a título ilustrativo solamente, porque, de otro modo, se resentirán la armonía y la eficacia de la serie.

Este Método Gradual de Lectura puede aplicarse indistintamente en los dos últimos grados de la instrucción primaria, porque, al espigar en el enorme acervo de las bellas letras y de la bibliografía científica de todos los tiempos y de todos los países, seleccionamos los textos consultando la edad y cultura medias de los alumnos de ambos grados, y los escalonamos paralelamente a los progresos del curso escolar.

G. B. y P. I.

INDICE ALFABÉTICO DE AUTORES

- Abella Caprile, Margarita.
Alexander, Boyd.
Almafuerte, (Pedro B. Palacios).
Alvarez Quintero, S. y J.
Allende, Vicente.
Ameghino, Florentino.
Amicis, Edmundo de.
Amundsen, Roald.
Avellaneda, Nicolás.
- Baroja, Pío.
Benavente, Jacinto.
Berdiales, Germán.
Bernárdez, Manuel.
Blasco, Eusebio.
Bunge, Carlos Octavio.
- Campo, Estanislao del.
Cárcano, Ramón J.
Cervantes, Miguel de.
Charcot, Juan.
- Daudet, Alfonso.
Dicenta, Joaquín.
Dostoiewski, Amada.
- Echeverría, Esteban.
Esopo.
Espina, Concha.
Estrella Gutiérrez, Fermín.
- Fabre, Juan Enrique.
Fernández-Flórez, Wenceslao.
Fernández Moreno, Baldomero.
Flammarión, Camilo.
Ford, Henry.
- Gómez Carrillo, Enrique.
González, Joaquín V.
Graff, F. W. Up. de.
Groussac, Paul.
Guimerá, Angel.
- Hudson, Guillermo Enrique.
- Ibarguren, Carlos.
Inchauspe, Pedro.
Isla, José Francisco de.
Jiménez, Juan Ramón.
- La Bruyère, Juan de.
Lagerlof, Selma.
Lasserre, Enrique.
Legouvé, Ernesto.
Linares Rivas, Manuel.
López, Vicente Fidel.
Ludwig, Emil.
Lugones, Leopoldo.
Lynch, Benito.
- Maeterlink, Mauricio.
Mansilla, Lucio V.
Mitre, Bartolomé.
Molière.
Morales, Ernesto.
- Nervo, Amado.
- Obligado, Rafael.
- Palacio Valdés, Armando.
Palcos, Alberto.
Pellegrini, Carlos.
Pereda, José María.
Plutarco.
- Quesada, Ernesto.
Quiroga, Horacio.
- Ramón y Cajal, Santiago.
Raspe, Rodolfo Erich.
Robertson, Guillermo.
Rolland, Romain.
Rousseau, Juan Jacobo.
Rusiñol, Santiago.
- Sáenz (h.), Justo P.
Sarmiento, Domingo Faustino.
Shakespeare, Guillermo.
Sienkiewicz, Enrique.
- Thiers, Luis Adolfo.
Todouze, Jorge.
- Vicuña Makenna, Benjamín.
- Wagner, Carlos.
Wallace, Luis.

¡LOS CUENTOS SON CUENTOS!

POR CARLOS OCTAVIO BUNGE.
Escritor. Argentino. Contemporáneo.

Cuando yo era pequeño, mi pasión eran los cuentos. Prefiriéndolos a los juguetes, a los dulces, a los mismos paseos, me gustaban los de todos los géneros. Los de hadas o fantásticos me cautivaban; los realistas, de hombres y mujeres, como siempre había en ellos robos, incendios, asesinatos, me conmovían y arrancaban dulces lágrimas; los de animales — sobre todo el de Cochanchito, aquel lechoncito tan mal educado — me hacían reír hasta desternillarme . . .

Por la noche, por la mañana, por la tarde, el día entero pedía que me contaran cuentos y más cuentos, a mi abuela, a mi madre, a las criadas, a todo el mundo. Apenas concluyera uno, suplicaba: “¡Otro, otro cuento!” Agotado su repertorio, mi abuela se defendía: Ya no sabía más; todos me los había contado . . .

—“¡No importa, cuéntame alguno de nuevo! . . . ¡Cuéntame otra vez el de la Cenicienta!”

Harta de repetirse, arreglaba mi abuela en ocasiones, con ligeras variantes, los mismos cuentos. Pero yo, amante de la corrección y de la exactitud, corregíala en tales casos: “Eso es el cuento de Alibabá con otros nombres y mal contado. ¡Cuéntamelo bien, abuelita, y con los nombres verdaderos!” No había, pues, más escapatoria que relatarme el cuento como lo pedía, sin variar ni suprimir detalle.

Terminada una historia, sobre todo cuando la narrara mi madre, era yo aficionadísimo a improvisarle una conti-

nuación extravagante. . . “Y sucedió, decía ella, que se casó la Bella Durmiente con el Príncipe Amable. Fueron muy felices, tuvieron muchos hijos, y, si no han muerto, viven aún.” En el mismo tono, continuaba yo: “Y así fué como la Bella Durmiente en el Bosque se casó con el Príncipe Amable, y tuvieron dos hijos. El mayor era lindo como el sol y bueno como Dios; el segundo era malo como el Diablo y picado de viruelas. . .”

Siendo yo el primogénito, eso olía a inmodestia, y mi madre me corregía la plana: “El hijo segundo era lindo como el sol y muy bueno; pero no como Dios, porque nadie puede serlo tanto. En cambio, el hijo mayor era bastante malito y picado de viruelas, pues, no se había dejado vacunar. . .” Al oírla, estallaba mi indignación: “¡Yo me he dejado vacunar!” Y mi madre concluía sonriendo: “¡Ton-tuelo! ¿Acaso me refiero a ti? ¿No estábamos en que todo era cuento?”

Mis cuentos eran siempre abominables. Sin el menor sentido artístico, mezclaba lo sublime y lo grotesco: “Había una vez una señora, — decía —, que estaba haciendo dulce de guinda. Su hijito metió la mano en la olla, sacó un puñado de dulce, y se lo tragó, caliente y con los carozos. Como se iba a enfermar, la madre se enojó tanto, que le pegó en la cara con el cucharón que le servía para revolver el dulce, y le sacó un ojo. El ojo del hijito cayó en la olla, y la madre, sin fijarse, siguió revolviendo, revolviendo. . . Cuando estuvo el dulce a punto, sirvió un poco en un platito y se lo llevó a la abuela del niño, para que lo probara. La abuela, que se estaba cortando un vestido con una tijera grandísima, fué a probar el dulce, y se encontró con el ojo del nieto entre las guindas; lo conoció porque era más claro. Furiosa entonces con la madre, para castigarla por lo que había hecho, con su tijera grandísima le cortó las dos orejas. . .”

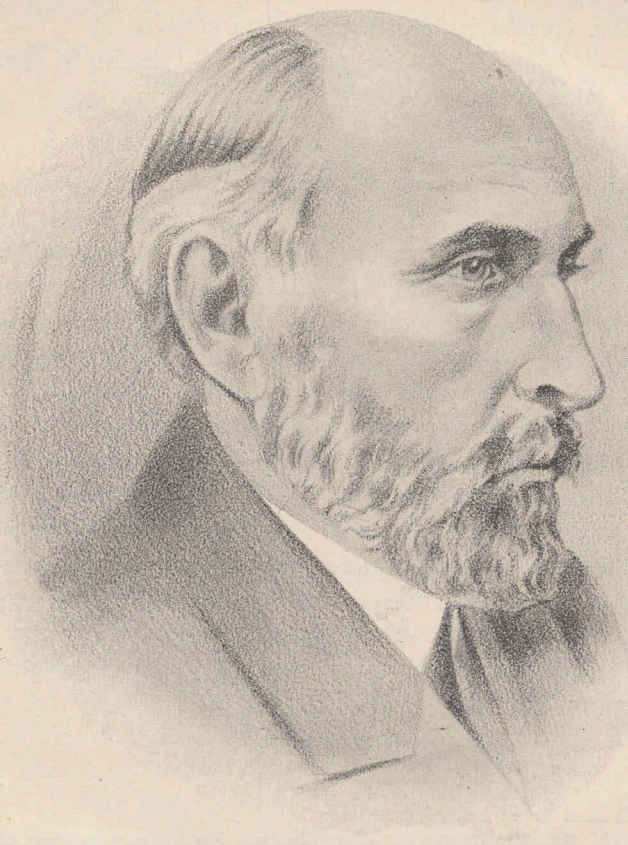
Mi madre desaprobaba. Yo no debía decir tales disparates. Ninguna señora en el mundo, sacaba los ojos a los hijos chicos o cortaba las orejas a las hijas grandes. . . .

—“¡Tontuela! — exclamaba yo. — ¿Acaso lo digo por ti? ¡Los cuentos son cuentos!”

EJ. DE LECTURA: Leer toda la lección en tercera persona.

EJ. DE LENGUAJE: Redactar un cuento cómico imitando el del final de la lectura.

PALABRAS Y GIROS: *Cautivar*: atraer. — *Cuentos realistas*: cuentos que imitan la vida natural. — *Desternillarse*: reírse a más no poder. — *Agotado su repertorio*: narrados cuantos cuentos sabía. — *Primogénito*: el hijo que nació primero. — *Abominable*: indigno. — *Sublime*: digno de admiración. — *Grotesco*: ridículo. — *Desaprobar*: no aceptar.



SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

Sabio médico e histólogo español contemporáneo. Nació en 1851. En 1906 le fué concedido el premio Nobel de Fisiología y Medicina. Recomendamos la lectura de su libro "La infancia de Ramón y Cajal contada por él mismo".

MIS PADRES

POR SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL.
Histólogo. Español. Contemporáneo.

Fué mi padre un hombre de carácter enérgico, extraordinariamente trabajador, lleno de nobles ambiciones. Apesadumbrado, en los primeros años en que ejerció su profesión de cirujano, por no haber podido, por falta de recursos, acabar sus estudios médicos, resolvió, cuando ya tenía familia, economizar, a costa de grandes privaciones, a fin de reunir lo necesario para terminar su carrera, lo que consiguió cuando yo tenía cerca de seis años.

Era mi madre, según cuentan los que la conocían de joven, hermosa y robusta montañesa, nacida y criada en la aldea de Larrés, próxima a Jaca, camino de Panticosa. Habíanse conocido de niños (pues mi padre era también de Larrés), simpatizaron e intimaron de mozos, y casáronse después cuando tuvieron medios para vivir modestamente.

De la belleza de mi madre, que yo aun recuerdo, y de su excelente carácter, ni un solo rasgo se transmitió a los cuatro hermanos, que nos parecemos, en lo físico y en lo moral, a nuestro padre.

Pero no debo quejarme de parecerme a él, pues era una mentalidad vigorosa, con excelentes cualidades. Con su sangre me legó prendas de carácter a que debo todo lo que soy, la fe en la voluntad y en el trabajo, y la confianza en el valor del esfuerzo perseverante.

Para demostrar la energía de voluntad de mi padre, recordaré brevemente su historia: Hijo de modestos labradores,

dejó desde muy niño la casa paterna y entró a servir como ayudante de cierto cirujano de aldea. Aprendió allí el oficio de barbero y sangrador, pasando con su amo ocho o diez años. Las brillantes curas que éste hacía, la lectura constante de cuantos libros de cirugía encontraba, la asistencia y cuidado de numerosos enfermos despertaron en mi padre vocación decidida para la carrera de médico.

Resuelto a salir de su estrecha condición, cierto día, cuando tenía veintidós años, sorprendió a su amo pidiéndole los sueldos que le había ido acumulando. Empezó a pie el viaje a Barcelona, y, después de privaciones y penalidades, encontró cierta peluquería, cuyo dueño le permitió asistir a clase y empezar la carrera de cirujano.

A costa de una absoluta carencia de vicios y con un régimen de economía que asombra, sin más que su salario y los gajes de su oficio, logró mi padre el diploma de cirujano con nota de sobresaliente en todas las asignaturas, habiendo sido modelo de aplicación y de formalidad. Años después, casado ya, padre de cuatro hijos, logró dar cima a su ideal graduándose de doctor en Medicina.

Cuento estos sucesos de la biografía de mi padre porque, además de ser honrosísimos para él, me parecen antecedentes necesarios de mi historia. Es indudable que las ideas y ejemplos del padre influyen, de una manera poderosa, en la educación de los hijos y en sus gustos e inclinaciones.

EJ. DE LENGUAJE: Composición: Mis padres.

PALABRAS Y GIROS: *Privaciones*: sacrificios. — *Legó*: dejó en herencia. — *Se transmitió*: fué heredado. — *Barbero y sangrador*: que afeitaba y hacía sangrías. — *Carencia*: falta. — *Salario*: sueldo. — *Gajes de su oficio*: ganancias aparte del sueldo, obsequios, propinas. — *Asignaturas*: materias. — *Graduándose*: obteniendo el diploma. — *Antecedentes*: datos, noticias. — *Histólogo*: el que estudia los tejidos del cuerpo humano.

EN LAS CALLES DE LONDRES

POR MARGARITA ABELLA CAPRILE.

Poetisa. Argentina. Contemporánea.

En Londres (lo mismo sucede en París), los vendedores de diarios no están casi nunca cerca de su mercancía. Dejan en plena calle, durante muchas horas del día y de la noche, el montón de periódicos sobre el mostrador sin nadie para cuidarlos. Junto al paquete colocan una pequeña caja para el dinero, confiada también a la custodia del público. En ella cada comprador deposita su moneda, después de elegir un ejemplar de su diario habitual, tomando honradamente el cambio y dejando el billete cuando es necesario.

Se ven también a menudo en las anchas baldosas de las aceras londinenses, dibujos más o menos bien realizados, hechos con tizas de colores. Al lado de ellos, en el suelo, el artista ausente deja, antes de partir, su gorra con un papel escrito que dice: "No tengo trabajo. Es todo lo que puedo hacer." Los viandantes dejan caer en ella chelines y peniques, y nadie la toca hasta que el dueño vuelve a recogerla.

Seremos civilizados el día en que algo análogo pueda ocurrir entre nosotros.

Habíamos dejado el automóvil frente a la puerta de un teatro. Al final de la función fuimos en su busca. Una tarjeta de visita, colocada contra el vidrio, nos llamó la atención. Daba el nombre y la dirección de un señor que vivía en los alrededores de Cambridge y decía así:

“Al pasar en mi automóvil por esta calle, he rozado involuntariamente el guardabarros del coche de ustedes. Aquí dejo mis señas para que me hagan saber cuándo puedo hacerlo reparar.” Examinamos el automóvil. En un guardabarros faltaba, efectivamente, un centímetro cuadrado de pintura.

Sin comentario.

Una prueba del lirismo inglés: En una ocasión recibí una tarjeta que me nombraba miembro de una Sociedad Protectora de Animales. No había que pagar ninguna cotización. (No sé quién correría con los gastos de impresión de las tarjetas.) Como socia de tal agrupación me comprometía, únicamente, a no aplaudir jamás un espectáculo en el cual interviniesen animales amaestrados, y a buscar adeptos que simpatizasen con la idea.

Por cierto que cumplí, y cumplo con mi obligación.

PALABRAS Y GIROS: *Custodia*: cuidado. — *Viandantes*: transeúntes, los que pasan. — *Chelines y peniques*: monedas inglesas. — *Andlogo*: semejante, igual. — *Reparar*: arreglar. — *Lirismo*: idealismo, bondad elevada. — *Cotización*: contribución, aporte, cuota. — *Adeptos*: partidarios, simpatizantes.

UN GRAN ESCRITOR RUSO RETRATADO POR SU HIJA

POR AMADA DOSTOIEWSKI.
Escritora, Rusa. Contemporánea.

Mi padre llevaba una vida muy retirada. Rara vez concurría a reuniones sociales; su placer era pasearse a lo largo del río, por lugares apartados. Tomaba siempre el mismo camino y lo recorría con la cabeza baja, pensativo.

Como paseaba siempre a la misma hora, los mendigos le salían al encuentro, seguros de recibir una limosna. Entregado por entero a sus pensamientos, distribuía su dinero maquinalmente, sin advertir que daba siempre a las mismas personas. Mi madre sí observaba las pequeñas trampas de los mendigos, y se reía de las distracciones de su marido.

Como ella era mucho más joven que él, algunas veces se divertía a su costa, haciéndolo víctima de inocentes bromas. Así, una tarde de otoño en que papá regresaba de su paseo habitual, mi madre se echó a la cabeza un trapo negro, me tomó de la mano, y, juntas, fuimos a su encuentro. Cuando estuvimos próximas a él, mamá le dijo con voz lastimera:

—¡Tenga piedad de mí, buen señor!... ¡Mi marido está enfermo y mis hijos tienen hambre!

Dostoiewski se detuvo, miró a mi madre y le dió una limosna. Al tiempo de recibirla, ella rompió a reír, y él se puso furioso:

—¿Cómo has podido hacerme esta jugarreta delante de nuestra hija? . . . — le decía amargamente.

La continua distracción, tan frecuente en sabios y escri-

tores, era característica en mi padre y le fastidiaba mucho, por parecerle ridícula y humillante. El deseaba ardientemente ser como todo el mundo, pero, ¡ay, le es tan difícil a un hombre de gran talento proceder como las personas vulgares!

Dostoiewski no ha podido vivir nunca como los otros hombres; toda su vida la pasó soñando, leyendo, admirando la naturaleza, mientras el resto de la humanidad reía, lloraba, jugaba, corría y se divertía en masa.

EJ. DE LECTURA: Leer en tiempo presente el 1º y 2º párrafos.

EJ. DE LENGUAJE: Aplicación de refranes.

PALABRAS Y GIROS: *Vida retirada*: vida solitaria. — *Maquinalmente*: como una máquina, sin pensarlo. — *Paseo habitual*: paseo acostumbrado. — *Jugarreta*: broma desagradable. — *Característica*: lo que lo distingue de los demás. — *Deseaba ardientemente*: deseaba con toda su alma. — *Personas vulgares*: la gente común, los que no se distinguen.

EL DISTRAÍDO

POR JUAN DE LA BRUYERE.
Moralista. Francés. Siglo XVII.

Menalco baja la escalera de su casa, abre la puerta para salir, pero vuelve a cerrarla al observar que tiene puesto el gorro de dormir y que sólo se ha afeitado a medias; y, luego, mirándose atentamente, repara en que lleva el espadín del lado derecho, que las medias se le doblan sobre los zapatos y que se ha puesto la camisa encima de los pantalones.

Siempre está buscando algo, todo lo pierde, nunca sabe dónde ha dejado las cosas de más frecuente o necesario uso, y les grita a sus criados:

—¡Esto es un desorden, todo me lo perdéis, no podemos continuar así!

Algunas veces, paseando por la ciudad, cree haberse perdido y, cuando interroga a los transeúntes, descubre que se encuentra en su misma calle. Le ha ocurrido, más de una vez, entrar en su propia casa y salir en seguida, precipitadamente, creyendo haberse equivocado.

Una vez fué a visitar a una señora, y a los pocos minutos se figuró que era él quien recibía la visita; arrellanóse, pues, en un sillón, como quien no piensa retirarse, pero, empezando a cansarle tan prolongada charla y sintiendo ya apetito, concluyó convidando a la dueña de casa a pasar al comedor. Se rió ella, y entonces advirtió Menalco su equivocación.

Cuando se casó, fué por la mañana, y lo olvidó por la tarde, tan completamente, que pasó la noche fuera de su casa; algunos años más tarde se quedó viudo; su esposa murió

en sus brazos y él asistió a su entierro, pero, al día siguiente, cuando le avisaron que el almuerzo estaba servido, contestó muy fresco:

—Avisen a la señora . . .

Perdió una vez al juego todo el dinero que llevaba encima y, como quería seguir jugando, entró en su despacho, sacó del armario un cofrecillo, tomó de él lo que necesitaba, y, cuando cerró el mueble, oyó ladridos adentro; sorprendido, abrió nuevamente, y no pudo menos de reírse, pues había encerrado al perro en vez de guardar el cofre.

Juega a los dados y, como tiene sed, pide algo para beber; le traen un vaso, y cuando le toca jugar, se lleva los dados a la boca y derrama el líquido en la mesa, bañando de esta manera a sus amigos.

En los banquetes, se apodera del pan o de los cubiertos de sus vecinos, y se le ha visto distraerse hasta el punto de servirse la sopa con el tenedor.

Nunca sabe con quién habla, pues su pensamiento está siempre en otra parte; por eso llama "señor" a su criado, "reverendo padre" al Rey, y "vuestra alteza" a un sacerdote.

Por último, si un juez le pregunta algo, le contesta con absoluta seriedad:

—Sí, señorita . . .

EJ. DE LECTURA: Leer en tiempo pasado el primer párrafo.

EJ. DE LENGUAJE: Aplicación de refranes.

PALABRAS Y GIROS: *Reparar*: advertir una cosa. — *Transeúnte*: persona que pasa por un lugar. — *Arrellanarse*: sentarse con toda comodidad. — *Contestó muy fresco*: contestó muy tranquilo. — *Cofre*: caja para guardar con seguridad dinero y otros valores.

EL CARDENAL

I.—LA FUGA.

POR GUILLERMO ENRIQUE HUDSON.

Escritor y naturalista. Argentino. Contemporáneo.

El cardenal había recibido una lección que no olvidaría, no sacudiría más los alambres de su jaula, ni desearía nuevamente la libertad. Eso imaginaba yo. Pero estaba equivocado. Desde entonces la índole del pájaro cambió: siempre en impaciente desazón, revoloteaba de un lado a otro, piando fuerte, pero sin cantar nunca, ni siquiera una nota; la alegría que antes le hizo cantar tan maravillosamente, se había extinguido. Y siempre después de saltar un rato, volvía al alambre que aflojara y doblara, al punto débil, reparado ya, para tironearlo y sacudirlo. Por último, con gran sorpresa mía, consiguió en efecto torcer el mismo alambre y escaparse. Y otra vez fuí a buscarlo jaula en mano, pero cuando lo encontré se resistió a la tentación. Lo dejé por un día librado al peligro, y probé de nuevo, y así muchas y muchas veces durante muchos días seguidos; pero ahora tenía bastante fuerza para volar y no rendirse; y aunque invariablemente llamaba y aparecía para darme la bienvenida con su recio gorjeo, se negaba a bajar y, después de aclamarme agitadamente y sacudir las alas unos instantes, se alejaba.

Poco a poco me resigné a la pérdida porque, aunque el pájaro ya no era mi cautivo, lo tenía cerca, viviendo en el monte y lo veía con frecuencia. De vez en vez, con intervalos de pocos o muchos días, cuando mi extraviado — aunque

no del todo perdido —, cardenal se me iba olvidando, lo encontraba en el campo alimentándose en compañía de una bandada de tordos renegridos o de pechos amarillos o de alguna otra especie, y cuando todos se elevaban y dispersaban sin dejarme acercar, él se desprendía del grupo y después de acompañarme un corto trecho, se posaba en un cardo, mirándome y saludándome con su recia nota, como para decirme que me recordaba todavía; y en seguida volaba en busca de los demás.

Esa expresiva actitud suya me consoló con creces de su pérdida, haciéndome aún más querido, cambiando mi amargura infantil por una nueva y extraña satisfacción, la de ver su felicidad.

Pero la historia no termina aquí. A pesar de la distancia, a pesar del mucho tiempo transcurrido, — del tiempo que nos transforma y endurece —, experimento cierta repugnancia o pena al contarlo.

Los claros meses calurosos pasaron, y fué invierno otra vez, — esa fría época de mayo a agosto —, cuando los árboles están sin hojas, sopla el tempestuoso viento sud y las noches traen escarcha, escarcha que dura a veces todo un día, cuando no varios.

Entonces sí que eché de menos a mi pájaro, y me preguntaba con frecuencia qué le habría sucedido, si se habría refugiado él también en el norte, en un país más cálido, con las golondrinas y otras aves viajeras. No era fácil. Pero ya no se le encontraba en el monte, esa protectora isla de árboles en el mar verde y raso de la pampa. Y no lo vi más ni supe cuál fué su destino.

EJ. DE LECTURA: Leer en tiempo presente.

PALABRAS Y GIROS: *Indole*: modo de ser. — *Desazón*: inquietud nerviosa. — *Extinguido*: terminado. — *Consoló con creces*: consoló sobradamente. — *Raso*: llano.

EL CARDENAL

II.—LA MUERTE.

POR GUILLERMO ENRIQUE HUDSON.

Escritor y naturalista. Argentino. Contemporáneo.

Un día, en agosto, los peones estaban empeñados en la gran campaña contra las ratas, especie de limpieza de primavera, dentro y fuera de las casas. El inmenso y viejo foso, los árboles y matorrales, las pilas de leña, el edificio y el galpón lleno de cueros crudos, atraían cantidades de esos molestos animalitos, que formaban allí una verdadera ciudad. Era costumbre desalojarlos al comienzo de la primavera, antes de que el pasto y los yuyos creciesen y cubriesen el suelo. Se los asfixiaba echando dentro de las cuevas un humo envenenado con azufre y tabaco. Estaba yo junto a uno de los hombres que cavaban las madrigueras después de la operación del humo, cuando mi vista se impresionó por un resplandor rojo, entre un montón de paja y basura, que aquél revolvía con la pala, y, precipitándome, recogí el brillante objeto escarlata. ¡Era el copete de mi perdido cardenal. ¡Y allí estaban también sus alas grises y las plumas de la cola, y las blancas del pecho y también algunos de sus huesos! ¡Qué dolor! Le resultó muy frío el dormir en los árboles sin hojas, bajo el viento helado y la lluvia, y al buscar refugio más abrigado en el suelo, fué atrapado, llevado a la cueva y devorado por una rata.

Experimenté un nuevo y mayor dolor por su desgraciada muerte, una sensación tan punzante que el recuerdo ha per-

durado hasta hoy. Porque era mi amado cardenal, mi primer pájaro enjaulado. Y fué también el último. No pude tener otro, pues la lección que me dió quedó grabada en mi corazón: saber que, también para un pájaro, el mundo es muy hermoso y la libertad muy querida. Cuando el tiempo suavizó esta primera pena aguda, llegué hasta a regocijarme de que mi cardenal hubiese conseguido escapar de su jaula; de que, al fin, conociera esos milagrosos meses de existencia feliz, viviendo la vida verdadera del pájaro, para la cual la naturaleza lo había formado y preparado. En todos los años de su cautiverio no alcanzó tanta felicidad, ni puede alcanzarla ningún pájaro enjaulado, aunque cante, jubilosa y dulcemente, para conseguir el terrón de azúcar o la hoja de lechuga que le da su afectuoso guardián, engañado con la idea de que está en paz con su prisionero, de que no se ha cometido ninguna injusticia.

EJ. DE LENGUAJE: Resumen escrito.

PALABRAS Y GIROS: *Foso*: zanja que rodeaba las casas de nuestro campo. — *Madrigueras*: cuevas. — *Escarlata*: rojo. — *Ha perdurado*: ha subsistido.

VOLANDO HACIA EL POLO NORTE.

POR ROALD AMUNDSEN.

Explorador polar. Noruego. Contemporáneo.

No, jamás he visto una soledad tan absoluta ni semejante ausencia de vida. Esperaba distinguir de tiempo en tiempo algún animal, pero no, ni un oso, ni una foca, ni un pájaro ni ser viviente alguno.

Desde que volamos sobre los bancos de hielo, es la primera vez que se presenta a nuestra vista una superficie favorable para intentar el descenso.

No podemos determinar nuestra posición geográfica con exactitud, pero estamos seguros de que nos hemos desviado hacia el oeste. Como en este momento el piloto me anuncia que ya hemos consumido la mitad de la gasolina, le ordeno que procure aterrizar, a fin de que me sea posible hacer las observaciones astronómicas necesarias para rectificar nuestro rumbo.

Reconociendo el terreno describimos varios círculos concéntricos. Acuatizar es la operación más sencilla, pero los campos de hielo que rodean a las zonas líquidas pueden juntarse bruscamente y destrozar el aeroplano; por esta razón, vital para nosotros, preferimos arrostrar el peligro inmediato de un aterrizaje. De pronto, mientras planeamos buscando el lugar más favorable, la situación cambia por completo, pues uno de los motores empieza a fallar: el descenso es forzoso; ahora el aparato se posará donde pueda. En la imposibilidad de llegar hasta las aguas abiertas, intentaremos bajar en un pequeño canal.

En estas circunstancias es cuando uno puede apreciar todo lo que valen la sangre fría y la decisión de un aviador; el más leve de sus titubeos puede costarnos la vida.

El canal es apenas suficiente para permitir el acuatizaje, y el menor descuido nos expondría a la pérdida del avión. Cuando ya nos creíamos salvados, pues habíamos logrado posarnos sobre el agua, comprobamos que, a causa de la papilla de nieve y de hielo que la cubría, el aeroplano se deslizaba pesadamente, poniendo a prueba la habilidad y la serenidad de nuestro piloto. Evitamos un primer obstáculo a la derecha, luego otro a la izquierda; después viene un tercero, más peligroso aún. ¿Conseguiremos salvarnos?

Simple espectador, experimento una mortal ansiedad. En la fisonomía del piloto no se mueve un solo músculo; conserva la más admirable sangre fría. . . ¡Albricias!

Franqueamos el paso sin tropiezo; hemos debido pasar a un milímetro de la muralla, sin la menor exageración.

Pero aún no ha desaparecido por completo el peligro de chocar: la espesa papilla helada amortigua más y más el empuje de nuestra máquina, que, por fortuna, se detiene en el extremo del canal, tocando con la nariz en un enorme témpano. Allí también, por escasos milímetros, nos libramos de perecer.

Estamos en salvo.

EJ. DE LENGUAJE: Formular series de palabras derivadas y compuestas cuyas primitivas se encuentran en el texto.

PALABRAS Y GIROS: *Rectificar*: corregir, recobrar. — *Concéntricos*: que tienen el mismo centro. — *Vital*: de vida. — *Arrostrar*: hacer cara, resistir, encarar. — *Decisión*: resolución, coraje. — *Titubeos*: dudas, vacilaciones. — *Espectador*: el que asiste a un espectáculo sin intervenir de otro modo en él. — *Experimento mortal ansiedad*: siento una angustia terrible. — *¡Albricias!*: expresión de júbilo. — *Franqueamos*: salvamos. — *Amortigua*: debilita. — *Témpano*: masa, mole de hielo.

DEL DIARIO DE UNA EXPEDICIÓN POLAR

POR JUAN CHARCOT.

Explorador polar. Francés. Contemporáneo.

23 de septiembre de 1909. — Hoy acaban de anunciarme que una hermosa foca duerme sobre uno de los pequeños islotes del Sur. Salgo hasta un sitio desde donde puedo verla, y distingo no una sino dos focas; la segunda parece más pequeña. Con algunas dificultades nos aproximamos a ellas. Se trata de una hembra que acaba de dar a luz sobre el islote. Para no alarmarla, nos acercamos al simpático grupo con grandes precauciones. La nieve presenta señales evidentes de que la foquita acaba de nacer. La madre parece que está muy debilitada. Nada más emocionante que esta pequeña criatura polar, que se remueve inquieta al lado de la forma pesada y maciza de su madre.

Cubierto por espesa y suave piel de color amarillo con manchas negras, y el cuerpo blando en apariencia, el cachorro juega como un bebé en la cuna, mirándonos con sorprendidos y maliciosos ojos de pilluelo. Mientras lo contemplábamos, una foca macho, el padre indudablemente, salió de un agujero del hielo y se puso a entonar, en honor de su familia, supongo, una curiosa canción que, por cierto, no tenía nada de melodiosa.

Desde muchos y distintos puntos fotografiamos esta hermosa escena de familia polar antártica; luego me acerqué yo y, con infinita delicadeza, tomé al pequeño en mis brazos. Mostróse encantado pues, sin manifestar el más leve temor, aceptó mis caricias. Cuando deposité otra vez en el hielo su

cuerpecito redondo y suave, se arrastró hasta mis pies para frotarse en mis piernas como si me pidiera nuevos cariños. Y, ¿debo confesarlo? El recuerdo que me persigue del chiquitín que he dejado allá lejos, en mi casa de Francia, rebrotó tan vivamente en mi memoria, que me emocioné.

Delante de mis subalternos no volví a tomar en mis brazos a la cariñosa foquita, sin embargo, tenía muchos deseos de acariciarla y abrazarla.

La mamá, algo preocupada, soplaba y resoplaba ruidosamente, tratando de asustarme, pero se tranquilizó al ver que su hijo volvía a su lado y se ponía a mamar glotonamente.

No tuve necesidad de ordenar que se respetase a estos animales, pues los hombres que me acompañan son casi todos padres de familia, y por fuerza han de haber experimentado la misma emoción que yo.

EJ. DE LECTURA: Resumen oral.

EJ. DE LENGUAJE: Citar los nombres que sirven para designar a los animales de tierna edad.

PALABRAS Y GIROS: *Acaba de dar a luz*: acaba de ser madre. — *Señales evidentes*: señales indudables, seguras. — *Melodiosa*: dulce y suave. — *Antártica*: del polo Sur. — *Subalternos*: inferiores, de categoría inferior.

DOS FÁBULAS GRIEGAS

POR ESOPPO.

Fabulista. Griego. 620 a. de J. C.

LA APUESTA

Celebrando juntos varios jóvenes griegos sus progresos en los estudios, uno de ellos bebió excesivamente, y, ya embriagado, comenzó a hacer las más absurdas apuestas. Tuvo mayor éxito que todas, la de que se atrevería a beberse el mar.

—¿Estás loco? — dijéronle todos sus compañeros.

Pero, como insistiese en hacerla y ofreciese su anillo en garantía, uno lo tomó, cambiándoselo por el suyo.

Al otro día, el estudiante, fresco ya, encontróse con el anillo cambiado, lo cual le recordó la disparatada apuesta que había hecho; y, no pareciéndole digno echarse atrás, buscó a Esopo y le habló en estos términos:

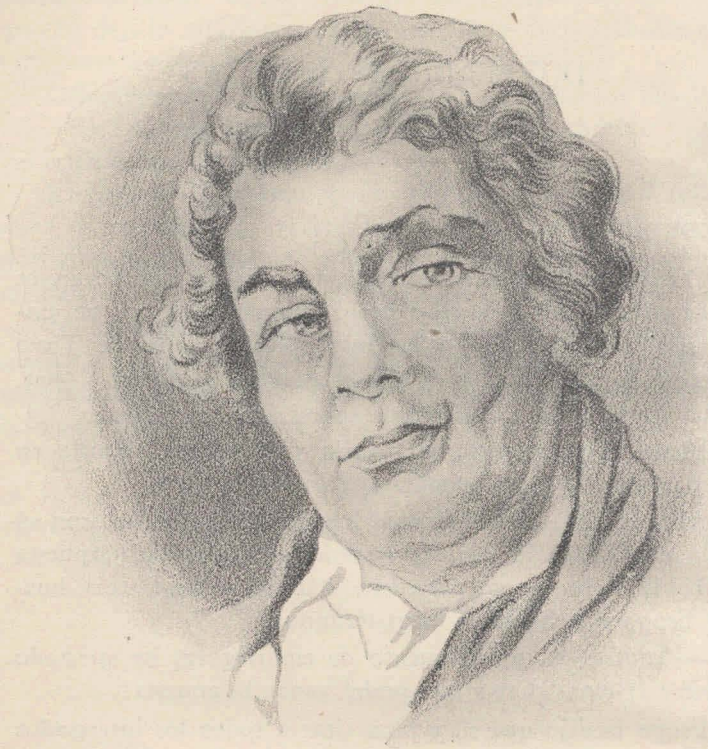
—Añoche, en un momento de embriaguez, he apostado beberme el mar. ¿Crees que podré ganar la apuesta?

Esopo le dijo que sí, e hizo citar a todos los interesados para que, a cierta hora, se reunieran a la orilla del mar.

Allí, el fabulista mandó colocar una gran mesa cubierta de vasos, y alrededor de ella muchos criados con jarros.

El espectáculo era imponente. Entonces el estudiante que había hecho la apuesta, rompió el silencio y dijo:

—Yo, señores, he apostado que iba a beberme el agua del mar; pero no la de los ríos y arroyos que desembocan en él: detened, pues, su curso inmediatamente, y que vayan trayéndome el agua.



ESOPO

Famoso fabulista griego. Nació hacia el año 620 a. de J. C. Recomendamos la lectura de sus obras así como las de La Fontaine, Iriarte, Samaniego, Lessing, Hartzenbusch, Daireaux, etc.

EL CHARLATÁN Y EL MONARCA

Decía un charlatán, de esos que sólo se ocupan en engañar al prójimo, que él era capaz de convertir en elocuente orador al más estúpido de los hombres, y hasta tuvo la osadía de asegurar, formalmente, que obtendría el mismo resultado aunque fuera con un asno.

Llegó esto a oídos del Rey, y, habiendo enviado a llamar al charlatán, díjole, cuando estuvo en su presencia:

—Tengo en mis cuadras un magnífico asno y quisiera que le enseñases leyes. ¿Te comprometerías a ello?

—Basta que V. M. tenga ese deseo, para que yo me apresure a complacerlo — contestó el charlatán —; me obligo a enseñar al asno, pero necesito un plazo razonable.

—¿Qué tiempo te bastará? — repuso el monarca.

—Señor, — le contestó —, con diez años me bastará.

—Muy bien — replicó el Rey —, te otorgo ese plazo, y te daré, además, una buena recompensa; pero te advierto que, si no cumples tu palabra, te mandaré ahorcar.

Salió el charlatán, alegre y satisfecho, y, como encontrase en la calle a un compañero a quien refirió la aventura, díjole este último:

—Me parece, amigo mío, que te huele el cuello a cáñamo y que vas a bailar en la cuerda, por comprometerte a realizar un imposible. ¿Cómo quieres hacer hablar a un burro?

—¡Qué tonto eres! — replicó el otro—; ¿crees tú que en diez años no morirán el Rey o el asno, o no moriré yo?

EJ. DE LECTURA: Resumen oral, previa lectura en silencio.

EJ. DE LENGUAJE: Enunciar las formas diminutivas y aumentativas de algunos sustantivos empleados en el texto.

PALABRAS Y GIROS: *Absurdas*: disparatadas. — *Discreto*: sensato. — *Prójimo*: semejante. — *Osadía*: atrevimiento. — *Otorgo*: concedo, doy. — *Cáñamo*: materia textil con que se hacen cuerdas.

LOS LECHONES QUEMADOS

I.—EL ORIGEN DEL ASADO.

POR CARLOS LAMB.
Humorista. Inglés. Siglo XIX.

Durante los primeros setenta mil años de su existencia, dice un manuscrito chino, la humanidad comía sus alimentos sin cocerlos previamente.

Ese arte fué descubierto por casualidad. Ved cómo:

El porquerizo Ho-tí, fué una mañana a recoger bellotas en el bosque y dejó su cabaña y sus cerdos al cuidado de su hijo Bo-bo, tosco y perezoso muchacho. Bo-bo, que como casi todos los chicos de su edad era aficionado a jugar con el fuego, dejó caer unas chispas en un montón de paja, originándose así un incendio que destruyó la pobre vivienda y achicharró a nueve lechones. Esto último era lo que más afligía al niño. Mientras paseaba entre los humeantes restos de sus víctimas, le pareció que le cosquilleaba en las narices un raro olorcillo, pero, como su aflicción era tan grande, no se detuvo a averiguar de donde provenía. Con la ilusión de que no todos estuviesen muertos, empezó a palpar a los lechones y, habiéndose quemado los dedos, llevóselos a la boca y se los chupó, saboreando de este modo las partículas de pellejo tostado que tenía pegadas en ellos. Así, por primera vez en su vida y también en la vida del mundo, Bo-bo gustó el asado.

Tornó a palpar el lechón; sus dedos, ya algo habituados, no sufrieron tanto la sensación del calor, y, rindiéndose al placer que acababa de descubrir, empezó a arrancar trozos

de carne y a llevárselos a la boca con brutal avidez. Engullía a más y mejor cuando, por entre las ruinas, apareció su padre esgrimiendo una vara. El buen hombre empezó a dar golpes al chicuelo, pero éste no por ello dejó de comer, pues el gusto que experimentaba su estómago hacía indiferente a cuantas molestias le ocasionaran otras regiones de su cuerpo. Cuando acabaron, el uno de aporrear y el otro de engullir, entablaron el siguiente diálogo:

—¿Qué estás comiendo, maldito? ¿Te estás atracando de carbón, demonio?

—¡Es lechón quemado, padre! ¡Pruébalo, que es muy sabroso!

Ho-tí estaba horrorizado; maldecía a su hijo y se maldecía a sí mismo. ¡Era el padre de un monstruo que comía lechón quemado!

Bo-bo removió las cenizas y puso entre las manos de Ho-tí un oloroso pedazo de carne.

—Come, padre, come lechón quemado. . . — le dijo—. ¡Pruébalo!

Ho-tí pensaba si debía aplastar a Bo-bo como a un bicho, cuando, no pudiendo resistir el calor que la carne asada trasmitía a sus dedos, recurrió al mismo consuelo que buscara su hijo, y, de este modo, él también probó el sabroso bocado.

Como dos amigos, Bo-bo y Ho-tí se sentaron a compartir el novísimo manjar, y no se levantaron hasta haber despachado todos los lechones.

EJ. DE LENGUAJE: Formular series de palabras relativas a: puerco, carne, olor y sabor.

PALABRAS Y GIROS: *Manuscrito*: escrito a mano. — *Previamente*: antes. — *Forquerizo*: cuidador de puercos. — *Bellota*: fruto de la encina, roble, etc. — *Tosco*: grosero, inculto. — *Aflicción*: angustia. — *Partículas*: pedacitos. — *Avidez*: ansia. — *Esgrimiendo*: manejando. — *Aporrear*: golpear. — *Atracando*: llenando, comiendo con exceso.

LOS LECHONES QUEMADOS

II.—EL INVENTOR DE LA PARRILLA.

POR CARLOS LAMB.

Humorista. Inglés. Siglo XIX.

Ho-tí recomendó seriamente a su hijo que guardara el secreto, pues, de llegar a descubrirlo, sus vecinos los apedrearían por pretender modificar los alimentos naturales.

Sin embargo, pronto circularon por el país las más extrañas historias. La gente del lugar observaba que la cabaña de Ho-tí ardía frecuentemente, a veces en mitad del día, a veces en plena noche. En cuanto los lechones engordaban, todos sabían que la choza no tardaría en quemarse; y nadie se explicaba por qué, Ho - tí, lejos de corregir a su travieso muchacho, se mostraba cada vez más indulgente con él.

Algunos vecinos los vigilaron, se puso en claro el asunto, y padre e hijo fueron obligados a comparecer ante la justicia.

Se presentaron pruebas concluyentes de su culpabilidad e iba a pronunciarse el fallo condenatorio, cuando el presidente del jurado rogó que le dejaran examinar un lechón que estuviera en las condiciones en que Ho-tí y su hijo los comían. Trajeron, pues, a la sala, un lechón recién asado; el presidente lo tocó, los otros jurados también lo tocaron, y como todos se quemasen, todos acudieron al mismo primitivo recurso de chuparse los dedos.

Y, a pesar de las numerosas y claras pruebas acumuladas en su contra, y ante la sorpresa general, Ho-tí y Bo-bo fueron declarados inocentes.

El fiscal guiñó un ojo y, cuando el tribunal terminó su tarea, marchóse presuroso hacia el mercado, dispuesto a adquirir todos los lechones que pudiese encontrar.

A los pocos días la casa del fiscal estaba ardiendo, y pronto no se vieron más que incendios en todas direcciones. La leña y los cerdos alcanzaron precios increíbles. Las sociedades de seguros quebraron unas tras otras. Los vecinos levantaban viviendas frágiles y combustibles, despreocupándose por completo del arte arquitectónico; despreocupación justificada, si se tiene en cuenta que tardaban más en hacer las chozas que en quemarlas.

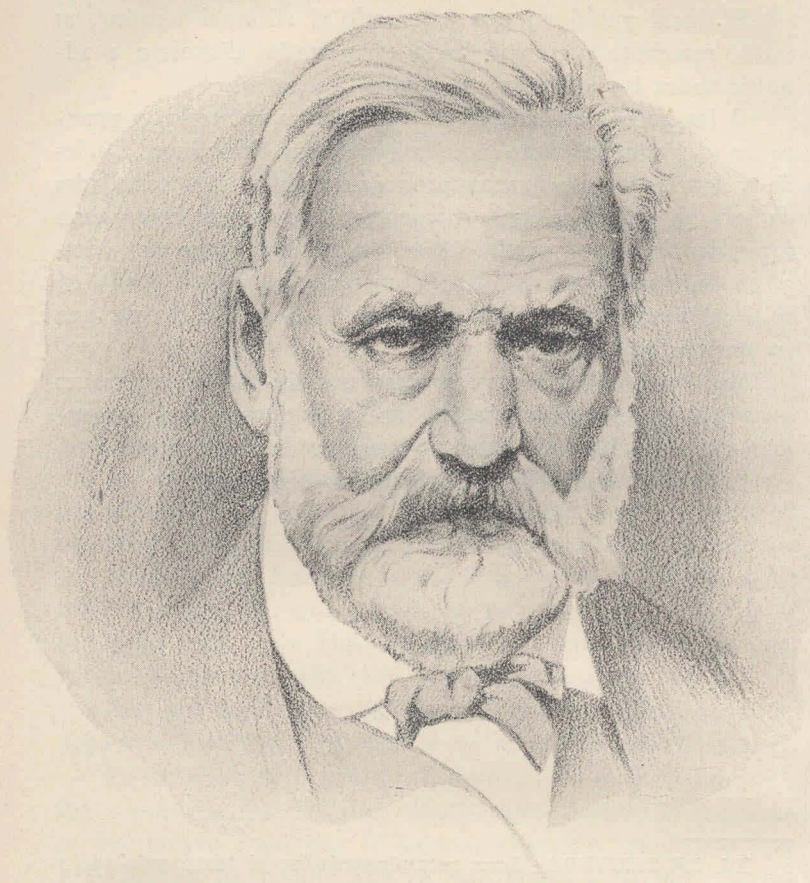
Esa ruinosa costumbre se mantuvo hasta que un sabio descubrió que se podía asar un animal sin necesidad de quemar una casa. Este sabio fué el inventor de la parrilla.

El asador tardó aún un siglo o dos en aparecer.

EJ. DE LECTURA: Leer reemplazando en el texto palabras y giros explicados.

EJ. DE LENGUAJE: Formular series de palabras relativas a: justicia, jurar, condenar, fallar, arquitectura.

PALABRAS Y GIROS: *Indulgente*: el que perdona fácilmente. — *Comparecer*: presentarse. — *Pruebas concluyentes*: pruebas claras, palmarias, indudables. — *Jurado*: tribunal encargado de determinar si es o no pasible de pena el acusado. — *Acumuladas*: reunidas. — *Quebraron*: se arruinaron. — *Arte arquitectónico*: arquitectura, arte de proyectar y construir.



VICTOR HUGO

El más ilustre de los literatos franceses del siglo XIX. A la edad de diez años escribió versos que permitieron vislumbrar la aparición de un genio. Recomendamos la lectura de su novela "Bug-Jargal" y de sus admirables poesías.

UN EPISODIO HISTÓRICO

POR VICTOR HUGO.

Poeta. Francés. Siglo XIX.

La noche del 17 de marzo de 1870, el Normandy, el más hermoso quizá de los buques de la Mancha, hacía su viaje habitual. El capitán Harvey maniobraba con precaución, a causa de la espesa niebla. Eran las cuatro de la mañana y el barco avanzaba lentamente. La oscuridad era absoluta; una especie de nube lo envolvía, y apenas se distinguían las puntas de sus mástiles.

Nada tan terrible como un navío ciego marchando a través de la noche. De pronto, surgió una masa negra; era la Mary, otro gran buque de hélice. La Mary, a toda velocidad, y con su peso enorme, viene directamente sobre el Normandy. Los barcos se deslizan tan rápidamente, entre la niebla, que no hay medio de evitar el choque. Son encuentros sin previo aviso; apenas se alcanza a verlos, ya se está en los brazos de la muerte.

La Mary, lanzándose sobre el Normandy, lo embistió por un costado, y le destrozó el casco. Las dos naves se detuvieron. El Normandy llevaba, además de los tripulantes, una mujer de servicio y veintiún pasajeros, de los cuales dos eran mujeres. En un instante todos estuvieron en la cubierta; hombres, mujeres y niños, medio desnudos, corrían, gritaban. lloraban. El agua entraba en el buque con furia espantosa. El combustible de la máquina se apagaba. Los materiales de salvamento resultaban insuficientes.

El capitán Harvey, gritó:

—¡Silencio y atención! ¡Los botes al agua; las mujeres primero, los pasajeros en seguida, la tripulación después! ¡Hay que salvar a sesenta personas!

Eran sesenta y una, pero el capitán Harvèy se olvidaba de sí mismo.

Los botes fueron echados al agua. Todos se precipitaron a ellos. Aquella precipitación podía hacerlos zozobrar. El segundo jefe de a bordo y los tres contraмаestres, contuvieron a la aterrorizada multitud: dormir y despertar para morir, es terrible.

Sin embargo, por encima de aquellos gritos y de aquel ruido, se oía la voz tranquila del capitán que pedía informes y daba órdenes en las tinieblas:

—¡Maquinista!

—¡Capitán!

—¿Cómo está la caldera?

—Inundada.

—¿Y la máquina?

—Muerta.

—Teniente . . .

—A la orden . . .

—¿Tenéis pistolas?

—Sí, capitán.

—Que cada cual se embarque por su turno, y saltad el cráneo al hombre que intente pasar antes que una mujer.

Todos callaron. Nadie se resistió. La grandeza de aquella alma se imponía a la muchedumbre.

La Mary, a su vez, había echado sus lanchas al mar y acudía en socorro de los náufragos. El transbordo se realizó en orden y casi sin lucha; hubo, como siempre, tristes egoísmos; pero también, como siempre, emocionantes rasgos de desinterés.

El capitán, imparable en su puesto, mandaba, dominaba, dirigía; se ocupaba de todo y de todos; gobernaba con calma

aquella angustia y parecía dar órdenes a la catástrofe. Se hubiera dicho que el mar le obedecía.

De pronto, gritó:

—¡Sálvate, Clemente!

Clemente, era el grumete: un niño.

—¡Apresuraos! . . . — se oyó decir aún al capitán.

La proa se hundió poco a poco; después la popa.

El capitán Harvey, de pie en su puesto, no hizo un movimiento, no pronunció una palabra, y se sumergió en el abismo. A través de la bruma se vió perderse para siempre la siniestra masa de su barco.

Tal fué el trágico fin del capitán Harvey.

Que, desde el cielo, reciba el saludo de quien, como yo, se guareció alguna vez en el Normandy.

Ningún marino igualaba en grandeza al capitán Harvey que, después de haberse impuesto toda su vida el deber de ser hombre, usó al morir el derecho de ser héroe.

EJ. DE LENGUAJE: Resumen oral, previa lectura en silencio.

PALABRAS Y GIROS: *De la Mancha*: canal de la Mancha. — *Habitual*: acostumbrado. — *Mástiles*: palos. — *Embistió*: topó, atropelló. — *Zozobrar*: naufragar. — *Se imponía*: dominaba. — *Grumete*: marinero que sé inicia. — *Proa y popa*: parte delantera y trasera del barco. — *Guareció*: refugió.

LA VACA MUERTA

POR B. FERNÁNDEZ MORENO.
Poeta. Argentino. Contemporáneo.

*Lentamente venía la vaca bermeja,
por el campo verde, todo lleno de agua;
lentamente venía, los ojos muy tristes,
la cabeza baja,
y colgando del morro, brillante
un hilo de baba.*

*Enferma venía la buena, la única
de la pobre chacra.*

*—¡Hazla correr, hombre!—,
la mujer gritaba
al viejo marido—,
¡si viene empastada!*

*Y el viejo marido
los brazos subía y bajaba,
y la vaca corrió como pudo,
los ojos más tristes, la cabeza baja. . .*

*Junto a un alambrado,
salpicando el agua,
cayó muerta la vaca bermeja;
¡el viejo y la vieja lloraban!*

*Y vino un vecino
con una cuchilla afilada,*

y en el vientre, redondo y sonoro,
dió una puñalada.

Un poco de espuma
de un verde muy claro de alfalfa,
surgió por la herida; y el docto vecino,
después de profunda mirada,
acabó sentencioso: — La carne está buena,
hay que aprovecharla.

Los cielos estaban color de ceniza.
El viejo y la vieja lloraban. . .

Recomendamos la lectura de sus obras: "Campo argentino" y "Aldea española".

EJ. DE LENGUAJE: Paráfrasis escrita.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Recitar.

PALABRAS Y GIROS: *Bermeja*: de color rubio rojizo. — *Morro*: saliente que forman los labios. — *Empastada*: empachada con pasto. — *Docto*: sabio, entendido. — *Sentencioso*: con tono de importancia, tono doctoral, con gravedad excesiva.

LA GENEROSIDAD DE ALEJANDRO

POR PLUTARCO.

Historiador, Griego, Siglo I.

Aunque Alejandro era dadivoso por naturaleza, a medida que crecía su poder crecía también su generosidad; y ésta iba siempre acompañada de amabilidad y benevolencia, que es como los beneficios inspiran verdadera gratitud. Vamos a recordar aquí algunas de sus anécdotas:

Aristón, uno de sus generales, había dado muerte a un enemigo, y mostrándole los despojos a Alejandro, le dijo:

—Entre nosotros, ¡oh, Rey!, este presente se recompensa con un vaso de oro.

—Vacío — le contestó Alejandro, sonriente —, y yo te lo doy lleno de buen vino, y bebo antes a tu salud.

Otro día, uno de sus soldados, guiaba una mula cargada con un tesoro arrebatado a los vencidos; y como el animal se cansase, tomó el hombre la carga y se la echó a la espalda. Notándolo fatigado y, cuando ya iba a dejarla caer, Alejandro lo reanimó con estas palabras:

—Si las llevas hasta tu tienda, todas esas riquezas serán para ti.

A Serapión, uno de los mozos que jugaban con él a la pelota, no le dió nunca nada porque nunca le pedía cosa alguna; y en una partida, como Serapión les pasase siempre la pelota a los demás, le observó el Rey:

—¿Y a mí, no me la pasas?

—Como nunca me la pides... — le respondió el mozo. Rióse el Rey, y le hizo un gran regalo.

A su madre le dió y envió muchos presentes, pero jamás le permitió entrometerse en el gobierno ni en el ejército, y habiéndole reclamado ella, supo satisfacerla sin menoscabo de sus convicciones. En cierta oportunidad, recibió una carta, en la que se le hacían revelaciones sobre la actividad que, contra él, desarrollaba su propia madre, y, no bien la leyó, dijo:

—El que esto ha escrito, no sabe que una sola lágrima de una madre basta para borrar millares de cartas.

En una de sus campañas, durante una penosa marcha a caballo, sus tropas flaquearon y se desalentaron al llegar el undécimo día, principalmente por la sed. De pronto, Alejandro, que iba al frente de la columna, se encontró con algunos hombres que llevaban odres llenos de agua y que, al notar cuanto lo mortificaba la sed, pues era la terrible hora del mediodía, llenaron un casco y se lo presentaron.

—¿Para quién la lleváis?—preguntó el sediento monarca.

—Para nuestros hijos; pero, bebe; pues, viviendo tú, tendremos otros si perdemos éstos — le contestaron.

Alejandro recibió el casco; mas, volviendo la vista, observó que todos los soldados tenían la cabeza inclinada y los ojos fijos en el agua. Entonces, lo devolvió sin haber bebido, dió las gracias, y añadió:

—Si bebiera yo solo, mis hombres desfallecerían todavía más.

Y los soldados de Alejandro, enardecidos por el temple de su jefe, reanudaron la marcha, gritando que confiase en ellos, porque ni se cansarían ni tendrían sed, ni se acordarían de que eran mortales mientras tuviesen un rey como él.

PALABRAS Y GIROS: *Dadivoso*: generoso. — *Benevolencia*: buena voluntad. — *Anécdotas*: hechos y rasgos notables. — *Despojos*: restos. — *Reanimó*: devolvió energía. — *Menoscabo*: perjuicio. — *Convicciones*: ideas formadas. — *Revelaciones*: manifestaciones. — *Odres*: recipientes de cuero. — *Desfallecerían*: perderían fuerzas. — *Temple*: energía.

CARRERA DE CARROS EN ANTIOQUÍA

I.—HACIA LA META.

POR LUIS WALLACE.

Novelista. Norteamericano. Contemporáneo.

El romano Messala conservaba, al terminar la tercera vuelta de la carrera, el lado interior de la pista, siempre más ventajoso, y el judío Ben-Hur se mantenía paralelamente a su lado, mientras que los otros tres competidores, el corintio, el sidonio y el bizantino, venían a alguna distancia.

Entretanto, las autoridades del circo habían logrado que la multitud permaneciese relativamente tranquila, contemplando, desde los asientos, el maravilloso espectáculo.

En la quinta vuelta, el sidonio consiguió ponerse a la par de Ben-Hur, pero no tardó en rezagarse otra vez.

La sexta vuelta comenzó sin mayores alternativas. Sin embargo, la velocidad de las cuadrigas había ido aumentando por grados, y, también gradualmente, se exaltaban los conductores, conforme iba aproximándose el momento de realizar el esfuerzo supremo.

El interés que, desde el principio de la carrera, habíase concentrado en la lucha establecida por el romano y el judío, con universal simpatía para este último, parecía decaer un poco. En todos los bancos veíase a los espectadores seguir, desilusionados, la marcha de los carros.

El romano empezaba a flaquear. Sus caballos ya no levantaban las cabezas; brotaba sangre de sus ollares y sus ojos giraban ardorosos. Era indudable que no podrían sostener,

por mucho tiempo más, tan violenta carrera. Y aún estaban en el comienzo de la penúltima vuelta: ¡en la sexta! Mas, en ese instante, Ben-Hur se retrasó, circunstancia que, sorprendiéndolos como a todos, llenó de alegría a los romanos.

En el mismo orden cumpliósese la sexta vuelta, pues Mes-sala, temeroso de perder la ventaja ya obtenida, ceñíase al muro cuanto podía, aún a riesgo de chocar contra él. Por su parte, Ben-Hur, persiguiéndole siempre, llevaba su carro sobre la misma huella del romano.

—Yo afirmaríase, — dijo un espectador —, que el judío prepara un golpe decisivo . . .

—Se diría — respondió su vecino —, que sus caballos no han empezado a correr.

En todas las gradas estallaron gritos: se acercaba el desenlace. Casi todos los espectadores anhelaban el triunfo de Ben-Hur y demostrábanle su simpatía gritando:

—¡Ben-Hur! ¡Ben-Hur! — Y el poderoso clamoreo llenaba el circo.

Desde las gradas, a cuyo pie iba pasando su veloz cuadri-ga, descendía sobre Ben-Hur el entusiasmo del público:

—¡Vuela, judío! ¡Aflójales la rienda! ¡Déjalos correr! ¡Castiga! ¡Alcánzalo! ¡Pásalo!

Y, con peligro de caer a la arena, muchos se inclinaban sobre la baranda, extendiendo los brazos hacia Ben-Hur, suplicándole, exigiéndole y deseándole el triunfo.

EJ. DE LECTURA: Leer en tiempo presente.

EJ. DE LENGUAJE: Redactar una descripción de una carrera en nuestros días: carrera de caballos, de automóviles, lanchas, etc.

PALABRAS Y GIROS: *Meta*: punto final de una acción. — *Rezagarse*: atrasarse. — *Sin alternativas*: sin variaciones. — *Cuadri-ga*: carro tirado por cuatro caballos. — *Exaltarse*: apasionarse. — *Concentrar*: reunir. — *Ollares*: orificios de la nariz de los caballos. — *Anhelar*: desear. — *Clamoreo*: gritaría. — *Gradas*: asientos escalonados.

CARRERA DE CARROS EN ANTIOQUÍA

II.—EL TRIUNFO DE BEN - HUR.

POP LUIS WALLACE.

Novelista. Norteamericano. Contemporáneo.

Ben-Hur no oía, no quería oír a nadie, e, imperturbable, seguía detrás de su rival, quien, para dar la vuelta, tuvo que refrenar a los caballos de su izquierda. Messala estaba orgulloso del triunfo que ya entreveía: Roma quedaría satisfecha.

En el mismo instante, inclinóse Ben-Hur hacia sus cuatro caballos árabes, aflojándoles toda la rienda. Con vigorosa mano agitó el látigo que, sin tocar a los animales, silbó sobre ellos cual una larga serpiente. Bastóles la terrible amenaza, pues volaron como uno solo, acercándose, alcanzando y pasando al romano: Messala no se había atrevido a volver la vista, y el público tampoco le había avisado. Y por encima de los mil ruidos del circo, sobresalía la voz de Ben-Hur que en un antiguo dialecto, excitaba a sus corceles:

—¡Oh, Atair! ¡Oh, Rigel! ¿Qué te pasa, Antares? ¿Vas a flaquear ahora? ¡Bravos caballos! . . . ¡Animo, Aldebarán! Ya oigo como cantan en nuestras casas: ya oigo a las mujeres y a los niños que os alaban: ¡Atair, Antares, Rigel, Aldebarán! . . . ¡Victoria! ¡Bien, hijos míos! Mañana a casa . . . ¡La tribu os aguarda y el amo os desea! . . . ¡Ya está! . . . ¡Ya está! . . . ¡Eso es! . . . ¡Já! . . . ¡Já! . . . ¡Já! . . . ¡Hemos derribado al enemigo! ¡Nuestra es la gloria! . . . ¡Valor! . . . ¡Todo ha concluido! ¡So! . . . ¡Basta! . . . ¡Quietos!

¡La carrera estaba ganada!

Y lo que había ocurrido, no podía ser más sencillo ni haber pasado más rápidamente.

En el momento en que Messala giraba refrenando, Ben-Hur, para intentar adelantársele, debía inclinar su carro hacia la izquierda, pero de la manera más limitada posible, a fin de impedir que el romano aumentase la ventaja. El público, que comprendía esto, vió la señal que Ben-Hur les hizo a sus caballos, y lo bien que ellos obedecieron. En efecto, los cuatro animales giraron, poco menos que sobre la rueda exterior del carro de Messala, y, con la interior del suyo, casi tomaron por la parte de atrás al del romano.

Todo esto lo vió el público. . . Pero, de pronto, un estallido formidable alarmó a todos: cien astillas blancas y doradas volaron por el aire y el carro del romano, derrumbándose sobre la derecha, saltó una vez, y luego otra, y otra, hasta caer completamente destrozado.

Para la mayor parte de los espectadores pasó inadvertido el hábil tirón de riendas con que Ben-Hur, inclinando su carro hacia la izquierda, había enganchado la rueda exterior del carro de Messala con la extremidad interior de su eje.

Lo único que vieron fué la repentina transformación del judío: su heroica resolución y su frenética energía.

¡Qué carrera!

Recomendamos la lectura de su novela histórica "Ben-Hur".

EJ. DE LECTURA: Leer reemplazando en el texto las palabras y giros explicados.

PALABRAS Y GIROS: *Imperturbable*: que no se altera, sereno. — *Entrever*: adivinar. — *Dialecto*: lenguaje. — *Flaquear*: debilitarse. — *Tribu*: conjunto de familias constituido en nación. — *Repentina*: instantánea. — *Frenética*: furiosa.

ECONOMÍA

POR EUSEBIO BLASCO.
Humorista. Español. Contemporáneo.

- EL ESTUDIANTE. — Buenos días, señor librero.
- EL LIBRERO. — Buenos días, señor estudiante.
- EL ESTUDIANTE. — ¿Tiene usted algún Tratado de economía?
- EL LIBRERO. — Sí, tengo varios Tratados de economía. Vea este hermoso ejemplar, lujosamente encuadernado.
- EL ESTUDIANTE. — ¿Cuánto vale?
- EL LIBRERO. — Por ser para usted, se lo daré en veinte pesos.
- EL ESTUDIANTE. — Es hermoso, pero resulta caro para mi bolsillo. Si tuviera usted otro más barato...
- EL LIBRERO. — ¡Cómo no he de tener!... Vea éste, encuadernado en "pasta española"...
- EL ESTUDIANTE. — ¿Es nuevo?
- EL LIBRERO. — Nuevecito...
- EL ESTUDIANTE. — ¿Y vale?
- EL LIBRERO. — Doce pesos.
- EL ESTUDIANTE. — Muy barato; pero es el caso que yo no puedo gastar tanto dinero.
- EL LIBRERO. — ¡Hubiera empezado por ahí, hombre de Dios! Lo que a usted le conviene, es un ejemplar en rústica, ¿no es eso? Pues, aquí tiene usted uno, al precio corriente de cinco pesos con cincuenta centavos.
- EL ESTUDIANTE. — ¿Y no me hará el descuento de costumbre?

EL LIBRERO. — Sí, hombre. Así le saldrá en algo menos de cinco pesos. ¿Se lo envuelvo?

EL ESTUDIANTE. — Este . . . ¿Y no podría venderme un ejemplar usado?

EL LIBRERO. — Casualmente, tengo aquí uno que puedo dejárselo en dos pesos redondos . . . ¡Véalo!

EL ESTUDIANTE. — ¿No le falta nada?

EL LIBRERO. — Absolutamente nada . . .

EL ESTUDIANTE. — Así que, ¿dos pesos?

EL LIBRERO. — ¡Ah, sí! Ni cinco centavos menos.

EL ESTUDIANTE. — Pero, dígame, ¿no tendría otro un poco más barato? Aunque le faltasen las cubiertas no me importaría . . .

EL LIBRERO. — ¿Y usted cree que necesita estudiar economía? No, amiguito, no; preséntese a examen ahora mismo, porque economía ya sabe bastante . . .

EJ. DE LECTURA: Leer omitiendo los nombres de los personajes a fin de que se los distinga por la voz.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, interpretarán esta escena.

PALABRAS Y GIROS: *Tratado de economía*: libro que enseña la manera de administrar con prudencia los bienes. — *Pasta española*: en cuero. — *A la rústica*: con cubierta de papel. — *Dos pesos redondos*: dos pesos justos. — *Cubiertas*: tapas.

LA TORTUGA GIGANTE

I.—HABÍA UNA VEZ . . .

POR HORACIO QUIROGA.

Cuentista. Uruguayo. Contemporáneo.

Había una vez un hombre que vivía en Buenos Aires, y estaba muy contento, porque era un hombre sano y trabajador. Pero un día se enfermó, y los médicos le dijeron que solamente yéndose al campo podría curarse. El no quería ir, porque tenía hermanos chicos a quienes daba de comer; y se enfermaba cada día más. Hasta que un amigo suyo, que era director del Zoológico, le dijo un día:

—Usted es amigo mío, y es un hombre bueno y trabajador. Por eso quiero que se vaya a vivir al monte, a hacer mucho ejercicio al aire libre para curarse. Y como usted tiene mucha puntería con la escopeta, cace bichos del monte para traerme los cueros, y yo le daré plata adelantada para que sus hermanitos puedan comer bien.

El hombre enfermo aceptó, y se fué al monte, lejos, más lejos que Misiones todavía. Comía pájaros y bichos del monte, que cazaba con la escopeta, y después comía frutas. Dormía bajo los árboles, y cuando hacía mal tiempo construía en cinco minutos una ramada con hojas de palmera, y allí pasaba sentado y fumando, muy contento en medio del bosque que bramaba con el viento y la lluvia.

Había hecho un atado con los cueros de los animales, y lo llevaba al hombro. Había también agarrado muchas víboras venenosas, y las llevaba dentro de un gran mate, por-

que allá hay mates tan grandes como una lata de querosene.

El hombre tenía otra vez buen color, estaba fuerte y tenía apetito. Precisamente un día que tenía mucha hambre, porque hacía dos días que no cazaba nada, vió a la orilla de una gran laguna un tigre enorme que quería comer a una tortuga, y la ponía parada de canto para meter dentro una pata y sacar la carne con las uñas. Al ver al hombre, el tigre lanzó un rugido espantoso y se arrojó de un salto sobre él. Pero el cazador, que tenía una gran puntería, le apuntó entre los dos ojos, y le rompió la cabeza. Después le sacó el cuero, tan grande que él solo podía servir de alfombra para un cuarto.

—Ahora — se dijo el hombre —, voy a comer tortuga, que es una carne muy rica.

Pero cuando se acercó a la tortuga, vió que estaba ya herida, y tenía la cabeza casi separada del cuello, y la cabeza colgaba casi de dos o tres hilos de carne.

A pesar del hambre que sentía, el hombre tuvo lástima de la pobre tortuga, y la llevó arrastrando, con una soga, hasta su ramada y le vendó la cabeza con tiras de género que sacó de su camisa, porque no tenía más que una sola camisa, y no tenía trapos. La había llevado arrastrando porque la tortuga era inmensa, tan alta como una silla, y pesaba como un hombre.

La tortuga quedó arrimada a un rincón, y allí pasó días y días sin moverse. El hombre la curaba todos los días, y después le daba golpecitos con la mano sobre el lomo.

La tortuga sanó por fin. Pero entonces fué el hombre quien se enfermó. Tuvo fiebre, y le dolía todo el cuerpo.

Después no pudo levantarse más. La fiebre aumentaba siempre, y la garganta le quemaba de tanta sed. El hombre comprendió entonces que estaba gravemente enfermo, y habló en voz alta, aunque estaba solo, porque tenía mucha fiebre.

—Voy a morir — dijo el hombre—. Estoy solo, ya no puedo levantarme más, y no tengo quien me dé agua, siquiera. Voy a morir aquí de hambre y de sed.

Y al poco rato la fiebre subió más aún, y perdió el conocimiento. Pero la tortuga lo había oído, y entendió lo que el cazador decía. Y ella pensó entonces:

—El hombre no me comió la otra vez, aunque tenía mucha hambre, y me curó. Yo lo voy a curar a él ahora.

Fué entonces a la laguna, buscó una cáscara de tortuga chiquita, y después de limpiarla bien con arena y ceniza, la llenó de agua y le dió de beber al hombre, que estaba tendido sobre su manta, y se moría de sed. Se puso a buscar en seguida raíces ricas y yuyitos tiernos, que le llevó al hombre para que comiera. El hombre comía sin darse cuenta de quién le daba la comida, porque tenía delirio con la fiebre y no conocía a nadie.

Todas las mañanas la tortuga recorría el monte buscando raíces cada vez más ricas para darle al hombre, y sentía no poder subirse a los árboles para llevarle frutas.

Recomendamos la lectura de su obra: "Cuentos de la selva".

LA TORTUGA GIGANTE

II.—ESA LUZ QUE VES ALLÁ. . .

POR HORACIO QUIROGA.

Cuentista. Uruguayo. Contemporáneo.

El cazador comió así días y días sin saber quién le daba la comida, y un día recobró el conocimiento. Miró a todos lados y vió que estaba solo, pues allí no había más que él y la tortuga, que era un animal. Y dijo otra vez en voz alta:

—Estoy solo en el bosque, la fiebre va a volver de nuevo, y voy a morir aquí, porque solamente en Buenos Aires hay remedios para curarme. Pero nunca podré ir, y voy a morir aquí.

Y como él lo había dicho, la fiebre volvió esa tarde, más fuerte que antes, y perdió de nuevo el conocimiento.

Pero también esta vez la tortuga lo había oído, y se dijo:

—Si queda aquí en el monte se va a morir, porque no hay remedios, y tengo que llevarlo a Buenos Aires.

Dicho esto, cortó enredaderas finas y fuertes, que son como piolas, acostó con mucho cuidado al hombre encima de su lomo, y lo sujetó bien con las enredaderas para que no se cayese. Hizo muchas pruebas para acomodar bien la escopeta, los cueros y el mate con víboras, y al fin consiguió lo que quería, sin molestar al cazador, y emprendió entonces el viaje.

La tortuga, cargada así, caminó y caminó de día y de noche. Atravesó montes, campos, cruzó a nado ríos de una

legua de ancho, y atravesó pantanos en que quedaba casi enterrada, siempre con el hombre moribundo encima. Después de ocho o diez horas de caminar, se detenía, deshacía los nudos, y acostaba al hombre con mucho cuidado, en un lugar donde hubiera pasto bien seco.

Iba entonces a buscar agua y raíces bien tiernas, y le daba al hombre enfermo. Ella comía también, aunque estaba tan cansada que prefería dormir.

A veces tenía que caminar al sol; y como era verano, el cazador tenía tanta fiebre que deliraba y se moría de sed. Gritaba: ¡agua! ¡agua!, a cada rato. Y cada vez la tortuga tenía que darle de beber.

Así anduvo días y días, semana tras semana. Cada vez estaban más cerca de Buenos Aires, pero también cada día la tortuga se iba debilitando, cada día tenía menos fuerzas, aunque ella no se quejaba. A veces quedaba tendida, completamente sin fuerzas, y el hombre recobraba a medias el conocimiento. Y decía, en voz alta:

—Voy a morir, estoy cada vez más enfermo, y sólo en Buenos Aires me podía curar. Pero voy a morir aquí, solo en el monte.

El creía que estaba siempre en la ramada, porque no se daba cuenta de nada. La tortuga se levantaba entonces, y emprendía de nuevo el camino.

Pero llegó un día, un atardecer, en que la pobre tortuga no pudo más. Había llegado al límite de sus fuerzas, y no podía más. No había comido desde hacía una semana para llegar más pronto. No tenía más fuerza para nada.

Cuando cayó del todo la noche, vió una luz lejana en el horizonte, un resplandor que iluminaba el cielo, y no supo qué era. Se sentía cada vez más débil, y cerró entonces los ojos para morir junto con el cazador, pensando con tristeza que no había podido salvar al hombre que había sido bueno con ella.

Y sin embargo, estaba ya en Buenos Aires, y ella no lo sabía. Aquella luz que veía en el cielo era el resplandor de la ciudad, e iba a morir cuando estaba ya al fin de su heroico viaje.

Però un ratón de la ciudad — posiblemente el ratoncito Pérez — encontró a los dos viajeros moribundos.

—¡Qué tortuga! — dijo el ratón —. Nunca he visto una tortuga tan grande. ¿Y eso que llevas en el lomo, qué es? ¿Es leña?

—No—respondió con tristeza la tortuga.—Es un hombre.

—¿Y adónde vas con ese hombre? — añadió el curioso ratón.

—Voy... voy... quería ir a Buenos Aires — respondió la pobre tortuga en una voz tan baja que apenas se oía. — Pero vamos a morir aquí, porque nunca llegaré...

—¡Ah, zonza, zonza! — dijo riendo el ratoncito. — ¡Nunca vi una tortuga más zonza! ¡Si ya has llegado a Buenos Aires! Esa luz que ves allá, es Buenos Aires.

Al oír esto, la tortuga se sintió con una fuerza inmensa porque aún tenía tiempo de salvar al cazador, y emprendió la marcha.

Y cuando era de madrugada todavía, el director del Jardín Zoológico vió llegar a una tortuga embarrada y sumamente flaca, que traía acostado en su lomo y atado con enredaderas, para que no se cayera, a un hombre que se estaba muriendo. El director reconoció a su amigo, y él mismo fué corriendo a buscar remedios, con los que el cazador se curó en seguida.

Cuando el cazador supo cómo lo había salvado la tortuga, cómo había hecho un viaje de trescientas leguas para que tomara remedios, no quiso separarse más de ella. Y como él no podía tenerla en su casa, que era muy chica, el director del Zoológico se comprometió a tenerla en el jardín, y a cuidarla como si fuera su propia hija.

Y así pasó. La tortuga, feliz y contenta con el cariño que le tienen, pasea por todo el jardín, y es la misma gran tortuga que vemos todos los días comiendo el pastito alrededor de la jaula de los monos.

El cazador la va a ver todas las tardes y ella conoce de lejos a su amigo, por los pasos. Pasan un par de horas juntos, y ella no quiere nunca que él se vaya sin que le dé antes una palmadita de cariño en el lomo.

LAS ARAÑAS DEL LAGO VERDE

POR CARLOS WAGNER.

Moralista. Alemán. Contemporáneo.

El Lago Verde está en Alsacia, en lo alto de los Vosgos. Se le llama el Lago Verde, porque sus aguas tienen realmente este color. Pero sus orillas, sombreadas por enormes pinos, las hacen parecer mucho más verdes todavía.

Un día, que me paseaba bajo los añosos pinos, vi un gran número de telas de araña que resplandecían al sol. En medio de cada una de aquellas telas, estaba una gran araña gris; todas tenían una cruz en el lomo.

Atrapé media docena de estos invertebrados y los puse encima de una gran piedra que sobresalía entre las aguas, a pocos metros de la playa.

Alrededor de la piedra, el agua tenía unos veinte centímetros de profundidad. Al aislar de esta suerte a mis arañas, lo hice con el propósito de observarlas. Para seres que no saben volar ni nadar, la situación era extremadamente crítica.

En los primeros momentos se quedaron a respetuosa distancia unas de otras, como si se temieran mutuamente. Esto me hizo pensar que, cuando el hambre las dominara, concluirían por devorarse. Pero pronto advertí que las seis adoptaban una misma posición: dando frente al centro del lago, de donde soplaba un fresco vientecillo, presentaron el abdomen a la tierra firme, elevándolo cuanto podían. No tardé en adivinar el objeto de su rara maniobra: para utilizarlos como cables de amarre, iban segregando sus largos hilos con la esperanza de que la brisa los llevaría hasta la costa. Por

su propio peso, algunos cayeron en el agua, pero uno, que iba más alto, se adhirió por fin a una rama; sin pérdida de tiempo, una araña se deslizó por el inseguro puente. Este cedía, a veces, hasta tocar el agua, pero, mojada y todo, llegó a la orilla. En seguida, otra siguió su ejemplo.

Mientras la observaba, sentí en la cara la desagradable impresión que produce el contacto con una tela de araña: el extremo flotante de una de las amarras que el viento traía, acababa de pegarse en mi nariz y, por el vacilante cable, avanzaba, hacia mí, otra de mis prisioneras. Pensé que merecía la libertad y, recogéndola con mi bastón, la salvé.

Cinco minutos más tarde, todas se habían evadido.

De esta experiencia, que me proporcionó una de esas satisfacciones únicas y deliciosas que ofrece siempre la observación del mundo, he recogido una gran enseñanza moral.

Es ésta: ¿cómo, en tan apurada situación, sin salida posible al parecer, unas míseras criaturas lograron salvarse? Combinando sus medios con los exteriores, y arriesgándose.

¿No es éste un ejemplo para todos los hombres que se rinden a la primera dificultad? Analicemos nuestros problemas, no descuidemos el menor detalle y obremos con inteligencia y valor; este es el secreto de los triunfadores.

Cuando os halléis en un caso extremo, en uno de esos trances cuya solución parece inalcanzable, no os desaniméis, a pesar de todo: ¡Acordaos de las arañas del Lago Verde!

EJ. DE LECTURA: Resumen oral, previa lectura en silencio.

PALABRAS Y GIROS: *Añosos*: viejos. — *Resplandecían*: brillaban. — *Atrapé*: cacé. — *Crítica*: difícil. — *Mutuamente*: recíprocamente, unas a las otras. — *Adoptaban*: tomaban. — *Segregando*: elaborando y despidiendo por medio de sus glándulas hileras. — *Se adhirió*: se pegó. — *Cedía*: aflojaba. — *Contacto*: roce. — *Evadido*: escapado. — *Procedimiento*: sistema, modo. — *Experiencia*: prueba. — *Apurada*: difícil, crítica. — *Miseras*: pobres. — *Aventurada*: atrevida. — *Caso extremo*: situación dificultosa.

LOS SORDOS

POR GERMAN BERDIALES.

EL PASAJERO. — ¡Eh, buen hombre! . . . ¡Buen hombre!
¡Ni que fuera sordo como yo! ¡Oiga!

EL CHACARERO. — ¡Si no grita más no podré entenderle,
porque soy un poco torpe de oído!

EL PASAJERO. — ¿Podría indicarme dónde queda la estan-
cia "Los Leones"?

EL CHACARERO. — ¡Claro que tienen fragancia mis melo-
nes! ¡Es que son muy buenos; le haré traer algunos para
que los pruebe!

EL PASAJERO. — ¿Nueve? ¿Nueve qué? ¿Nueve leguas?
¿Tanto? ¡No puede ser!

EL CHACARERO. — Sí, ésta que viene aquí es mi mujer.
Oye, Marta, tráele a este hombre una docena de melones
para que elija.

LA PATRONA. — ¡Ahá, muy bien! ¿Así que este caballero
es el que le escribió una carta a nuestra hija pidiéndole
relaciones? Tanto gusto, señor. En seguida se la presen-
taremos. ¡Mariquita! ¡Mariquita! . . . ¡Esa chica es más
sorda que yo, todavía! . . .

EL CHACARERO. — Eso mismo le acabo de decir, la fragan-
cia de nuestros melones es exquisita.

LA PATRONA. — No grites, hombre: aquí está Mariquita.
Bueno, hija, aquí tienes a tu pretendiente . . .

LA SORDITA. — ¡Ay, mamá!, ¿cuántas veces quiere que le
diga que no me duelen los dientes ni nada?

LA PATRONA. — ¿Que no tiene nada? ¿Y tú qué sabes? A lo mejor resulta que es rentista.

LA SORDITA. — ¡Mamá, por favor!, ¿para qué quiero dentista si yo no tengo enferma la boca?

LA PATRONA. — Ya sabes que tu madre pocas veces se equivoca: ha de ser rentista nomás.

EL CHACARERO. — ¿Y los melones, mujer?

LA PATRONA. — Es lo que yo le digo, ¿por qué te pones así, hija?

EL CHACARERO. — Pero, si no le traes ninguno, ¿cómo quieres que elija?

LA PATRONA. — Es que tú ya sabes cómo es esta niña: ella quiere salir siempre con la suya. Oiga, señor, esta es mi hija: se llama Mariquita.

EL PASAJERO. — ¿Cómo cerquita, si su esposo me ha dicho que faltan nueve leguas?

LA PATRONA. — ¿Qué dice este hombre de las yeguas?

EL PASAJERO. — Sí, y como ya quedan pocas horas.

LA SORDITA. — No, todavía no soy señora.

EL PASAJERO. — No sé ni siquiera si es bueno el camino.

LA SORDITA. — ¡Ay, yo no pretendo que usted sea adivino: me he limitado a hacerle saber que, a la fecha, sigo soltera!...

EL PASAJERO. — ¡Ah!, ya entiendo, ¿llegando a la tranquera, sigo hacia la derecha? ¿Y de ahí a "Los Leones"?

EL CHACARERO. — ¡Ah, cómo buenos, le aseguro que son buenos! Y puedo mandarles todos los que quiera...

EL PASAJERO. — Sí, ya me dijo la señorita: de la tranquera a la derecha.

LA PATRONA. — Yo no digo que usted no la quiera a la chica, pero convendría que fijara fecha...

EL PASAJERO. — Muy bien. Hasta otra vez, y perdonen la molestia.

- LA PATRONA. — ¡Oiga, oiga! ¡Más bestia será usted, atrevido!
- EL CHACARERO. — ¿Qué? ¡Tiene razón!, ¿o iba a esperar hasta mañana que le trajeras los melones?
- LA PATRONA. — No y no. Jamás consentiré en que nuestra hija tenga relaciones con semejante gente.
- LA SORDITA. — Déjelo que se vaya: total aquí a nadie le duelen los dientes. . .
- EL CHACARERO. — No es que te lo reproche, pero hubiera comprado tres o cuatro. . .
- LA SORDITA. — ¡Ay, qué bueno eres, papá! ¿Oyes, mamá? Dice que esta noche nos llevará al teatro a ver las comedias.
- LA PATRONA. — ¡Cierto! ya me había olvidado de que tenía que zurcirle las medias. ¿Sabes dónde he dejado la lana azul?
- LA SORDITA. — ¿No me digas? ¿La comedia de Barba Azul? ¡Qué bonito título! ¡Ay, qué contenta estoy, madre mía!
- LA PATRONA. — Es lo que le digo siempre a tu padre: ¡que Dios nos conserve esta armonía!, porque el día que no nos entendamos, esta casa será un infierno. . .

EJ. DE LECTURA: Leer omitiendo los nombres de los personajes a fin de que se los distinga por la voz.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, interpretarán esta escena.

EN TIEMPOS DE NERÓN

I.—EL HÉRCULES LIGIO.

POR ENRIQUE SIENKIEWICZ.
Novelista, Polaco, Contemporáneo.

En aquel instante arrojaron a la arena un pañuelo rojo. Inmediatamente surgió la figura gigantesca de Oso. El condenado a muerte, como si lo deslumbrase la intensa luz del circo, parpadeó un segundo, pero luego, dando unos pasos, miró en torno suyo. Aunque no se ignoraba que aquel hombre había estrangulado a otro, su aparición fué saludada con murmullos de asombro.

Los gigantes abundaban en Roma, y, sin embargo, jamás se había visto uno como éste, pues, a su lado, el mismo Casio, el atleta que defendía a Nerón, era sólo un enano.

Los funcionarios del imperio, los cortesanos, el mismo César, el pueblo, todos, contemplaban y admiraban aquellas piernas firmes como robles, aquel pecho semejante a dos escudos, aquellos brazos y aquellas manos de hierro.

Oso, que permanecía inmóvil en el centro del ruedo, miraba con curiosidad de niño, ya a los espectadores, ya al César, ya a las puertas, por donde saldrían sus verdugos.

Hasta el momento de salir, creyó que se le crucificaría, pero, al pisar la arena, comprendió que no era ése el género de muerte que le esperaba. "Acaso seré despedazado por las fieras" — se dijo.— Y, disponiéndose a morir con cristiana resignación, dobló las rodillas, se cruzó de brazos y, alzando la mirada al cielo estrellado, encomendóse a Dios.

La pacífica actitud del gigante disgustó a los espectadores, aburridos ya de ver morir a los cristianos con mansedumbre de corderos. Y algunos silbaron temerosos de que, también esta vez, fracasase el sangriento espectáculo.

Pero he aquí, que, de pronto, conmovieron el aire los agudos y estridentes sonidos de las trompetas de cobre; abriéronse otra vez las puertas, y saltó a la arena, entre los gritos de los cuidadores, un enorme toro salvaje que llevaba a una mujer atada a sus cuernos.

Oso reconoció a aquella mujer: era Ligia, su princesa. Y, como si le hubiesen aplicado un hierro candente, se lanzó sobre la fiera y la aferró por las astas. Hubo un atronador clamoreo y luego un silencio, tan profundo, que se habría oído el vuelo de una mosca. No daban crédito a lo que veían. Jamás habían presenciado nada igual.

El Hércules ligio, hundido hasta los tobillos en la arena, el cuerpo doblado como un arco al disparar la flecha, hundida la cabeza entre los hombros, y tensos los músculos de acero, mantenía al animal como clavado en el sitio. La inmovilidad del hombre y de la fiera era absoluta, perfecta, escultórica.

Pero aquella quietud era sólo aparente: allí luchaban dos fuerzas contrarias. ¿Cuál de las dos cedería? ¿Cuál resultaría vencida?

PALABRAS Y GIROS: *Deslumbrase*: turbase la vista, cegase. — *Intensa*: fuerte, viva. — *Estrangulado*: ahogado, oprimiendo el cuello. — *Atleta*: corpulento y de grandes fuerzas. — *El espectáculo más atrayente*: la diversión pública más interesante. — *Verdugos*: los que ejecutan la pena de muerte. — *Resignación*: conformidad. — *Encomendóse a Dios*: se puso en sus manos. — *Candente*: enrojecido por el fuego. — *Aferró*: agarró, asió fuertemente. — *Atronador clamoreo*: vocerío ensordecedor, como de trueno. — *No daban crédito*: no podían creer. — *El Hércules ligio*: el fuerte hijo de la Ligia, de la región así llamada. — *Tensos*: estirados.

EN TIEMPOS DE NERÓN

II.—EL PERDÓN.

POR ENRIQUE SIENKIEWICZ.
Novelista, Polaco, Contemporáneo.

Hasta Nerón se levantó de su asiento. Muchos espectadores, con los brazos en alto, permanecían de pie en las gradas. Algunos tenían el rostro inundado de sudor como si fueran ellos los que estuvieran luchando con la fiera. Y era tan grande el silencio de la multitud, que podía escucharse el chisporroteo de las antorchas que alumbraban el anfiteatro. Los labios callaban, pero los corazones querían escaparse de los pechos. Los minutos se volvían largos como siglos. Y el hombre y la fiera clavados en la arena, continuaban su lucha increíble.

De pronto, se oyó un mugido que arrancó a los espectadores un grito involuntario.

Todos creían estar soñando, porque parecía que la cabeza de la fiera empezaba a torcerse obedeciendo a la presión de los brazos de Oso, que encorbaba cada vez más su cuerpo, recogiendo y concentrando sus más ocultas energías.

El mugido fué haciéndose más sordo, más ronco, más angustioso, y el torno humano fué doblando la cabeza del toro, que dejó colgar la lengua llena de espuma. Oyóse luego un crujido de huesos que se descoyuntaban y, por fin, la fiera se desplomó con el cogote quebrantado.

El gigante rompió las ligaduras que sujetaban a la mujer y, tomándola en brazos, estúvose un momento inmóvil

como atontado, pálido, jadeante, despeinado y sudoroso . . .

Las aclamaciones y los aplausos hacían retremblar el edificio. Jamás se había oído en el circo romano una ovación tan grande. Los de las últimas filas descendían en tropel, estrujándose unos a otros, para verle mejor. Todos pedían perdón para el ligio. ¡Gracia!, ¡gracia!, gritaban millares de voces, y pronto el clamoreo se convirtió en alarido universal. Oso era entonces el primer personaje de Roma.

Al comprender que se solicitaba el perdón y la libertad para él, adelantóse en dirección al César, y llevando a Ligia en sus brazos tendidos, suplicóle con los ojos: — ¡No, para mí no! . . . ¡Para ella el perdón! . . . ¡Pues por ella lo hice!

La belleza de la joven, su desmayo, el peligro horrendo que acababa de correr, la fuerza y la fidelidad del gigante, conmovieron a la muchedumbre. Muchos creyeron que se trataba de un padre que pedía misericordia para su hija. Entre sollozos y lágrimas, millares de voces apoyaron la petición de Oso, quien, entretanto, daba vueltas al ruedo, llevando siempre a la princesa en sus brazos tendidos.

Un guerrero romano saltó desde las gradas a la arena, y, corriendo hacia Ligia, la cubrió con su manto. Después, abriendo su túnica, enseñó las heridas que recibiera en las campañas militares, y unió sus ruegos a los del coloso.

El frenesí popular iba en aumento. Los aplausos, los alaridos, los sollozos se confundían en un trueno ensordecedor e interminable. Millares de hombres miraban a Nerón con ojos amenazantes, y algunos le mostraban los puños.

Y cuando el César concedió el perdón, resonó en todo el circo un fragoroso huracán de aplausos.

PALABRAS Y GIROS: *Gradas*: asientos escalonados. — *Anfiteatro*: circo. — *Concentrando*: reuniendo. — *Descoyuntaban*: desencajaban. — *Quebrantado*: roto. — *En tropel*: en desorden. — *Fidelidad*: lealtad. — *Misericordia*: compasión. — *Túnica*: vestido sin mangas. — *Frenesí*: entusiasmo. — *Fragoroso*: estruendoso.

EL INCENDIO DE ROMA

POR ENRIQUE SIENKIEWICZ.
Novelista. Polaco. Contemporáneo.

Toda la bóveda celeste estaba teñida de púrpura. Sobre las lejanas cumbres asomó la luna, como enorme globo de cobre incandescente, y pareció contemplar asombrada la ruina de Roma, la ciudad soberana del mundo antiguo. También era rojizo el fulgor de las estrellas; a diferencia de las otras noches, la tierra era más luminosa que el cielo. Roma, transformada en colosal hoguera, alumbraba toda la campiña circundante, y, a favor de sus resplandores sangrientos, podían verse las colinas, los poblados, los templos, los monumentos, los acueductos que bajaban de las próximas vertientes, y en los cuales muchos vecinos habían buscado refugio o lugar adecuado para contemplar el espectáculo.

El incendio devoraba todos los barrios, unos tras otros. No podía negarse que lo provocaban manos criminales, porque a cada momento se le veía estallar en nuevos y apartados lugares. De las siete colinas en que estaba asentada Roma, descendían al mismo tiempo ríos de fuego, que arrasaban en contados minutos las construcciones de cinco y de seis pisos, las chozas de madera, los anfiteatros, los almacenes de víveres, de ropas y de combustibles. En tales puntos, como el fuego hallaba materias muy inflamables, se producía una serie de explosiones, y el incendio se propagaba con rapidez.

La gente acampada fuera de la ciudad, distinguía ya, por el color de las llamaradas, las mercancías que se quemaban. Imprevistas ráfagas de chispas, que se levantaban de aque-

lla fragua inmensa, simulaban un enjambre de fulgurantes mariposas, que caían, después, en lluvia de rubíes.

Era tarea inútil pretender cortarle el paso al voraz elemento; y la angustia crecía en los espíritus, minuto a minuto. Mientras los habitantes de la ciudad la abandonaban, millares de agricultores y pastores semisalvajes de la campiña, entraban en Roma con la ilusión de saquear las casas incendiadas. Y a su vez, los esclavos, ansiosos de venganza, sólo esperaban que surgiera entre ellos un caudillo, que los condujese a la lucha contra sus amos.

Entretanto, el pueblo romano propalaba los más absurdos rumores: Se afirmaba que los dioses habían incendiado la ciudad; que Nerón, enloquecido, había dado orden de pasar a cuchillo a la población; y no faltaban quienes asegurasen que habían visto en las calles leones con las melenas inflamadas, y elefantes y búfalos que, furiosos, atropellaban a la muchedumbre. Sin embargo, aunque el populacho daba más crédito a estas y otras fantásticas suposiciones, los más cultos y perspicaces creían que era Nerón quien, para satisfacer sus perversos instintos, había resuelto la destrucción de Roma por el fuego.

Recomendamos la lectura de su novela histórica "¿Quo Vadis?".

PALABRAS Y GIROS: *Púrpura*: rojo. — *Incandescente*: enrojecido por la acción del fuego. — *Ciudad soberana*: ciudad dueña, la que domina. — *Fulgor*: resplandor, brillo. — *Circundante*: que rodea. — *Acueducto*: conducto artificial para el agua. — *Vertiente*: que vierte, sitio por donde corre el agua. — *Arrasaban*: destruían. — *Anfiteatro*: circo. — *Viveres*: provisiones de boca, comestibles. — *Fulgurantes*: resplandecientes, brillantes. — *Caudillo*: el que guía, jefe. — *Propalaba*: divulgaba. — *Absurdos*: disparatados, extravagantes. — *Populacho*: pueblo bajo, plebe. — *Daba más crédito*: creía más. — *Perspicaces*: los que tienen capacidad para analizar y comprender. — *Perversos instintos*: mala índole, predisposición para hacer mal.

AQUEL HERMOSO LODO

POR ENRIQUE LASSERRE.

Escritor. Francés. Contemporáneo.

Cuentan que un día se realizaba una fiesta en un palacio imperial.

En las paredes de las magníficas salas veíanse hermosos tapices y soberbios cuadros, ante los cuales pasaban, con sus brillantes uniformes, los militares y los marinos que iban y venían en torno del Emperador.

Sobre una mullida alfombra, y entre maravillosos juguetes, el pequeño príncipe heredero, recibía los agasajos de las perfumadas y dichosas damas de la corte.

Produciendo penoso contraste con estos esplendores, se distinguían, a través de las ventanas, algunos pilluelos que jugaban, revolcándose alegremente en el lodo de la calle.

El augusto niño estaba triste, excitado, descontento.

—¿Qué tienes? — le preguntó su padre, aproximándose.

—Todo esto me fastidia . . . — dijo el príncipe, señalando las obras maestras de la pintura que cubrían los muros.

—Todo eso, hijo mío, es el arte . . . — repuso el Emperador.

—Todo esto me fastidia . . . — repitió la caprichosa criatura, señalando a los militares y a los marinos que paseaban de un extremo a otro del salón

—Todo eso es la gloria . . . — replicóle su padre.

—Todo esto me fastidia . . . — insistió aún el pequeño, mientras con el índice apuntaba a las damas que se inclinaban cariñosamente hacia él.

—Todo eso es la belleza, querido . . . — le respondió el Emperador.

Y, como advirtiera que los infantiles ojos iban llenándose de lágrimas, el César omnipotente le preguntó con tierna inquietud:

—¿Qué quieres, pequeño desconforme?

—Padre — dijo el chiquillo, tendiendo el brazo hacia la calle —, yo también quisiera ir a revolcarme en aquel hermoso lodo . . .

¡Ay, cuántos hombres, en mitad de los esplendores del mundo, sueñan con ir a revolcarse en el lodo! ¡Tan insensibles como este niño a la belleza, al arte y a la gloria, sienten la necesidad de lo inmundo, la nostalgia del fango!

EJ. DE LECTURA: Leer dando forma directa a las expresiones figuradas.

EJ. DE LENGUAJE: Citar las palabras y expresiones sinónimas de las que se emplean en el texto.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Recitar las dos exclamaciones finales.

PALABRAS Y GIROS: *Palacio imperial*: palacio del Emperador. — *Mullida*: blanda. — *Agasajos*: muestras de afecto. — *Corte*: conjunto de personas que rodean a los monarcas. — *Contraste*: oposición. — *Esplendores*: riquezas, hermosuras, resplandores. — *Augusto*: de alto origen, hijo del César. — *Excitado*: nervioso, fuera de sí. — *Fastidia*: enfada, disgusta, molesta. — *Omnipotente*: que todo lo puedè. — *Desconforme*: que nada le satisface, que nada le agrada. — *Insensibles*: que no sienten, que no aprecian. — *Inmundo*: sucio, asqueroso, impuro.

EL INCENDIO

I.—ENTRE EL FUEGO.

POR EDMUNDO DE AMICIS.
Escrítor. Italiano, Contemporáneo.

Esta mañana yo había terminado de copiar mi parte del cuento "De los Apeninos a los Andes", y estaba buscando un tema para la composición libre que nos mandó hacer el maestro, cuando oí unas voces desconocidas en la escalera, y poco después entraron en casa dos bomberos, que le pidieron permiso a mi papá para revisar las chimeneas, porque se estaba quemando un hollinero en el techo, y no se sabía de qué departamento era. Papá les dijo: — Pasen, pasen; — y, aunque no teníamos fuego encendido en ninguna parte, ellos empezaron a dar vueltas por todas las piezas y a poner el oído en las paredes, para escuchar si el fuego hacía ruido en los conductos del humo que van a los otros pisos de la casa.

Y, mientras andaban por las habitaciones, papá me dijo: — Enrique, ahí tienes un tema para tu composición: los bomberos. Prueba de escribir lo que te voy a contar. Yo los vi trabajar hace dos años, una noche que salía del teatro Coliseo, a hora avanzada. Doblando por Libertad, vi una luz extraña, y una ola de gente que corría: se quemaba una casa; lenguas de fuego y nubes de humo escapaban de las ventanas y del techo; hombres y mujeres aparecían, en los balcones, y desaparecían, lanzando gritos de desesperación; delante de la puerta había un gran tumulto; la gente gritaba: ¡Se queman vivos! ¡Socorro! ¡Los bomberos!

Llegó en aquel momento una autobomba, de la cual saltaron ocho bomberos, la guardia del puesto más cercano, y se precipitaron dentro de la casa. Apenas habían entrado, se vió algo espantoso: una mujer se asomó a un balcón del tercer piso, gritando desesperadamente; se aferró a la baranda, se montó sobre ella, y quedó así agarrada, casi suspendida en el vacío, con la espalda hacia afuera, encogida bajo el humo y las llamas que, huyendo de la habitación, casi le lamían la cabeza.

La multitud lanzó un grito de horror. Los bomberos, detenidos, por equivocación, en el segundo piso, cuyos moradores estaban aterrados, ya habían abierto un boquete en un muro y se habían precipitado en una habitación, cuando cien gritos les advirtieron: ¡Al tercer piso! ¡Al tercer piso!

Volaron al tercer piso. Aquello era una ruina infernal: vigas del techo que se caían, corredores llenos de llamas, un humo que sofocaba. Para llegar a las habitaciones donde habían quedado encerrados los inquilinos, no quedaba por donde pasar si no era por el techo. Se lanzaron hacia él inmediatamente, y, un minuto después, se vió una especie de fantasma negro que saltaba sobre la azotea, entre el humo. Era el cabo, el que había acudido primero. Pero, para ir a la parte del techo que correspondía al departamento rodeado por el fuego, tenía que pasar por un estrechísimo espacio, comprendido entre una claraboya y la canaleta de desagüe; todo el resto ardía, y en aquel pequeño espacio el techo era muy inclinado y no había donde agarrarse.

—¡Es imposible que pase! — gritaba la gente de abajo.

El cabo se adelantó sobre el borde del techo; — todos temblaron, y se quedaron mirando, sin atreverse a respirar: — ¡pasó!

Un inmenso ¡hurra! subió hasta el cielo.

Recomendamos la lectura de su libro: "Corazón".

EL INCENDIO

II.—EL CABO ROBBINO.

POR EDMUNDO DE AMICIS.
Escritor. Italiano, Contemporáneo.

El cabo reanudó la carrera, y al llegar al sitio amenazado, empezó a romper con furia, a golpes de hacha, tejas, vigas, alfajías, para abrir un boquete por donde bajar adentro. Entretanto la mujer seguía siempre suspendida fuera del balcón; el fuego se arremolinaba sobre su cabeza; un minuto más, y habría caído a la calle.

El boquete quedó abierto: se vió al cabo desprenderse la soga que llevaba a la cintura, y bajar; los otros bomberos, que ya lo habían alcanzado, lo siguieron. En el mismo instante, una altísima escalera automática, llegada entonces, se apoyó en la cornisa del techo, delante de las ventanas por donde salían llamas y gritos de terror. Pero todos creían que ya era tarde.

—¡Ya no se salva nadie! — gritaban. — ¡Los bomberos se queman vivos! ¡Se acabó! ¡Han muerto!

De repente, se vió aparecer, en el balcón del tercer piso, la figura negra del cabo, iluminada de arriba abajo por las llamas; la mujer se le prendió del cuello: él la agarró con los dos brazos, la levantó en peso, y la metió en la habitación.

La muchedumbre dió un grito de mil voces.

¡Pero, y los otros? ¡Y para bajar? La escalera, apoyada en el techo, delante de otro balcón, estaba a alguna distancia de la baranda. ¡Cómo la alcanzarían? Mientras la gente de-

cía esto, uno de los bomberos salió al balcón, puso el pie derecho sobre la baranda y el izquierdo en la escalera, y así, de pie en el aire, abrazaba uno por uno a los inquilinos que le entregaban de adentro, y se los iba pasando a un compañero, que había subido desde la calle, y que, asegurándolos bien en los peldaños, los hacía descender uno tras otro, ayudados por otros bomberos de abajo. Bajó, primero, la mujer del tercer piso, luego una chica, otra mujer, un anciano. Todos estaban en salvo. Después del anciano, bajaron los bomberos que habían quedado adentro; el último en bajar fué el cabo, que había sido el primero en acudir. La gente los recibió a todos con grandes aplausos; pero, cuando apareció el último, el guía de los salvadores, aquel que había afrontado el abismo antes que todos los demás, aquel que hubiera muerto, si uno hubiera tenido que morir, la muchedumbre lo saludó como a un triunfador, gritando y tendiendo los brazos con admiración y gratitud, y en pocos minutos su oscuro nombre — José Robbino, — sonó en mil bocas...

—¿Has comprendido? Ese es coraje, el coraje del corazón, que no razona, que no vacila, que va derecho, ciego, fulminante, donde oye el grito del que muere. Te llevaré un día a ver los ejercicios de los bomberos, y te presentaré al cabo Robbino, porque estarás muy contento de conocerlo, ¿verdad?

Yo contesté que sí.

—Aquí lo tienes, — dijo papá.

Me dí vuelta como por un resorte. Los dos bomberos, terminada la inspección, atravesaban la pieza para salir. Papá me señaló al más bajo, que llevaba los galones, y me dijo:

—Estrecha la mano del cabo Robbino.

El cabo se detuvo y me tendió la mano, sonriendo: yo se la estreché; él me hizo la venia y salió.

—Y acuérdate bien, — me dijo papá — porque de los millares de manos que estrecharás en la vida, no habrá diez, quizá, que valgan lo que la suya.

DIÁLOGO GAUCHO

POR ESTANISLAO DEL CAMPO

Poeta. Argentino. Siglo XIX.

—Como a eso de la oración,
aura cuatro o cinco noches,
vide una fila de coches
contra el tiatro de Colón.
La gente en el corredor,
como hacienda amontonada,
pujaba desesperada
por llegar al mostrador.
Allí, a juerza de sudar,
y a punta de hombro y de codo,
hice, amigaso, de modo
que al fin me pude arrimar.
Cuando compré mi dentrada
y di güelta. . . ¡Cristo mío!
estaba pior el gentío
que una mar alborotada.
Era a causa de una vieja
que le había dao el mal. . .

—Y si es chico ese corral,
¿a qué encierran tanta oveja?

—Ahí verá: por fin, cuñao,
a juerza de arrempujón,
salí como mancarrón
que lo sueltan trasijao.

Mis botas nuevas quedaron
lo propio que picadillo,
y el fleco del calsoncillo
hilo a hilo me sacaron.
Y para colmo, cuñao,
de toda esta desventura,
el puñal, de la cintura,
me lo habían refalao.

—Algún gringo como luz
para la uña ha de haber sido.

—¡Y no haberlo yo sentido!
En fin, ya le hice la cruz.
Medio cansao y tristón
por la pérdida, dentré
y una escalera trepé
con ciento y un escalón.
Llegué a un alto, finalmente,
ande va la paisanada,
que era la última camada
en la estiba de la gente.
Ni bien me había sentao,
rompió de golpe la banda,
que detrás de una baranda
la habían acomodao.
Y ya también se corrió
un lienzo grande, de modo
que, a dentrar con flete y todo,
me avento, creameló.
Atrás de aquel cortinao,
un Dotor apareció,
que asegún oí decir yo,
era un tal Fausto, mentao.

—¿Dotor, dice? Coronel

de la otra banda, amigaso;
lo conozco a ese criollaso
por que he servido con él.

—Yo también lo conocí
pero el pobre ya murió;
¡bastantes veces montó
un *sdino* que yo le dí!
Dejeló al que está en el cielo,
que es otro Fausto el que digo,
pues bien puede haber, amigo,
dos burros del mismo pelo.

Recomendamos la lectura de su poema "Fausto" (Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo).

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, interpretarán el diálogo.

PALABRAS Y GIROS: *La oración*: el atardecer. — *Aura*: ahora. — *Pujaba*: se esforzaba. — *Trasijao*: rendido de cansancio. — *Refalao*: resbalado, robado sin sentir. — *Como luz para la uña*: hábil para robar. — *Ya le hice la cruz*: ya me resigné. — *Camada*: capa, serie horizontal. — *Estiba*: pila. — *La banda*: la orquesta. — *Un lienzo grande*: el telón. — *Flete*: el caballo. — *Me aventa*: me levanta en el aire. — *El doctor Fausto*: protagonista de la ópera "Fausto". — *Mentao*: nombrado. — *De la otra banda*: de la Banda Oriental, República del Uruguay. — *He servido con él*: estuve bajo sus órdenes en el ejército.

EL MAQUINISTA

I.—LA VIDA . . .

POR JOAQUÍN DICENTA

Dramaturgo. Español. Contemporáneo.

En pie sobre la plataforma de la locomotora, repartiendo con segura y experta mano, vida, calor y movimiento a este organismo de hierro y de cobre; apoyado en la manivela, atento; combinándolo, midiéndolo y previniéndolo todo, está el maquinista del tren en marcha, con los ojos puestos en el camino y la conciencia en el cumplimiento de su deber.

Este hombre robusto, de rostro ennegrecido, es el dueño del tren; a su voluntad y a su pericia se encomiendan vidas, equipajes y mercancías; la más pequeña falta que él cometa, puede hacer de esta mole rodante, ahora obediente y equilibrada, una masa ciega y destructora.

Porque sabe esto, porque aprecia su enorme responsabilidad, avanza el maquinista, inaccesible al sueño, a la distracción y al cansancio; azotado por la lluvia, sacudido por el huracán, tostándose de un lado y helándose del otro en invierno, y achicharrándose entero en el verano; firme en su sitio, atendiendo a los menores detalles, pues este es su doble deber de capitán y de piloto.

Esfuerzo gigantesco el de ese hombre a quien nadie, o casi nadie, considera, y a quien yo he visto ganar leguas y leguas envuelto por torbellinos de humo, respirando una atmósfera de hulla, y ansioso de recorrer el trayecto, a cuyo término lo aguardan una vivienda humilde, un lecho blando y unos brazos abiertos . . .

Así va y viene un día y otro por la misma ruta y con la misma locomotora, con iguales trabajos y con responsabilidades idénticas; el esfuerzo que hace a diario nada representa para él, ni nada representa para los otros; él está acostumbrado a realizarlo y los demás a vérselo realizar; él y su tarea entran en la serie de faenas y de seres extraordinarios que el hábito transforma en insignificantes y vulgares.

Pero, entre tantos días llega uno en que, mientras la máquina arrastra por los rieles vagones y vagones, el maquinista observa que en dirección contraria, por la estrecha vía que se extiende ante sus ojos, avanza, si el suceso ocurre de noche, un farol rojo, a cuya espalda se dibuja una masa confusa y negra, y, si el suceso ocurre de día, esa misma formidable masa negra, coronada por una nube de vapor.

¿De dónde procede aquel enemigo imprevisto? ¿Por qué se presenta delante de su tren? ¿Quién lo dirige en su contra? ¿Fue un error de salida? ¿Un aviso mal dado? ¿Una orden mal interpretada? ¿Un telegrama mal entendido? . . . El no lo sabe; no tiene tiempo de averiguarlo tampoco. No ve más que la inminencia del peligro; dos moles de metal y de madera avanzan la una sobre la otra con fatal empuje y van a chocar, a destruirse, a producir desesperación y muerte donde todo era, momentos antes, vida y regocijo.

EJ. DE LECTURA: Leer reemplazando en el texto las palabras y giros explicados.

PALABRAS Y GIROS: *Experta*: hábil, práctica. — *Previniéndolo*: evitándolo a tiempo. — *Pericia*: experiencia. — *Encomiendan*: confían. — *Mole*: bulto grande. — *Responsabilidad*: compromiso, carga moral. — *Inaccesible*: invencible. — *Piloto*: el que gobierna, guía. — *Torbellinos*: remolinos. — *Hulla*: carbón de piedra. — *Siniestramente*: horriblemente. — *Trayecto*: distancia de un punto a otro. — *Término*: último punto. — *Faenas*: trabajo. — *De dónde procede*: de dónde viene. — *Inminencia*: proximidad inmediata. — *Fatal empuje*: inevitable fuerza.

EL MAQUINISTA

II.—LA MUERTE...

POR JOAQUÍN DICENTA

Dramaturgo. Español. Contemporáneo.

La catástrofe con sus terribles consecuencias aparece delante del maquinista; y aparece inevitable, porque los trenes están muy próximos, porque no hay medio humano capaz de detenerlos.

El maquinista puede salvarse; bástale saltar de la máquina; él está acostumbrado a tales saltos y puede librar su vida a cambio de algunas contusiones; pero, ¿y los viajeros? ¿Y el tren confiado a su pericia? ¿Y el deber, que se le presenta en el espacio con gesto de mando y ademán imperioso? No, él no puede huir, no puede abandonar la máquina; debe luchar hasta el último trance, con riesgo seguro de su existencia, y no duda, no vacila; el hombre se convierte en héroe, aprieta la manivela con mano firme, hace prorrumpir al pito en gritos de alarma, da contravapor y sigue avanzando, avanzando siempre, mientras el contrario avanza también, practicando la misma maniobra y prorrumpiendo en iguales estridentes clamores.

Todo es inútil; las dos locomotoras están a cuatro metros de distancia. Se hace un último esfuerzo... inútil también... Las máquinas chocan con un pavoroso ruido de hierros que se parten, de ejes que se rompen, de calderas que estallan; los vagones, sorprendidos por el encuentro brutal, montan los unos sobre los otros para caer luego de golpe, deshechos,

abiertos, a un lado y a otro de los carriles; escuchándose por todas partes gritos de angustia, voces de socorro, lamentos, estertores de muerte, imprecaciones de rabia, . . .

La catástrofe se ha consumado, el desastre es un hecho. ¿Y el maquinista?

Allá, en la cuneta de la vía, pálido, ensangrentado, con los miembros rotos, con la cabeza aplastada, el pecho abierto y chorreando sangre, esclavo de su deber, muerto junto a su máquina, que agoniza con las ruedas en alto, la chimenea cegada y la caldera partida, arrojando torrentes de vapor y montones de brasas, últimos latidos de un corazón que se paraliza y últimos hálitos de unos pulmones que se ahogan.

Allí está el maquinista, el héroe anónimo, desconocido de todos, olvidado de todos también, que muere sin dejar recuerdos en la memoria de nadie, como no sea en la de aquellos que le esperan en su casa con el amor en el alma y los brazos abiertos de par en par.

EJ. DE LECTURA: Resumen oral, previa lectura en silencio.

EJ. DE LENGUAJE: Redactar una composición sobre "El capitán de un barco".

PALABRAS Y GIROS: *Catástrofe*: suceso fatal, desastre. — *Contusiones*: daño sencillo, leve lastimadura. — *Imperioso*: exigente. — *Tuñce*: dificultad, momento angustioso. — *Riesgo*: peligro. — *Prorrumpir*: estallar. — *Estridentes clamores*: fuertes gritos. — *Pavoroso*: que infunde miedo, que asusta. — *Carriles*: rieles. — *Estertores*: respiración ruidosa. — *Imprecaciones*: ruegos. — *Consumado*: cumplido. — *Cuneta*: zanja. — *Cegada*: cerrada, atascada. — *Anónimo*: sin nombre, desconocido. — *Hálitos*: alientos.

SOLIDARIDAD

VOR SELMA LAGERLOF
Novelista. Sueca. Contemporánea.

UN ANCIANO. — Ahora que, con el pan que me diste, he reparado mis fuerzas, escúchame, buena mujer . . .

LA MUJER. — Te escucho, amigo mío.

UN ANCIANO. — Cuando tú llegaste en mi auxilio, hacía ya mucho tiempo que el hambre me martirizaba y tenía el corazón lleno de odio hacia el enemigo que está destruyendo nuestros sembrados y nuestras ciudades . . . Era tan grande mi desesperación, que grité: ¡Maldito sea aquel que causó tanta desgracia! Pero, apenas tal cosa dije, me pareció que mi necia maldición recaía contra el mismo Dios que había permitido la guerra . . .

LA MUJER. — ¡Insensato!

UN ANCIANO. — Eso mismo me dije y, para que Dios perdonara mi horrendo pecado, le hice un ruego y una promesa . . .

LA MUJER. — ¿Qué le rogaste?

UN ANCIANO. — Que me mandara ese pedazo de pan con que tú acabas de salvarme la vida . . .

LA MUJER. — ¿Y qué le prometiste?

UN ANCIANO. — Agradecértelo a ti y agradecérselo, también, a cada uno de cuantos hubiesen contribuido a formar . . .

LA MUJER. — Pues ya puedes dar por cumplida buena parte de tu promesa, porque aquí veo llegar al panadero que me lo proporcionó . . .

UN ANCIANO. — Gracias, panadero, por haber tomado parte en la producción del pan que me salvó la vida . . .

EL PANADERO. — Aunque llevo muchos años en mi oficio, nadie me lo ha agradecido hasta ahora . . . ¿Es ésa, acaso, una nueva costumbre?

UN ANCIANO. — Yo he prometido a Dios agradeceréoslo a cada uno de los que contribuisteis a formar el pedazo de pan con que acabo de reconfortarme . . .

EL PANADERO. — Entonces, amigo mío, tendrás que visitar al maestro albañil que construyó mi horno, y al maestro carpintero que hizo mis bateas y mis palas, sin contar a los leñadores que me vendieron el combustible . . . Pero, aquí tienes a mi compadre, el molinero, sin cuya harina yo no hubiera podido hacer el pan . . .

UN ANCIANO. — ¡Gracias, gracias, molinero!, que con tu esfuerzo ayudaste a formar el pan que me salvó la vida . . .

EL MOLINERO. — ¡Vaya una idea, camarada! Si te pones tan fino, tendrás que pasártelo haciéndoles reverencias al constructor de mi molino, al artesano que pulió las piedras, y a los peones que se fatigaron llevando las bolsas, pues también merecen tu gratitud . . . Mas, como en vano tratarías de cumplir con todos, te aconsejo que saludes a éste, que bien puede ser su representante, y que no es otro que mi antiguo vecino, el chacarero. El me vendió el trigo sin el cual nunca hubiera dado harina mi molino . . .

UN ANCIANO. — Gracias, labriego, por la participación que tuviste en la producción del pan que me salvó la vida . . .

EL CHACARERO. — ¿No se te ocurre, si yo merezco tu gratitud sólo porque sembré y recogí ese puñado de trigo, que la merecen, en mayor medida aún, los anónimos mineros que arrancaron el hierro con que anónimos artesanos hicieron en las fábricas las máquinas agrícolas? Y, ¿no la merecen, tanto o más, los ingenieros que las in-

ventaron, y los bravos marinos que las condujeron a través de los mares, y los ferroviarios que las trajeron a través de las pampas?

UN ANCIANO. — ¡Es verdad! ¡Es verdad!

EL CHACARERO. — Como ves, buen hombre, lo que tú te has propuesto es muy hermoso pero irrealizable.

UN ANCIANO. — Entiendo: Jamás podría cumplir mi promesa en toda su grandiosa amplitud, pero, gracias a ella, ahora sé que nadie lleva sobre sí y por sí mismo, la responsabilidad o el honor de los hechos humanos, aunque sólo se trate de algo tan sencillo, como lo es en apariencia, la producción del pan. ¡Benditos sean aquellos que trabajan! ¡Benditos sean, porque su esfuerzo solidario, hace que no nos falte jamás el pan de cada día!

Recomendamos la lectura de sus obras: "El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia" y "Leyendas de Cristo".

EJ. DE LECTURA: Leer omitiendo los nombres de los personajes a fin de que se los distinga por la voz.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, interpretarán esta escena.

PALABRAS Y GIROS: *Solidaridad*: reunión de voluntades y de esfuerzos para el bien común. — *He reparado*: he recobrado. — *Necia*: imprudente. — *Recaía*: iba a dar. — *Insensato*: falto de razón. — *Horrendo*: horrible, que causa horror. — *Reconfortarme*: fortalecerme. — *Camarada*: compañero. — *Reverencias*: saludos, inclinaciones del cuerpo. — *Artesanos*: obreros. — *Anónimos*: desconocidos. — *Pampas*: llanuras. — *Irrealizable*: imposible de ejecutar. — *Amplitud*: extensión, alcance. — *Solidario*: asociado.

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

I.—EN VIAJE.

POR GUILLERMO RÓBERTSON
Historiador. Inglés. Siglo XVIII

El primer día de octubre, halló Colón, por sus cálculos, que se encontraba a setecientas setenta leguas al oeste de las islas Canarias; mas, temiendo que sus compañeros se espantasen al saber el largo camino que llevaban ya andado, les dijo que sólo estaban a quinientas ochenta y cuatro; y felizmente para el almirante, ni su piloto ni los otros tenían suficiente instrucción para conocer el engaño. Tres semanas hacía que estaban en el mar, siempre avanzando en la misma dirección sin ver tierra alguna, a pesar de haber hecho más que todos los navegantes anteriores. Sus pronósticos de descubrimientos, basados en el vuelo de los pájaros y en otras circunstancias, habían fallado; las esperanzas de hallar tierra, engaño conque Colón entretenía a sus subordinados, o que su propia credulidad les inspiraba, se habían desvanecido, pues, por el contrario, parecía que se alejaban más que nunca; estas reflexiones se hacían frecuentemente aquellos hombres que no tenían otra ocupación ni otro tema de que hablar; el pesimismo se comunicó primero entre los más ignorantes, pero, pasando gradualmente a los más instruídos, el terror se adueñó de tímidos y resueltos. De las sordas murmuraciones se pasó muy pronto a las quejas en voz alta, y no tardó en estallar la sublevación. Clamaron contra sus soberanos que habían confiado en las vanas promesas y en las atrevidas suposiciones de un misera-

ble extranjero, para arriesgar la existencia de sus vasallos en busca de una ilusión: declararon que habían cumplido plenamente sus compromisos, adelantándose tanto en un derrotero cuyo término era desconocido, y que no podría jamás decirse mal de ellos por no haber querido seguir más tiempo a un aventurero que les conducía a ciegas y a una pérdida segura; que era necesario volver atrás, mientras los barcos estaban en condiciones de sufrir el choque de las aguas; y anunciaron, al mismo tiempo, el temor que los afligía de que la vuelta resultase imposible, porque el viento, favorable hasta entonces, necesariamente se opondría a la navegación en sentido contrario.

Colón comprendió perfectamente el peligro que corría. Había notado con dolor, los funestos efectos de la ignorancia y del temor en el ánimo de sus tripulantes, y veía la rebelión próxima a estallar; conservó, sin embargo, la serenidad y fingió ignorarlo todo. A pesar de la agitación e inquietud de su espíritu, mostró siempre alegre semblante, y simuló la satisfacción propia de un hombre que ve próximos sus triunfos. Algunas veces, se servía con maña de las insinuaciones y de las bromas para dulcificar las voluntades; otras, halagaba a los codiciosos, presentándoles, con magníficas frases, la fama y las riquezas que iban a lograr. En otros momentos se erguía, y les amenazaba con la indignación de Fernando e Isabel si no perseveraban en la empresa, cuyo objeto era extender la gloria de Dios y elevar el nombre español sobre todos. Estas gentes groseras, aún en medio de su terror y de su cólera, sentíanse dominadas por el almirante, y consentían en seguir obedeciéndole.

A medida que avanzaban, las apariencias de la proximidad de la tierra parecían más ciertas y hacían las esperanzas más vivas. Y, además, vieron algunas bandadas de pájaros . . .

PALABRAS Y GIROS: *Pronósticos*: previsiones. — *Pesimismo*: desesperanza. — *Funestos*: dañosos. — *Perseveraban*: continuaban.

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

II.—¡TIERRA!

POR GUILLERMO RÓBERTSON
Historiador, Inglés, Siglo XVIII

Signos claros y repetidos con frecuencia anunciaban la tierra; hacía algunos días que la sonda tocaba fondo, y traía materias orgánicas que confirmaban este indicio. La Pinta divisó una caña que flotaba y parecía cortada recientemente, las gentes de La Niña pescaron una rama que tenía frutos frescos. Colón estaba tan persuadido por todas estas señales de la proximidad de la tierra, que en la tarde del 11 de octubre, mandó asegurar todas las velas, poner las tres naves al paio, y velar toda la noche, temiendo que fueran arrojadas sobre la costa. En estos momentos de angustiosa espera, nadie cerró los ojos; todos permanecieron sobre cubierta, con la vista fija en la parte por donde esperaban descubrir esta tierra deseada durante tan larga travesía.

Como a las diez de la noche, estando Colón en el castillo de proa, observó una luz a cierta distancia, y, llamando aparte a Pedro Gutiérrez, paje de la reina, se la hizo ver. Gutiérrez la distinguió perfectamente y, mostrándosela a Salcedo, comisario de la escuadra, los tres reconocieron que se movía, como si fuese llevada de una parte a otra. Un poco después de media noche, se oyó gritar: ¡Tierra!, a la gente de La Pinta, que siempre iba delante. Al aclarar, se vió, a dos leguas al norte, una isla llana y verde.

La tripulación de La Pinta comenzó a cantar el Te Deum

para dar gracias a Dios, y los marineros de las otras dos naves los imitaron. La acción de gracias que ofrecieron al cielo, entre lágrimas y mutuas felicitaciones, fué seguida de la reparación que debían al comandante: todos se arrojaron a los pies de Colón, manifestándole su arrepentimiento y su respeto; pidieronle perdón de su ignorancia, incredulidad e insolencia, y, pasando finalmente de un extremo a otro, vieron, en el hombre a quien poco antes amenazaban, un enviado del cielo, una criatura inspirada por Dios mismo, para cumplir un propósito superior a las ideas de todos los siglos anteriores.

Al salir el sol, todas las chalupas, armadas, y repletas de hombres, se adelantaron hacia la isla con gran aparato militar: banderas y músicas. A medida que se acercaban a la costa, cubriase de nativos atraídos por la novedad del espectáculo, los cuales, con gestos y ademanes, demostraban admiración y asombro ante aquellos extraordinarios seres y objetos que se presentaban a su vista.

Colón fué el primer europeo que puso el pie en el Mundo que acababa de descubrir: desembarcó ricamente vestido, espada en mano, y seguido de su comitiva; todos besaron la tierra por la que suspiraran tanto tiempo, alzaron un crucifijo y, arrodillándose ante él, dieron gracias a Dios por el feliz éxito de su viaje, y, en seguida, tomaron solemne posesión del país en nombre de la corona de Castilla y de León, con toda la pompa que acostumbraban a usar los portugueses en sus descubrimientos.

PALABRAS Y GIROS: *Indicio*: que indica. — *Sonda*: aparato que sirve para medir la profundidad de las aguas. — *Persuadido*: convencido. — *Al paio*: estar quietas las naves con las velas tendidas. — *Castillo de proa*: parte de la cubierta alta o principal del buque, entre el palo trinquete y la proa, esto es en la parte delantera del barco. — *Paje de la reina*: persona al servicio inmediato de la reina. — *Un designio*: un propósito.

DEL HUMORISMO.

AVENTURA DEL BARÓN DE MUNCHHAUSEN

POR RODOLFO ERIC RASPE
Humorista. Alemán. Siglo XVIII

A pesar de mi valor y de la agilidad de mi caballo, tuve la desgracia de verme convertido en esclavo del Sultán; caí prisionero en manos de los turcos.

Sin tomar en cuenta la importancia de mi persona me impusieron la obligación de cuidar las abejas del Sultán; mi tarea consistía en llevarlas al campo, cuidarlas el día entero, y arrearlas al anochecer para que durmieran en sus colmenas.

Una tarde, dos osos pretendieron despanzurrar a una de las abejas para arrebatarle la miel, y, como no tenía otra arma, les arrojé el hacha de plata con que, en Turquía, se distinguen los servidores del Sultán.

Ante mi valiente actitud, los golosos agresores abandonaron su empresa, pero, aunque la abeja no sufrió daño alguno, no por eso concluyó mi aflicción: ¡había perdido el hacha! ¡La había arrojado con tanta fuerza, que, hendiendo el espacio, había ido a clavarse en la luna!

¿Dónde encontrar una escalera para recobrarla?

Entonces recordé que el guisante de Turquía adquiere rápidamente un extraordinario desarrollo, y, sin pérdida de tiempo, planté uno, que brotó y creció en un abrir y cerrar de ojos. Empleando el sencillo método con que se remontan los barriletes, dirigí la ascensión de su tallo, que terminó por ir a enroscarse en uno de los cuernos de la luna. Subí inmediatamente por aquella flexible escalera, pero, cuando estuve en la

luna, me pareció imposible encontrar mi hacha, pues cuanto me rodeaba era de plata como ella.

Sin embargo, tuve la suerte de encontrarla.

Y me dispuse a regresar a la tierra. Pero, ¡oh desesperación!, el sol, entretanto, había marchitado el tallo del guisante. . . ¡Era imposible descender por él!

¿Qué hacer en semejante situación?

Contemplando los metálicos yuyos lunares resolví hacer con ellos una cuerda, y cuando tuve lista una trenza de cierta longitud, até uno de los extremos a un cuerno de la luna y descendí hasta el extremo colgante, sosteniéndome con la mano derecha y llevando el hacha en la izquierda. Luego, corté la cuerda por encima de mi cabeza y volví a anudarla al cabo inferior, operación que repetí, tantas veces como fué necesario, hasta encontrarme, más o menos, a unos diez mil metros del nivel de la tierra.

Mas, ¡oh desgracia!, la trenza se rompió de pronto y, atravesando las nubes como un bólido, fuí a clavarme de cabeza en la tierra, sepultándome en sus entrañas. El hacha me sirvió entonces para abrirme paso hasta la superficie; felizmente llegué aún con el tiempo necesario para conducir a las abejas hasta sus colmenas.

Recomendamos la lectura de su obra: "Aventuras del Barón de Munchhausen".

EJ. DE LECTURA: Leer en tercera persona del singular.

EJ. DE LENGUAJE: Redactar una aventura cómica.

PALABRAS Y GIROS: *Sultán*: emperador de los turcos. — *Despanzurrar*: abrir la panza. — *Agresores*: los que atacan. — *Aflicción*: desesperación. — *Hendiendo*: abriendo. — *Ascensión*: acción de subir. — *Flexible*: que se dobla. — *Bólido*: masa mineral inflamada que atraviesa velozmente la atmósfera.

DE "MARTÍN FIERRO"

I.—CONSEJOS DE MARTÍN FIERRO

POR JOSÉ HERNÁNDEZ
Escritor. Argentino. Siglo XIX.

*Un padre que da consejos
más que padre es un amigo.
Así como tal les digo
que vivan con precaución:
nadies sabe en qué rincón
se oculta el que es su enemigo.*

*Yo nunca tuve otra escuela
que una vida desgraciada:
no extrañen si en la jugada
alguna vez me equivoco,
pues debe saber muy poco
aquel que no aprendió nada.*

*Hay hombres que de su cencia
tienen la cabeza llena;
hay sabios de todas menas;
mas digo sin ser muy ducho:
es mejor que aprender mucho
el aprender cosas güenas.*

*No aprovechan los trabajos
si no han de enseñarnos nada.
El hombre, de una mirada,
todo ha de verlo al momento.
El primer conocimiento
es conocer cuando enfada.*

Su esperanza no la cifren
nunca en corazón alguno;
en el mayor infortunio,
pongan su confianza en Dios;
de los hombres, sólo en uno;
con gran precaución en dos.

Las faltas no tienen límites
como tienen los terrenos;
se encuentran en los más güenos,
y es justo que los prevenga:
aquel que defetos tenga,
disimule los ajenos.

Al que es amigo, jamás
lo dejen en la estacada;
pero no le pidan nada
ni lo aguarden todo de él.
Siempre el amigo más fiel
es una conduta honrada.

Ni el miedo ni la codicia
es güeno que a uno lo asalten;
ansí, no se sobresalten
por los bienes que perezcan.
Al rico nunca le ofrezcan
y al pobre jamás le falten.

Bien lo pasa hasta entre pampas
el que respeta a la gente.
El hombre ha de ser prudente
para librarse de enojos;
cauteloso entre los flojos,
moderao entre valientes.

El trabajar es la ley,
porque es preciso alquirit.
No se expongan a sufrir
una triste situación:

sangra mucho el corazón
del que tiene que pedir.

Debe trabajar el hombre
para ganarse su pan;
pues la miseria en su afán
de perseguir de mil modos,
llama en la puerta de todos
y entra en la del haragán.

A ningún hombre amenacen,
porque naides se acobarda.
Poco en conocerlo tarda
quien amenaza imprudente:
que hay un peligro presente
y otro peligro que aguarda.

Para vencer un peligro,
salvar de cualquier abismo,
por experiencia lo afirmo:
más que el sable y que la lanza,
suele servir la confianza
que el hombre tiene en sí mismo.

Recomendamos la lectura de "Martín Fierro", especialmente la edición corregida y anotada por Santiago M. Lugones.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Recitar partes de la lectura.

PALABRAS Y GIROS: *Hay sabios de todas menas*: hay sabios de todas medidas, de todas clases. — *Ducho*: experimentado. — *Enfada*: disgusta. — *Cifren*: basen. — *En la estacada*: en la dificultad, en el peligro. — *Los bienes que perezcan*: los bienes pasajeros, que se ganan y se pierden. — *Entre pampas*: entre indios. — *Cauteloso*: precavido, cuidadoso, reservado. — *Alquirit*: hacer fondos, tener algo propio. — *Diligente*: activo.

DE "MARTÍN FIERRO"

II.—CONSEJOS DE MARTÍN FIERRO

POR JOSÉ HERNÁNDEZ
Escritor. Argentino. Siglo XIX.

*Nace el hombre con la astucia
que ha de servirle de guía.
Sin ella sucumbiría;
pero según mi experiencia,
se vuelve en unos prudencia
y en los otros picardía.*

*Aprovecha la ocasión
el hombre que es diligente;
y tenganlo bien presente,
si al compararla no yerro:
la ocasión es como el fierro:
se ha de machacar caliente.*

*Muchas cosas pierde el hombre
que a veces las vuelve a hallar;
pero les debo enseñar,
y es güeno que lo recuerden:
si la vergüenza se pierde,
jamás se vuelve a encontrar.*

*Los hermanos sean unidos,
porque esa es la ley primera;
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea,
porque si entre ellos pelean,
los devoran los de ajuera.*

*Respeten a los ancianos;
el burlarlos no es hazaña.
Si andan entre gente extraña,
deben ser muy precavidos,
pues por igual es tenido
quien con malos se acompaña.*

*La cigüeña, cuando es vieja,
pierde la vista, y procuran
cuidarla en su edá madura
todas sus hijas pequeñas.
Apriendan de las cigüeñas
este ejemplo de ternura.*

*Si les hacen una ofensa,
aunque la echen en olvido,
vivan siempre prevenidos;
pues ciertamente sucede
que hablará muy mal de ustedes
aquel que los ha ofendido.*

*El que obedeciendo vive
nunca tiene suerte blanda;
mas con su soberbia agranda
el rigor en que padece.
Obedezca el que obedece,
y será güeno el que manda.*

*Procuren de no perder
ni el tiempo ni la vergüenza.
Como todo hombre que piensa,
procedan siempre con juicio;
y sepan que ningún vicio
acaba donde comienza.*

*Ave de pico encorvado,
le tiene al robo afición;
pero el hombre de razón
no roba jamás un cobre,*

pues no es vergüenza ser pobre
y es vergüenza ser ladrón.

El hombre no mate al hombre
ni pelé por fantasía.
Tiene en la desgracia mía
un espejo en que mirarse.
Saber el hombre guardarse
es la gran sabiduría.

La sangre que se redama
no se olvida hasta la muerte.
La impresión es de tal suerte,
que a mi pesar, no lo niego,
cái como gotas de fuego
en la alma del que la vierte.

Es siempre, en toda ocasión,
el trago el pior enemigo.
Con cariño se lo digo,
recuérdelo con cuidado:
aquel que ofiende embriagado
merece doble castigo.

Si se arma algún revolutis,
siempre han de ser los primeros.
No se muestren altaneros,
aunque la razón les sobre:
en la barba de los pobres
aprienden pa ser barberos.

Procuren, si son cantores,
el cantar con sentimiento;
no tiemplen el instrumento
por sólo el gusto de hablar,
y acostumbrense a cantar
en cosas de jundamento.

Y les doy estos consejos
que me ha costado alquiritlos,

porque deseo dirigirlos;
pero no alcanza mi cencia
hasta darles la prudencia
que precisan pa seguirlos.

Estas cosas y otras muchas
medité en mis soledades.
Sepan que no hay falsedades
ni error en estos consejos:
es de la boca del viejo
de ande salen las verdades.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Recitar partes de la lectura.

PALABRAS Y GIROS: *Los de ajuera*: los extraños. — *Precauidos*: prevenidos. — *Ni pelé por fantasia*: ni pelée por gusto, por lucirse. — *El trago*: el alcohol. — *Revolutis*: desorden, riña.— *En la barba de los pobres aprienden pa ser barberos*: con los pobres no se tiene consideración.

EL ASADOR

POR PEDRO INCHAUSPE

En ese tiempo — el de mis doce años, — yo trabajaba, como marucho, en una tropa de carros que iba para Bolivia. En el norte argentino se llama marucho al chico que cuida las mulas cuando se las suelta para acampar. Mejor dicho, yo no era sólo eso, porque también estaba encargado de los pertrechos de viaje y de las municiones de boca. En mi carguero, pues, se mezclaban desde la damajuana de caña, excelente remedio para el frío, hasta el asador, tan necesario para preparar nuestra comida diaria.

Resultó que, un día, yendo camino de La Quiaca, comprobé la desaparición del asador, perdido durante la marcha u olvidado en el campamento que acabábamos de abandonar.

Me afligió muchísimo, pues el capataz me dió unos rebencazos, bien merecidos por cierto, y ofreció aumentarme la ración de lonja, si, para la hora del almuerzo, no tenía listo el churrasco.

Inmediatamente recorrí el campo, buscando algo que pudiera servirme para el caso. Como el día anterior había nevado mucho, hacía un frío que cortaba la respiración.

De pronto, con la alegría que es de imaginar, encontré una hermosa varilla de hierro; algo así era lo que andaba buscando.

Tranquilizado ya, ensarté la carne en la varilla y, después de ponerla al fuego, me fuí a vigilar a los burritos y a las mulas que estaban pastando.

Al cabo de una media hora, regresé, con intención de dar vuelta el asado, pero no lo encontré; había desaparecido.

Me desesperé, imaginando que algún animal hambriento se habría llevado la carne, alzándose con asador y todo, y durante largos minutos seguí el rastro que descubrí en el suelo.

Cuando menos lo pensaba, alcancé a ver asado y asador moviéndose entre los yuyos, como si el diablo los animase.

Me acerqué para recobrar la carne, pero retrocedí de golpe, con un susto mayúsculo, pues, junto a ella, distinguí un viborón capaz de hacer temblar al más valiente.

Entonces, comprendí que había confundido a una víbora helada con una varilla de hierro, y, ¡claro!, el animalito, al reanimarse por efecto del fuego, se había alzado con la carne.

EJ. DE LECTURA: Leer en tiempo presente.

PALABRAS Y GIROS: *Acampar*: hacer campamento, detenerse a descansar. — *Carguero*: animal que lleva la carga. — *Munición de boca*: comestibles y bebidas. — *Campamento*: instalación eventual. — *La ración de lonja*: el castigo. — *Enserté*: atravesé, espeté. — *Los animase*: les diese vida. — *Se había alzado*: había robado.

LOS JARDINES DEL JAPÓN

I.—PEQUEÑEZ APARENTE Y REAL GRANDEZA.

POR ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Escritor y periodista. Guatemalteco. Contemporáneo.

En realidad, los japoneses viven entre los árboles. Sus casas no son sino cajas de madera sin muros. Un tabique de papel separa las habitaciones del patio interior. En el día, ese tabique se corre y la casa entera se convierte en mirador completamente abierto. Así, desde que se levantan hasta que se acuestan, hombres, mujeres y niños tienen ante la vista el panorama delicioso de un paisaje célebre. Porque, lo que yo llamo patio interior, es, en realidad, un jardín a la moda del país, una reproducción, en diminutas proporciones, de algún rinconcillo de la montaña o algún parque famoso.

Para los que venimos de Occidente: de América, de Europa o de Africa, la primera impresión es de extrañeza. Tanto arte, tanta minuciosidad, nos desconcierta. La imagen ridícula y deliciosa de los jardines de Navidad acude a nuestra memoria. Mas, en cuanto comenzamos a comprender, en cuanto vemos que en esa pequeñez aparente hay una real grandeza evocadora, la admiración reemplaza al asombro. Con una maestría que iguala a la de los escultores de figulinas en marfil, el jardinero poeta ha colocado, ante una peña musgosa que simula un fondo de montaña, los mismos árboles, las mismas cascadas, los mismos precipicios que existen en el paisaje modelo. Para eso sirven esos pinos y aquellos robles centenarios que apenas tienen cincuenta centímetros de alto,

y que tanto entusiasmo provocaron cuando el jardinero Hato Wasuké los dió a conocer, a los europeos, en el pabellón japonés de la Exposición Universal, que se realizó en París en el año 1889. "Era — dice un escritor de la época —, como una floresta bebé de centenarios arbustos que se estiraban en serpentinadas ramificaciones, que se redondeaban en armoniosa forma y que daban una sombra, tan verdadera, que se hacía necesario arrancarse a los ensueños religiosos para convencerse de que no se estaba en una selva de Liliput, en un Líbano en miniatura."

Sí; estos arbolillos tan raros en Occidente y tan comunes, tan populares en el Japón, sirven para dar, en un espacio reducidísimo, sensaciones de grandeza natural. Y para eso sirven, también, las piedras de formas singulares que vemos en las tiendas de los floricultores. Para eso, en fin, la canalización complicada que hace subir el agua desde el río. Y la perfección del conjunto es tal, que un conocedor cualquiera puede, después de una rápida ojeada, decir dónde se encuentra el original del jardincillo.

EJ. DE LENGUAJE: Expresar las formas diminutivas de algunos sustantivos incluidos en la lección.

PALABRAS Y GIROS: *Muros*: paredes. — *Mirador*: pabellón abierto. — *Diminutas*: minúsculas, muy pequeñas. — *Minuciosidad*: escrupulosidad. — *Evocadora*: que hace recordar. — *Serpentinadas*: retorcidas.

LOS JARDINES DEL JAPÓN

II.—SÍMBOLOS Y EVOCACIONES.

POR ENRIQUE GÓMEZ CARRILLO

Escritor y periodista. Guatemalteco, Contemporáneo.

En sus grandes jardines nacionales, los japoneses no se contentan siempre con reproducir paisajes célebres. Muy a menudo los árboles, las flores, las piedras y las aguas constituyen, en su sabia ordenación, representaciones poéticas o recuerdos religiosos. Los nativos escuchan, entre las verdores, la voz antigua de su raza. En donde nosotros sólo vemos frescura, gracia, color, los japoneses creyentes encuentran recuerdos santos. Un islote artificial en que admiramos las flores raras, es, para quien sabe las tradiciones del país, la cuna de un dios o de un héroe, y un estanque, poblado de lotos, representa el rostro glorioso de una emperatriz. El Jardín del Arsenal, en Tokio, que tiene por fondo una verde playa del mar interior, es una lección de heroísmo para los entendidos. Las sombras de dos guerreros, que después de la derrota de sus jefes se dejaron morir de hambre, por no comer el arroz que crecía en las tierras ocupadas por sus enemigos, vagan por boscajes llenos de frutos espléndidos. Otro jardín célebre es aquel que nos habla del poder de la palabra santa. Más que un jardín, parece un campo de altas piedras que un viento formidable hubiera inclinado hacia adelante. Sus árboles son raros. Pero, en esa misma sequedad, está su encanto espiritual. La leyenda que lo inspiró dice que, cierta tarde, un sacerdote budista, lleno de tristeza ante las piedras, detú-

vose a explicarles la doctrina santa, con tal emoción, con tal ardor, que, poco a poco, los más grandes pedruscos fueron inclinándose hacia él para oírlo mejor.

¿Será este, el origen del gran entusiasmo que los jardineros japoneses tienen por las piedras como elementos decorativos?

Todos los occidentales nos hacemos esta pregunta al ver que un pedazo cualquiera de granito, cubierto de musgo, tiene, en los parques del Japón, tanta importancia como la más bella planta florida o el más lindo loto abierto. Pero es probable que, lejos de venir el entusiasmo de la leyenda, la leyenda venga del entusiasmo. A cada paso se encuentra, entre los árboles que rodean los templos, alguna piedra con historia. Aquí es un menhir de forma extraordinaria que tiene las virtudes de un Buda; allá una pizarra que cura los males ocultos; más lejos un basalto que hace milagros. Yo he visto muchos de esos fenómenos. Ante ninguno de ellos me he inclinado con fe. Mas, en cambio, he querido dirigir una sonrisa a la piedra célebre, — según la tradición popular, — que, habiendo recibido un puntapié del emperador O-Djin, se escapó llorando.

Recomendamos la lectura de su obra: "Por tierras lejanas".

PALABRAS Y GIROS: *Lotos*: ciertas hermosas flores. — *Menhir*: monumento antiguo que consiste en una piedra larga clavada en el suelo. — *Budista*: de Buda, uno de los dioses orientales. — *Leyenda*: tradición. — *Basalto*: una clase de piedra.

ESPLENDOR Y DESGRACIA DE LA ÚLTIMA REINA DE FRANCIA

I.—COMPADEZCÁMOSLA.

POR LUÍS ADOLFO THIERS
Historiador. Francés. Siglo XIX.

¡María Antonieta! ¡Cuán difícil juzgarla! Es una reina que pasa del palacio a la cárcel, del trono a la guillotina; una esposa que recibe, con su anillo de bodas, el reino más hermoso de su tiempo, y que, luego, recibe de manos del verdugo los crespones de la viudez; una princesa a quien se educó en la abundancia para la majestad, y a quien maltrataron y escupieron las multitudes airadas, hundiéndola en húmedos y oscuros calabozos; una madre que adoraba a sus hijos y que los vió arrancados de su regazo y convertidos en instrumentos de su proceso y de su deshonra; una joven hermosísima que creció entre el armiño y la púrpura para llegar a sufrir hambre y frío, coserse y remendarse la ropa, recoger los insultos más groseros, devorar las injurias más brutales, ir en una carreta al cadalso y mezclar sus huesos olvidados en la tierra común, en la fosa de la miseria, sin una oración y sin una lágrima; horrible tragedia la suya, horrible tragedia que exigiría, para ser referida en toda su desgarradora tristeza, los sollozos de Job y las lamentaciones de Jeremías, esos poetas plañideros de las majestades arruinadas y de las grandezas caídas.

Yo no he ido nunca a visitar los góticos calabozos de la Conserjería, sin imaginarme de inmediato a María Antonie-

ta en su cuna de oro puro y en su cadalso de ensangrentadas tablas; con su cuello de garza acariciado primero por los collares y luego por la cuchilla; con su vestido de terciopelo carmesí bordado de perlas y su harapiento sayal de tosca lana; en su Trianón, entre los cortesanos que la adoraban, y en su cárcel, rodeada de tropas que la maldecían; yendo al trono envuelta en nubes de incienso, y a la muerte entre estallidos de blasfemias; adorada y querida como una diosa, muerta y enterrada, ¡ay!, como una bestia.

Los antiguos, que tan admirablemente comprendieron el terror de lo trágico, acertaban, al afirmar que la caída de los poderosos produce, en quienes la contemplan, escalofríos de pena y compasión. Los que nacimos y nos hemos criado en la pobreza, no somos tan sensibles a los caprichos de la suerte como los que nacieron y se criaron en la opulencia. Yo sostengo, pues, que, a todas las almas compasivas, les inspiran mayor simpatía que tantas otras desgracias históricas, las desgracias de María Antonieta. Por eso es tan difícil acercarse a su ilustre personalidad, admirarla en su hermosura, escucharla en su amargo sollozar, y juzgarla sin apasionarse y sin enternecerse.

Mas la historia tiene sus exigencias, y la primera es no ocultar ni disimular nada.

Y, puesto que ya hemos compartido sus penas y llorado sus infortunios, acerquémonos a juzgarla.

PALABRAS Y GIROS: *Airadas*: enojadas, iracundas. — *Entre el armiño y la púrpura*: entre riquezas. — *Injurias*: insultos. — *Plañideros*: llorosos. — *Góticos*: de cierto estilo arquitectónico. — *Conserjería*: cárcel de París. — *Cuello de garza*: cuello delicado. — *Carmesí*: rojo. — *Sayal de tosca lana*: vestidura pobre. — *Trianón*: su palacio. — *Blasfemias*: insultos, injurias. — *Opulencia*: riqueza. — *Exigencias*: requisitos obligados, imposiciones.

ESPLENDOR Y DESGRACIA DE LA ÚLTIMA REINA DE FRANCIA

II.—ACERQUÉMONOS A JUZGARLA.

POR LUÍS ADOLFO THIERS
Historiador. Francés. Siglo XIX.

Contemplad un momento a María Antonieta cuando era feliz en su palacio de Versalles. Jardines grandes como ciudades la rodean, y los árboles, arreglados y relamidos como las damas y caballeros de su corte, parece que se inclinan, agasajándola y rindiéndole vasallaje; innumerables palacios se apiñan en torno de su inmenso palacio, en cuyas escaleras de mármol caben sesenta damas con sus ahuecadas faldas de treinta metros de circunferencia; ejércitos de estatuas le hacen guardia silenciosa e inmóvil; enjambres de aristócratas, con sus terciopelos, sus encajes, sus alhajas, pululan por todas partes; cuatrocientas sesenta y nueve personas se hallan a su servicio directo, y ochenta atienden a su hija; cien suizos que lucen los artísticos trajes del siglo XVI, marchan delante de su carroza; en un corto viaje gasta una fortuna; quince mil personas se ponen en movimiento cuando ella se traslada de un punto a otro del reino; para llegar hasta su persona, hay que llenar mil fastidiosos requisitos; los suelos que pisa están cubiertos de espesas alfombras; las bóvedas que la cobijan están pobladas de amores que, aunque fueron fijados allí por el pincel, desearían jugar con ella. Grandes señores asisten a sus partidas de caza que son como batallas, a sus bailes, a sus banquetes, a sus fiestas en que parecen llover las joyas y las flores; en fin,

a todos los actos de su vida, maravillosos como los de la vida de una diosa. Entonces brillaba con su rico vestido, su amplio manto, sus joyas deslumbrantes, su cabellera empolvada y cubierta de plumas, sus botas de altísimos tacones, sus abanicos de marfil y de oro, pintados por los primeros artistas de la época; entonces tenía a su lado a sus hijos, la Princesa real y el Delfín de Francia, que encantaban a cuantos los trataban.

¡Qué distancia hasta la Conserjería, hasta el tribunal revolucionario, y hasta el cadalso en que había de morir!

Los primeros en deshonrarla y en perderla fueron sus propios cuñados, los hermanos del rey. Se habla mucho de los insultos hechos a la reina por sus jueces, pero ninguno fué tan terrible como las calumnias ideadas por el conde de Provenza, hermano y sucesor de Luis XVI, si éste no hubiera tenidos hijos. Cuando sobrevino el nacimiento del delfín, el conde de Provenza dijo que no lo reconocería jamás. Y calumniaba a María Antonieta sin comprender que, así como toda su familia había sido solidaria en el goce del poder y de la gloria, iba a ser solidaria en el infortunio a que estaba destinada. Pensaba levantarse un trono para sí, mientras levantaba un cadalso para los suyos. El pueblo, recogiendo las calumnias del hermano de Luis XVI, comprobaba que los encargados de gobernarle, eran seres de moralidad inferior a la suya y, en consecuencia, se aprestó a castigarlos.

¡Cuántas veces, allá en la emigración, el conde de Provenza, al evocar a su bella cuñada yendo en carreta a morir en la guillotina, se habrá visto, al resplandor de sus remordimientos, entre los verdugos de la desgraciada reina!

PALABRAS Y GIROS: *Relamidos*: exageradamente corteses. — *Pululan*: abundan. — *Requisitos*: condiciones. — *Aprestó*: dispuso, preparó. — *Evocar*: imaginar.

TRES MOMENTOS DE LA VIDA DE NAPOLEÓN

I.—LA MUERTE DEL MARISCAL DUROC.

POR EMIL LUDWIG
Biógrafo. Alemán. Contemporáneo.

El segundo día de la batalla de Bautzen, acompañado de un alto funcionario del Imperio y de su amigo el mariscal Duroc, que desde hace diez años no le abandona un instante en los combates, vemos a Napoleón Bonaparte cabalgando bajo el fuego, entre los muertos y los heridos. Envuelto en una nube de humo y de polvo, y seguido de sus ayudantes, se dirige hacia una altura próxima. Un árbol, a su paso, salta hecho astillas por un proyectil enemigo. Napoleón, impasible, continúa galopando sin fijar la atención en nada de lo que ocurre en torno suyo. Una vez llegado a la cima, lo alcanza un oficial que, tartamudeando, le comunica esta noticia:

—¡Acaban de matar al mariscal Duroc!

—¿Duroc? ¡Imposible! ¡Si hace un momento estaba a mi lado! . . .

—La granada que partió aquel árbol, mató de rebote al mariscal.

Pero no es así. Duroc no ha muerto instantáneamente; todavía le queda un soplo de vida. Sobreviene la angustiada entrevista del Emperador con el moribundo, cuyo aspecto, medio destrozado como se halla por la granada enemiga, es tremendo. Se despiden con los ojos arrasados de lágrimas. Y Duroc susurra:

—En Dresde te lo dije... La voz secreta no me ha engañado... ¡Ah, todo no ha concluído!... ¡Dame opio!

Este acento, este súbito tuteo, el último ruego de un hombre que nunca temió la muerte, impresionan al Emperador que abandona la choza con paso inseguro.

Junto a una granja vecina, contempla largamente el sitio en que cayó su amigo; luego, sigue hacia el lugar donde ha acampado la Guardia, rodeando la tienda imperial. Y aquella noche la pasa solo, lejos de su comitiva, sentado en un banquito, envuelto en un capote gris, sombrío, cejijunto. Entregado a sus tristes sentimientos, escucha distraído los rumores de la noche, el bullicio de los soldados, que acaban de cenar, el grito monótono de los centinelas. Allá, resuena una canción entonada a coro. Las hogueras arden en la sombra de esta noche de mayo; dos aldeas incendiadas iluminan el horizonte como dos gigantescas antorchas... Un oficial, que se acerca indeciso, vacila un segundo antes de darle la noticia. Pero ya el Emperador la adivina: Duroc ha muerto.

Al día siguiente, manda que se adquiera un terreno para erigirle un monumento, y él, en persona, compone la inscripción fúnebre: "Aquí, el general Duroc, Duque de Frioul, Gran Mariscal del Palacio del Emperador, herido gloriosamente por una granada enemiga, murió entre los brazos de su amigo el Emperador".

EJ. DE LECTURA: Resumen oral, previa lectura en silencio.

EJ. DE LENGUAJE: Leer reemplazando en el texto las palabras y giros explicados.

PALABRAS Y GIROS: *Impasible*: sin perder la serenidad. — *Cima*: lo más alto. — *De rebote*: después de chocar. — *Sobreviene*: se realiza en seguida. — *Arrasados en lágrimas*: llenos de lágrimas. — *Opio*: narcótico. — *Súbito*: repentino. — *Tuteo*: tratamiento familiar. — *Granja*: establecimiento de campo. — *Cejijunto*: ceñudo. — *Indeciso*: que no se resuelve. — *Erigirle un monumento*: levantarle un monumento. — *Inscripción fúnebre*: epitafio, escrito para recordar la memoria del muerto.



NAPOLEÓN BONAPARTE

Emperador de los franceses y uno de los más grandes capitanes que han existido. Nació en Córcega el 15 de agosto de 1769, hijo de padres nobles pero pobres. Según su brillante biógrafo Emil Ludwig, Napoleón Bonaparte "nos ha enseñado lo que un hombre puede alcanzar por la conciencia de sí mismo y el valor, por el entusiasmo y la imaginación, por el trabajo y la voluntad". He aquí un breve sumario cronológico de su vida: 1785: subteniente; 1791: teniente; 1793: capitán; 1794: general de brigada; 1795: general en jefe; 1799: Primer Cónsul; 1802: Cónsul vitalicio; 1804: Emperador; 1814: abdica y parte desterrado para la Isla de Elba; 1815: regresa del destierro, es derrotado, abdica por segunda vez y es declarado prisionero; 1821: muere en su destierro de la Isla Santa Elena. Sus restos descansan en París desde 1840.

TRES MOMENTOS DE LA VIDA DE NAPOLEÓN

II.—EL ADIÓS A LA VIEJA GUARDIA.

POR EMIL LUDWIG

Biógrafo. Alemán. Contemporáneo.

Los cuatro comisarios nombrados para acompañar a Napoleón hasta su destierro en la isla de Elba, han llegado. La partida ha sido fijada para esta tarde. No será penosa, puesto que no tendrá que despedirse de nadie. Pero, sí... En el patio, formados en cuadro, lo esperan sus viejos granaderos. Desde que aparece en lo alto de la escalinata, millares de ojos se clavan en él. ¿Irán a hablarles? Desde hace veinte años, sólo se ha dirigido a ellos antes de la lucha, para estimularlos, y después de la victoria, para agradecerse. Da un paso.

—¡Viva el Emperador!

Avanzando entonces, hasta colocarse en medio de ellos, pronuncia estas palabras:

—Soldados de mi vieja Guardia, yo os digo adiós. Desde hace veinte años, siempre os he encontrado en el camino del honor y de la gloria. En estos últimos tiempos, como en aquellos de nuestros triunfos, no habéis dejado de ser modelos de valor y de fidelidad. Con hombres como vosotros, nuestra causa no estaba perdida... pero hubiera estallado la guerra civil... Por eso yo he sacrificado todos mis intereses en bien de la patria, y me retiro. Vosotros, amigos míos, continuad sirviendo a Francia. Su dicha era mi único pensamiento, y seguirá siendo el objeto de mis

anhelos. No lamentéis mi suerte; si he consentido en seguir viviendo, es para servir aún a vuestra gloria; quiero escribir las grandes cosas que hemos hecho juntos. ¡Adiós, hijos míos! Quisiera estrecharos a todos contra mi corazón; dejad que, al menos, bese vuestra bandera! . . . ¡Adiós, otra vez, mis viejos compañeros! ¡Que este último beso llegue hasta vuestros corazones!

El general le ofrece la bandera; Napoleón la abraza, y luego pone sus labios sobre el glorioso paño.

—¡Adiós, amigos míos!

Ya sube al coche.

—¡Viva el Emperador!

Ya ha desaparecido . . .

Sus viejos granaderos estallan en sollozos; se les ha ido el padre. Nunca les ha hablado así. Ya no empleó palabras teatrales ni comparaciones grandiosas; Napoleón habló como un jefe de ejército; sobriamente, virilmente. ¡Y qué emocionante gesto ese beso dado a la bandera! Movimiento espontáneo, que no había tenido nunca.

Los viejos granaderos hablarán de esta escena a sus nietos, éstos a los suyos, y así, a través de los tiempos, se irá transmitiendo esta leyenda.

Recomendamos la lectura de la biografía del hijo de Napoleón "Napoleón II, L' aiglon", por Juan B. Enseñat.

EJ. DE LECTURA: Leer reemplazando en el texto las palabras y giros explicados.

PALABRAS Y GIROS: *Comisarios*: representantes de los ejércitos vencedores. — *Estimularlos*: animarlos. — *Fidelidad*: lealtad, ser fiel. — *Guerra civil*: lucha entre compatriotas. — *Sobriamente*: sencillamente. — *Virilmente*: varonilmente, como un hombre. — *Espontáneo*: que no ha sido calculado, que es natural. — *Leyenda*: relatos históricos deformados pero embellecidos por los sucesivos narradores.

TRES MOMENTOS DE LA VIDA DE NAPOLEÓN

III.—NAPOLEÓN EN SANTA ELENA.

POR EMIL LUDWIG

Biógrafo. Alemán. Contemporáneo.

Como un espejo de acero, gris y liso, el mar parece subir hacia el horizonte. En pie sobre una roca, con las manos a la espalda, un hombre contempla la llanura oceánica. Está en la más grande soledad.

Visto desde cierta distancia, parece grueso, corto de piernas, de edad indefinible, con medias de seda, el distintivo de la Legión de Honor sobre su levita verde, y un tricornio en la mano. La cabeza es grande y un poco achatada; ni una sola cana entre los cabellos castaños, todavía abundantes sobre la nuca. Los hombros, robustos, soportan un cuello corto. Como talladas en piedra las facciones, de un tinte amarillento, semejante a la pátina de un mármol antiguo; sin una sola arruga, aunque la barbilla, demasiado fuerte, altera la línea del perfil, que antaño fué de una pureza clásica. Sólo han conservado su belleza la nariz, los dientes, de los cuales ni uno solo le falta, y las manos, que tan escrupulosamente cuidó siempre, hasta en sus campañas militares, llegando a corregir sus escritos con lápiz, a fin de evitarse las manchas de tinta.

Los médicos nos han detallado minuciosamente su físico; un pulso que nunca pasaba de los sesenta y dos latidos; el pecho muy abultado, casi femenino; muy poco vello en todo su cuerpo. El mismo conocía muy bien sus órganos, habién-

dolos estudiado cuidadosamente, como el campo de batalla de su vida, con objeto de utilizarlos del mejor modo posible. "Jamás he oído latir a mi corazón; es casi como si no lo tuviera", observaba con cierta ironía. Su gran sobriedad le permitió conservar hasta el final su enorme facultad de trabajo. "La naturaleza me ha dotado de dos ventajas preciosas, — dice; — una de ellas: la de dormirme en cuanto tengo necesidad de reposo; la otra, la de no poder cometer excesos ni en la comida ni en la bebida. Se puede enfermar por comer demasiado, pero nunca por haber comido poco". Después de un período de reposo, los largos recorridos en coche o a caballo le proporcionaban siempre satisfacción y salud: "El aire, el agua y el aseo — manifestaba, — son las principales drogas de mi farmacia".

Con un cuerpo así, puede viajar durante cien horas seguidas, y llegar completamente fresco y descansado; puede salir a caballo por la mañana para regresar por la tarde, y trabajar todavía un buen rato; puede recorrer en cinco horas, de galope continuo, treinta y cinco leguas. Lo mismo después de una temporada de vida tranquila, caza durante un día entero, o, al cabo de un período de gran actividad física, se encierra a descansar veinticuatro horas seguidas. De esta manera, restablecía el equilibrio de su organismo.

Tan robustos como sus músculos, eran de sensibles sus nervios. Acostumbrado a mandar, no podía soportar ninguna oposición. Por poco que su levita o su calzado le incomodase, ya lo rechazaba, no sin tirar de las orejas a sus criados, que tenían que estar siempre listos para ayudarle a vestirse.

El alma que mandaba en este cuerpo obedecía a tres fuerzas superiores: confianza en sí mismo, fantasía, y capacidad para poner en acción cuanto soñaba. La lucidez de su espíritu dominaba a los impulsos de su imaginación y de su energía. No obstante, Napoleón amó más de lo que odió, y más

de lo que él mismo confiesa. En tanto que sacrificaba fríamente un millón de hombres en la guerra, la vista de un herido le emocionaba profundamente. Sediento siempre de infinito, pensando siempre en cosas grandes, se disgusta cuando su hermano José trata de probar que él es el único que quiere a Napoleón. Y es ese disgusto el que le dicta estas hermosas palabras: "No acepto el favor que me hace José al decir que él es el único que me quiere. Yo necesito la amistad de quinientos millones de hombres".

EJ. DE LENGUAJE: Formar oraciones empleando las palabras explicadas, sinónimos y derivados.

PALABRAS Y GIROS: *Oceánica*: del océano. — *Edad indefinible*: que no se puede calcular. — *El distintivo de la Legión de Honor*: condecoración francesa. — *Tricornio*: sombrero de tres picos. — *Facciones*: partes del rostro. — *Pátina*: capa aceitunada y reluciente que con el tiempo forma la humedad sobre el bronce y otras materias. — *Antaño*: antes. — *Perfil de pureza clásica*: de estatua antigua. — *Escrupulosamente*: con exactitud. — *Minuciosamente*: detalladamente. — *Su físico*: su constitución, su naturaleza, su cuerpo. — *Vello*: pelusilla. — *Ironía*: burla fina y maliciosa. — *Sobriedad*: moderación. — *Facultad de trabajo*: capacidad de trabajo. — *Dotado*: provisto. — *Excesos*: abusos. — *Drogas*: elementos para preparar medicinas y otros compuestos. — *Lucidez*: claridad. — *No obstante*: sin embargo.

EL HIJO DE DON IGNACIO

POR MANUEL LINARES RIVAS
Dramaturgo. Español. Contemporáneo.

- EL MINERO. — Ingeniero, ahí ha bajado un chico que quiere hablar con usted.
- EL INGENIERO. — ¿Conmigo? ¿Y dices que es un chico?
- EL MINERO. — Sí, se empeña en que quiere hablar con el ingeniero jefe.
- EL INGENIERO. — Pero... ¿no podía haber esperado en la boca de la mina?
- EL MINERO. — Y... yo así se lo dije, ingeniero, pero él se coló hasta aquí abajo.
- EL INGENIERO. — Bueno, que se acerque; déjanos el farol aquí.
- EL MINERO. — ¡Ea, muchacho, ven! Aquí está el ingeniero.
- EL APRENDIZ. — Buenas noches.
- EL MINERO. — ¡Anda!, ¿y por qué buenas noches?
- EL APRENDIZ. — Como aquí ya están con las luces encendidas.
- EL INGENIERO. — Estamos con las luces encendidas, porque si las apagamos no se ve gota; a estas profundidades no llega la claridad del sol, pero es tan de día aquí como afuera. Bien, ahora dime qué quieres de mí; porque estás seguro de que es conmigo con quien deseas hablar, ¿verdad?
- EL APRENDIZ. — Sí, señor; es decir, si usted es el ingeniero principal, el señor Arrauz.
- EL INGENIERO. — El mismo que viste y calza.

EL APRENDIZ. — Bueno, señor ingeniero, yo vengo a pedirle trabajo, si puede ser.

EL INGENIERO. — ¿Trabajo? ¿Aquí en la mina?

EL APRENDIZ. — Sí, señor ingeniero.

EL INGENIERO. — ¿Cuántos años tienes?

EL APRENDIZ. — Diez.

EL INGENIERO. — ¿Y cómo te llamas?

EL APRENDIZ. — Jorge Zaldívar. Soy el hijo de don Ignacio, su amigo y vecino.

EL INGENIERO. — ¡Ah!, ¿de modo que eres el hijo de don Ignacio?

EL APRENDIZ. — Así me ordenó mi padre que le dijese: “Vé — me dijo, — que, en cuanto el señor Arrauz sepa que eres el hijo de don Ignacio” . . .

EL INGENIERO. — Ya veo que traes bien aprendida la lección, pero será necesario que aprendas, mejor todavía, la que yo voy a darte en seguida.

EL APRENDIZ. — Sí, señor ingeniero.

EL INGENIERO. — Pues, óyeme bien: Nuestra faena, aquí abajo, consiste en extraer el carbón de la mina . . .

EL APRENDIZ. — Sí, señor ingeniero.

EL INGENIERO. — Bien, entonces, ya que sabes para qué estamos aquí, y quieres ayudarnos a hacer este trabajo, repite estas palabras: “Soy-el-hijo-de don-Ignacio”.

EL APRENDIZ. — Soy . . . el . . . hijo . . . de . . . don . . . Ignacio. ¡Ya está!

EL INGENIERO. — No, así no. Dilo más alto, con más voz. A ver: dilo.

EL APRENDIZ. — Soy el . . . hijo . . . de don Ignacio.

EL INGENIERO. — No, hombre; apenas si se te oye. Dilo con voz bien llena. Muy alto, que aquí no vas a despertar a nadie. Vamos, repítelo.

EL APRENDIZ. — Soy el hijo de don Ignacio.

- EL INGENIERO. — Muy bien, muchacho, muy bien. Y ahora, dime, ¿has visto caer un solo grano de mineral?
- EL APRENDIZ. — No, señor ingeniero.
- EL INGENIERO. — Así que, ni diciéndolo alto ni diciéndolo bajo, ¿no has hecho caer un solo grano de carbón?
- EL APRENDIZ. — No, señor ingeniero.
- EL INGENIERO. — ¿Y sabes por qué?
- EL APRENDIZ. — No, señor ingeniero.
- EL INGENIERO. — Pero, si es muy sencillo, muchacho. No ha caído ni un solo grano de mineral, porque al carbón no le importa que seas el hijo de don Ignacio. Y como aquí lo que hace falta es sacar el mineral, toma este pico y esta pala, y, si trabajas con ellos de firme, ya verás que buenos padres tienes en tus manos.

EJ. DE LECTURA: Omitir la lectura de los nombres de los personajes a fin de que se los distinga por la voz.

EJ. DE LENGUAJE: Aplicación de refranes.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, interpretarán esta escena.

PALABRAS Y GIROS: *No se ve gota*: no se ve nada. — *El mismo que viste y calza*: el mismo en persona. — *Extraer*: sacar.

LOS TARTAMUDOS QUE YA NO TARTAMUDEAN

POR ERNESTO LEGOUVÉ

Dramaturgo. Francés. Contemporáneo.

El tartamudeo es un vicio más grave, más rebelde, que el ceceo y el tartajeo, y es, a la vez, un defecto físico e intelectual. A menudo, la lengua tartamudea, y tartamudea habitualmente, porque tartamudea el espíritu, porque tartamudea el carácter; porque no se sabe fijamente lo que se quiere decir, ni lo que se desea; porque se siente miedo, porque se está enojado, porque se quiere hablar muy de prisa: impaciencia, timidez, falta de concreción en las ideas, tales son las causas de esta especie de tartamudeo, que puede corregirse con sólo habituarse a hablar despacio, a no hablar hasta que hayamos dado forma a nuestro pensamiento. El cantor que tartamudea cuando habla, no tartamudea cuando canta... ¿Por qué? Porque cuando canta, conoce el camino y está seguro de sus pasos. El ejercicio, el trabajo, el hábito, le han dado el dominio de su voz y de su dicción siempre que la palabra va unida a la música; mas, en la conversación, la natural timidez de su carácter cae en la incertidumbre de la pronunciación: el artista cesa, el hombre persiste y la tartamudez reaparece.

¿Es curable la tartamudez orgánica? Lo dudo. Muchas veces lo ha intentado la medicina, pero no he visto resultados positivos. Correcciones pasajeras, intermitencias, apariencias de cura... mas, ¿una cura verdadera?, nunca. Cierto que los especialistas llenan los periódicos con el anuncio de sus curas maravillosas, pero, he aquí un hecho del que fuí

testigo. Asistí, en mi juventud, a un baile en casa de un médico, célebre en esta especialidad, y que ha prestado grandes servicios al arte de la palabra con sus trabajos teóricos.

—Caballero — dije a uno de mis vecinos, — ¿quiere acompañarme para la contradanza?

—¡Muy gu-usto-so! — me contestó.

—¡Ah, un tartamudo! — me dije.

Llegó el momento de los refrescos y dije a otro joven:

—Caballero, ¿quiere servirme un helado?

—¡Tó-o-o-melo u-usted!

—¡Ah, otro tartamudo! . . .

Más tarde me encontré con uno de mis antiguos compañeros de colegio.

—¡Hola! Tú por aquí . . . — me dijo. — ¿Re-re-re-recuerdas que yo ta-ta-tarta-ta-ta-mudeaba en el colegio?

—Sí.

—Pues bien . . . vine a consultar al doctor Co-colombat (era el nombre del especialista), y ya es-es-estoy-cu-cu-curado.

Este recuerdo hace que no crea en los casos de tartamudos que ya no tartamudean.

Recomendamos la lectura de su libro: "El arte de la lectura".

PALABRAS Y GIROS: *Ceceo*: el defecto de pronunciar la *s* como *c*. — *Tartajeo*: efecto de hablar pronunciando torpemente o cambiando las letras. — *De prisa*: rápidamente. — *Concreción*: combinación esencial, formación orgánica del pensamiento, en este caso. — *Hábito*: costumbre. — *Dicción*: manera de hablar. — *Persiste*: continúa. — *Intermitencias*: suspensiones. — *Teóricos*: en teoría, no en la práctica.

POLIFEMO

I.—ANVERSO.

POR ARMANDO PALACIO VALDÉS
Novelista. Español. Contemporáneo.

El coronel Toledano, por mal nombre Polifemo, era un hombre feroz. Estatura gigantesca, paso rígido, imponente, voz de trueno y corazón de bronce. Pero aún más que esto, daba pavor e inquietud la mirada torva, sedienta de sangre, de su ojo único. El coronel era tuerto. En la guerra de Africa había dado muerte a muchísimos moros, y se había gozado en arrancarles las entrañas aún palpitantes. Esto creíamos al menos, ciegamente, todos los chicos que, al salir de la escuela, íbamos a jugar al parque.

Por allí paseaba también, metódicamente, los días claros, de doce a dos de la tarde, el implacable guerrero. Desde muy lejos veíamos entre los árboles su arrogante figura, que llenaba de espanto nuestros infantiles corazones; y cuando no, escuchábamos su voz poderosa, resonando entre el follaje como un torrente que se despeña.

El coronel era sordo también, y hablaba a gritos.

—Voy a comunicarle a usted un secreto, — decía a cualquiera que le acompañase en el paseo—. Mi sobrina Jacinta no quiere casarse con Navarrete.

Y de este secreto se enteraban cuantos se hallasen a doscientos pasos en redondo.

Paseaba generalmente solo; pero, cuando algún amigo se acercaba, se mostraba amable. Lo cierto es que cuando tenía

con quien hablar, el parque se estremecía. No era ya un paseo público; era un dominio exclusivo del coronel. El gorjeo de los pájaros, el susurro del viento y el dulce murmurar de las fuentes, todo callaba. No se oía más que el grito imperativo, autoritario, severo, del guerrero de Africa. ¡Cuántas veces, oyendo aquellos gritos terribles, fragorosos, viendo su ademán airado y su ojo encendido, pensamos que iba a arrojarse sobre el desgraciado que había tenido la imprevisión de acercársele!

Este hombre pavoroso tenía un sobrino de ocho a diez años, como nosotros. ¡Desdichado! No podíamos verle en el paseo sin sentir hacia él compasión infinita. Andando el tiempo, he visto a un domador de fieras introducir un cordero en la jaula del león. Me produjo la misma impresión que me causaba ver a Gasparito Toledano paseando con su tío. No entendíamos cómo aquel infeliz muchacho podía conservar el apetito y desempeñar regularmente sus funciones vitales; cómo no enfermaba del corazón o no moría consumido por una fiebre lenta. Si transcurrían algunos días sin que apareciese por el parque, la misma duda agitaba nuestros corazones: “¿Se lo habrá comido ya?” Y cuando, al cabo, le hallábamos sano y salvo en cualquier sitio, experimentábamos, a la par, sorpresa y consuelo. Pero estábamos seguros de que, un día u otro, concluiría por ser víctima de algún capricho sanguinario de Polifemo.

EJ. DE LECTURA: Leer en tiempo presente los primeros párrafos.

PALABRAS Y GIROS: *Por mal nombre*: por apodo. — *Metódicamente*: con método. — *Implacable*: que no perdona. — *Arrogante*: gallarda. — *Fragorosos*: estruendosos, ruidosos. — *Airado*: iracundo. — *Vitales*: de la vida.

POLIFEMO

II.—REVERSO.

POR ARMANDO PALACIO VALDÉS
Novelista. Español. Contemporáneo.

Una tarde, hallándonos todos en apretado grupo, jugando, oímos detrás dos formidables estampidos.

—¡Alto! ¡Alto!

Todas las cabezas se volvieron como movidas por un resorte. Frente a nosotros se alzaba la talla ciclópea del coronel Toledano.

—¿Quién de vosotros es el pilluelo que secuestra mi perro todas las noches, vamos a ver?

Silencio sepulcral en la asamblea. El terror nos tenía clavados, rígidos, como si fuéramos de palo. Otra vez sonó la trompeta del juicio final.

—¿Quién es el secuestrador? ¿Quién es el bandido? ¿Quién es el miserable?

El ojo ardiente de Polifemo nos devoraba uno tras otro. Su perro, el Muley, que le acompañaba, nos miraba también con los suyos, leales, inocentes, y movía el rabo, vertiginosamente, en señal de inquietud.

Entonces Andresito, más pálido que la cera, adelantó un paso y dijo:

—No culpe a nadie, señor. Yo he sido.

—¿Cómo?

—Que he sido yo — repitió el chico con voz más alta.

—¡Hola! ¡Has sido tú! — dijo el coronel, sonriendo fe-

rozmente. — ¿Y tú no sabes a quién pertenece este perro?

Andresito permaneció mudo.

—¿No sabes de quién es? — volvió a preguntar a grandes gritos.

—Sí, señor.

—¿Cómo? . . . Habla más alto.

Y se ponía la mano en la oreja para reforzar su pabellón.

—Que sí, señor.

—¿De quién es, vamos a ver?

—Del señor Polifemo.

Cerré los ojos. Creo que mis compañeros debieron hacer otro tanto. Cuando los abrí, pensé que Andresito estaría ya borrado del libro de los vivos. No fué así, por fortuna. El coronel le clavaba los ojos con más curiosidad que cólera.

—¿Y por qué te lo llevas?

—Porque es mi amigo y me quiere, — dijo el niño con voz firme.

El coronel volvió a mirarle fijamente.

—Está bien — dijo al cabo. — ¡Pues, cuidado con que otra vez te lo lleves! Si lo haces, ten por seguro que te arranco las orejas.

Y giró majestuosamente sobre los talones. Pero, antes de dar un paso, se llevó la mano al chaleco, sacó una moneda, y dijo volviéndose:

—Toma, guardátela para caramelos. ¡Pero, cuidado con que vuelvas a secuestrar al perro! ¡Cuidado!

Y se alejó. A los cuatro o cinco pasos, ocurriósele volver la cabeza. Andresito había dejado caer la moneda al suelo y sollozaba, tapándose la cara con las manos. El coronel se volvió rápidamente.

—¿Estás llorando? ¿Por qué? No llores, hijo mío.

—Porque le quiero mucho . . . porque es el único que me quiere en el mundo — gimió Andresito.

—¿Pues, de quién eres hijo? — preguntó el coronel, sorprendido.

—Soy del asilo.

—¿Cómo?

—Soy huérfano.

Entonces vimos al coronel turbarse. Abalanzóse al niño, le separó las manos de la cara, le enjugó las lágrimas con su pañuelo, le abrazó, le besó, repitiendo con agitación:

—¡Perdona, hijo mío, perdona! No hagas caso de lo que te he dicho. . . Llévate el perro cuando se te antoje. . . Tenlo contigo el tiempo que quieras, ¿sabes? . . . Todo el tiempo que quieras. . .

Y, después que le hubo serenado con estas y otras razones, pronunciadas con un registro de voz que nosotros no sospechábamos en él, se fué de nuevo al paseo, volviéndose repetidas veces para gritarle:

—Puedes llevártelo cuando quieras, ¿sabes, hijo mío? . . . Cuando quieras. . .

Dios me perdone; pero juraría haber visto una lágrima en el ojo sangriento de Polifemo.

Andresito se alejaba corriendo, seguido de su amigo, que ladraba de gozo.

Recomendamos la lectura de su libro: "Aguas fuertes".

PALABRAS Y GIROS: *Ciclópea*: gigantesca. — *Secuestra*: roba y hace desaparecer. — *Vertiginosamente*: rápidamente. — *Proferidas*: dichas. — *Con un registro de voz*: con un tono de voz.

LA GRAN SEMANA DE MAYO DE 1810

(Crónica de la Revolución de Mayo)

I.—¡HE AQUÍ OTRA ÉPOCA!

POR VICENTE FIDEL LÓPEZ
Historiador. Argentino. Siglo XIX.

Publicamos, con este título, un legajo viejo de cartas que encontramos en el baúl de la parda Marcelina Orma. Las cartas no son evidentemente originales, sino copias de una misma letra, firmadas con simples iniciales, que llevan las fechas del 20 al 31 de mayo de 1810. Carecen, por consiguiente, de autenticidad, pero presentan un gran interés, no sólo porque *se puede conjeturar* por sus iniciales, que están escritas o atribuidas a personas muy conocidas de aquel tiempo, como B. V. A. (Buenaventura Arzac), F. C. (Felipe Cardoso), M. O. (Mariano Orma), F. P. (Francisco Planes), J. S. A. (Julián Segundo Agüero) y otros así; sino porque nos presentan la revolución de 1810, día por día, y a medida que se va haciendo, sin la pompa que le han dado los elogios literarios de los tiempos subsiguientes, que, sin ser falsos en la generalización de sus resultados sociales, carecen, sin embargo, del colorido que tuvieron los sucesos.

En estas copias, que pueden carecer de autenticidad, pero que no carecen de verdad, la Revolución de mayo se nos presenta popular y callejera, al correr de la pluma ingenua de los que las escribieron dando cuenta de todo lo que hacían ellos y sus amigos, contra el gobierno colonial, en las calles, en las

plazas y en los cuarteles, mientras que, sobre el tumulto popular, los políticos de uno y otro partido fabrican el gobierno nuevo, cada uno en su sentido.

Para que no se extrañe que nada digamos sobre cómo estaba este legajo en el baúl de Marcelina Orma, confesaremos, francamente, que no lo sabemos. Marcelina Orma murió, hace algún tiempo, a la edad de noventa y dos años. Había sido esclava del distinguido presbítero don Mariano Orma, que figura en estas cartas; era muy vieja cuando, achacosa y tierna, venía siempre a nuestra casa a visitar a nuestra madre; cosa que hacía, sin ninguna falta, el 25 de mayo de cada año. Para ella la patria era una cierta persona de carne y hueso, vestida de raso blanco y celeste, que había nacido por allí cerca de la casa de sus amos, y que había muerto también, muchos años hacía, desde que ella, Marcelina, estaba vieja, arrumbada; y desde que no veía andar por las calles a "Los Hijos y los Padres de la Patria", que ya se habían ido muriendo también con la misma Patria. Mis hermanos y yo le dábamos muchas bromas sobre esto, sosteniéndole que: — "la patria vivía todavía, y que tenía hijos cada nueve meses." — "¡Qué esperanza, niños! — nos decía. — ¡Cómo se conoce que ustedes son de ayer. Cuando tengan experiencia y razón, verán que hace ya muchos años que la patria se murió!; si lo sabré yo, que la conocí desde que nació..." — "¿Si tendría razón la pobre vieja?"

El último aniversario de mayo que estuvo en nuestra casa, teníamos precisamente, en la mano, un diario del día: — ¡Viva la patria!, Marcelina, — le gritamos así que la vimos; y ella... echando atrás el rebozo, y levantando el brazo como si tuviera una espada: — ¡Viva!, — gritó, pero sus años no le permitieron soportar el esfuerzo, y tuvo que sentarse en la primera silla que encontró. — "He ahí una época" — nos dijimos para nosotros, y, queriendo consolarla, nos pusimos a leerle: — "Hoy es el día de los grandes recuerdos. Trescien-

tos años pasados en el oprobioso sueño de la esclavitud. . .” Al llegar aquí, miramos a Marcelina y la encontramos embebido el espíritu en otra cosa muy distinta de nuestra declamación. “¿Qué, no te gusta? — le dijimos. — “Pero, ¿dónde está la patria? — nos dijo. Ahí no hablan de ella. Cuando yo me muera, que ya ando de sobra en este mundo, le he de dejar, niño, unos papeles, mucho más lindos que ése”. — “Dámelos ahora.” — “¡No puedo! Un amigo, que no puedo nombrar, y que Dios tenga en su gracia, me dijo que solamente muerta me separase de ellos”. Y Marcelina se puso a llorar con un dolor profundo, el mismo día que había concentrado para ella, en otro tiempo, todas las grandes y nobles alegrías de su alma. “He ahí otra época. . .”; nos dijimos apenados. Y nos pareció que veíamos, en aquella vieja, a la patria misma que lloraba sus viejos y fieles amantes.

He ahí la historia del manuscrito que ahora publicamos.

PALABRAS Y GIROS: *Legajo*: atado. — *Autenticidad*: verdad manifiesta. — *Conjeturar*: suponer. — *Arrumbada*: abandonada por inútil. — *Embebido el espíritu*: pensando, soñando.

LA GRAN SEMANA DE MAYO DE 1810

(Crónica de la Revolución de Mayo)

II.—LA BORRASCA ESTÁ ENCIMA.

POR VICENTE FIDEL LÓPEZ
Historiador. Argentino. Siglo XIX.

Buenos Aires, 24 de mayo de 1810.

Mi querido V.: No me esperes y corre, al instante, al cuartel de Húsares, porque Martín quiere hablar contigo. Están aquí Rivadavia, Darragueira, Vieytes, Echevarría y gran número de amigos. Pancho ha dejado su escondite, y está también aquí. Lo que más ha indignado a los oficiales y a la tropa es que, estos brutos del Cabildo, han mandado dar un reloj a los oficiales, de la guardia de honor que dispusieron hacerle a Cisneros, y cien pesos a la tropa, como si con esto quisieran comprarlos. Los oficiales han rechazado el reloj, y los soldados han tirado la plata al pozo. Todo está ya aclarado. A las ocho se reunió la junta en el Fuerte, y, al ir a tomar en consideración los asuntos, don Cornelio y Castelli le dijeron a Cisneros, que, por mejor voluntad que tuvieran para acompañarlo, les era imposible responder del orden público; que el pueblo estaba armado, reunido en los cuarteles, resuelto a derrotar al gobierno y hacer una revolución, si el virrey no renunciaba en aquella misma noche; que no podían evitar esto; y que, ni el uno podría contener a sus amigos, ni el otro a su propio regimiento, que estaba ya sublevado y decidido a seguir a sus oficiales. Castelli, agregó: — "Hemos venido,

señor Presidente de la Junta, ha declararle a V. E. que, cualquiera que sea la resolución en que lo encontremos, nos retiramos para mandar nuestra renuncia al Cabildo". El virrey los oyó con un ceño de marcado despecho, y, con aire concentrado, les contestó: — "Esperemos a mañana". — Es inútil y es imposible; no hay tiempo; la borrasca está encima, revienta por momentos, y nosotros no podemos separarnos de la línea en que nos colocan nuestros compromisos y lo que debemos a la tierra en que hemos nacido. "El virrey se levantó; empezó a pasearse por el salón; y, como viera que Castelli y Saavedra se levantaban para retirarse, se acercó y les dijo: — "Renunciemos todos, entonces." Se aceptó la indicación, y han pasado su renuncia colectiva, ahora, a las nueve. El ánimo de todos los amigos es no permitirle al Cabildo que vacile y que busque otros arreglos. La plaza está ya ocupada por multitud de los nuestros y, así que el Cabildo se reúna mañana, se le presentará un escrito que tendrán que atender, o se los llevará el diablo. Chiclana es otro desde que Saavedra se ha decidido; anda él mismo recogiendo firmas

Otra novedad. ¿Qué te parece que ha contestado el Cabildo a la renuncia de la Junta virreynal? Pues dicen, que no admiten la renuncia; que nosotros no somos pueblo, y que no tenemos derecho de influir en la menor cosa de lo que está resuelto y hecho. ¿Qué tal? Esto se llama ser mentecato. Dime ahora si no estabas engañado en la idea que tenías de Leiva, que es el alma del Cabildo. Veremos si mañana sigue jugando a dos cartas. La indignación es tremenda. Hemos mandado llamar a M., pero nos ha contestado con Boizo que, después de lo que ha pasado, no saldrá de su casa para nada. Peña y Castelli se han reído, y cuentan con que ha de ayudarnos cuando vea que la cosa se hará a su gusto. Tuyo de corazón.

B. V. A.

EJ. DE LENGUAJE: Resumen oral, previa lectura en silencio.

LA GRAN SEMANA DE MAYO DE 1810

(Crónica de la Revolución de Mayo)

III.—LA NOCHE DEL 25.

POR VICENTE FIDEL LÓPEZ
Historiador. Argentino. Siglo XIX.

Buenos Aires, 25 de mayo de 1810, nueve de la noche.

Mi querido J. R. . . . : Hago un verdadero sacrificio poniéndome a escribirte, porque estoy muerto de cansancio y con la cabeza como un volcán. La verdad es que no se puede describir la alegría y el bullicio del pueblo.

¡Somos libres, J. R. . . . ! ¡Somos libres, y no alcanzamos todavía a darnos toda la explicación merecida de lo que decimos con estas mágicas palabras! Y decirte el júbilo y el frenesí del pueblo es imposible. No tengo palabras con qué describírtelo; y lo mejor es que tú mismo te figures cómo habrá sido, por lo que pasará en tu alma al leer todos estos detalles.

La tarde ha estado lluviosa, y la noche ha continuado lo mismo, pero la calle del Cabildo, la de las Torres, la del Colegio y la plaza están llenas de gentes, y hasta de señoras con paraguas y con piezas de cintas blancas y celestes, cuyos pedazos andan repartiendo a los jóvenes y la mozada de los regimientos de hijos del país. Ha sido imposible iluminar la ciudad por causa de la lluvia y de la garúa; las candilejas se apagan; no se ha podido encontrar faroles; no hay vidrios ni quien los arregle; miles de negros y de mulatillos han luchado por adornar con candilejas los hierros de las ventanas y las cornisas

de las puertas; ¡imposible!, se apagan. Pero se ha recurrido a otro medio: se han hecho abrir todas las puertas e iluminar los zaguanes; la mayor parte de las ventanas están abiertas e iluminadas, por detrás de los vidrios, con candelabros, y en las habitaciones hay niñas y señoras recibiendo a sus amigos, tocando el clave y bailando. Yo no he visto jamás tal alegría.

A las once, fuí al Fuerte. En la sala de entrada encontré a Chiclana, y logré que me hiciese entrar al despacho de la Junta. Moreno y Passo están ocupados en hacer las circulares para las provincias del interior y para la Banda Oriental. Julián Alvarez marcha de madrugada para la Colonia. Está resuelto ya que el coronel Ocampo, con los Arribeños, cinco compañías de Patricios y tres de Dragones, en número de 700 hombres, llevando de secretario a Vicente, marche antes del 31 sobre Córdoba. Castelli y Belgrano se ocupan, activísimamente, de esta expedición. Azcuénaga y Larrea tienen a su cargo la seguridad interior de la ciudad, la citación y la organización de los cuerpos, la provisión de los cuarteles y el armamento de los soldados, para defendernos de toda tentativa de los enemigos. Matheu, acompañado por Chiclana, que se multiplica con una actividad asombrosa, se han hecho cargo de la policía, para estar a la mira de lo que hagan los enemigos que tenemos adentro, y cuidar de que no falten provisiones.

Tuve el gusto de hablar un momento con Moreno. Parece satisfecho y de acuerdo con Saavedra. Su grande anhelo es la expedición al interior: estaba tratando de ella con López, que irá de secretario. Se cuenta con que el coronel Pino sublevará la Plaza de la Colonia, y con que Murguiondo y Luis Balbín harán la revolución en Montevideo: me ha dicho que, sobre esto, te escriben muy largo.

También le escribirán a Cavia para que obre pronto.

Martín sale de madrugada a la campaña, para poner alcaides y reunir los esclavos y vagos, que han de formar los batallones que van a crearse. A Monasterio le han encargado

las armas, y se van a recoger todas las que, en buen o en mal estado, están desparramadas por el pueblo y por el campo.

No tengo fuerzas para escribirte más; te doy cien mil abrazos; tenemos patria: somos dueños de la tierra en que hemos nacido. Si del primer golpe nos vamos hasta Potosí, iremos hasta La Paz; de allí a Lima no hay sino marchar, y los hijos de Buenos Aires marcharán, porque se siente en todos un gran poder y un entusiasmo que nadie contendrá. Ayúdennos ustedes. Cien abrazos de tu amigo y condiscípulo.

C. A. (¿Cosme Argerich?)

EJ. DE LENGUAJE: Redactar una respuesta a esta carta.

PALABRAS Y GIROS: *Candelabro*: Candelero de dos o más brazos. — *Clave*: instrumento antiguo con teclado.

ROMANCES DE LA PATRIA

EL 25 DE MAYO DE 1810

POR GERMÁN BERDIALES

*Amaneció turbio el día,
destemplado y ceniciento,
nublado, lluvioso, frío,
ventoso día de invierno.
Y amanecieron las almas
borrascosas como el tiempo.
Volaban las bajas nubes
tocando los bajos techos,
mientras el viento jugaba
al aro con los sombreros
y caía una garúa
que calaba hasta los huesos.*

*Don Vicente Fidel López,
cuya palabra venero,
dice que: — “la plaza estaba
colmada de todo el pueblo.”*

*De arriba abajo medianse
con altivez y recelo,
militares y paisanos,
adolescentes y viejos,
humildes y poderosos,
y hasta mulatos y negros,
buscando los dos colores
en solapas y sombreros.*

En los labios agitábanse
sofocados juramentos,
y en la frialdad de las armas
complacíanse los dedos
que buscaban, afiebrados,
los escondidos aceros.
De pronto una batahola
fué del uno al otro extremo
de la Plaza, y en seguida
sobrevino un gran silencio.

Es que al balcón del Cabildo
Beruti y Leiva salieron,
y se oyó al síndico Leiva
preguntar: — “¿Dónde está el pueblo?,
puesto que aquí solamente
unos pocos hombres vemos...”
Y que respondió Beruti:
— “Si quieren ustedes verlo,
tocaremos generala
y ya no responderemos
de nada...” A la media hora
estalló un júbilo inmenso:
salvas, dianas, cohetes,
repiques y clamoreos,
risas y llantos nerviosos,
besos y abrazos frenéticos.

Y aunque ya el sol se ponía
debió alumbrar un momento.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Recitar.

EJ. DE LENGUAJE: Paráfrasis escrita.

PALABRAS Y GIROS: *Vicente Fidel López*: historiador argentino. — *Recelo*: desconfianza. — *Batahola*: desorden. — *El síndico*: autoridad del Cabildo. — *Tocaremos generala*: llamaremos a las armas.

EL HIMNO DEL PAYADOR

POR RAFAEL OBLIGADO.

Poeta. Argentino. Contemporáneo.

*El sol ya la hermosa frente
abatía y, silencioso,
su abanico luminoso
desplegaba en occidente,
cuando un grito, de repente,
llenó el campo, y al clamor
cesó la lucha en honor
de un solo nombre bendito,
que aquel grito era este grito:
—“¡Santos Vega, el payador!”*

*Mudos ante él se volvieron,
y, ya la rienda sujeta,
en derredor del poeta
un vasto círculo hicieron.
Todos el alma pusieron
en los atentos oídos,
porque los labios queridos
de Santos Vega cantaban
y en su guitarra zumbaban
estos vibrantes sonidos:*

*—“Los que tengan corazón,
los que el alma libre tengan,
los valientes, esos vengán
a escuchar esta canción:*

Nuestro dueño es la nación
que en el mar vence la ola,
que en los montes reina sola,
que en los campos nos domina,
y que en la tierra argentina
clavó la enseña española.

Hoy mi guitarra en los llanos,
cuerda por cuerda, así vibre:
¡Hasta el chimango es más libre
en nuestra tierra, paisanos!
Mujeres, niños, ancianos,
el rancho aquel que primero
llenó con sólo un ¡te quiero!
la dulce prenda querida,
¡todo! . . . el amor y la vida,
es de un monarca extranjero!

Ya Buenos Aires, que encierra
como las nubes, el rayo,
el Veinticinco de Mayo
clamó de súbito: ¡guerra!
¡Hijos del llano y la sierra,
pueblo argentino!, ¿qué haremos?
¡Menos valientes seremos
que los que libres se aclaman?
¡De Buenos Aires nos llaman,
a Buenos Aires, volemós!

¡Ah! ¡Si es mi voz impotente
para arrojar, con vosotros,
nuestra lanza y nuestros potros
por el vasto continente;
si jamás independiente
veo el suelo en que he cantado,
no me entierren en sagrado

donde una cruz me recuerde,
entiérrenme en campo verde
donde me pise el ganado!"

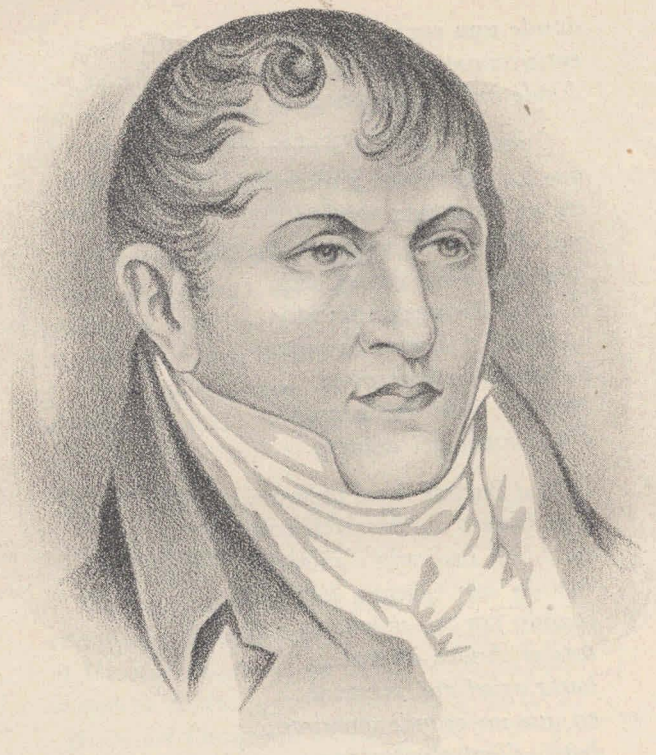
Cuando cesó esta armonía,
que los conmueve y asombra,
era ya Vega una sombra
que allá, en la noche, se hundía . . .
¡Patria!, a sus almas decía
el cielo, de astros cubierto;
¡patria!, el sonoro concierto
de las lagunas de plata;
¡patria!, la trémula mata
del pajonal del desierto.

Y a Buenos Aires volaron,
y el himno audaz repitieron,
cuando a Belgrano siguieron,
cuando con Güemes lucharon,
cuando por fin se lanzaron
tras el Andes colosal,
hasta aquel día inmortal
en que un grande americano
batió al sol ecuatoriano
nuestra enseña nacional.

Recomendamos la lectura de sus poesías, especialmente su poema "Santos Vega".

EJ. MNEMOTÉCNICO: Recitar.

PALABRAS Y GIROS: *Abatia*: inclinaba. — *Clamor*: vocerío.
— *Vasto*: grande. — *De súbito*: de pronto. — *Se aclaman*: se declaran, se nombran. — *Impotente*: incapaz. — *Concierto*: música. — *Trémula*: temblorosa.



MANUEL BELGRANO

Patriota y general argentino, caudillo de la guerra de la Independencia. Nació en Buenos Aires en el año 1770. Él mismo ha relatado así la forma en que aprendió el manejo de las armas: "Todos mis paisanos, y muchos habitantes de la España, saben que mi carrera fué la de los estudios, y que concluídos éstos, debí al rey Carlos IV que me nombrase secretario del consulado de Buenos Aires, en su creación; por consiguiente, mi aplicación, poca o mucha, nunca se dirigió a lo militar; y así cuando en el año 1796, el virrey Melo me confirió el despacho de capitán de milicias urbanas de la misma capital, más bien lo recibí como para tener un vestido más que ponerme, que para tomar conocimientos en semejante carrera." Murió en Buenos Aires en 1820.

LA MUERTE DEL GENERAL BELGRANO

POR BARTOLOMÉ MITRE

Historiador. Argentino. Contemporáneo.

Belgrano llegó a Buenos Aires en el mes de marzo de 1820, y la encontró envuelta en la anarquía. Débil y sin ánimo, entró caminando por pies ajenos a la casa paterna, donde medio siglo antes había nacido, y se acostó en su lecho de agonía.

Desde entonces pasó sus días sentado en un sillón y las noches sin dormir, incorporado en su cama porque no podía acostarse del todo. Sus hermanos y los pocos amigos que le habían quedado, le rodeaban a todas horas del día y de la noche. A veces, pedía que le dejasen solo y quedaba sumido en una honda meditación.

Un día, después de uno de esos instantes de soledad voluntaria, sus amigos le encontraron pálido y con los ojos casi extintos. Al verlos, pareció reanimarse, y dirigiéndose a su amigo don Manuel Antonio Castro, le dijo con toda gravedad:

—Pensaba en la eternidad a donde voy, y en la tierra querida que dejo. Espero que los buenos ciudadanos trabajarán en remediar sus desgracias.

El gobernador de Buenos Aires, al conocer el estado de indigencia en que se encontraba el ilustre general, le envió un día la cantidad de trescientos pesos, con destino a los gastos de su curación, disculpándose por no poderle atender con más, a causa de la pobreza del tesoro público; pero asegurándole que consideraba uno de sus principales cuidados el velar por su bienestar, como justo premio de sus virtudes y servicios. . .

Antes de cerrar los ojos para siempre, Belgrano tuvo la

satisfacción de ver a su predilecto subalterno, el coronel Lamadrid. Lo abrazó con los ojos llenos de lágrimas, y, luego que se hubo serenado, abrió un cajón y sacó de él unas memorias.

—Estos apuntes — le dijo, — están hechos muy a la ligera. Es necesario que los recorra.

Habló en seguida de Tucumán, recordó a algunos amigos, y se despidió de Lamadrid, para no volver a verle más.

En vísperas de su muerte recibió la visita de su amigo don Celedonio Balbín, quien, sin hacerle firmar ningún documento, le había proporcionado, en Tucumán, los medios para trasladarse a Buenos Aires.

—Me hallo muy mal: duraré muy pocos días. Espero la muerte sin temor, pero llevo al sepulcro un sentimiento.

Interrogado por Balbín, le respondió con tristeza:

—Muero tan pobre, que no tengo con qué pagarle el dinero que usted me prestó; pero no lo perderá. El gobierno me debe algunos miles de pesos, de mis sueldos, y luego que el país se tranquilice, se los pagará a la persona a quien dejo encargada de mis asuntos.

El 25 de mayo de 1820, veinticinco días antes de morir, Belgrano había dictado su testamento: “encomendando su alma a Dios, que la formó de la nada, y su cuerpo a la tierra de que fué formado”, según sus propias palabras.

Un día antes de su muerte, pidió a su hermana Juana, que lo asistía con el amor de una madre, que le alcanzase su reloj de oro que tenía colgado a la cabecera de la cama:

—Es todo cuanto tengo para darle a este hombre bueno y generoso — dijo, dirigiéndose al doctor Redhead, su médico, quien lo recibió enternecido.

Luego, empezó su agonía, que se anunció por el silencio, después de prepararse cristianamente, sin debilidad y sin orgullo, como había vivido, a entregar su alma al Creador.

Las últimas palabras que salieron de sus labios fueron éstas:

—¡Ay, patria mía!

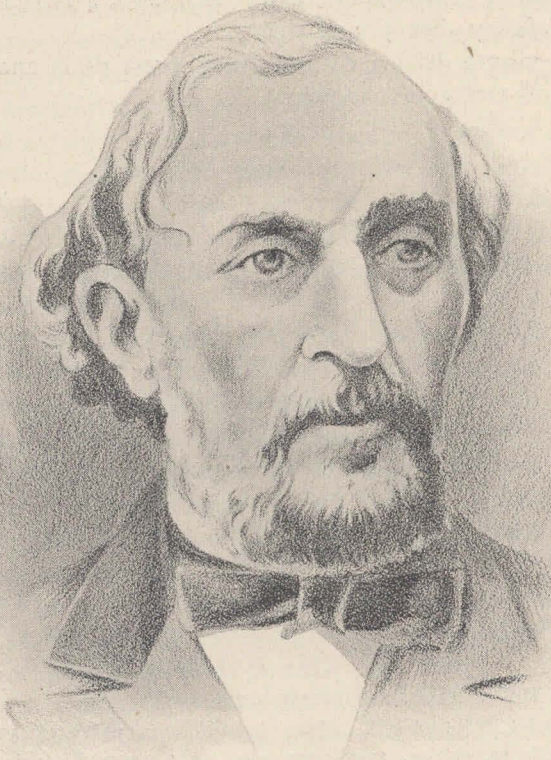
A las siete de la mañana del 20 de junio de 1820, expiró, hidrópico, el general don Manuel Belgrano, a la edad de cincuenta años y diez y siete días.

Ese mismo día, en Buenos Aires, presa de la anarquía, se sucedieron tres gobernadores.

EJ. DE LECTURA: Resumen oral.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Citar las últimas palabras pronunciadas por héroes, sabios, escritores, etc., de nuestra historia y de la historia mundial.

PALABRAS Y GIROS: *Sumido*: hundido, entregado. — *Extintos*: apagados, sin brillo. — *Indigencia*: falta de recursos, pobreza. — *Predilecto*: preferido. — *Subalterno*: de categoría inferior. — *A la ligera*: sin mayor cuidado. — *Visperas*: días anteriores. — *Encomendando*: encargando. — *Enternecido*: con ternura, con emoción. — *Prepararse cristianamente*: recibir los auxilios de la religión católica. — *Creador*: Dios, que sacó todas las cosas de la nada. — *Expiró hidrópico*: murió de hidropesía, enfermedad que consiste en la acumulación excesiva de líquidos, producidos por ciertas glándulas.



BARTOLOMÉ MITRE

Ilustre general e historiador argentino que fué presidente de la República, de 1862 a 1868. A los diez y siete años se dió a conocer simultáneamente, como militar y como poeta. Combatió contra el tirano Rosas. Fundó el gran diario "La Nación" y escribió numerosos libros históricos. Recomendamos la lectura de sus obras.

EL EQUÍVOCO

POR EL P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA
Escritor. Español. Siglo XVIII.

Cuéntase de cierta viuda que fué a casa de su cura, a pedirle consejo sobre si se volvería a casar; porque decía que no podía estar sin alguno que la ayudase, y que tenía un criado muy bueno y muy práctico en el oficio de su marido.

Entonces le dijo el cura:

—Bien, pues, cástate con él.

Mas ella le decía:

—Pero corro el riesgo, si me caso con él, de que se suba a mayores, y que, de criado, se haga amo mío.

—Bien, pues, no te cases.

Pero ella le replicó:

—No sé qué hacer, porque yo no puedo llevar sola todo el trabajo que tenía mi marido, y necesito un compañero que me ayude.

Entonces le dijo el cura:

—Bien, pues, cástate con ese mozo.

Mas ella le volvió a replicar:

—¿Y si sale malo y quiere tratarme mal, y desperdiciar mi hacienda?

Entonces el cura le dijo:

—Bien, pues, no te cases.

Y así la iba respondiendo siempre el cura, según las proposiciones y las réplicas que la viuda le hacía. Pero, al fin, conociendo el cura que la viuda, en realidad, tenía gana de casarse con aquel mozo, porque lo quería, díjola que atendiese bien a

lo que le dijese las campanas de la iglesia, y que hiciese lo que ellas le aconsejasen.

Tocaron las campanas, y a ella le pareció que la decían según lo que tenía en su corazón:

—Cá-sa-te-con-él . . . Cá-sa-te-con-él . . .

Se casó, y el marido la azotó y la dió de palos muy lindamente, pasando a ser esclava la que antes era ama.

Entonces la viuda se fué al cura, quejándose del consejo que le había dado, y echando mil maldiciones a la hora en que le había creído.

Y el cura le dijo:

—Sin duda, que no oíste bien lo que decían las campanas.

Las tocó el cura, y a la viuda le pareció ahora que decían, claramente:

—No-te-ca-ses-tal . . . No-te-ca-ses-tal . . . , — porque, con la pena, se había hecho razonable.

PALABRAS Y GIROS: *Riesgo*: peligro. — *Que se suba a mayores*: que se apodere del mando. — *Replicó*: contestó. — *Hacienda*: fortuna, bienes. — *Proposiciones*: razonamientos.

EL TITIRITERO Y EL LUGAREÑO

POR EL P. JOSÉ FRANCISCO DE ISLA
Escritor. Español. Siglo XVIII.

En una gran plaza de cierta ciudad, se juntó todo el pueblo para ver las habilidades que hacían unos charlatanes titiriteros. Entre ellos había uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufón, al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la función dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dejóse ver en el tablado, cubrióse la cabeza con la capa, agachóse, y comenzó a remedar el gruñido de un cochinito, con tanta propiedad, que todos creyeron que, realmente, tenía escondido debajo de la capa algún marranito verdadero.

Comenzaron todos a gritar que se quitase la capa; hizo así, y viendo que no tenía cosa alguna debajo de ella, se renovaron los aplausos y la ruidosa alegría del populacho.

Un lugareño que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas expresiones de necia admiración, gritó pidiendo silencio, y dijo:

—Señores, sin razón se admiran ustedes de lo que hace ese bufón. No ha hecho el papel del marranito con tanta perfección como a ustedes les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda, no tiene más que venir a este sitio mañana a la misma hora.

El pueblo, dispuesto ya en favor del charlatán, se juntó al día siguiente, aun en mucho mayor número que el anterior, más para silbar al paisano, que para divertirse viendo lo que había prometido.

Se presentaron en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufón y fué más aplaudido que nunca. Siguióle después el labrador; agachóse cubierto con su çapa, tiró de la oreja a un marranito que llevaba escondido debajo del brazo, y el animalito empezó a dar unos gruñidos muy agudos.

Sin embargo, el auditorio declaró la victoria por el charlatán, y aturdió al paisano con silbidos.

No por eso se turbó el buen lugareño, antes bien, mostrando el lechoncillo al auditorio, dijo con mucha socarronería:

—Señores, ustedes no me han silbado a mí, sino al marrano. Miren ahora qué buenos jueces son.

EJ. DE LECTURA: Resumen oral, previa lectura en silencio.

EJ. DE LENGUAJE: Voces y gritos de animales domésticos y salvajes.

PALABRAS Y GIROS: *Titiriteros*: personas que manejan los títeres. — *Bufón*: pantomimo, truhán, cómico, gracioso, actor, el que representa en el teatro. — *Remedar*: imitar. — *Populacho*: pueblo bajo. — *Necia admiración*: admiración sin mayor motivo. — *Dispuesto ya en favor del charlatán*: inclinado ya a aplaudirle aunque no lo mereciese mucho. — *Lugareño*: uno del lugar, un campesino. — *Socarroneria*: astucia, ironía disimulada.

LA AVENTURA DEL REBUZNO

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Escritor. Español. Siglo XVI.

Sucedió que a un vecino de un lugar, por mañas de una muchacha, criada suya, le faltó un asno; y aunque hizo las diligencias posibles, no pudo hallarlo. Quince días habrían pasado desde que el asno faltaba, cuando, estando en la plaza el vecino perdidoso, otro vecino del mismo pueblo le dijo:

—Felicitadme, compadre; que vuestro asno ha aparecido.

—Os felicito, y mucho, compadre — respondió el otro, — pero sepamos dónde ha aparecido.

—En el monte le vi esta mañana, sin arreo alguno, y tan flaco que daba compasión mirarle; quise traéroslo, pero, está ya tan montaraz y tan huraño, que, cuando llegué a él, huyó y se entró en lo más escondido del monte; si queréis que volvamos los dos a buscarle...

—Mucho placer me daréis — dijo el del asno; — y yo procuraré pagároslo en la misma moneda.

Y los dos vecinos, a pie y mano a mano, se fueron al monte; y llegando al lugar y sitio en donde pensaron hallar al asno, no lo hallaron ni apareció por aquellos contornos, aunque lo buscaron mucho.

Viendo, pues, que no aparecía, dijo el que lo había visto:

—Mirad, compadre: una idea me ha venido, con la cual sin duda alguna podremos descubrir a este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, y es que... yo sé

rebuznar maravillosamente, y si vos sabéis algún tanto, dad el asunto por concluído.

—¿Algún tanto decís, compadre? — dijo el otro. — Por Dios que no creo que nadie me aventaje, ni aún los mismos asnos.

—Ahora lo veremos — respondióle su vecino; — porque he pensado que vos os vayáis por una parte del monte, y yo por otra, de modo que lo rodeemos y recorramos todo; y, de trecho en trecho, rebuznaré yo; y así no podrá ser de otro modo sino que el asno nos oiga y nos responda, si es que está en el monte.

A lo que respondió el dueño del asno:

—Digo, compadre, que la idea es excelente y digna de vuestro gran ingenio; — y separándose los dos, según el acuerdo, sucedió que, casi a un mismo tiempo, rebuznaron, y, cada uno engañado por el rebuzno del otro, acudieron los dos a buscarse, pensando que ya el borrico había aparecido; y al verse, dijo el perdidoso:

—¿Será posible, compadre, que no sea mi asno el que rebuznó?

—No fué, sino yo — contestó el otro.

—Ahora digo, entonces, que de vos a un asno, compadre, no hay diferencia alguna, en cuanto al rebuznar se refiere, porque en mi vida he visto cosa más igual.

—Esas alabanzas — replicó el de la idea, — mejor os corresponden a vos que a mí, compadre; que, por el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor y más hábil rebuznador del mundo; porque el sonido que tenéis es alto, lo sostenido de la voz a su tiempo y compás, los dejos muchos y apresurados, y en definitiva yo me doy por vencido, y os rindo la palma y doy la bandera de esta rara habilidad.

—En adelante — dijo el perdidoso — me estimaré y tendré en más, y pensaré que sé algo, pues tengo esta gracia.

Yo pensaba que rebuznaba bien, pero nunca creí que llegaba al extremo que decís. . .

—También diré yo ahora — interrumpióle el otro, — que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas y aprovechadas. . .

—Las nuestras, quiera Dios que nos sean de provecho en este caso. . .

Esto dicho, tornaron a separarse y a volver a sus rebuznos, y a cada paso se engañaban y volvían a juntarse, hasta que se dieron por contraseña que, para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces, una tras otra. Con esto, doblando a cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido asno respondiese, ni aun por señas. Mas, ¿cómo había de responder el pobre y malogrado animal, si lo hallaron en lo más escondido del bosque, ya casi devorado por los lobos?

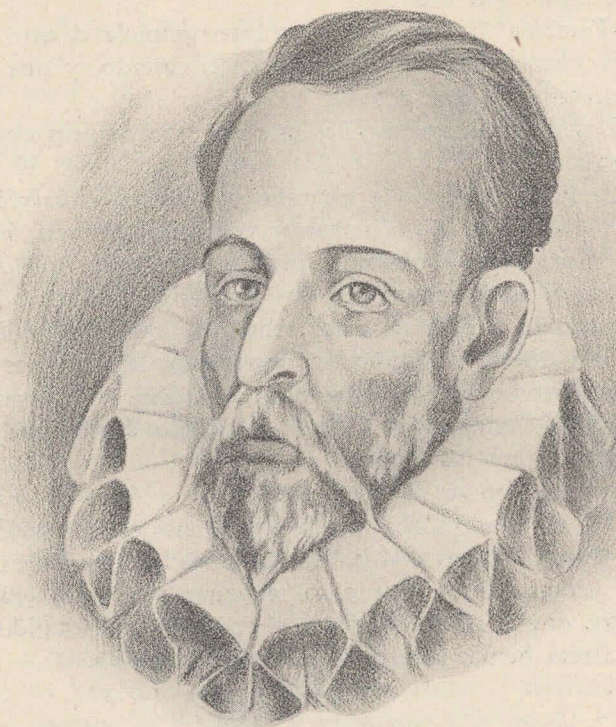
Al verlo, dijo su dueño:

—Ya me maravillaba yo de que él no me respondiese, pues, a no estar muerto, él hubiera rebuznado o no era asno; pero, a cambio de haberos oído rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscar a esta bestia, aunque la he hallado muerta.

EJ. DE LENGUAJE: Formular series de palabras relativas a: asno y monte; indicar los sinónimos aplicables al animal a que se refiere la lectura.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Recitar el elogio que hace al perdidoso el vecino hallador.

PALABRAS Y GIROS: *Diligencias*: medios necesarios, trámites. — *Mano a mano*: en compañía, amistosamente. — *Idea*: plan, recurso, invención. — *Los dejos*: modo particular de los finales de la voz. — *Os rindo la palma y doy la bandera*: os reconozco superior. — *Me estimaré y tendré en más*: me consideraré mejor. — *Malogrado*: perdido, fracasado, muerto prematuramente.



MIGUEL DE CERVANTES

Llamado el Príncipe de los ingenios españoles. Nació en 1547. En 1571 asistió a la batalla de Lepanto, hizo en ella prodigios de valor y recibió dos heridas en el pecho y otra que le destrozó la mano izquierda. Pasó cinco años de cautiverio en Argel. Murió en Madrid el 23 de abril de 1616. Su obra inmortal "El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha", está considerada entre las mejores producciones literarias del mundo. Recomendamos su lectura.

LA CAÑA HUECA

POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Escritor. Español. Siglo XVI.

Llevaron a Sancho Panza a la silla del juzgado y lo sentaron en ella, y, en ese instante, entraron dos hombres ancianos; el uno traía, por báculo, una caña hueca, y el otro, dijo:

—Señor, hace unos días, le presté a este buen hombre diez escudos de oro, con la condición de que me los devolvería cuando se los pidiese. Se los he pedido una y muchas veces; y no solamente no me los devuelve sino que me los niega, y dice que nunca tales diez escudos le presté, y que, si se los presté, ya me los ha devuelto. Yo no tengo testigos, ni del préstamo porque no estuvo nadie presente, ni de la devolución porque no la hubo. Querría que vuestra merced le tomase juramento; y, si jurare que me los ha devuelto, yo se los perdono para aquí y para delante de Dios.

—¿Qué decís vos a esto, buen viejo del báculo? — dijo Sancho Panza.

—Yo, señor, confieso que me los prestó, pero, ya que él lo deja en mi juramento, yo juraré cómo se los he devuelto y pagado real y verdaderamente.

El viejo del báculo, como si le estorbara mucho, dióle la caña al otro viejo, para que se la tuviese mientras juraba; y luego juró que era verdad que el demandante le había prestado diez escudos, pero que él se los había devuelto a la mano suya, y que, por no darse cuenta, se los volvía a pedir continuamente.

Entonces, Sancho Panza preguntó al otro qué tenía que alegar, y el acreedor dijo que sin duda alguna el viejo del báculo debía de decir verdad, pues le tenía por hombre de bien y buen cristiano, y que a él se le debía de haber olvidado el cómo y cuándo le había hecho la devolución, y que, desde allí en adelante, jamás le pediría nada.

Tornó a tomar su báculo el deudor, y bajando la cabeza salió del juzgado. Al ver esto, y que sin más ni más se iba, y viendo también la paciencia del otro. Sancho Panza inclinó la cabeza sobre el pecho, y poniéndose el índice de la mano derecha sobre las cejas y las narices, estuvo como pensativo unos segundos, y luego alzó la cabeza y mandó que llamasen al viejo del báculo.

Apenas lo trajeron, Sancho le dijo:

—Dadme, buen hombre, ese báculo, que lo necesito.

—De muy buena gana — respondió el viejo. — Aquí está, señor; — y se lo puso en la mano.

Se lo recibió Sancho, y dándoselo al otro viejo, le dijo:

—Andad con Dios, que ya vais pagado.

—¿Yo, señor? — contestó el demandante. — Pues, ¿vale esta caña hueca diez escudos de oro?

—Sí — dijo Sancho —, o si no, yo soy el bobo más grande del mundo; y ahora se verá si tengo, o no, buen acierto para gobernar todo un reino.

Y mandó que allí mismo, se rompiese y abriese la caña.

Hízose así, y en el corazón de la caña hueca se hallaron los diez escudos de oro.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, recitarán las partes que hablan Sancho Panza y los dos viejos.

PALABRAS Y GIROS: *Báculo*: bastón. — *Escudo de oro*: moneda antigua. — *Vuestra merced*: tratamiento de cortesía. — *Cómo se los he devuelto*: que es verdad que se los he devuelto. — *Alegar*: oponer razones. — *Acreedor*: que tiene derecho a reclamar algo. — *Deudor*: que debe a otro. — *Sin más ni más*: sin decir, oír, hacer ni esperar nada.

LA PRIMERA EDICIÓN DEL "QUIJOTE"

POR DIONISIO PÉREZ

Periodista. Español. Contemporáneo.

Compañero de Navarro Ledesma, el autor de "Vida de Cervantes", y colaborador en alguna de las varias actividades que consumían entonces su prodigioso talento, fui conociendo, capítulo a capítulo, la "Vida de Cervantes", en que, efectivamente, Cervantes se nos muestra redivivo y reviviendo su propia existencia. Y recuerdo bien cómo la voz de Navarro Ledesma, suave y atemorizada, se conmovía evocando aquel momento en que Cervantes salía de la imprenta de Juan de la Cuesta, en la calleja que conducía al olivar de Atocha, en Madrid, llevando en las manos los pliegos completos de su obra, y cómo, impaciente, se detenía varias veces en la barrancada que subía hacia la casa de Francisco de Robles, el librero, y examinaba los pliegos, húmedos aún.

¿Cómo hubiera podido imaginar Cervantes que aquellos pliegos, cosidos con recias puntadas, habían de llegar a ser la "edición príncipe" del libro más famoso del orbe, origen de toda una dinastía bibliográfica, joya la más codiciada en los mercados de la librería? Entre las gentes de letras madrileñas, comenzó a difundirse la nombradía del nuevo caballero andante, antes de que terminara su impresión. Juan de la Cuesta, el impresor, y Francisco de Robles, el librero, que iban leyendo la obra a medida que lentamente iban saliendo los pliegos de la prensa, y los cajistas que componían el molde, y los correctores que repasaban las pruebas, y hasta los chiquillos que batían el humo de pez y el aceite de linaza con

que se fabricaba la tinta, reían en sus hogares y comentaban en sus tertulias las gracias singulares de las aventuras disparatadas del loco más cuerdo que había de conocer la humanidad. Y bien pronto Francisco de Robles, librero conocedor de su mercado, advirtió que era muy limitada la impresión que se hacía. Comenzó, entonces, una segunda tirada hecha casi a la par que la príncipe, aun no terminada.

La prensa de mano inventada por Gutenberg, que llegó hasta casi mediados del siglo XIX sin modificación ninguna, imprimía tan lentamente, — apenas un centenar de ejemplares por hora, — que era preciso, cuando apremiaba dar a luz un libro o lanzarlo a las librerías en mayor cantidad que de ordinario, hacer moldes dobles o triplicados y hacer trabajar dos o tres prensas a la vez.

PALABRAS Y GIROS: *Actividades*: trabajos. — *Prodigioso*: maravilloso. — *Redivivo*: resucitado. — *Evocando*: reviviendo. — *Recias*: groseras, fuertes. — *Orbe*: mundo. — *Dinastía bibliográfica*: serie magnífica de libros. — *Difundirse*: esparcirse. — *Nombradía*: fama. — *Tertulias*: reuniones. — *Edición príncipe*: la primera, cuando se han hecho varias. — *Muy limitada*: corta, escasa. — *Segunda tirada*: segunda impresión.

LAS HORMIGAS SOLDADOS

POR F. W. UP. DE GRAFF

Explorador. Norteamericano. Contemporáneo.

La más interesante de todas las hormigas de las selvas del Amazonas, es la hormiga soldado. ¡Ay del animal herido o del hombre enfermo que ellas descubran!

Las demás hormigas conocidas se clasifican en tres tipos: machos, hembras y obreras. Las hormigas soldados, en cambio, se clasifican en dos tipos: el soldado raso y el oficial; se distinguen por su tamaño: el oficial mide, exactamente, media pulgada, mientras que el soldado puede medir de un quinto a un tercio de pulgada. Ambos son igualmente fuertes. Tienen el cuerpo rojo y la cabeza, que es dura, lisa y brillante como una bolita de marfil, es blanca y desmesuradamente grande. Están armados de dos rojas y formidables tenazas con las que inmovilizan y despedazan sus presas.

La hormiga soldado merece el nombre que lleva, pues es la más valiente y disciplinada de todas las criaturas de la selva; de esa selva que recorre en todas direcciones y que es mudo testigo de su terrible poder destructor. Ningún obstáculo detiene sus nutridas columnas, que recuerdan la formación regular de un ejército. A lo largo de esas interminables columnas, y en sentido inverso a su marcha, he recorrido, muchas veces, kilómetros y kilómetros para tratar de ver las últimas filas, pero no lo conseguí jamás. No deben tener viviendas fijas, pues siempre las he visto llegar, y, tras breve descanso, partir otra vez. El número de individuos que componen cada una de estas expediciones, puede calcularse

que es, más o menos, de doscientos cincuenta mil por kilómetro, y marchan ordenados en grupos de cien, que, al mando de un oficial, forman correctas líneas de veinte en fondo.

Todas las larvas, gusanos, sapos, lagartos, y hasta las ratas que se les cruzan en el camino, tienen ya dictada su sentencia de muerte, tan inevitablemente, como si las aplastase un tanque de guerra. Si hallan animales heridos o imposibilitados, sean cuales sean su tamaño y su fuerza, los reducen, en pocas horas, a simples montones de huesos.

He dicho que estos animales son bravos entre los bravos. Voy a probarlo: cuando se aferran, se encarnizan tanto, que antes de consentir en aflojar sus tenazas prefieren perderlas, y, cuando están en movimiento, no hay nada que los detenga, ni siquiera el fuego; aunque el calor les advierta el peligro que corren, no retroceden. Poseen un espíritu de lucha superior al de todos los guerreros del mundo.

Yo los he visto precipitarse sobre un cigarro ardiendo: lo atacaron de frente, mordiendo el extremo encendido, ¡y lo hicieron pedazos en medio minuto! Murieron diez o doce, pero quedaban millones. . .

EJ. MNEMOTÉCNICO: Citar algunos insectos y sus características.

PALABRAS Y GIROS: *Soldado raso*: simple soldado. — *Pulgada*: medida antigua. — *Desmesuradamente*: desproporcionadamente. — *Presas*: víctimas. — *Disciplinada*: respetuosa de lo establecido. — *Nutridas*: espesas, tupidas. — *Inverso*: contrario. — *Larvas*: primer estado del insecto. — *Inevitablemente*: fatalmente, sin poder salvarse. — *Tanque de guerra*: poderosa máquina mortífera. — *Imposibilitados*: impedidos de moverse, de defenderse. — *Aferran*: prenden, agarran, apresan. — *Espíritu de lucha*: instinto combativo, valor. — *Precipitarse*: lanzarse, arrojarse.

DE "MARTÍN FIERRO"

I.—CONSEJOS DEL VIEJO VIZCACHA.

POR JOSÉ HERNÁNDEZ

Escritor. Argentino. Contemporáneo.

*Me parece que lo veo
con su poncho calamaco.
Después de echar un buen taco,
así principiaba a hablar:
"Jamás llegués a parar
ande veás perros flacos.*

*El primer cuidao del hombre
es defender el pellejo.
Llévate de mi consejo,
fijáte bien en lo que hablo:
el diablo sabe por diablo,
pero más sabe por viejo.*

*Hacéte amigo del Juez,
no le dés de qué quejarse;
y cuando quiera enojarse,
vos te debés encoger,
pues siempre es güeno tener
palenque ande ir a rascarse.*

*Nunca le llevés la contra,
porque él manda la gavilla.
Allí, sentao en su silla,
ningún buey le sale bravo.*

A uno le da con el clavo
y a otro con la cantramilla.

El hombre, hasta el más soberbio,
con más espinas que un tala,
aflueja andando en la mala
y es blando como manteca:
hasta la hacienda baguala
cái al jagüel con la seca.

No andés cambiando de cueva,
hacé las que hace el ratón:
conserváte en el rincón
en que empezó tu existencia:
vaca que cambia querencia
se atrasa en la parición."

Y menudiando los tragos
aquel viejo, como cerro,
"No olvidés, — me decía, — Fierro,
que el hombre no debe crer
en lágrimas de mujer
ni en la renguera del perro.

No te debés de afligir
aunque el mundo se desplome.
Lo que más precisa el hombre
tener, según yo discurro,
es la memoria del burro,
que nunca olvida ande come.

Dejá que caliente el horno
el dueño del amasijo.
Lo que es yo, nunca me aflijo
y a todito me hago el sordo:
el cerdo vive tan gordo,
y se come hasta los hijos.

El zorro que ya es corrido,
dende lejos la olfatea.
No se apure quien desea
hacer lo que le aproveche:
la vaca que más rumea
es la que da mejor leche.

El que gana su comida
güeno es que en silencio coma.
Ansina vos ni por broma
querás llamar la atención:
nunca escapa el cimarrón
si dispara por la loma.

Yo voy donde me conviene
y jamás me descarrío.
Lleváte el ejemplo mío,
y llenarás la barriga.
Aprendé de las hormigas:
no van a un noque vacío."

PALABRAS Y GIROS: *Calamaco*: de mala calidad, corto, delgado y áspero. — *Un güen taco*: un buen trago. — *Te debés encojer*: debes humillarte. — *Palenque*: estacada. — *Porque él manda la gavilla*: porque él tiene el poder. — *A uno le da con el clavo y a otro con la cantramilla*: a uno le da con la punta de la picana o aijada, y a otro con la cantramilla, o sea, con un palito como de diez centímetros de largo y rematado en un clavo, fijado verticalmente en la picana, como a dos tercios de su largo; la punta aguja a los bueyes delanteros y la cantramilla a los que siguen. — *Baguala*: montaraz, arisca. — *Jagüel*: aguada. — *Seca*: sequía. — *Menudiano*: haciéndolos más frecuentes. — *Como cerro*: firme como un cerro, resistente para bebêr. — *Dejá que caliente el horno el dueño del amasijo*: no te preocupes de los negocios ajenos. — *Corrido*: experimentado. — *Rumea*: rumia. — *Dende lejos la olfatea*: advierte el peligro antes de que llegue. — *Nunca escapa el cimarrón si dispara por la loma*: porque se lo ve, mientras que en los bajos puede ocultarse. — *Me descarrío*: me propaso. — *Noque*: recipiente de cuero.

DE LOS CARACTERES.

DE "MARTÍN FIERRO"

II.—CONSEJOS DEL VIEJO VIZCACHA.

POR JOSÉ HERNÁNDEZ

Escritor Argentino. Contemporáneo.

*"A naides tengás envidia:
es muy triste el envidiar.
Cuando veás a otro ganar,
a estorbarlo no te metas:
cada lechón en su teta
es el modo de mamar.*

*Ansí se alimentan muchos,
mientras los pobres lo pagan;
como el cordero hay quien lo haga
en la puntita, no niego;
pero otros, como el borrego,
toda entera se la tragan."*

*Y gangoso con la tranca,
me solía decir: "Potrillo,
recién te apunta el cormillo,
mas te lo dice un toruno:
no dejés que hombre ninguno
te gane el lao del cuchillo.*

*Las armas son necesarias,
pero naides sabe cuándo.
Ansina, si andás pasiendo,
y de noche sobre todo,*

debés llevarlo de modo
que al salir, salga cortando.

Los que no saben guardar,
son pobres aunque trabajen.
Nunca, por más que se atajen,
se librarán del cimbrón:
al que nace barrigón,
es al ñudo que lo fajen.

Donde los vientos me llevan
allí estoy como en mi centro.
Cuando una tristeza encuentro,
tomo un trago pa alegrarme:
a mí me gusta mojarme
por ajuera y por adentro.

Vos sos pollo, y te convienen
toditas estas razones;
Mis consejos y lecciones
no echés nunca en el olvido:
en las riñas he aprendido
a no peliar sin puyones."

Con estos consejos y otros
que yo en mi memoria encierro
y que aquí no desentierro,
educándome seguía,
hasta que al fin se dormía
mesturao entre los perros.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Recitar partes de la lectura.

PALABRAS Y GIROS: *Gangoso*: hablando con resonancia nasal. — *Tranca*: borrachera. — *Toruno*: adulto, mayor. — *Cimbrón*: sacudón. — *Puyones*: puones, aumentativo de púa; especie de forros de metal que se les pone en las púas a los gallos de riña. — *Mesturao*: mezclado.

DE "MARTÍN FIERRO"

III.—VELORIO DEL VIEJO VIZCACHA.

POR JOSÉ HERNÁNDEZ

Escritor, Argentino. Contemporáneo.

*Le cobré un miedo terrible
después que lo vi dijunto.
Llamé al Alcalde, y al punto
acompañado se vino
de tres o cuatro vecinos
a arreglar aquel asunto.*

*—Anima bendita — dijo
un viejo medio ladiao, —
que Dios lo haiga perdonao
es todo cuanto deseo.
Le conocí un pastoreo
de terneritos robaos.*

*—Ansina es — dijo el Alcalde, —
con eso empezó a poblar.
Yo nunca podré olvidar
las travesuras que hizo;
hasta que al fin fué preciso
que le privasen carniar.*

*De mozo fué muy jinete:
no lo bajaba un bagual.
Pa ensillar el animal,
sin necesitar de otro,*

se encerraba en el corral,
y allí galopiaba el potro.

Se llevaba mal con todos.
Era su costumbre vieja
el mesturar las ovejas,
pues al hacer el aparte,
sacaba la mejor parte
y después venía con quejas.

—Dios lo ampare al pobrecito—
dijo en seguida un tercero, —
siempre robaba carneros;
en eso tenía destreza.
Enterraba las cabezas
y después vendía los cueros.

¡Y qué costumbre tenía
cuando en el jogón estaba!
Con el mate se agarraba
estando los piones juntos.
Yo tallo, decía, y apunto,
y a ninguno convidaba.

Si ensartaba algún asao,
¡pobre, como si lo viese!
poco antes de que estuviese,
primero lo maldecía,
luego después lo escupía,
para que naidés comiese.

Quien le quitó esa costumbre
de escupir el asador,
fué un mulato resertor
que andaba de amigo suyo.
Un diablo muy peliador
que le llamaban Barullo.

Una noche que les hizo
como estaba acostumbrao,
se alzó el mulato enojao
y le gritó: "¡Viejo indino,
yo te he de enseñar, cochino,
a echar saliva al asao!"

Lo saltó por sobre el juego
con el cuchillo en la mano.
¡La pucha el pardo liviano!
En la misma atropellada,
le largó una puñalada,
que la quitó otro paisano.

Y ya caliente Barullo,
quiso seguir la chacota.
Se le había erizao la mota
lo que empezó la reyerta.
El viejo ganó la puerta
y apeló a las de gaviota.

De esa costumbre maldita
desde entonces se curó.
A las casas no volvió,
se metió en un cicutal,
y allí escondido pasó
esa noche sin cenar.

PALABRAS Y GIROS: *Pastoreo*: pequeña porción de ganado que pasta junto. — *Poblar*: establecerse en un campo con ganado para cría y construyendo casa. — *Carniar*: matar. — *Destreza*: habilidad. — *Enternaba las cabezas*: porque la propiedad se marca en las orejas cortándolas en distintas formas. — *Con el mate se agarraba*: se adueñaba de él. — *Yo sólo tallo y apunto*: es como decir yo solo juego, yo solo cebo y tomo. — *Asador*: varilla de hierro o palo aguzado en donde se ensarta la carne. — *Estuviere*: estuviere a punto. — *Pardo*: mulato, negro. — *Caliente*: enardecido. — *Reyerta*: pelea. — *Apeló a las de gaviota*: recurrió a las piernas, huyó. — *Cicutal*: de cicutas, ciertas plantas.

DE "MARTÍN FIERRO"

IV.—LA CUEVA DEL VIEJO VIZCACHA.

POR JOSÉ HERNÁNDEZ
Escritor, Argentino, Contemporáneo.

*Esto hablaban los presentes;
y yo, que estaba a su lao,
al óir lo que he relatao,
aunque él era un perdulario,
dije entre mí: ¡Qué rosario
le están rezando al finao!*

*Luego comenzó el Alcalde
a registrar cuanto había,
sacando mil chucherías
y guascas y trapos viejos.
Temeridá de trebejos
que para nada servían.*

*Salieron lazos, cabrestos,
coyundas y maniadores,
una punta de arriadores,
cinchones, maneadas, torzales,
una porción de bozales
y un montón de tiradores.*

*Había riendas de domar,
frenos y estribos quebraos,
bolas, espuelas, recaos,
unas pavas, unas ollas*

y un gran manajo de argollas
de cinchas, que había cortao.

Salieron varios cencerros,
aleznas, lonjas, cuchillos,
unos cuantos cojinillos,
un alto de jergas viejas,
muchas botas desperejas
y una infinidad de anillos.

Había tarros de sardinas,
unos cueros de venao,
unos ponchos aujeriaos;
y en tan tremendo entrevero,
apareció hasta un tintero
que se perdió en el Juzgao.

Decía el Alcalde muy serio:
—Es poco cuanto se diga:
había sido como hormiga.
He de darle parte al Juez.
Y que me venga después
con que no se los persiga.

Yo estaba medio azorao
de ver lo que sucedía.
Entre ellos mismos decían
que unas prendas eran suyas;
pero a mí me parecía
que ésas eran aleluyas.

Y cuando ya no tuvieron
rincón donde registrar,
cansaos de tanto huroniar
y de trabajar de balde:
—Vámonos, — dijo el Alcalde, —
luego le haré sepultar.

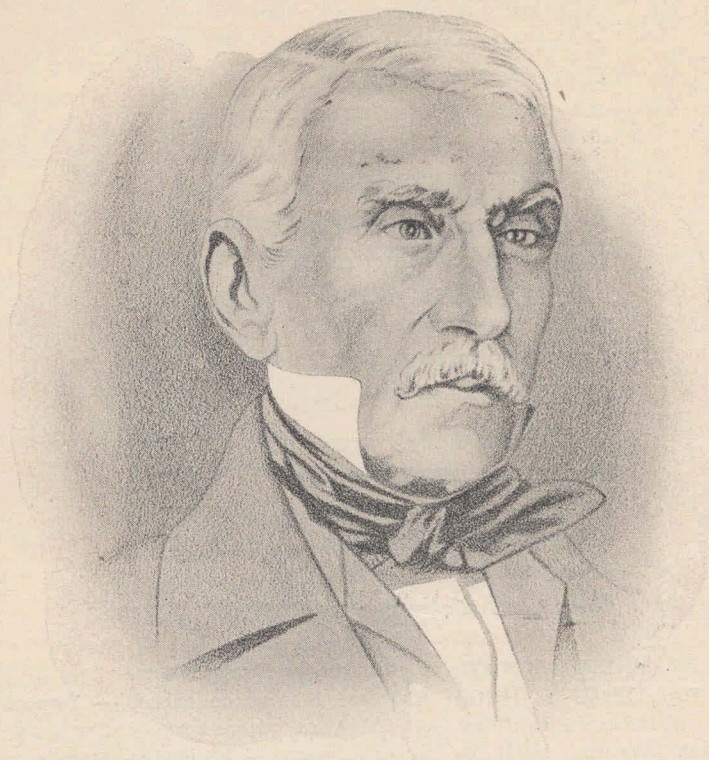
Y aunque mi padre no era
el dueño de ese hormiguero,
él allí muy cariñero
me dijo con muy buen modo:
—Vos serás el heredero
y te harás cargo de todo.

Se ha de arreglar este asunto
como es preciso que sea.
Voy a nombrar albacea
uno de los circunstantes.
Las cosas no son como antes
tan enredadas y feas.

¡Bendito Dios!, pensé yo,
ando como un pordiosero,
y me nuembran heredero
de toditas estas guascas.
¡Quisiera saber primero
lo que se han hecho mis vacas!

EJ. MNEMOTÉCNICO: Recitar partes de la lectura.

PALABRAS Y GIROS: *Guascas*: labores de cuero. — *Temeridá*: abundancia, cantidad. — *Cabrestos*: cabestros. — *Coyundas*: sirven para atar, uncir los bueyes al yugo. — *Maneador*: sirve para atar el caballo en el campo a fin de que pueda pastar. — *Una punta*: una cantidad. — *Arriadores*: arreadores, especie de látigo. — *Cinchón*: correa con una argolla. — *Torzal*: soga hecha con dos o tres tiras de cuero. — *Tiradores*: cintos anchos con bolsillos. — *Riendas de domar*: pesadas y sencillas. — *Recado*: montura ordinaria. — *Alezna*: lezna. — *Lonja*: tira de cuero. — *Aujeriao*: roto. — *Esas eran aleluyas*: esas eran mentiras, pretextos. — *Huroniar*: registrar. — *Cariñero*: cariñoso. — *Albacea*: encargado de custodiar los bienes del difunto. — *Uno de los circunstantes*: uno de los presentes. — *Lo que se han hecho mis vacas*: porque el que cuenta es el hijo segundo de Martín Fierro, quien, al quedar huérfano, fué a dar a maños del Viejo Vizcacha, el cual se hizo cargo de las vacas que recibió en herencia el muchacho.



GENERAL JOSÉ DE SAN MARTÍN

El libertador de Chile y del Perú, capitán general de tres repúblicas sudamericanas, fundador armado de la independencia de medio mundo, reveló la grandeza de su espíritu en estas pocas palabras: "No, el general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas; y sólo desenvainará la espada contra los enemigos de la Independencia de Sud América." Recomendamos la lectura de la "Historia del general San Martín" por Bartolomé Mitre.

RETRATO DE SAN MARTÍN

POR BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Escritor. Chileno. Siglo XIX.

San Martín, como ser físico, poseía una figura arrogante, altiva y en todo militar. Había nacido soldado y murió soldado. Alto, moreno, ancho de pecho, rígido como un sable. En su vejez, peinaba sus canas, cortadas militarmente, con la sencillez del cuartel. Su nariz era aguileña, su barba saliente, su boca enérgica, si bien en sus últimos años su espeso bigote, completamente blanco, disimulaba la languidez de sus pliegues y la pérdida de su dentadura. Su vida entera estaba en sus ojos, de un negro brillante y sombrío, en que todas las pasiones parecían teñirse en relámpagos.

La "mirada terrible" del general San Martín, ha quedado en Chile como una especie de leyenda; pero, a nuestro juicio, había en la severidad de su semblante más aparato que ira, más estrategia que pasión, San Martín, por no gritar, miraba. Y una de sus pestañadas causaba más miedo a un español, que la lectura de su sentencia de muerte.

No obstante su marcial hermosura, realzada en sus últimos años por las canas, San Martín aborrecía los retratos, y hasta ocultó siempre, tenazmente, su tostado rostro al dulce pincel de su hija. Se ha conservado de él, sin embargo, una reproducción magnífica por su semejanza, pues se puede decir de ella que, el viejo campeón, no sólo habla sino que mira. Pero, aún esta imagen de sus últimos días, debióse únicamente a una filial estratagema y a la destreza de un fotógrafo.

De esa fotografía provienen las copias que nos lo muestran como era en realidad. Los otros retratos así, como también las estatuas, son simplemente imaginados por los respectivos autores.

Por lo demás, la figura del general San Martín, aún en su ancianidad, era de ese tipo de fierro que se graba eternamente en la pupila. Los que le vieron, cuando niños, atravesar la plaza de Santiago de Chile, con su sable corto bajo el brazo, su sombrero de hule en la cabeza, y sus botas granaderas hasta la rodilla, le recuerdan con la viveza de una aparición. De su vejez se cuenta, también, una anécdota curiosa a este respecto: Habiendo dejado olvidado su pañuelo en un hotel, a cuatro leguas de París, entró algunos años más tarde en un café de las cercanías de aquella ciudad, y fué grande su sorpresa al notar que la dueña del negocio venía a presentarle su perdida y ya olvidada prenda. La buena mujer no sabía su nombre ni quién era, pero no había podido olvidar la mirada del "hombre del pañuelo".

EJ. DE LENGUAJE: Redactar el retrato de un compañero.

PALABRAS Y GIROS: *Aguileña*: que recuerda el pico del águila. — *Languidez de sus pliegues*: las comisuras de la boca caídas. — *Especie de leyenda*: especie de cuento. — *Más aparato que ira, más estrategia que pasión*: aparentaba más enojo que el que en realidad tenía. — *Marcial hermosura*: apostura militar. — *Tenazmente*: firmemente. — *Filial stratagema*: engaño hecho por su hija. — *Destreza*: habilidad. — *Tipo de fierro*: imponente.

SAN MARTÍN LEJOS DE LA PATRIA

I.—SUS COSTUMBRES.

POR BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA
Escritor. Chileno. Siglo XIX.

Cerca de París pasó San Martín sus mejores días, porque la soledad del campo es, para los hombres cuya vida ha sido una borrasca, una especie de resurrección infinita, en que la memoria y sus imágenes reemplazan a la pasión y sus fantasmas.

Vamos a contar aquí esa existencia, con aquellos pormenores, al parecer sin importancia de la vida diaria, cuyo conjunto forma, sin embargo, el auténtico retrato de las grandes naturalezas, cuando se las ha sorprendido en el abandono de una intimidad sin testigos.

El general San Martín se levantaba con el alba, ese reloj del gallo y del soldado. Poníase a la ligera una bata de tela humilde, y él mismo se preparaba su bebida matinal. ¡Cosa extraña!, siendo argentino, casi paraguayo, el general no hacía nunca uso del mate en Europa; mas, por una ingeniosa consideración a sus viejos hábitos, se servía el té o el café en aquel utensilio y lo bebía con una bombilla de caña. Igual arreglo había hecho con su robusta naturaleza respecto al consumo de la morfina, que los dolores nerviosos que aquejaron siempre su estómago, le acostumbraron a emplear en dosis excesivas, principalmente en el Perú. Los cigarrillos habanos fueron el primer paso, y en seguida picaba el tabaco de éstos en una tabla, para envolverlo en la chala u

hoja de maíz, o absorber su humo en una pipa. De estas últimas, poseía el general San Martín, un considerable surtido, como también una hermosa colección de armas, a las que era especialmente aficionado. Y así, con frecuencia, en aquellas primeras horas de forzado ocio, poníase a limpiar, con la prolijidad de un asistente, aquellos objetos. A esto llamaba él, alegremente, trapichear, tal vez por la obra lenta y paciente que había visto ejecutar, en su niñez, a los trapiches primitivos del Ibicuy, a orillas de cuyo río naciera. En otras ocasiones, ocupábase en pequeñas obras de carpintería, de cuyas herramientas tenía una caja bien surtida, o en iluminar fotografías, especialmente marinas, afición que había adquirido en los viajes de su juventud y que jamás perdió, eligiendo para morir la orilla del océano.

Guardaba también un perro de aguas que le habían regalado en Guayaquil, y con el que pasaba horas enteras, enseñándole pruebas de paciencia o de agilidad. Consistía una de éstas, en fusilarle con su bastón después de haberle sentenciado como desertor: el animal lo ejecutaba a maravilla, siendo un favorito de la casa hasta que murió de vejez.

PALABRAS Y GIROS: *Pormenores*: detalles. — *Intimidad*: familiaridad. — *Asistente*: soldado al servicio personal de un superior. — *Trapichear*: por trabajar. — *Trapiche*: molino. — *Iluminar*: colorear. — *Marinas*: vistas del mar.

SAN MARTÍN LEJOS DE LA PATRIA

II.—SU GUARDARROPA Y SU HABITACIÓN.

POR BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Escritor. Chileno. Siglo XIX.

El general San Martín cuidaba también, como un recluso, de su modesto guardarropa, y, a este fin, tenía siempre sobre su mesa una caja de madera, que había servido de estuche a una edición microscópica de antiguos libros franceses, en la que guardaba su hilo, sus agujas y botones. Cuando su hija quería intervenir, defendiendo los derechos de su experto dedal, — ¡Deja!, — decíale dulcemente el austero soldado, — ¿por qué quieres quitarme mis buenos hábitos? ". Y, de esta suerte, nunca el vencedor de Maipú se puso camisa cuyos botones no hubiese cosido él mismo.

En el vestir era el general San Martín un espartano: una levita de paño azul, abotonada, constituía todo su lujo. Su corbata era, cuando no el corbatín de crin del soldado, un pañuelo de algodón a cuadros, y ésta especialmente era su toilette de verano. Existen cuentas, de la época en que este hombre original fué dictador omnipotente en Chile, y en ellas aparecen no pocas partidas por remiendo de sus botas. Esto no obstante, el general conservaba el uniforme de coronel de Granaderos a caballo con que pasó los Andes, el cual ha sido reproducido fielmente, sobre el original, en su estatua ecuestre. Su deslumbrador uniforme de Protector del Perú yacía también en el rincón de un armario; pero allí han ido a desenterrarle, a última hora, manos rapaces, para arran-

carle los botones que se imaginaron que eran de oro. Otro tanto, por desgracia, sucedió con sus armas.

Mucho mejor que esos trapos, el libertador del Perú conservaba, con celosa veneración, el estandarte de Pizarro, su único precio por un reino redimido.

El menaje de su habitación era, como el de su cuerpo, de una sencillez antigua. Había sustituido su catre de campaña por otro más sólido, de hierro, pero tan común como los que se usan en los colegios, y no tenía otro mueble de descanso que una vieja e incómoda poltrona. Cuando estaba ya muy achacoso, sus hijos le hicieron aceptar a viva fuerza un asiento más cómodo, pero sólo como adorno, porque hasta lo último prefirió la antigua poltrona.

Después que el general terminaba su trabajo matinal, montaba a caballo cuando residía en el campo, y era aquél su ejercicio predilecto. Cuando habitaba en la ciudad, prefería pasear a pie por los suburbios de París, mezclándose familiarmente con el pueblo.

En sus alimentos era de una moderación que es ya un título acordado a su noble vida por la historia. Por una parte su estómago enfermizo, y por otra la índole militar de su naturaleza moral, le habían creado, desde la juventud, esos hábitos de abstinencia y de regularidad. El "guiso" favorito de San Martín era el asado, este pan cotidiano de los argentinos, como el mate es su agua.

PALABRAS Y GIROS: *Recluta*: el que se inicia en el servicio militar. — *Microscópica*: en miniatura. — *Austero*: severo. — *Espartano*: ciudadano de Esparta, país de severas costumbres. — *Toilette*: vestuario. — *Omnipotente*: que todo lo podía. — *Estatua ecuestre*: a caballo. — *Sancionado*: establecido. — *No obstante*: sin embargo. — *Oleografía*: reproducción mecánica de la pintura al óleo. — *Menaje*: el conjunto de muebles. — *Matinal*: de la mañana. — *Predilecto*: preferido. — *Indole*: su manera de ser. — *El "guiso"*: el manjar. — *Cotidiano*: de todos los días.

SAN MARTÍN VE POR ÚLTIMA VEZ LA TIERRA NATAL

POR CARLOS IBARGUREN

Escritor, Argentino, Contemporáneo.

El 6 de febrero de 1829 anclaba en la rada, frente a Buenos Aires, el buque inglés "Chichester", trayendo como pasajero, desde Inglaterra, al general José de San Martín, embarcado de incógnito bajo el nombre de José Matorras.

San Martín venía deprimido y triste. De tiempo atrás tenía proyectado este regreso para poder morir en su patria; "quiero — decía con amargo pesimismo, — concluir mis días en mi chacra, separado, si es posible, de la sociedad de los hombres". Al pasar por Río de Janeiro se enteró de la revolución del 1º de diciembre, y en el puerto de Montevideo supo el fusilamiento de Dorrego. Al divisar conmovido, desde el buque, a Buenos Aires, que estaba desgarrada por la anarquía y los odios políticos, ratificó la firme resolución de no desembarcar y volver al ostracismo. El general había engrosado y encanecido; pero conservaba los ojos "siempre centelleantes, y su aspecto nada había perdido de cuando conducía sus legiones a la victoria". Ese mismo día, a bordo, recostado en la cubierta, vió aparecer, en una ballenera que venía de la costa, a sus ex oficiales, Manuel Olazábal y Pedro Nolasco Alvarez Condarco, que iban a saludarlo; les abrazó con ternura paternal y, llevándolos a la cámara, les dijo: "Yo supe en Río de Janeiro la revolución encabezada por Lavalle; en Montevideo el fusilamiento de Dorrego. Entonces me decidí a venir hasta balizas, permanecer en el pa-

qu Shore y por nada desembarcar, haciendo desde aquí algunos asuntos que tenía que arreglar, y regresar a Europa. Mi sable... ¡No!... Jamás se desenvainará en guerras civiles."

Seis días después, en la tarde del doce de febrero, el libertador de Sud América, solo y silencioso, reclinado en la borda del "Chichester", miraba por última vez la tierra natal. El barco zarpó rumbo a Montevideo, mientras el crepúsculo esfumaba las torres de la ciudad y teñía con tintes rojizos y sombríos las aguas turbias y la costa lejana.

En Montevideo, San Martín, que se preparaba a partir para Europa, fué sorprendido por la visita de su cuñado Manuel Escalada, quien le anunció que dos delegados del general Lavalle: el coronel Eduardo Trolé y Juan Andrés Gelly, llegaban de Buenos Aires para hablarle. San Martín recibió a los comisionados, escuchando de ellos la propuesta de que aceptara el gobierno de Buenos Aires, como la única solución patriótica que aseguraría la paz. El general rehusó terminantemente, manifestando que ya había declinado igual pedido que le fuera formulado por los federales.

PALABRAS Y GIROS: *Rada*: antepuerto. — *Incógnito*: como un desconocido, a fin de que no se le tratase con la ceremonia que correspondía a su mérito. — *Deprimido*: desanimado. — *Amargo pesimismo*: sin ilusiones. — *Ratificó*: fortaleció. — *Ostracismo*: destierro. — *Legiones*: ejércitos. — *Cámara*: salón del barco. — *Balizas*: entrada del puerto. — *Paquete*: barco de pasajeros. — *Zarpó*: partió. — *Esfumaba*: empezaba a borrar. — *Rehusó*: rechazó, no aceptó. — *Había declinado*: no había accedido.

FUSILAMIENTO DE DORREGO

POR CARLOS IBARGUREN

Escritor. Argentino. Contemporáneo.

Lavalle, encerrado en su tienda de campaña, sufría el más dramático de los conflictos morales. El comité unitario, implacable, le requería, por intermedio de Varela y Del Carril, la muerte acordada del infeliz gobernador. Con los pedidos generosos de Brown y Díaz Vélez, que solicitaban clemencia para el vencido, recibía las terribles cartas de Varela y Del Carril que exigían la fatal ejecución.

“Ha llegado el momento de ejecutar” . . . “Hemos estado de acuerdo en ello antes de ahora. Prescindamos del corazón en este caso” . . . “Después de la sangre derramada en Navarro, el proceso del que la ha hecho correr, está formado . . . Este pueblo espera de usted y usted debe darlo todo” . . . “La ley es que una revolución es un juego de azar en el que se gana hasta la vida de los vencidos cuando es necesario disponer de ella . . . Si usted, general, la aborda así, a sangre fría, la decide; si no habrá usted perdido la ocasión de cortar la primera cabeza de la hidra, y no cortará usted las restantes” . . . “Créame usted, todo está decidido . . . todos esperamos de usted una obra completa.”

El 13 de diciembre de 1828, Lavalle “se paseaba agitado, a grandes pasos, — relata el coronel Juan Elías, — al parecer sumido en una profunda meditación, y apenas oyó el anuncio de la llegada de Dorrego, me dijo estas palabras:— “Vaya usted, e intímelo que dentro de una hora será fusilado.” El coronel Dorrego había abierto la puerta del carrua-

je y me esperaba con inquietud. Me aproximaba a él, conmovido, y le intimé la orden funesta de que era portador. Al oírla el infeliz se dió un fuerte golpe en la frente, exclamando: — ¡Santo Dios! Amigo mío, — me dijo entonces, — proporcióneme papel y tintero, y hágame llamar con urgencia al clérigo Castañer, al que pienso consultar en mis últimos momentos.”

Dorrego escribió las desgarradoras y conocidas cartas a su esposa, hijos y amigos, y otra al gobernador de Santa Fe, Estanislao López, en la que le dice: “En este momento me intiman morir dentro de una hora. Ignoro la causa de mi muerte; pero de todos modos perdono a mis perseguidores. Cese por su parte, todo preparativo y que mi muerte no sea causa de derramamiento de sangre.”

Retiradas las tropas del lugar del fusilamiento, Lavalle llamó a todos los jefes y, con voz cuya energía ahogaba a la emoción, les manifestó: “¡Estoy cierto de que, si hubiera llamado a Vds. a Consejo para juzgar a Dorrego, todos habrían sido de la misma opinión que yo! ¡Pero soy enemigo de comprometer a nadie, y lo he fusilado por mi orden! ¡La posteridad me juzgará!”

Y, después, sentándose ante una mesita de pino, pintada de negro, escribió al ministro Díaz Vélez la conocida nota en que comunica al Gobierno que el coronel Manuel Dorrego “acaba de ser fusilado por mi orden al frente de los regimientos que componen esta división.”

PALABRAS Y GIROS: *Conflicto*: situación de difícil salida. — *Implacable*: que no perdona. — *Requería*: exigía. — *La muerte acordada*: resuelta con anticipación. — *Prescindamos*: dejemos a un lado. — *La aborda así*: la encara así. — *La hidra*: animal fabuloso que tenía siete cabezas, en este caso se refiere a los caudillos de cuya supresión se trata. — *Sumido*: entregado. — *Intimelo*: notifi-
quelo. — *Clérigo*: sacerdote. — *La posteridad*: la historia.

EL GENIO ALEGRE

POR SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO

Dramaturgos. Españoles. Contemporáneos

LUCÍO. — Cuente usted lo del repique, señorita.

DOÑA SACRAMENTO. — ¿Lo del repique?

CONSOLACIÓN. — Sí. ¿No ha oído usted repicar?

DOÑA SACRAMENTO. — Con gran sorpresa, ciertamente.

CONSOLACIÓN. — ¡Pues he sido yo!

JULIO. — ¿Tú, prima?

CONSOLACIÓN. — Yo, yo.

LUCÍO. — La señorita ha sido.

DOÑA SACRAMENTO. — ¡Virgen de las Angustias!

JULIO. — ¿Campanera también?

CONSOLACIÓN. — ¡Campanera y sacristana y cuanto hay que ser en el mundo! Verá usted, tía. No arrugue el entrecejo: alégrese conmigo, por Dios. Veníamos las muchachas y los muchachos charlando y riendo, y al pasar por la iglesia, dijo una: "Vamos a entrar a rezarle a la Virgen." Y entramos todos a rezar. En esto, yo, que rezo más rápido, me levanto y me subo a la torre, recordando mis siete años. Lo mismo fué verme, que todos a la torre conmigo. ¡Qué barullo!, ¡qué risa por aquella escalera, oscura como boca de lobo! Cuando llegamos al campanario, nos deslumbró la luz. ¡Es gloria del cielo lo que se ve por aquellos ojos de la torre! Al sentirnos, una bandada de palomas echó a volar. La mañana era hermosa: el aire, fresco y saludable. El sol parecía que pintaba de amarillo el trigo, de rojo las amapolas, de

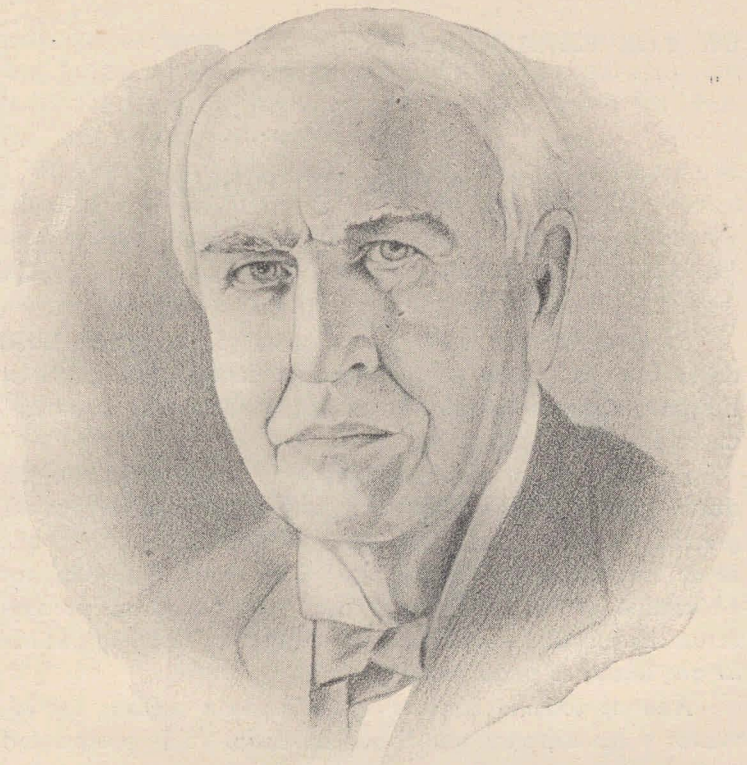
blanco el pueblo, de verde los pinares . . . Temblaba yo, mirando todo aquello, de emoción, de alegría, de ganas de vivir . . . Allá lejos, muy lejos, había unos hombres encorvados segando . . . Quise yo, en un momento, levantar el vuelo como las palomas, saltar, gritar, cantar como un pájaro; quise yo agradecerle a Dios la vida que me dió, los ojos que me puso en la cara y la alegría que me puso en el corazón para ver y sentir todo cuanto veía y sentía; quise yo llevarles, comunicarles mi bienestar a aquellos campesinos, alegrar su trabajo penoso, hacerlos descansar un instante, siquiera . . . Sentí el impulso de los momentos buenos, estalló mi corazón en risa y en lágrimas, y ni visto ni oído: sentido y hecho; cogí la cuerda de una de las campanas y empecé a repicar como si hubiera sido campanera toda mi vida. ¡Talán tan! ¡Talán tan! Se estremeció el aire. En la torre se armó un revuelo de risas y gritos que ensordecía. Lucío se agarró a otra campana. Un monaguillo, contagiado también y encantado con la indisciplina, se agarró a otra. ¡Talán tan! ¡Talán tan! ¡Talán tan! Parecíamos locos. Las palomas, que habían vuelto a la torre, echaron a volar otra vez . . . Y algunos de aquellos hombres que trabajaban lejos, levantaron los cuerpos que tenían inclinados sobre la tierra, y un buen rato estuvieron mirando hacia arriba, hacia la torre, hacia el cielo. Ya sabe usted, tía, por qué ha habido repique esta mañana.

LUCÍO. — ¡Pues no se me han saltado las lágrimas?

JULIO. — No ha sido a ti solo. Mira tú, por donde, la alegría de la señorita nos ha enternecido a los dos.

LUCÍO. — Es que lo ha contado tan bien, que ha sido como si estuviéramos viéndolo. Mejor que viéndolo.

EJ. MNEMOTÉCNICO; Alumnos, designados previamente, interpretarán esta escena.



THOMAS ALVA EDISON

Sabio físico e inventor contemporáneo. Nació el 11 de febrero de 1847 en Milán, Ohío, E.E. U.U. y murió en 1932. A los doce años vendía periódicos en el ferrocarril que hacía el servicio entre la localidad donde residían sus padres y la ciudad de Detroit. Al poco tiempo imprimía un pequeño periódico en el mismo tren en que viajaba. A los quince años conocía perfectamente los fundamentos científicos de aquellos días. Consagróse después al estudio de los fenómenos eléctricos y descubrió aplicaciones muy ingeniosas. Inventó la lámpara incandescente y multitud de otros instrumentos. Además perfeccionó el teléfono, el fonógrafo, el micrófono, etc. Recomendamos la lectura de "Edison tal como yo lo he conocido", por Henry Ford y Samuel Crowther.

EL EJEMPLO DE EDISON

POR HENRY FORD

Inventor, Norteamericano. Contemporáneo.

Se acostumbra a darle a esta época el nombre de Edad de la Industria, pero yo más bien la denominaría Edad de Edison, porque él ha sido el fundador de la industria moderna en los Estados Unidos.

Ha formulado para nosotros, los norteamericanos, un nuevo género de Declaración de la Independencia; ésta expresaba ciertos principios de libertad política, mientras que la de Edison, carece de palabras, pues está constituida por un equipo de máquinas, con cuyo uso, cualquiera de nosotros, ha obtenido una libertad económica más amplia de lo que nunca se pudo imaginar.

Aunque todavía estamos aprendiendo a utilizar los inventos y los métodos que él nos ha dado, ya la prosperidad general de nuestro país sirve de guía al mundo, y este éxito se lo debemos a Edison.

Casi todos los factores importantes de nuestro progreso están vinculados, directa o indirectamente, a alguno de sus inventos. Y no sólo ha forjado nuestro bienestar actual, sino que también ha hecho otros descubrimientos e inventos, mediante los cuales dejó asegurado nuestro porvenir.

Una gran parte de la obra de Edison tiene una aplicación tan frecuente en las actividades de la vida ordinaria que, aunque minuto a minuto nos beneficiamos con sus inventos, pocas veces nos acordamos del inventor.

Su obra, no sólo ha creado muchos millones de empleos,

sino que ha hecho cada uno de ellos más productivo y menos fatigoso. Hizo más en favor de los que trabajan, que todos los gobiernos políticos, proporcionándoles, a los obreros, medios para valerse a sí mismos.

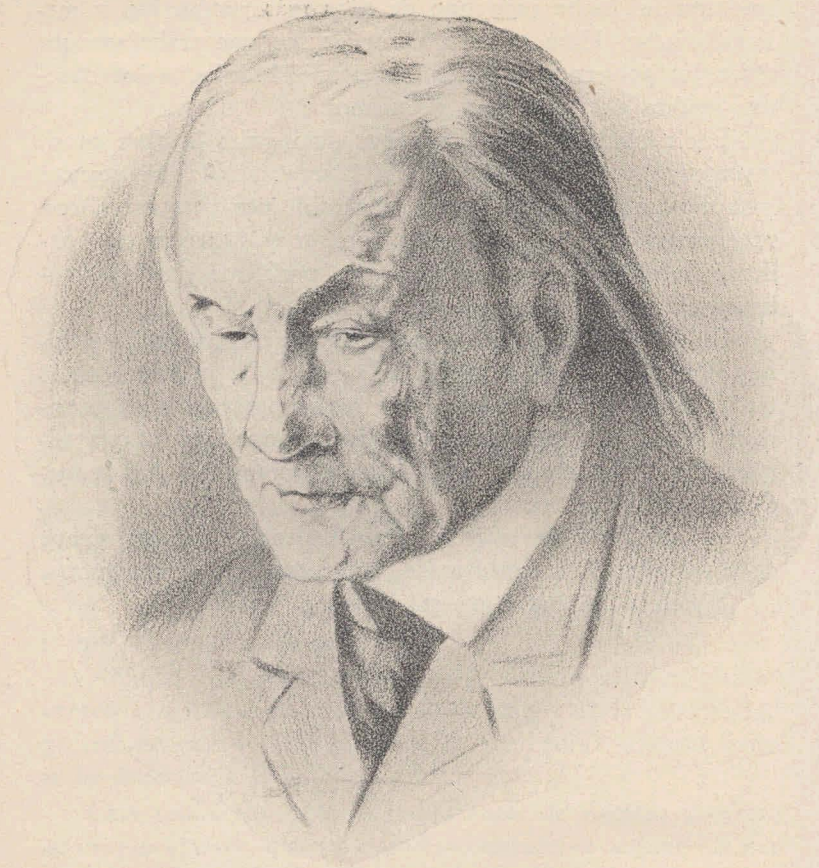
En la obra de Edison hay que distinguir: la obra en sí, inventos o descubrimientos, y la fuerza moral que necesitó para desarrollarla. Este obrero admirable nos demuestra, con su ejemplo, que por medio de pruebas y experimentos pacientes, obstinados, infatigables, todo problema puede ser solucionado.

Es inútil, ciertamente, y será tal vez imposible, determinar si es el fruto de su genio o la fuerza de su voluntad lo que más debemos apreciar. Quizá estas opiniones puedan parecer excesivas o extravagantes, pero, aunque las dicta la admiración sin límites que le profeso, no alcanzan a dar la medida de su valor moral.

La grandeza de nuestra época depende, principalmente, de la facilidad de los medios de comunicación y de transporte.

Y detrás de todo ello, está Edison.

PALABRAS Y GIROS: *Formulado*: dado forma. — *Equipo*: conjunto. — *Factores*: elementos. — *Forjado*: hecho. — *Extravagantes*: caprichosas.



JUAN ENRIQUE FABRE

Sabio naturalista francés, cuyos trabajos científicos le conquistaron fama universal. Nació en 1823 y murió en 1915. Recomendamos la lectura de sus obras.

LAS GOLONDRINAS

I.—EL VUELO Y EL NIDO.

POR JUAN ENRIQUE FABRE

Naturalista, Francés, Contemporáneo.

El vuelo es el estado natural de la golondrina; yo diría casi su estado necesario. Come volando, se baña volando, y, a veces, alimenta a sus crías volando.

Corta el aire sin esfuerzo, con suma facilidad; siente que el aire es su dominio; lo recorre en todas las direcciones y en todos los sentidos, como para gozar de él intensamente, y este placer lo demuestra gritando. Ya siga con flexible agilidad la huella oblicua y tortuosa de los insectos con que se nutre; ya descuide uno para volar tras otro y atrapar de paso a un tercero; ya roce ligeramente la superficie del suelo o de las aguas para recoger algo de lo que la lluvia o la corriente juntan; ya le toque escapar a ella misma, esquivando con rápido giro al ave de rapiña, siempre la golondrina es dueña de su vuelo, pues le es fácil, aun desarrollando la mayor velocidad, cambiar de dirección, describiendo en medio de los aires un enredo movible y fugitivo, cuya línea, (que se cruza, se entrelaza, se aparta, se aproxima, tropieza, da vueltas, sube, baja, se pierde), reaparece siempre para cruzarse y envolverse de mil maneras, y cuyo plano, imposible de dibujar, apenas si alcanzan a esbozarlo las palabras.

Construye su nido en los ángulos de las ventanas, bajo los aleros de los tejados, en las cornisas de los edificios. Su material es la tierra casi impalpable, preferentemente la que

los gusanos sacan a la superficie de prados y jardines después de haberla digerido. La golondrina humedece ese esponjoso material con una gota de saliva viscosa, lo amasa, y luego lo dispone por capas en una media bola pegada a la pared, dejando en lo alto una estrecha abertura.

Unas pajitas que va poniendo en el espesor de los muros, a medida que construye, le dan mayor consistencia a su nido; y, por último, lo forra con muchas y suaves plumas, que preparan blandura y calor para cuatro o cinco huevos muy blancos y sin manchas.

Los nidos les sirven durante varias primaveras a las mismas parejas, pues cuando vuelven los buscan, los reconocen y los arreglan; y, si alguno queda vacío, porque sus propietarios han muerto en tierras lejanas, una nueva pareja se instala en él, sin que, por lo general, se lo dispute otra.

A estas avecillas les agrada vivir en sociedad; a veces, centenares de nidos se tocan bajo una misma cornisa; y cada pareja reconoce sin ninguna vacilación el que le pertenece. Las golondrinas respetan escrupulosamente la propiedad ajena, para que la suya sea respetada también del mismo modo.

Recomendamos la lectura de su obra: "El libro de cuentos de la ciencia".

EJ. MNEMOTÉCNICO: Recitar la primera parte.

PALABRAS Y GIROS: *Su dominio*: su propiedad, posesión. — *Intensamente*: vivamente, hondamente. — *Flexible*: que se dobla. — *Tortuosa*: torcida. — *Atrapar*: agarrar al que huye. — *Esquivando*: evitando. — *Esbozarlo*: dibujarlo vagamente, bosquejarlo. — *Prados*: tierras donde crece hierba. — *Viscosa*: pegajosa. — *Consistencia*: solidez. — *Dispute*: discuta. — *Escrupulosamente*: fielmente, exactamente.

LAS GOLONDRINAS

II.—LA INTELIGENCIA.

POR JUAN ENRIQUE FABRE
Naturalista. Francés. Contemporáneo.

Las golondrinas están animadas por un vivo sentimiento de solidaridad; con inteligencia y empeño ejemplares se prestan mutua ayuda. A veces ocurre que se desmorona un nido recién construido, (sea por defecto del material, sea porque los albañiles no tuvieron paciencia para esperar a que se secaran las sucesivas capas, o por otro motivo cualquiera); al instante acuden vecinos y vecinas que, auxiliando a los afligidos propietarios, trabajan con ellos tan arduosamente que reedifican el nido en un par de días, mientras que la pareja sola no hubiera podido hacerlo en menos de dos semanas.

Hay algo más hermoso aún: una golondrina, que se ha enredado aturdidamente en unos hilos, hace desesperados esfuerzos para librarse, enredándose, en cambio, cada vez más. Está en peligro de muerte, porque el hilo le aprieta las alas y las patas. Al oír sus gritos de angustia, sus compañeras acuden y, poniéndose de acuerdo ruidosamente, trabajan, tanto, y tan bien, con sus picos y sus patas, que deshacen los lazos, libertándola. Después, todas juntas, celebran el feliz acontecimiento con sus más fuertes chillidos. Este caso lo presencié aquí mismo, en mi huerta, un día que blanqueábamos el cáñamo para hilarlo.

Un naturalista famoso fué testigo de un hecho análogo; le cedo la palabra:

“Vi una golondrina — dice—, que, desgraciadamente, no sé cómo, había metido una pata en un nudo corredizo que estaba atado por el otro extremo a una cornisa. La golondrina, ya sin fuerzas, gritaba y, a veces, levantaba el hilo al pretender huír. Pronto se reunieron allí, en número de varios centenares, todas las golondrinas de los alrededores, que formaron una agitada nube y llenaron el espacio con gritos de alarma y compasión. Durante algún tiempo, reinó la mayor confusión, hasta que, una de las avecillas, encontró el modo de librar a su compañera; he aquí la idea, que todas aprobaron y ejecutaron inmediatamente: retiráronse un poco, despejando el lugar, y volviendo todas en fila, dieron, segundo a segundo y hasta con más frecuencia, sendos y fuertes picotazos en el mismo punto de la cuerda, la cual se cortó media hora después, devolviendo la libertad a la martirizada golondrina.

Muchas de sus salvadoras permanecieron allí hasta la noche, sin dejar de chillar, como si comentaran el suceso y se felicitaran mutuamente.”

EJ. DE LECTURA: Reemplazar en el texto las palabras y giros explicados.

EJ. DE LENGUAJE: Redactar una composición que relate un suceso semejante observado por el narrador.

PALABRAS Y GIROS: *Animadas*: inspiradas, dotadas. — *Solidaridad*: unión. — *Mutua ayuda*: ayuda común y recíproca, de uno a otro y viceversa. — *Sucesivas*: superpuestas. — *Angustia*: desesperación, aflicción. — *Acontecimiento*: hecho, suceso. — *Cáñamo*: vegetal textil. — *Naturalista*: hombre que estudia las ciencias naturales, la naturaleza. — *Cedo*: doy, dejo. — *Ejecutaron*: realizaron. — *Despejando*: dejando limpio. — *Sendos y fuertes picotazos*: un fuerte picotazo cada una. — *Comentaran el suceso*: recordaran, cada una a su modo, lo ocurrido.

ROMANCES DE LA PATRIA

LA FRAGATA "SARMIENTO"

POR GERMÁN BERDIALES

*Es de otros tiempos tu gloria,
es de otros tiempos tu estampa,
de los tiempos en que Brown
peleaba por la patria,
y entre el fragor del combate
al "¡Rendíos!", contestaba
mandando clavar su insignia
en el palo que quedara.*

*De los tiempos en que había
abordajes y piratas,
y con garfios y cadenas
los rivales se amarraban,
y así, amarrados, se hundían
hechos una sola ascua,
porque el barco derrotado
volaba su santabárbara.*

*De esos tiempos es tu gloria,
de esos tiempos es tu estampa. . .*

*Y el viento, todos los vientos,
y el agua, todas las aguas,
la tierra, todas las tierras,*

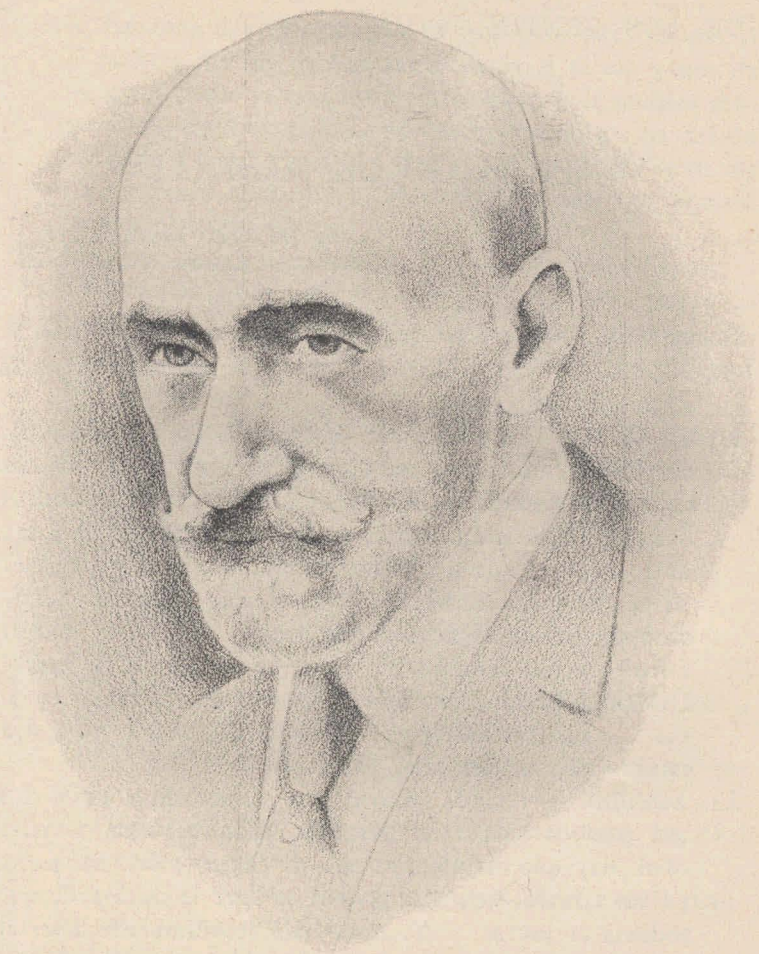
el alma, todas las almas,
te saludan en mil lenguas
con los hurras de ordenanza,
porque tú capitaneas,
en las aguas oceánicas,
una histórica escuadrilla
de viejos barcos fantasmas,
en cuyos puentes de mando
los gloriosos muertos mandan.

Brown y Bouchard y Azopardo
esos espectros se llaman,
y ellos también te saludan
con los hurras de ordenanza:

—¡Hurra, hermosa!, ¡Hurra, gloriosa!,
¡Hurra, intrépida fragata!

EJ. MNEMOTÉCNICO: Recitar.

PALABRAS Y GIROS: *Su insignia*: bandera que indica la graduación del jefe. — *Santabárbara*: depósito de los explosivos. — *Espectros*: imágenes de los muertos.



JACINTO BENAVENTE

Insigne dramaturgo español contemporáneo, autor de muchas e ingeniosas obras. Nació en Madrid, en 1866, y en 1922 obtuvo el premio Nobel de Literatura. Recomendamos la lectura de: "Ganarse la vida", "El Príncipe que todo lo aprendió en los libros", "De cerca", "Abuela y nieta", "El nietecito", "Un par de botas", "Por qué se dejó Juan de la bebida", etc.

EL PLATO DE MADERA

POR JACINTO BENAVENTE

Dramaturgo. Español. Contemporáneo.

LA ESPOSA. — Te digo que no hay por qué consentirlo. . .

EL MARIDO. — Pero, mujer. . . ¿Y qué quieres que yo le haga? ¡Es mi padre!

LA ESPOSA. — Pues, por eso mismo, no debiera andar diciendo por ahí que le tratamos como a un perro, después de haberle gastado su dinero. . . ¡Buena cuenta hubiera él dado de todo, si nosotros no nos hubiéramos hecho cargo de lo suyo! Y de mí, ¿qué motivos tiene para quejarse? El es quien me trata a mí como a una cualquier cosa, y siempre está gruñéndome por todo. . . Yo, ¿en qué le falto? . . . Di, hombre, ¿le falto yo en algo a tu padre? Dilo, que hasta parece que le quieres dar la razón todavía. . . Eso me faltaba. . . Resultará que soy yo quien está de más en esta casa, ¿no es eso?

EL MARIDO. — ¡Calla, mujer, que yo no digo nada! Lo que pasa es que, a las personas, cuando llegan a cierta edad, hay que disculparles más de cuatro cosas. Mi padre ya va para los ochenta, pero él se hace la ilusión de que todavía es joven. . . Y, como está acostumbrado a ser él quien mande y nosotros quienes obedezcamos, sufre al ver que, ahora, es él quien obedece y nosotros quienes mandamos.

LA ESPOSA. — Sí, él tiene muchos achaques, pero no en la lengua. En casa mucho lloriquear y en las de sus amigos grita y grita que le damos de comer en un rincón, y que

lo hacemos dormir sobre un montón de paja. Como si él pudiera dormir en una cama, a ver si se cae y nos da un susto, como la otra noche; y como si se le pudiera sentar a la mesa sin que lo rompa todo, que ya me ha dejado sin platos y sin vasos... Hasta la cazuela de barro me ha roto esta mañana... ¡Ah, pero en adelante, comerá en este plato de madera!

EL MARIDO. — ¡Mujer!... ¿en el plato del perro?

LA ESPOSA. — ¡Oh, está bien limpio! ¡El viejo está todo temblón, y nos dejaría sin cazuelas! ¡Ah, pero aquí le tenemos, ya! Oiga usted, padre, ¿qué le ha ido a contar hoy a la vecina?

EL ABUELO. — Yo, nada. No necesito contar nada a nadie, porque todos lo saben bien. Y, además, pasaría yo más vergüenza contándolo, que tú de hacerlo y mi hijo de consentírtelo...

LA ESPOSA. — ¿Lo oyes, hombre?

EL MARIDO. — ¡Calla que!...

EL NIETECITO. — Papá, papá, ¿quieres darme unos clavos?

EL MARIDO. — ¡Unos clavos?

EL NIETECITO. — Sí, papá, unos clavos para arreglar esto...

EL MARIDO. — ¿Y eso qué es, muchacho?

EL NIETECITO. — Un plato de madera, como el del perro...

EL MARIDO. — ¿Eh? ¿Y quién te ha mandado hacerlo? ¿Para qué lo haces?

EL NIETECITO. — Para que, tú y mamá, comáis en él cuando seáis como el abuelo...

EL MARIDO. — ¿Qué dice este niño?

LA ESPOSA. — ¡Jesús!

EL MARIDO. — ¡Lo merecíamos! ¡Lo merecíamos! Padre, perdóneme usted...

LA ESPOSA. — Sí, perdónenos por Dios...

EL ABUELO. — Ya lo veis, ya lo veis... Todo se paga...

Hijo eres, padre serás; como te hayas portado con tu padre, así se portará tu hijo contigo . . .

EL MARIDO. — Ven, hijo mío, a pedirle perdón al abuelo; y a quererle mucho, y a respetarle mucho, mucho . . . como yo . . .

EL ABUELO. — Como tú me respetes, eso es; como tú le digas . . .

LA ESPOSA. — Se sentará usted a la mesa, aunque lo rompa todo; y tendrá también su buena cama . . .

EL NIETECITO. — ¡Yo no quería hacer ningún mal . . . !

EL ABUELO. — Y no lo has hecho . . . Al contrario . . . Mucho bien, mucho bien hiciste. Déjame que te dé un beso; ahora sí que eres mi nietecito: ¡Bendito seas!

EJ. DE LECTURA: Leer omitiendo los nombres de los personajes a fin de que se los distinga por la voz.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, interpretarán esta escena.

PALABRAS Y GIROS: *Consentirlo*: permitirlo. — *Achaques*: indisposiciones, malestares continuos. — *Gruñéndome*: riñéndome, rezongándome. — *Cazuela*: vasija chata, de barro.

HAY UNA PATRIA AMERICANA

POR NICOLÁS AVELLANEDA
Estadista. Argentino. Siglo XIX.

Escuchadme:

Hay una patria americana. Guerras que no son sino guerras civiles, pueden contradecirla. Lo sabemos. Hay entre estos pueblos generaciones que se salen al encuentro, disputando con puñales, como hermanos bastardos, la herencia común. Pero todos sentimos nuestra patria americana. La sentimos cuando el recuerdo del pasado, que purifica como una llama las pasiones del presente, reanima en nuestras venas la fraternidad de la sangre. La sentimos cuando nos identificamos con su grandiosa, salvaje y portentosa naturaleza, y en contacto con la tierra, con el aire, con el sol, comprendemos, por el tono de las fibras, los vuelos de la mente y las abnegaciones del corazón, que no es una palabra vana: *el hombre americano*. La sentimos cuando nos extraviamos por las vastas llanuras bosquejando los pueblos de la civilización venidera que deben realizar la plenitud del destino humano, sin muchedumbres menesterosas; o cuando, al confirmar con el pensamiento grave la visión gloriosa, nos sentamos por la tarde al pie de la montaña, para hablarle al alma de este mundo nuevo, descendida con el viento desde sus altas cordilleras.

Hay, sí, una patria americana y la hubo, sobre todo, cuando nacía como un nuevo día que proyecta su luz sobre los oscuros horizontes.

La guerra era ya larga y todos se hallaban muy lejos del

lugar de su partida. Allí estaban el *huaso* de Chile, el *cholo* de Cochabamba, el *costeño* del Perú, el *llanero* de Colombia y el *gaucho* de nuestras pampas argentinas. Estaban todos juntos, revolviendo silenciosos el fogón del campamento, cuando se levantaron de pronto y se dijeron: "Concluylamos". Para ser vistos por el mundo, subieron a las altísimas planicies de Junín, y allí pelearon.

Pelearon brazo a brazo, pecho a pecho, apartando la lanza con la espada para estrecharse más, sin que, durante las horas del combate, se escuchara el estampido del cañón, o siquiera el disparo de un fusil.

La América guerrera tendrá otras glorias, pero ninguna alcanzará a eclipsar la luz de aquel día, en que su independencia fué realmente sellada por el brazo desnudo de sus hijos. En las alturas de la historia resuena, no el trueno del cañón, como decía el cantor excelso de Junín, sino este grito: ¡Honor a la caballería americana!

PALABRAS Y GIROS: *Hermanos bastardos*: hermanos que no se reconocen uno al otro como tales. — *Identificamos*: compenetrarnos. — *Bosquejando*: preparando. — *Plenitud*: totalidad. — *Menes-terosas*: que padecen miseria. — *Eclipsar*: oscurecer. — *El cantor excelso de Junín*: José Joaquín de Olmedo, poeta ecuatoriano.

EL POTRILLO ROANO

I.—LA DICHA DE MARIO.

POR BENITO LYNCH

Novelista. Argentino. Contemporáneo.

¡Tan sólo Mario sabe lo que significa para él ese potrillo roano, que destroza las plantas, que muerde, que cocea, que se niega a caminar cuando se le antoja, que cierta vez le arrancó de un mordisco un mechón de la cabellera, creyendo sin duda que era pasto; pero que come azúcar en su mano y relincha en cuanto le descubre a la distancia! . . .

Es su amor, su preocupación, su norte, su luz espiritual... Tanto es así, que sus padres se han acostumbrado a usar del potrillo aquel, como de un instrumento, para domeñar y encarrilar al chicuelo:

—Si no estudias, no saldrás esta tarde en el potrillo . . . Si te portas mal, te quitaremos el potrillo . . . Si haces esto o dejas de hacer aquello . . .

¡Siempre el potrillo alzándose contra las rebeliones de Mario!

La amenaza puede tanto en su ánimo, que de inmediato envaina sus arrogancias, como un peleador cualquiera envaina su cuchillo a la llegada del comisario . . . ¡Y es que es también un encanto aquel potrillo roano, tan manso, tan cariñoso y tan mañero! . . .

El domador de "La Estancia" — hábil trenzador, — le ha hecho un bozalito que es una maravilla, un verdadero y primoroso encaje de tientos rubios, y poco a poco, los demás

peones, ya por cariño a Mario o por emulación del otro, han ido confeccionando todas las demás prendas hasta completar un aperito que provoca la admiración de "todo el mundo".

¡Qué riendas, qué cabestro, qué rebenque, qué cojinillos, qué bastos, qué carona! . . . La encimerita no tiene un palmo de largo y la cincha blanca, con argollas de bronce, ostenta las iniciales de Mario, bordadas en fino tiento . . .

¡Hay que ver al potrillo roano ensillado rienda arriba, en medio del patio, con bocado "de media", el lazo en el anca, la crin tusada de medio arco y con tres claveles! . . .

Para Mario, es el mejor de todos los potrillos y la más hermosa promesa de parejero que haya florecido en el mundo; y es tan firme su convicción a este respecto, que las bur-las de su hermano Leo, que da en apodar al potrillo roano de "burrito" y de otras lindezas por el estilo, le hacen el efecto de verdaderas blasfemias.

En cambio, cuando el capataz de "La Estancia" dice, después de mirar al potrillo por entre sus párpados entornados: — Pa mi gusto, va a ser un animal de mucha presencia éste . . . — a Mario le resulta el capataz, el hombre más simpático y el más inteligente . . .

(Fragmento del cuento: "El potrillo roano").

PALABRAS Y GIROS: *Roano*: pelo mezclado de blanco, gris y bayo, o sea, amarillento. — *Domeñar y encarrilar*: dominar y enderezar. — *Envaina sus arrogancias*: se humilla. — *Mañero*: que tiene mañas, vicios, caprichos. — *Trenzador*: el que trenza; el que hace prendas trenzadas en cuero o en cáñamo. — *Tientos; guascas*: ramales o sea tiras de cuero. — *Apero*: conjunto de prendas con que se ensilla o se ata los animales. — *Bozal, cabestro, cojinillos, carona, cincha, encimera*: prendas del recado de montar. — *Emulación*: competencia. — *Un palmo de largo*: una cuarta. — *Ostenta*: muestra. — *Bocado de media*: freno que, para mayor blandura, se hace de una media reemplazando al común bocado de soga. — *Tusada de medio arco*: cortada formando una ligera curva. — *Y con tres claveles*: y con tres mechoncitos. — *Parejero*: de carrera. — *Lindezas*: insultos. — *Blasfemias*: injurias.

EL POTRILLO ROANO

II.—¿QUÉ HAS HECHO “NENE”? . . .

POR BENITO LYNCH

Novelista, Argentino. Contemporáneo.

El padre de Mario quiere hacer un jardín en el patio de “La Estancia”, y, como resulta que el “potrillo odioso”, — que así le llaman ahora algunos, entre ellos la mamá del niño, tal vez porque le pisó unos pollitos recién nacidos, — parece empeñado en oponerse al propósito, a juzgar por la decisión con que ataca las tiernas plantitas cada vez que se queda suelto, se ha recomendado a Mario desde un principio, que no deje de atarlo por las noches; pero, resulta también, que Mario se olvida, que se ha olvidado ya tantas veces, que al fin una mañana, su padre, exasperado, le dice levantando mucho el índice y marcando con él el compás de sus palabras:

—El primer día, que el potrillo vuelva a destroz ar alguna planta, ese mismo día se lo echo al campo . . .

¡Ah, ah! . . . “¡Al campo!” . . . “¡Echar al campo!” . . . ¿Sabe el padre de Mario, por ventura, lo que significa para el niño, eso de “echar al campo”?

... Sería necesario tener ocho años como él, pensar como él piensa y querer como él quiere a su potrillo roano, para apreciar toda la enormidad de la amenaza . . .

“¡El campo! . . . ¡Echar al campo!” . . . El campo es para Mario algo infinito, y, echar el potrillo allí, tan atroz e inhumano como arrojar al mar a un recién nacido . . .

No es de extrañar, pues, que no haya vuelto a descuidar-

se y que toda una larga semana haya transcurrido, sin que el potrillo roano infiera la más leve ofensa a la más insignificante florecilla . . .

Despunta una radiosa mañana de febrero y Mario, acostado de través en la cama y con los pies sobre el muro, está "confiando", a su hermano Leo, algunos de sus proyectos sobre el porvenir luminoso del potrillo roano, cuando su mamá se presenta inesperadamente en la alcoba:

—¡Ahí tienes! — dice muy agitada. — ¡Ahí tienes! . . .
¿Has visto tu potrillo? . . .

Mario se pone rojo y después pálido.

—¿Qué? ¿El qué, mamá? . . .

—¡Que ahí anda otra vez tu potrillo, suelto en el patio, y ha destrozado una porción de cosas! . . .

A Mario le parece que el universo se le cae encima.

—Pero . . . ¿cómo? — atina a decir. — Pero, ¿cómo? . . .

—¡Ah, no sé cómo — replica entonces la madre, — pero no dirás que no te lo había prevenido hasta el cansancio! . . . Ahora tu padre . . .

—¡Pero si yo lo até . . . pero si yo lo até! . . .

Y mientras con manos trémulas se viste a escape, Mario ve todas las cosas turbias, como si la pieza aquella se estuviese llenando de humo . . .

Un verdadero desastre. Jamás el potrillo se atrevió a tanto. No solamente ha pisoteado esta vez el césped de los canteros y derribado con el anca cierto parasol de cañas, por el cual una enredadera comenzaba a trepar con gran donaire, sino que ha llevado su travesura hasta arrancar de raíz, es-

carbando con el vaso, varias matas de claveles raros que había por allí, dispuestas en elegante losange . . .

—¡Qué has hecho! ¡Qué has hecho, "Nene"? . . .

Y como en un sueño y casi sin saber lo que hace, Mario, arrodillado sobre la húmeda tierra se pone a replantar febrilmente los claveles mientras "el Nene", "el miserable", se queda allí, inmóvil, con la cabeza baja, la hociguera del bozal zafada, y un "no se sabe qué" de cínica despreocupación en toda "su persona" . . .

PALABRAS Y GIROS: *Decisión*: resolución. — *Exasperado*: enojadísimo. — *Echar al campo*: alejarlo de las casas, privándolo de cuidados y mimos. — *Infiera*: ceasione. — *Losange*: rombo que descansa sobre uno de los ángulos agudos. — *Zafada*: salida

LOS BAGUALES

POR JUSTO P. SÁENZ (h.)

Escritor. Argentino. Contemporáneo.

En el mismo centro de la vasta hondonada, una lagunita, de círculo perfecto, relucía al sol como un patacón de plata. Lo despejado del paraje, inadecuado al acecho del tigre, unido a la frescura de los pastos bajo la irrigación perenne de sus vertientes, hiciéronla, en todo tiempo, aguada predilecta de los baguales.

Como los rayos de una rueda inmensa convergían hacia ella los mil senderos, trazados por las yegudas en sus diarias demandas de abrevadero, y, recordando los estragos de pasadas sequías, blanqueaba de osamentas el barrizal de sus márgenes.

Fueron siete u ocho potros los primeros que aparecieron en la cima de las lomas, nítidamente recortadas sus siluetas en el cielo opalino del amanecer. Enarcando los cuellos, sus ollares se dilataron husmeando el agua, y, entre alegres retozos, descendieron el repecho al galope largo. Una manada entera de madres vínose en pos suya, y un hermoso padrillo moro picábale la retaguardia, erguida la acarnerada cabeza y desenvuelto el braceo de su arrogante trote.

A su frente, otra manada comenzó a bajar, al tranco, por la ladera. Diríasela seleccionada por obra humana, pues eran no menos de setenta yeguas bayas. Su dueño, un overo galán, apartado del grupo, volvíase a cada rato para imponer respeto, con amusgadas orejas y rápidas manotadas, a un lote de machos adultos.

A los pocos minutos, y como acudiendo a una cita, fueron arribando a la laguna, familia tras familia de baguales, y cuando el sol alcanzó a dorar el seno de la hondonada, sumaban centenares los equinos allí reunidos. Las crines cayéndoles hasta los encuentros en una doble cascada de cerdas y arrastrando la silvestre porra de sus colas; todos eran de pequeña alzada, aunque fornidos y huesudos, derribados de grupas, toscos los pescuezos y tan variados sus pelajes, que agotaban íntegro el cromatismo de la especie.

En tanto aplacaban la sed, enturbiando con su chapaleo la transparencia de la aguada, sucedíanse las riñas entre los ya satisfechos. Ora eran dos padrejones abalanzados, enrosándose como serpientes los cogotes en un duelo a dentellada limpia, matizado con relinchos, tan agudos que semejabán el berrido de un lechón, ora varias yeguas, corriendo apareadas y cambiándose unas coces que detonaban como pistolotazos.

Recomendamos la lectura de sus interesantes libros: "Pasto puna" y "Baguales".

EJ. DE LECTURA: Leer reemplazando en el texto las palabras y giros explicados.

PALABRAS Y GIROS: *Hondonada*: terreno bajo. — *Patacón de plata*: antigua moneda de plata. — *Inadecuado*: no apropiado. — *Irrigación*: riego. — *Perenne*: continuo, incesante. — *Baguales*: Animales salvajes. — *Convergian*: concurrían, venían hacia ella. — *Demandas de abreuadero*: viajes para beber. — *Márgenes*: orillas. — *Opalino*: blanco-azulado. — *Ollares*: orificios de la nariz. — *Se dilataron husmeando*: se agrandaron olfateando. — *Repecho*: barranca. — *Mançada*: colect. de caballos. — *Braceo*: movimiento de las manos. — *Seleccionada*: elegida. — *Bayas*: de color blanco-amarillento. — *Overo*: caballo de un pelo con manchas bien definidas. — *Amusgadas*: echadas hacia atrás. — *Encuentros*: más abajo del cuello. — *Toscós*: groseros. — *Cromatismo*: conjunto y variedad de colores. — *Chapaleo*: batir. — *Padrejones*: padrillos, padres. — *Matizado*: mezclado. — *Apareadas*: a la par, una al lado de la otra. — *Detonaban*: resonaban.

LA PALOMA DE LA PUÑALADA

POR ERNESTO MORALES
Escritor. Argentino. Contemporáneo.

Tupá, el dios bueno, según la leyenda guaraní, creó primero la Naturaleza y después los seres animados.

Antes que la primera pareja humana los hollase, los sombrios bosques se extendían junto a las claras aguas; y aromaban los aires graciosas flores policromas, antes que mujer alguna pensase embellecerse con ellas.

Tupá, al fin, decidió poblar aquellas soledades, e hizo el primer hombre y la primera mujer; pero como para hacerlos tomó arcilla de las márgenes de un río, los hizo oscuros. ¡Ahí fué de la sorpresa de *Tupá* cuando vió que otro Dios había hecho un hombre y una mujer blancos! E intentó hacerlos, pero no pudo. No disponía más que de troncos de árboles y de oscura arcilla para fabricarlos; material del que le salían sólo seres oscuros. Para embellecerlos les dió, en cambio, los más hermosos, vivos y variados colores. Así obtuvo el verde *yácaré* (caimán), el pintado *yaguareté* (tigre), la rosada *tuyuyú* (cigüeña), el vistoso *gua-á* (guacamayo), la policroma *panambí* (mariposa), la ocre *yarará* (víbora amarilla), hasta el reluciente *lembú* (escarabajo)... Pero *Tupá* no quedó contento; le molestaba que otro Dios hubiese podido hacer criaturas blancas, bien es cierto que por tener en sus dominios material para ello, y que en las tierras de *Tupá* no había; mas éste se obstinaba en poseer una criatura blanca, y *Añá*, genio del mal, pícaro y sagaz como es, vaya a saber uno valiéndose de qué artimañas, con-

siguió llegarse hasta la tierra de los hombres blancos, y robarles una doncella que regaló a *Tupá*.

Con esa *cuñá morotí* (mujer blanca) hizo *Tupá* una ave blanca, dulce y buena; fué la paloma. Y *Tupá* quedó satisfecho.

Mas echóse a volar la paloma entre aquellos bosques solemnes y oscuros, a las márgenes de aquellos ríos caudalosos y azules, y no vió un solo ser blanco; y tuvo vergüenza de su blancura. Se sentía monstruosa por su color, en medio de aquellos seres oscuros y multicolores; se vió fea y lloró. Es desde entonces que la paloma gime siempre, melancólicamente: ¡u, u, u, u! . . .

Dióse a recorrer tierra en busca de un ser blanco. Ambuló por los bosques, y allí conoció al maravilloso *mainunbí* (colibrí) que la llenó de envidia; por las praderas halló la retaceada *ipacaá* (gallineta); en las selvas la hermosa *mbóichumbé* (serpiente de coral); y en las aguas el pintoresco *itaguá* (armado).

Y la desdichada paloma morotí se fué a lamentar ante el propio *Tupá*, a pedirle que la cambiase de color:

—Hazme negra como el cuervo; hazme un tenebroso *urubú*, — rogó la infeliz.

Tupá no accedió. Su blancura lo llenaba de orgullo, ¿cómo habría de quitársela?

La desventurada paloma retiróse a llorar a lo más profundo de la selva; y una vez allí, en medio de su desesperación, perdida la esperanza, quiso matarse; y se hundió con ira el pico en el pecho. Brotóle roja la sangre. Un intenso dolor le impidió seguir clavándose su pico, y la paloma cayó como muerta . . .

Cuando revivió, el agua clara de un manantial reflejó su plumaje blanco; pero en medio de su blancura, roja y bella, le brillaba una mancha de sangre, como si aún manara su herida.

Así se presentó ante *Tupá*, y éste la halló más hermosa todavía con aquella mancha roja en medio del pecho blanco; tan roja que se dijera que su corazón se asomaba curioso. Enteróse *Tupá* de la angustia de aquel ser bueno y dulce, y se admiró de su heroísmo. Para recompensarlo, hizo indeleble su mancha roja.

Y desde entonces se ven estas palomas blancas que ostentan sobre el plumaje esa mancha roja, y a las que el pueblo llama *paloma de la puñalada*.

Estas palomas son más bellas que las otras totalmente blancas, porque han conocido el dolor.

Recomendamos su notable libro: "Leyendas guaraníes".

EJ. DE LECTURA: Leer en tiempo presente.

EJ. DE LENGUAJE: Resumen escrito.

PALABRAS Y GIROS: *Hollase*: pisase. — *Policromas*: de muchos colores. — *Se obstinaba*: se encaprichaba. — *Ambuló*: vagó. — *Retaceada*: de retazos. — *Tenebroso*: oscuro, negro. — *Como si aún manara*: como si aún sangrara. — *Indeleble*: imborrable. — *Ostentan*: lucen.

EL SILBIDO DEL PATRÓN

POR BENITO LYNCH

Novelista, Argentino. Contemporáneo.

Cuando un peón atraviesa el patio y don Pancho lo llama con su silbido breve, el gaucho da un salto nervioso, como si acabara de pisar una culebra.

Cuéntase, como una de tantas anécdotas sobre el raro silbido de don Pancho, que, una vez, dos hombres trabajaban en vano para agarrar, en el corral de la tropilla, a un redomón tubiano, de rienda todavía; y ya fuera porque lo hubiesen asustado torpemente o porque el animal estuviese con la luna, lo cierto era que no quería parar de ningún modo, y la tarea se prolongaba desde hacía un cuarto de hora, malogrando todos los jingos! y los chiflidos enérgicos que ambos individuos le dirigían a porfía.

Don Pancho llegó en esto a la puerta del corral, y se apoyó en sus maderos.

—¿Ha visto, patrón? — dijo uno de los hombres por todo comentario, señalando al caballo con la boca.

—Sí, ya veo — respondió don Pancho despectivamente. — Ustedes no aprenderán nunca a agarrar caballos. No sirven para nada.

El gaucho bajó la vista, y su compañero, un indio petitito, casi adolescente todavía, después de mirar de reojo al patrón, acercóse nuevamente al animal:

—¡Ingo!

El tubiano, aislado en un ángulo, temblaba como una

gama cautiva, y, de cuando en cuando, bajaba la cabeza resoplando con fuerza.

El indio, con la mano izquierda tendida hacia el hocico anheloso del redomón, y la derecha, en que llevaba el bozal, oculta detrás del cuerpo, avanzó lentamente:

—¡Chit!... ¡Chit!... ¡Chit!...

Pero, en cuanto quiso pasar la mano cautelosa por debajo de la garganta del tubiano, éste se tendió de lado bruscamente, y fué a mezclarse entre el remolino de la tropilla asustada.

El muchacho, con rabia, gritó algo con toda su boca.

Al patrón se le pusieron las pupilas pequeñas y brillantes, y produjo con la nariz ese sonido breve de aire que se expulsa con violencia, que le era característico.

—¡Límpiate la boca, atrevido, — dijo al cabo, pálido de rabia; — que estás delante de gente!

El chino se puso verde, bajó la vista y quedó como clavado en el sitio.

El otro gaucho miró primero el campo, luego se inclinó para atarse una alpargata que estaba perfectamente atada, y hasta los animales permanecieron inmóviles dentro de aquel ambiente incómodo y violento.

Don Pancho mantuvo sus ojillos pardos clavados en el rostro del indio, que miraba el suelo; hasta que, por fin, no viendo ni la sombra de una probable contestación, dijo tranquilamente al gaucho de la alpargata:

—¡A ver, agarrálo vos; este otro es un animal!

El hombre tornó a arrinconar al tubiano a fuerza de ¡ingos! y de silbidos, mientras don Pancho armaba un cigarrillo y miraba la escena de vez en cuando.

El animal, paró en uno de los ángulos del corral, del lado de la puerta.

—¡Chit!... ¡Chit!... ¡Chit!... — susurró el gaucho, y comenzó a atracarse; pero se veía claramente, por la

actitud del animal nervioso, que no lograría su objeto.

—¡Chit!... ¡Chit!... ¡Chit!...

La mano extendida del hombre, ya olfateada por el bruto, iba corriéndosele por debajo de la mandíbula, cuando el tubiano, encogiéndose bruscamente, giró sobre sí mismo, presentando el anca, y el gaucho tuvo que retroceder un paso por temor a las patas.

Entonces fué cuando el patrón silbó con su silbido famoso, ese silbido autoritario y sonoro que, como el peso enorme de un gran yugo, hace bajar los cogotes más altos, y que tiene un no sé qué de inapelable.

Todos los caballos volvieron la cabeza, y el redomón tubiano se dejó agarrar impunemente, erguidas las orejas y fijos los ojos temerosos en el sombrero blanco del patrón.

(Fragmento de la novela: "Los caranchos de la Florida").

Recomendamos la lectura de su admirable libro de cuentos: "De los campos porteños".

EJ. DE LECTURA: Leer reemplazando en el texto las palabras y giros explicados.

PALABRAS Y GIROS: *Anécdotas*: relación breve de un rasgo o suceso notable. — *Corral de la tropilla*: pequeño encierro próximo a las casas, destinado a los animales de servicio frecuente. — *Redomón*: que se está domando. — *Tubiano*: corrupción de tobiano, de dos colores a grandes manchas. — *De rienda todavía*: que empieza a obedecerla. — *Con la luna*: malhumorado. — *Malogrando*: haciendo fracasar. — *Ingo*: apócope de pingo, modismo gaucho, caballo. — *A porfía*: a competencia. — *Despectivamente*: despreciativamente. — *Adolescente*: que empieza a ser hombre. — *Gama*: hembra del gamo, animal tímido. — *Anheloso*: ansioso. — *Bozal*: prenda con que se sujeta a los animales por el hocico y el cuello. — *Cautelosa*: con precaución. — *Expulsa*: arroja hacia afuera, expele. — *Característico*: que lo distinguía. — *Mantuvo*: conservó, dejó. — *Susurró*: murmuró. — *Atracarse*: acercarse, arrimarse. — *Yugo*: instrumento de madera que sujeta a los animales formando yunta. — *Impunemente*: sin ofrecer resistencia.

LA NOCHE DE ITUZAINGÓ

POR ERNESTO QUESADA

Historiador, Argentino, Contemporáneo.

La tarde caía. El horizonte, enrojecido por los rayos fulgurantes del sol que, aún al desaparecer, parecía querer marchitar todo lo que a iluminar alcanzaba, principió a cubrirse de densas sombras. La luna estaba oculta.

Enormes lenguas de fuego se elevaban al cielo desde aquellos espesos pastizales, que, al arder, chisporroteaban siniestramente. Un mar ardiendo parecía aquel campo. El humo, que era sofocante y tan espeso que hubiera podido cortarse con cuchillo, envolvía todo en una atmósfera irresistible.

Caballos sin jinetes, acosados por las llamas, se disparaban desesperados en todas direcciones; algunos soldados rezagados corrían como ánima que lleva el diablo, saltando por encima de los cadáveres que cubrían el suelo; los heridos se arrastraban penosamente, lanzando ayes lastimeros. Y, para completar el siniestro cuadro, de las carretas de municiones traídas para el combate, salían de vez en cuando volcanes de fuego, producidos por la explosión de la pólvora, en cuanto las llamas del incendio lograban consumir las cajas que la contenían. "Como a las diez de la noche — dice un oficial argentino, — no se podía sufrir el hedor que producían los muertos, en el estado de descomposición en que se hallaban, debido al gran calor del día y a la quemazón, que a casi todos alcanzaba, originando un olor nauseabundo. El campo estaba completamente iluminado por los fuegos del incendio. En un trecho muy iluminado, que no

había ardidado por falta de combustible, vimos y reconocimos el cuerpo del coronel Brandsen, enteramente desnudo, sin más ropa que una camisa corta, impregnada de sangre." ¡El héroe legendario de aquella batalla; el jefe de aquella brillante división que Alvear sacrificó, haciéndola cargar cuadros de infantería parapetados tras de profundos barrancos; el valiente oficial de Napoleón, el soldado de San Martín, Brandsen, en fin, había sido saqueado...; Brandsen, que, siguiendo la costumbre de los jefes de la epopeya napoleónica, lució el día de la batalla su uniforme de gala, brillando sobre su pecho las cruces y condecoraciones de las principales batallas del imperio, y los cordones y escudos de los grandes combates de la independencia americana!

Ya durante la batalla el desorden fué inaudito. "Los peones y demás agregados del parque — dice uno de los jefes de entonces, — se entretuvieron en despojar a los soldados de su mísero equipaje, mientras que estaban peleando".

Apenas entró la noche, el desorden y el robo fueron realmente repugnantes. La poca disciplina que reinaba en el ejército, hizo más cruel aún aquella escena, por el proceder inhumano de un gran número de conductores y de chinas que seguían al parque, plaga que hasta hace poco subsistía, pues cada batallón, arrastraba tras de sí una verdadera toltería de indios, que todo lo arrasaban a su paso.

La noche de Ituzaingó pasará a la historia...

PALABRAS Y GIROS: *Fulgurantes*: muy brillantes. — *Hedor*: olor desagradable; olor nauseabundo. — *Héroe legendario*: héroe de leyenda, fantástico, fuera de lo común. — *Villanía*: bajeza.

EL AUTOMÓVIL

POR ENRIQUE KISTEMAECKERS
Humorista. Francés. Contemporáneo.

Sobre el muelle de Sanary, una pequeña ciudad francesa a orillas del Mediterráneo, bien en frente del Café del Faro, con dos ruedas pegadas a la acera, trepidaba un automóvil, cual si estuviese agonizando ya. El armatoste aquel producía un espantoso ruido de hierros viejos; hierros viejos agitados por locos furiosos. Era aquello un campaneo delirante. Sin embargo, un oído atento habría podido distinguir, también, un claro choque de espadas que se cruzan y repentinos golpes de timbales.

Allí, adentro, debían ocurrir hechos sorprendentes. Con seguridad que en el interior del motor había un niño que, hinchando con su soplo bolsitas de papel, las hacía reventar en seguida, entre sus palmas, con seco chasquido. Allí estornudaba un perro, entre las detonaciones de la escopeta de su amo. Allí saltaban recias cadenas sobre el dislocado elástico de una cama. Y, pese a todas estas suposiciones tan lógicas, cuando, más tarde, el conductor levantó la tapa que ocultaba el vientre de aquel monstruo ensordecedor, no se vió niño alguno, ni timbales, ni perro, ni escopeta, ni cadenas, ni elástico, ni nada más que unos simples hierros, engranajes y tubos.

El señor don José Dupont, contemplaba aquellas diabólicas entrañas mecánicas con ojos fascinados.

Y no era el único encantado. Observemos que estoy hablando de una época muy distinta de la nuestra. De esto

hace ya unos treinta años, como si dijéramos treinta siglos, al paso que avanza la mecánica. Entonces, cuando alguien tenía prisa, tomaba el tranvía. En aquella era prehistórica, ordenada y tranquila, nadie hubiese podido prever una humanidad frenética como la actual, que se traga las carreteras, el espacio y las horas, con un apetito furioso y devorador.

Digo, pues, que además de la de Dupont, otras treinta bocas se abrían, embobadas, ante la máquina. De un solo golpe, el Café del Faro se había volcado sobre el muelle. Pronto los cafés vecinos hicieron otro tanto. Luego, desde el otro extremo del puerto, hubo gentes que apresuraron el paso, lo que nunca se había visto en Sanary... En menos tiempo del que se necesita para escribirlo, como decía no recuerdo qué autor célebre, todos los habitantes válidos de la ciudad encontráronse reunidos alrededor de la epiléptica máquina.

Y, bruscamente, ocurrió algo pavoroso.

Después de un postrer resoplido y de dos o tres detonaciones más sordas que las anteriores, sobrevino el silencio más completo. ¡Ni más timbales, ni más espadas, ni siquiera el elástico de cama! El infinito silencio de la tumba...

Aquello parecía mentira, teniendo en cuenta el alboroto anterior; la muchedumbre estaba consternada.

Mirábanse unos a otros, como si esperasen un acontecimiento fatal. Parecíales que el sol se velaba y que el mar, allá lejos, iba secándose.

El conductor del coche muerto, en el instante de las supremas explosiones finales, murmuró:

—¡Por Júpiter!

Después, marchando sobre los pies de los espectadores y dándoles codazos, saltó detrás del coche, y durante un instante se quedó pensativo.

Por segunda vez murmuró, pero con un tono más sombrío:

—¡Por Júpiter!

Y se agachó, metiéndose debajo del coche, como si buscara algún objeto perdido.

El señor Dupont, estaba emocionado, presa de un ligero vértigo. De pronto sintióse invadido por una excepcional audacia, al mismo tiempo que, por primera vez en su vida, experimentaba la necesidad de ser amable. ¡Fué aquello algo violento, misterioso, irresistible!

Y fué así como se atrevió a decir:

—¿Se puede hacer algo, señor, para ayudarle?

El desconocido conductor, saliendo de abajo del coche, se irguió, examinó al señor Dupont de pies a cabeza y, con gesto feroz y tono agrio, le respondió:

—Sí.

—¿Y cómo?

—¡Dejándome en paz!

PALABRAS Y GIROS: *Trepidaba*: se estremecía. — *Delirante*: violento. — *Dislocado*: deshecho. — *Timbales*: especie de tambor de un solo parche. — *Frenética*: enloquecida. — *Válidos*: sanos, capaces. — *Epiléptica*: que se sacude con violencia. — *Sobrevino*: siguió. — *Vértigo*: mareo.

EL MATADERO EN LA ÉPOCA DE ROSAS

I.—LA PATRONA.

POR ESTEBAN ECHEVERRÍA.

Escritor. Argentino. Siglo XIX.

El matadero de la Convalecencia o del Alto, — los sucesos de mi narración pasaban por los años de Cristo de 183... —, sito en las quintas, al Sud de la ciudad, es una gran playa, en forma rectangular, colocada al extremo de dos calles, una de las cuales se termina allí y la otra se prolonga hacia el Este. Esta playa, con declive al Sud, está cortada por un zanjón, cavado por la corriente de las aguas pluviales, y en cuyos bordes laterales se ven innumerables cuevas de ratones y cuyo cauce recoge, en tiempo de lluvia, toda la sangraza seca o reciente del matadero. En el vértice Oeste, está lo que llaman la casilla, edificio bajo, de tres piezas de media agua, con corredor al frente que da a la calle y palenque para atar caballos, a cuya espalda se notan varios corrales de palo a pique de ñandubay, con sus fornidas puertas para encerrar el ganado.

Estos corrales son, en tiempo de invierno, un verdadero lodazal, en el cual los animales, apeñuscados, se hunden hasta el encuentro y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas por violación de reglamentos, y se sienta el juez del matadero, personaje importante, caudillo de los carniceros, y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república representando a Rosas, el Res-

taurador. Fácil es calcular qué clase de hombre se necesita para el desempeño de semejante cargo. La casilla, por otra parte, es un edificio tan ruín y pequeño que nadie lo notaría en los corrales, a no estar asociado su nombre al del terrible juez, y no resaltar sobre su blanca cintura los siguientes letreros rojos: "Viva la Federación", "Vivan el Restaurador y la heroína doña Encarnación Ezcurra". "Mueran los salvajes unitarios". Letreros muy significativos, símbolos de la fe política y religiosa de la gente del matadero. Pero algunos lectores no sabrán que, la tal heroína, es la difunta esposa del Restaurador, patrona muy querida de los carniceros, quienes, ya muerta, la veneraban como viva por sus virtudes cristianas y por su federal heroísmo en la revolución contra Balcarce. Es el caso que, en un aniversario de aquella memorable hazaña de la mazorca, los carniceros festejaron con un espléndido banquete en la casilla, a la heroína, banquete a que concurrió con su hija y otras señoras federales, y que, allí, en presencia de un gran concurso, ofreció a los señores carniceros, en un solemne brindis, su federal patrocinio, por cuyo motivo, ellos, la proclamaron, entusiasmados, patrona del matadero, estampando su nombre en las paredes de la casilla, donde se estará hasta que lo bore la mano del tiempo.

Recomendamos la lectura de su fuerte poema: "La Cautiva".

PALABRAS Y GIROS: *Los años de Cristo:* en la era cristiana. — *Sito:* situado. — *Declive:* inclinación, caída. — *Labrado:* hecho. — *Aguas pluviales:* de la lluvia. — *Sangraza:* sangre corrompida. — *Palenque:* valla de madera, estacada. — *De palo a pique:* plantados y juntos. — *Fornidas:* robustas. — *Apeñuscados:* apretados. — *Recaudación:* cobro. — *Por violación de reglamentos:* por no respetarlos. — *La veneraban:* le rendían culto. — *La mazorca:* institución creada por Rosas para perseguir a los unitarios.

EL MATADERO EN LA ÉPOCA DE ROSAS

II.—DURANTE LA FAENA.

POR ESTEBAN ECHEVERRÍA.

Escritor, Argentino, Siglo XIX.

La perspectiva del matadero, a la distancia, era grotesca: llena de animación. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre sus cueros, y cerca de doscientas personas pisaban aquel suelo de lodo, regado con sangre. En torno de cada res, movíase un grupo de figuras humanas de tez y raza distintas. La figura más prominente de cada grupo era el carnicero con el cuchillo en la mano, brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá y rostro embadurnados de sangre. A sus espaldas se rebullía, caracoleando y siguiendo sus movimientos, una comparsa de muchachos, de negras y de mulatas achuradoras, cuya fealdad recordaba las arpías de la fábula; y entremezclados con ellos, algunos enormes mastines, olfateaban, gruñían o se daban de tarascones por la presa. Cuarenta y tantas carretas, toldadas con negruzco y pelado cuero, se escalonaban irregularmente a lo largo de la playa, y algunos jinetes, con el poncho calado y el lazo prendido al tiento, cruzaban por entre ellas al tranco, o, reclinados sobre el pescuezo de los caballos, echaban ojo indolente sobre aquellos animados grupos, al paso que, más arriba, en el aire, un enjambre de gaviotas blanquiazules, que había vuelto de la inmigración al olor de la carne, revoloteaba, cubriendo con su disonante graznido todos los ruidos y voces del matadero, y proyectando una

sombra clara sobre aquel campo de horrible carnicería.

Pero, a medida que adelantaban las horas, la perspectiva variaba; los grupos se deshacían, volvían a formarse tomando diversas actitudes, y se desparramaban corriendo, como si en el medio de ellos cayese alguna bala perdida o asomase la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era porque, mientras el carnicero de un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba el de otro los cuartos en los ganchos de su carreta, despellejaba el de éste, sacaba el sebo el de aquél, de entre la chusma, que miraba con atención y aguardaba la presa de achura, salía, de cuando en cuando, una mugrienta mano a dar un tarazón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos, dichos y gritería descompasada de los muchachos.

Hacia otra parte, entretanto, dos africanas llevaban arrastrando las entrañas de un animal; allá una mulata se alejaba con un ovillo de tripas, y, resbalando de repente sobre un charco de sangre, caía a plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa. Acullá se veían, acurrucadas en hilera, cuatrocientas negras destejiendo sobre las faldas el ovillo, y arrancando uno a uno los sebitos que el avaro cuchillo del carnicero había dejado, en la tripa, como rezagados, al paso que, otras, vaciaban panzas y vejigas y las henchían de aire de sus pulmones para depositar en ellas, luego de secas, la achura.

Varios muchachos, gambeteando a pie y a caballo, se daban de vejigazos o se tiraban bolas de carne, desparramando, con ellas y su algazara, la nube de gaviotas que, columpiándose en el aire, celebraba, chillando, la matanza. Oíanse a menudo, a pesar de las órdenes del Restaurador, palabras inmundas y obscenas, vociferaciones llenas del cinismo bestial que caracteriza a la chusma de nuestros mataderos, con las cuales no quiero regalar a los lectores.

De repente, caía un bofe sangriento sobre la cabeza de alguno, y de allí pasaba a la de otro, hasta que algún deforme mastín lo hacía buena presa, y una cuadrilla de otros, por si estrujo o no estrujo, armaba una tremenda de gruñidos y mordiscones. Alguna tía vieja salía, furiosa, en persecución de un muchacho que le había embadurnado el rostro con sangre, y, acudiendo a sus gritos los compañeros del rapaz, la rodeaban y azuzaban como los perros al toro, y llovían sobre ella zoquetes de carne, bolas de estiércol, con groseras carcajadas y gritos frecuentes, hasta que el juez mandaba restablecer el orden y despejar el campo.

Por un lado, dos muchachos se adiestraban en el manejo del cuchillo, tirándose horrendos tajos y reveses; por otro, cuatro, ya adolescentes, ventilaban a cuchilladas el derecho a una tripa gorda y un mondongo que habían robado a un carnicero; y no lejos de ellos, algunos perros, flacos ya del forzoso ayuno, empleaban la misma violencia para saber quién se llevaría un hígado envuelto en barro.

Simulacro en pequeño era éste del modo bárbaro con que se arreglan, en nuestro país, las cuestiones y los derechos individuales y sociales.

En fin, la escena que se representaba en el matadero, era para vista, no para escrita.

PALABRAS Y GIROS: *La perspectiva:* el panorama. — *Grotesca:* extravagante. — *Reses:* animales. — *Prominente:* importante. — *Comparsa:* grupo. — *Achuradoras:* que negociaban los desperdicios. — *Calado:* puesto. — *Disonante:* inarmónico. — *La quijada:* los dientes. — *Los cuartos:* cada animal se considera dividido en cuatro partes. — *La chusma:* la turba, la gente baja. — *Tarazón:* corte dado en la carne. — *Dos africanas:* dos negras. — *Acullá:* a la parte opuesta. — *El avaro cuchillo:* el tacaño cuchillo. — *Henchian:* llenaban. — *Algazara:* vocería. — *Bofe:* pulmón. — *Zoquetes:* pedazos cortos y gruesos. — *Tripa gorda:* parte del intestino que, como los chinchulines, es muy apreciada, especie de achura. — *Simulacro:* imagen, representación.

LA MADRE DE ROSAS

POR LUCIO V. MANSILLA

Escritor. Argentino. Contemporáneo.

Uno de los actos de la madre de Rosas — doña Agustina López de Osornio, — que más hace resaltar sus caracteres complejos de mujer caritativa y prepotente, es su testamento. Estos documentos no mienten.

Necesitamos, para mejor inteligencia de las cosas, decir que, de la unión entre su hija doña Manuela y el doctor Gond, le quedaron huérfanos, a doña Agustina, varios nietos de los que fué tutora: Enriqueta, Franklin, Carolina y Enrique. Doña Agustina los cuidaba y los amaba con la más tierna y exagerada solicitud, considerando que eran muy desgraciados no teniendo padre ni madre.

Resolvió, pues, hacer su testamento. Tenía un escribano condiscípulo y amigo, hombre seguro, de toda su confianza, con el que se tuteaba. Le mandó llamar.

—Montaña, quiero hacer mi testamento.

—Bueno, hija.

—Siéntate y escribe.

Montaña se acomodó en una mesita, y doña Agustina, que tenía una excelente memoria; mucho orden y todas sus facultades mentales intactas, a pesar de sus años y de sus achaques dolorosos, comenzó a dictar.

—Agustinita, eso que dispones no está bien.

—¿Por qué?

—Porque lo prohíbe la ley.

—¿Que lo prohíbe la ley?, ¡já!, ¡já!, ¡já! ¿Que yo no

puedo hacer con lo mío, con lo que hemos ganado honradamente con mi marido, lo que se me antoje? Escribe no más, Montaña.

—Pero, hija, si no se puede, si no será válido; no porfíes.

—¿Que no se puede? Escribe no más, que tú no eres el del testamento, sino yo, y ya verás si se puede...

—Pues escribiré y ya verás.

—Ya veremos.

Montaña siguió escribiendo, y la señora disponiendo a su gusto.

El escribano indicó nuevamente: “Eso tampoco se puede”, y la señora repitió: “Ya verás si se puede; escribe no más, escribe”.

Montaña agachó la cabeza, siguió, y las mismas contradicciones surgieron unas cuantas veces más

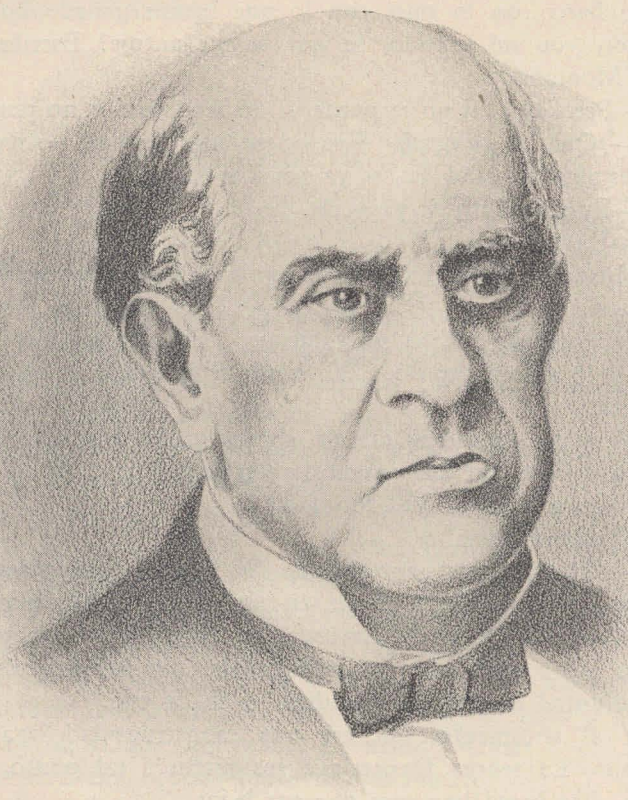
—Bueno, lee ahora, Montaña.

Montaña leyó.

—Perfectamente; agrega ahí: Sé que, lo que dispongo en los artículos tales y cuales, es contrario a lo que mandan las leyes tales y cuales (cita todas tus leyes). Pero sé que he criado hijos obedientes y subordinados, que sabrán cumplir mi voluntad después de mis días; se lo ordeno.

Y el testamento, que era una monstruosidad legal, se cumplió. La señora favorecía a sus nietos a tal punto, que todos ellos heredaban más que sus hijos.

PALABRAS Y GIROS: *Prepotente*: autoritaria. — *Tutor*: encargado de cuidar la persona y administrar los bienes de menores de edad. — *Solicitud tierna y exagerada*: cuidados excesivos. — *Tutearse*: tratarse de tú. — *Facultades mentales intactas*: en pleno uso de su cerebro. — *Achaques*: molestias. — *Eso que dispones*: eso que mandas. — *No será válido*: no tendrá valor. — *Contradicciones*: afirmación y negación. — *Surgieron*: brotaron, aparecieron. — *Subordinados*: sujetos a cierta dependencia. — *Monstruosidad legal*: opuesto a lo establecido.



DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Escritor, educacionista y estadista argentino. Nació en San Juan en 1811. Emigró a Chile durante la tiranía de Rosas y sucedió a Mitre en la presidencia de la República. (1868 a 1874). Su obra escrita es tan vasta que, al reunírsela, se formaron con ella cincuenta y dos grandes volúmenes. Murió en el Paraguay en el año 1888. Recomendamos la lectura de sus obras: "Recuerdos de provincia", "Facundo o civilización y barbarie", "Vida de Dominguito", y el libro "Sarmiento", por Alberto Palcos.

RETRATO MORAL DE ROSAS

POR DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Escritor. Argentino. Contemporáneo.

Algo de extravagante ha habido en el carácter de la madre de Rosas, y esto se ha reproducido en don Juan Manuel y dos de sus hermanas. Apenas llegado a la pubertad, se hace insoportable a su familia, y su padre lo destierra en una estancia. Rosas, con cortos intervalos, ha residido en la campaña de Buenos Aires cerca de treinta años; y ya en 1824 era una autoridad que las sociedades industriales ganaderas consultaban en materia de arreglos de estancias. Es el primer jinete de la República Argentina, y cuando digo de la República Argentina, sospecho que de toda la tierra.

Es un prodigio de actividad; sufre accesos nerviosos en que la vida predomina tanto, que necesita saltar sobre un caballo, echarse a correr por la pampa, lanzar gritos descompasados, rodar, hasta que al fin, extenuado el caballo, sudando él a mares, vuelve a las habitaciones fresco ya y dispuesto para el trabajo. Napoleón y el poeta Lord Byron padecían de estos arrebatos, causados por el exceso de vitalidad.

Rosas se distingue desde temprano, en la campaña, por las vastas empresas de siembra de trigo, que acomete por leguas, y que lleva a cabo con éxito, y sobre todo, por la administración severa, por la disciplina de hierro que introduce en sus estancias. Esta es su obra maestra, su tipo de gobierno, que ensayará más tarde para la "ciudad" misma. Es preciso conocer al gaucho argentino y sus inclinaciones naturales, sus costumbres arraigadas. Si andando en la pampa, le vais pro-

poniendo darle una estancia con ganados que lo hagan rico propietario; si corre en busca de la médica de los alrededores para que salve a su madre o a su esposa querida que deja agonizando, y se le atraviesa un avestruz por delante, echará a correr detrás de él, olvidando la fortuna que le ofrecéis, la esposa o la madre moribunda; y no sólo él está dominado por este instinto; el caballo mismo relincha, sacude la cabeza y tasca el freno, de impaciencia, por volar detrás del avestruz. Si a la distancia de diez leguas de su habitación, el gaucho echa de menos su cuchillo, se vuelve a tomarlo, aunque esté a una cuadra del lugar a donde iba; porque el cuchillo es para él lo que la respiración a la vida misma.

Pues bien; Rosas ha conseguido que, en sus estancias, que se unen con diversos nombres desde los Cerrillos hasta el arroyo Cachagualefú, anduviesen los avestruces en rebaños, y dejasen, al fin, de huir a la aproximación del gaucho. En cuanto al cuchillo, ninguno de sus peones lo cargó jamás, no obstante que la mayor parte de ellos eran asesinos perseguidos por la justicia. Una vez él, por olvido, se ha puesto el puñal a la cintura, y el mayordomo se lo hace notar; Rosas se baja los calzones y manda que se le den los doscientos azotes, que es la pena impuesta al que lo lleva.

Habrá gentes que duden de este hecho confesado y publicado por él mismo; pero es auténtico, como lo son las extravagancias y rarezas sangrientas que el mundo civilizado se negó, obstinadamente, a creer durante diez años. La autoridad ante todo, el respeto a lo mandado, aunque sea ridículo o absurdo; diez años estará en Buenos Aires y en toda la República, haciendo azotar y degollar hasta que la cinta colorada sea una parte de la existencia del individuo, como el corazón mismo. Repetirá en presencia del mundo entero, sin contemporizar jamás, en cada comunicación oficial: "¡Mue- ran los asquerosos, salvajes, inmundos unitarios!", hasta

que el mundo entero se eduque y se habitúe a oír este grito sanguinario, sin escándalo, sin réplica. . .

¿Dónde, pues, ha estudiado este hombre el plan de innovaciones que introduce en "su gobierno", despreciando el sentido común, la tradición, la conciencia y la práctica inmemorial de los pueblos civilizados? Dios me perdone si me equivoco, pero esta idea me domina desde hace tiempo: en la "estancia de ganados" en que ha pasado toda su vida, y en la Inquisición en cuya tradición ha sido educado. Las fiestas de las parroquias son una imitación de la "hierra" del ganado, a que acuden todos los vecinos; la "cinta colorada" que clava a cada hombre, mujer o niño, es la "marca" con que el propietario reconoce su ganado; el degüello a cuchillo, elevado a procedimiento de ejecución pública, viene de la costumbre de "degollar" las reses que tiene todo hombre en la campaña; la prisión sucesiva de centenares de ciudadanos sin motivo conocido y por años enteros, es el "rodeo" con que se amansa el ganado, encerrándolo diariamente en el corral; los azotes por las calles, la Mazorca, las matanzas ordenadas, son otros tantos medios de "domar" a la "ciudad", de dejarla al fin como el ganado más manso.

Recomendamos la lectura de sus obras: "Facundo" y Recuerdos de provincia".

PALABRAS Y GIROS: *Extravagante*: fuera de lo común. — *Pubertad*: edad que sigue a la adolescencia. — *Intervalos*: interrupciones. — *Residido*: vivido. — *Accesos*: ataques. — *Descompasados*: sin armonía. — *Extenuado*: sin fuerzas. — *Exceso de vitalidad*: demasiada energía natural. — *Vastas*: grandes. — *La médica*: la curandera. — *Tasca*: muerde. — *La pena impuesta*: la pena fijada. — *Auténtico*: real, verdadero, probado. — *Obstinadamente*: porfiadamente, tercamente. — *Contemporizar*: acomodarse a la manera de pensar de los otros. — *Sin réplica*: sin oposición, sin respuesta. — *Innovaciones*: mudar o alterar las cosas, introduciendo novedades. — *Práctica inmemorial*: costumbre antigua. — *Inquisición*: tribunal religioso que castigaba los delitos contra la fe. — *Hierra*: operación de marcar al ganado.

DE LOS CARACTERES.

SANTOS PÉREZ, EL EJECUTOR DE QUIROGA

I.—NADIE SE MUEVA.

POR RAMÓN J. CÁRCANO

Escritor. Argentino. Contemporáneo.

Pacificada la provincia de Córdoba y ascendido al gobierno don José Vicente, desempeña Santos Pérez las funciones de capitán en las milicias organizadas. Cuenta con la tolerancia y los favores del clan dominante. Pronto corre en el Departamento su fama de hombre valiente y arbitrario. Castiga a quien le disgusta, carnea vacas y ensilla caballos sin consultar a sus dueños. En las reuniones de carreras es siempre el juez de raya, y nadie duda de su justicia. Es capaz de un crimen, pero no de una trampa en el juego o deslealtad en la conducta. En las canchas de taba, todos apuestan a su mano. Es tan diestro, que siempre gana. En las pulperías le ceden el sitio de preferencia, él paga las copas y nunca llega a la embriaguez. Su casa está diariamente concurrida de paisanos y transeúntes. Su hospitalidad es generosa, pero jamás recibe a un desconocido. La enemistad o desconfianza terminan en el atropello, y para él nunca hay jueces ni castigos. En la región del Norte, donde es popular, se le teme y obedece.

No es cómodo en sus relaciones de vecindad. Si él no impera, él mata.

Don Cruz de la Peña, vecino principal, padre del gobernador de Córdoba, Clímaco de la Peña, fallecido en 1877, posee su estancia en Totoral, a doce kilómetros de la casa

del capitán. Don Cruz es elevado de estatura, erguido y bien plantado, manso y servicial, y a la vez, fuerte y bravo. Pequeños rozamientos de barrio, se agrandan en el tiempo y producen entre ambos la intolerancia y el encono.

Una noche sale Santos Pérez de su casa en Portezuelo, seguido de una partida, armada, de gauchos favoritos.

Dos horas después golpea la puerta del dormitorio de don Cruz, quien vivía con su padre anciano y paralítico.

—¿Quién llama? — pregunta don Cruz.

—Soy yo, el capitán Pérez que viene a matarte. Muerto el perro se acabó la rabia.

—No puede ser.

—Abre la puerta y toparás a Santos Pérez con su partida.

—No puede ser, porque Santos Pérez no es cobarde, para venir a matar, con su partida, a un hombre solo a medianoche.

—Abre la puerta o echo la puerta abajo, — y aplica fuertes golpes con el sable.

—Te propongo, — repuso don Cruz, — que peleemos los dos, cuerpo a cuerpo, y el vencido será el muerto. Si no eres un asesino cobarde, aceptarás mi convite.

—Abre la puerta que acepto tu convite, — y se retira a esperar en el patio.

Don Cruz abre la puerta, y aparece en mangas de camisa con el puñal en la mano.

—Nadie se mueva, caiga quien caiga, — grita Santos Pérez al sargento de su guardia. — El que salga vivo será el capitán de la partida.

EJ. DE LECTURA: Leer en tiempo pasado.

PALABRAS Y GIROS: *Clan*: agrupación, partido. — *Arbitrario*: caprichoso, injusto. — *Carnea*: mata. — *Juez de raya*: el árbitro, autoridad que define el resultado de las carreras. — *Impera*: domina.

SANTOS PÉREZ, EL EJECUTOR DE QUIROGA

II.—EL HOMBRE DE PALABRA.

POR RAMÓN J. CÁRCANO

Escritor. Argentino. Contemporáneo.

Es una noche serena y fría de junio, limpio y estrellado el cielo. La luna asoma sobre las copas oscuras de talas y algarrobos. Con su luz tranquila, ilumina la casa, el patio, las dos figuras imponentes, que en silencio avanzan a encontrarse.

Nadie habla. Apenas se siente el ruido característico de algunos caballos que tascan el freno de copas.

Empieza el combate singular. Resbalan sobre sus filos los puñales, y a veces se oyen sus golpes, a pesar del poncho de cada uno, que envuelve el brazo izquierdo. Los dos luchadores muestran una agilidad y destreza asombrosas. A cada instante el puñal del uno rompe las ropas del otro, y ninguno se hiere. Pasan los minutos. Se advierte cierta fatiga.

—¡No te rindas, Cruz! ¡No te rindas, Cruz! — grita desde su cama el anciano paralítico.

En un rápido movimiento, escapando y lanzando golpes, se aproximan tanto, que ambos se abrazan y principia la lucha del cuerpo contra el cuerpo. Poco se mueven del terreno que pisan. Temen desprenderse y buscan una postura definitiva. Se quedan quietos un instante. Los dos Hércules equilibran las fuerzas. Repentinamente don Cruz estira para arriba todo su cuerpo, aprieta con sus brazos de hierro, y Santos Pérez cae por tierra. Don Cruz aplica su rodilla sobre

el pecho, levanta el puñal sobre la garganta del vencido, y exclama triunfante:

—¡Santos Pérez, tu vida es mía!

—Es cierto, don Cruz, — murmura el caído.

—Yo respeto tu vida que la tengo en mis manos, si tú cesas para siempre en las persecuciones a mi persona y hacienda.

—Acepto el trato.

Don Cruz se pone de pie y retrocede dos pasos con el puñal en la mano.

Santos Pérez se levanta, envaina el puñal, recoge el sable, y dice cortésmente:

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! — responde el vencedor.

El capitán salta sobre el caballo, que le presenta el sargento, y, a la cabeza de su famosa partida, regresa por el mismo camino a Portezuelo.

Don Cruz entra a su dormitorio y continúa el sueño interrumpido.

Los dos vecinos y rivales nunca vuelven a encontrarse. Evitan, sin duda, el peligro de verse. Los enconos están siempre vivos, y pronto los puñales.

Santos Pérez, sin embargo, cumple estrictamente su compromiso. Desde entonces, cuida con empeño la persona y hacienda de don Cruz.

El capitán es hombre de palabra.

EJ. DE LECTURA: Leer en tiempo pasado.

PALABRAS Y GIROS: *Tascan*: muerden. — *Combate singular*: combate extraordinario. — *Hacienda*: bienes, fortuna. — *Estrictamente*: rigurosamente.

EL NIÑO ESTRELLA.

POR GERMÁN BERDIALES

CATALINA. — *¡Simón mío!*

SIMÓN. — *¡Catalina!*
¿Nuestros hijos?

CATALINA. — *Duermen . . . Pero,*
vienes hecho un molinero,
tan blanco estás, no de harina,
sino de nieve . . .

SIMÓN. — *Adivina*
qué cosa, pequeña y bella,
para ti, del bosque, traigo . . .

CATALINA. — *Si no dices más, no caigo*
qué cosa puede ser ella . . .

SIMÓN. — *Entonces, oye: una estrella*
vi que del cielo cayó
y, a su fulgor diamantino,
por un segundo el camino
su nieve en plata trocó.
Tú bien sabes, como yo,
pues siempre lo has escuchado,
que cada estrella que cae
mil monedas de oro trae . . .

CATALINA. — *¿Y es el tesoro encontrado*
lo que este rico brocado
con tantas estrellas, tapa?

SIMÓN. — *Los ojos cierra y, sin miedo,*
con la puntita del dedo

*pliegue por pliegue destapa
lo que hay dentro de la capa.*

CATALINA. — *¿Qué cosa puede ser ella?*

SIMÓN. — *¿No adivinas?*

CATALINA. — *No adivino. . .*

¡Oh, es un niño!

SIMÓN. — *Sí, un divino*

niño estrella. . .

CATALINA. — *¿Un niño estrella?*

SIMÓN. — *La cosa pequeña y bella
que yo vi caer del cielo. . .*

*Mira, su carne es de rosa
y una estrella esplendorosa
es el oro de su pelo. . .*

CATALINA. — *¡Ay!, Simón, ¿no clama al cielo
que el poco pan que nos das
quieras dar a hijos ajenos?*

SIMÓN. — *También va a tocar a menos
el hambre, si somos más.*

CATALINA. — *¿Qué respuesta me darás
si te digo que esta noche
nadie cenó en esta casa?*

SIMÓN. — *Que una noche pronto pasa
y cenar siempre es derroche,
¡eso diré a tu reproche!*

CATALINA. — *No pasa pronto sin cena,
si se viene el otro día
con una alforja vacía. . .*

SIMÓN. — *Llamaré mi suerte buena
con tal que traiga una llena.*

CATALINA. — *¿Quién cuidará de nosotros
este invierno?*

SIMÓN. — *Dios eterno
nos cuidará en este invierno*

como nos cuidó en los otros. . .
¡El cuidará de nosotros
igual que cuida a las aves,
pues cuida a quienes lo quieren!

CATALINA. — Si las cuida, ¿por qué mueren?
¿O es que, acaso, tú no sabes
que mueren de hambre las aves?

SIMÓN. — Sí, se mueren, de seguro. . .

CATALINA. — ¡Cierra ya, que un viento cuela
que hasta los huesos me hiela! . . .

SIMÓN. — Donde hay un corazón duro,
¡siempre hay un viento que hiela!

EJ. DE LECTURA: Leer omitiendo los nombres a fin de que se los distinga por el tono de la voz.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, interpretarán esta escena.

PALABRAS Y GIROS: *No caigo*: no puedo adivinar. — *Fulgor diamantino*: luz clara. — *Brocado*: tela. — *Esplendorosa*: brillante. — *¿No clama al cielo?*: ¿no es un disparate?

EL DORMITORIO

POR ERNESTO LEGOUVÉ
Escritor. Francés. Contemporáneo.

—¿Quieres explicarme una cosa, papá?

—¿Cuál?

—¿Por qué adornas el salón, el comedor y tu escritorio, con pinturas, estatuas y objetos de arte de todas clases, mientras en tu dormitorio no se ven más que retratos de mi mamá, míos, de nuestros parientes y de nuestros amigos?

—¡Oh!, — dije sonriendo, — has tocado una de mis ideas más íntimas y personales.

—¿Quieres explicármela?

—De mil amores, hijo mío . . .

—Te escucho . . .

—A mi juicio, el dormitorio es para la casa lo que la conciencia es para el alma, es decir, el fuero interno, el santuario. En las demás habitaciones, se vive con los otros, en el dormitorio, se vive consigo mismo. Allí se realizan los cuatro actos de la existencia en que uno se halla con mayor desnudez, con mayor intimidad frente a su corazón: allí reposamos, despertamos, enfermamos y morimos, y aun podría agregar que allí es donde se vela, pues es en ese aposento donde nos espera y nos acompaña la pálida hermana de la noche: ¡el insomnio!

Ahora bien: en estas cuatro situaciones o circunstancias, es cuando necesitamos reunir, junto a nosotros, las imágenes de aquellos que amamos o hemos amado.

Tú no sabes aún lo que es despertar. Despertar, para ti,

es abrir los ojos y estirar los brazos, diciendo: ¡Oh, qué bien he dormido! Despertar, a tu edad, es saltar del lecho cantando, y recobrar la posesión de algo que te pertenece: la actividad.

Pero, cuando se han vivido cuarenta años, el renacimiento de cada mañana no se verifica tan aprisa ni tan placenteramente, sino que, a medida que uno se libra del sueño, va entrando en el mundo real y sintiendo renacer, en su corazón, los cuidados y las angustias de todos los días. Esa es la hora en que se toman graves determinaciones o se forjan planes para el porvenir, y es también la hora en que lo pasado vuelve con mayor facilidad a nuestra memoria. Y, entonces, es dulce posar los ojos sobre un rostro amigo.

EJ. DE LECTURA: Leer reemplazando en el texto las palabras y giros explicados.

EJ. DE LENGUAJE: Formar oraciones empleando los giros y palabras explicados, sinónimos y derivados.

PALABRAS Y GIROS: *De mil amores*: con mucho gusto. — *Fuero interno*: la intimidad, lo más personal y secreto de cada uno. — *Santuario*: templo. — *Allí es donde se vela*: donde se está sin dormir el tiempo destinado al sueño. — *Insomnio*: vigilia, desvelo, no poder dormir. — *Renacimiento de cada mañana*: recobrar el dominio de las facultades al despertar. — *Verifica*: efectúa. — *Graves determinaciones*: importantes resoluciones. — *Forjar planes*: hacer proyectos.

RECUERDOS DE MI NIÑEZ

POR JUAN JACOBO ROUSSEAU
Filósofo. Francés. Siglo XVIII.

La transformación que sufrí en la casa del grabador que iba a enseñarme su oficio, me permitió apreciar, claramente, la diferencia que existe entre la vida que gozan los hijos en el hogar paterno y la que han de soportar los aprendices en la casa de sus amos.

Tímido y vergonzoso por naturaleza, estaba muy lejos de merecer el calificativo de atrevido, pero, aún así, el grabador creyó necesario limitarme, poco a poco, hasta suprimírmela por completo, la discreta libertad de que venía disfrutando. Como siempre había sido mimado por mis padres, complacido por mis parientes, y tolerado por mis amigos, desde el primer momento me sentí molesto en la casa del grabador, y empecé a desconocerme a mí mismo.

Habitado a vivir en perfecto pie de igualdad con mis padres, parientes, amigos o maestros; a que no se me prohibiese ninguna diversión; a participar de todos los manjares; a declarar todos mis deseos, y, en fin, a vivir siempre con el corazón en los labios, júzguese qué podía sentir en una casa en donde no me atrevía a despegarlos siquiera; en donde se me obligaba a abandonar la mesa antes de los postres, y a salir de las habitaciones en cuanto no tuviera ya nada que hacer en ellas; en donde, siempre amarrado al trabajo, no veía más que satisfacciones para los otros y sólo privaciones para mí; en donde, la comparación entre la libertad de mis compañeros y mi propia servidumbre, aumentaba mi sufriendo.

to; en donde no me atrevía a abrir la boca ni aún cuando se discutían asuntos que yo conocía mejor que todos; en donde, para decirlo de una vez, codiciaba cuanto veía, por lo mismo que de todo estaba privado.

Adiós, gracia y alegría de mi infancia, adiós, aquellas felices ocurrencias con que, en tiempos mejores, logré hacerme perdonar algunas travesuras.

No puedo recordar sin reírme, una vez que, en casa de mis padres, fuí condenado a acostarme sin cenar. Entré a la cocina mordisqueando un triste pedazo de pan, y me detuve a contemplar la carne que daba vueltas en el asador. Todos los míos estaban alrededor del fuego, y yo tenía que acercarme a darles las buenas noches. Cuando los hube saludado, miré de reojo al sabroso y oloroso manjar, que tan buen aspecto tenía, e inclinándome también hacia él, dije con un cómico desconsuelo:

—¡Adiós, asadito!

Esta salida, verdaderamente infantil, les causó a mis padres tanta gracia que me hicieron quedar, perdonándome el castigo.

Tal vez en la casa del grabador mis ocurrencias hubieran logrado los mismos éxitos, pero estoy seguro de que allí no podía tenerlas, o, por lo menos, que no me hubiera atrevido a expresarlas.

EJ. DE LECTURA: Leer reemplazando en el texto las palabras y giros explicados.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, recitarán sendos trozos.

PALABRAS Y GIROS: *Grabador*: el que graba en piedra, metal, madera. — *Calificativo*: el concepto, el juicio. — *Discreta*: juiciosa, moderada. — *Disfrutando*: gozando. — *Pie de igualdad*: nivel de igualdad; plano de igualdad. — *Participar*: tener o tomar parte. — *El corazón en los labios*: decir lo que se siente con sinceridad. — *Privaciones*: restricciones, prohibiciones, escaseces. — *Codiciaba*: deseaba con ansia. — *Mordisqueando*: dando mordiscos.

EL MERCADER DE VENECIA

I.—EL JUDÍO

POR GUILLERMO SHAKESPEARE

Dramaturgo. Inglés. Siglo XVI.

SYLOCK. — Yo cargo con la responsabilidad de mis actos, y pido que se le aplique la ley a Antonio; que se cumpla nuestro contrato.

EL JUEZ. — ¿No aceptas que te pague en dinero?

BASANIO. — Yo lo ofrezco en nombre de Antonio, y pagaré el doble y hasta seis veces más, si es necesario; y aun daré en prenda las manos, la cabeza y el corazón. Si esto no basta, la malicia habrá vencido a la buena fe. Contened, señor Juez, la ferocidad de este tigre. Romped por esta vez esa ley tan dura, y evitaréis un gran mal a cambio de uno pequeño.

EL JUEZ. — Imposible. No se pueden alterar las leyes de Venecia. Sería un ejemplo funesto, una causa de ruína para el Estado. No puede ser.

SYLOCK. — ¡Joven y sabio juez, bendito seas!

EL JUEZ. — Pero, oye, Sylock, estos señores te ofrecen seis veces esa cantidad, ¿por qué no aceptas?

SYLOCK. — ¡No! ¡No!, lo he jurado, y no quiero ser perjuro aunque se empeñen todos los venecianos.

EL JUEZ. — Se ha vencido el plazo que acordasteis, y conforme a la ley te corresponde una libra de la carne de Antonio. . . ¿No tendrás piedad de él? Recibe el dinero y déjame romper el contrato.

SYLOCK. — Lo romperás cuando se haya cumplido en todas sus partes. Conoces la ley; has estudiado bien el caso, y yo sólo te pido que, como juez íntegro, sentencies pronto interpretando fielmente la ley, pues te juro que no hay poder humano capaz de hacerme dudar ni vacilar. Que se cumpla lo tratado.

EL JUEZ. — Desnúdate el pecho, Antonio.

SYLOCK. — Sí, sí, porque así fué convenido. ¿No está escrito en ese papel que la libra de carne ha de cortarse cerca del corazón?

EL JUEZ. — Sí, así está escrito. ¿Tienes ya la balanza para pesar la carne?

SYLOCK. — Aquí la tengo.

EL JUEZ. — Ve, pues, en busca de un cirujano que le detenga la sangre, porque corre peligro de perderla toda.

SYLOCK. — ¿Dice eso nuestro contrato?

EL JUEZ. — No, pero debes hacerlo por caridad.

SYLOCK. — La escritura no lo dice, y yo me ajusto a ella.

EL JUEZ. — ¿Tienes algo que oponer, Antonio?

ANTONIO. — Nada, señor juez. Estoy preparado y no tengo miedo. Dame la mano, Basanio. Adiós, amigo. No llores; la fortuna se ha mostrado conmigo más clemente de lo que acostumbra, permitiéndome morir por ti. No me quejo; pronto habré satisfecho al judío, si su mano no tiembla.

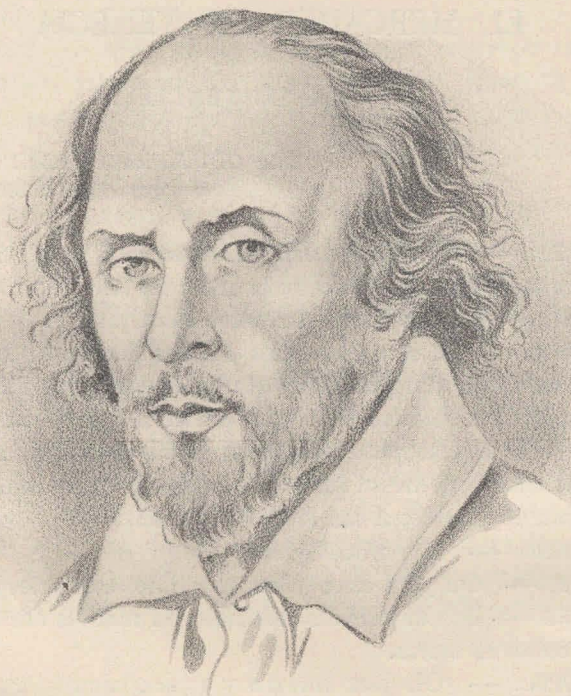
BASANIO. — ¡Juro que lo daría todo por salvarte!

SYLOCK. — Concluyamos...

EJ. DE LECTURA: Leer omitiendo el nombre de los personajes a fin de que se los distinga por la voz.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, interpretarán esta escena.

PALABRAS Y GIROS: *Funesto*: desgraciado. — *Perjuro*: que no cumple lo jurado. — *Íntegro*: recto, probo.



GUILLERMO SHAKESPEARE

Glorioso poeta inglés y uno de los primeros dramaturgos del mundo; autor de comedias y tragedias consideradas como obras maestras. (1564-1616).

EL MERCADER DE VENECIA

II.—LA SENTENCIA

POR GUILLERMO SHAKESPEARE
Dramaturgo. Inglés. Siglo XVI.

EL JUEZ. — Oíd mi sentencia: de acuerdo a la ley, le pertenece a Sylock una libra de la carne de Antonio.

SYLOCK. — Ya has oído, Antonio. Prepárate. . .

EL JUEZ. — Un momento aún. Tienes derecho a una libra de su carne, porque así consta en el contrato, pero no te corresponde ni una sola gota de su sangre. Toma, pues, la carne que te pertenece; pero te advierto que, si derramas una gota de su sangre, tus bienes serán confiscados, según lo establecen las leyes de Venecia.

GRACIANO. — ¿Has oído, Sylock?

SYLOCK. — ¡Oh juez recto y bueno! ¿Dice eso la ley?

EL JUEZ. — Eso dice. Pides justicia, y la tendrás tan completa como la deseas.

GRACIANO. — ¡Oh juez íntegro y sapientísimo!

SYLOCK. — Entonces, señor, acepto la oferta de Basanio; venga mi dinero y que recobre Antonio su libertad.

BASANIO. — Toma tu dinero.

EL JUEZ. — ¡Esperad! Ahora es la justicia la que exige que se cumpla la escritura.

GRACIANO. — ¡Qué juez tan prudente y recto!

EL JUEZ. — Corta ya la libra de carne, Sylock, pero sin derramar sangre. Si tomas algo de más, por poco que sea, perderás la vida y cuanto posees.

GRACIANO. — ¡Qué juez! ¡Qué juez! ¡Has caído en tus propias redes, Sylock!

EL JUEZ. — ¿Qué esperas? ¡Cúmplase el contrato!

SYLOCK. — Ordena que me den mi dinero, y rómpelo.

BASANIO. — Aquí está el dinero.

EL JUEZ. — Antes tú no quisiste recibir seis veces esa suma, y ahora yo me opongo a que la recibas. Antes tú exigiste que se cumpliera el contrato, y ahora lo exijo yo.

GRACIANO. — Yo repito tus palabras, Sylock: ¡joven y sabio juez, bendito seas!

SYLOCK. — Manda que me devuelvan mi capital.

EL JUEZ. — Sí, mando que te lo devuelvan conforme a los términos del contrato. Tómallo, si te atreves.

SYLOCK. — ¡Pues que se quede con todo y que el diablo cargue con él! ¡Adiós!

EL JUEZ. — Espera, judío. Nuestras leyes castigan al extranjero que pone en peligro, directa o indirectamente, la vida de un veneciano, y disponen que el Dux decida la suerte del agresor, y que sus bienes sean repartidos, por mitades, entre el agredido y el Estado. Por lo tanto, como tú has atentado directa e indirectamente contra la existencia de Antonio, la ley te alcanza de medio a medio. Corre a arrodillarte a los pies del Dux, y pídele perdón.

EJ. DE LECTURA: Leer omitiendo el nombre de los personajes a fin de que se los distinga por la voz.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, interpretarán esta escena.

PALABRAS Y GIROS: *Consta*: está escrito. — *Confiscados*: de confiscar: desposeer a uno de sus bienes en favor del fisco, o sea del tesoro público. — *Recto*: justo. — *Sapientísimo*: muy sabio. — *Oferta*: ofrecimiento, propuesta. — *Conforme a los términos*: de acuerdo a las condiciones estipuladas, conforme a lo escrito. — *El Dux*: gobernador de Venecia. — *Agresor*: el que ataca. — *Agredido*: el atacado. — *De medio a medio*: por completo, totalmente.

CUASIMODO, EL JOROBADO DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS

POR VÍCTOR HUGO
Poeta. Francés. Siglo XIX.

Lo que Cuasimodo, el campanero de Nuestra Señora de París, prefería a todo cuanto encerraba la Catedral, lo que despertaba su alma, lo que a veces le hacía feliz, eran las campanas. Cuasimodo les hablaba, las mimaba y las comprendía. Aquellas campanas habían causado su sordera, pero, con frecuencia, las madres quieren más al hijo que las hace sufrir.

Verdad que la voz de las campanas era ya la única que el desgraciado podía oír, y por eso la campana mayor era su favorita, la preferida entre toda aquella familia de jóvenes bulangueras, que bailaban en torno suyo.

El joróbado sentía inmenso alborozo los días de repique y de vuelo general de campanas. Apenas le decían: "Anda a tocar", subía al campanario y, a los pocos segundos, entraba jadeante en la habitación aérea de la campana mayor; la contemplaba cariñosamente, le dirigía tiernas palabras, y después la palmeaba, como se hace con un buen caballo cuando va a emprender largo camino, compadeciéndola por el trabajo que iba a hacer. Luego llamaba a sus ayudantes mandándoles empezar; colgábanse ellos de los cables, y la formidable mole se ponía en movimiento. Cuasimodo, trémulo, la seguía con la vista; al primer choque del badajo, estremeciase la armazón de madera, de donde estaba suspendida la campana, y, soltando una extraña carcajada, gritábale: — ¡Vuela!

Iba acelerándose la danza de la campana, y a medida que

recorría un ángulo más abierto, el ojo único de Cuasimodo volvía más fosfórico y resplandeciente. Empezaba por fin el repique, temblaban la madera, el bronce y la piedra de la torre; todo en ella retumbaba a un tiempo, desde los cimientos hasta la techumbre.

Entonces, Cuasimodo echaba espumarajos; iba y venía. La campana, desenfrenada y furiosa, presentaba, alternativamente a los muros opuestos de la torre, su gargante de bronce, despidiendo aquel aliento de tempestad que se oye a cuatro leguas de distancia. Plantábase el jorobado frente a aquella boca abierta, se agachaba, erguía al dar vuelta la campana, y aspirando aquel hálito impetuoso, ora miraba a la profunda plaza, ora volvía hacia la enorme lengua metálica.

Era aquel el único sonido que interrumpía su soledad, y, al escucharlo, se ensanchaba su pecho. De repente, comunicábasele el frenesí de la campana; su mirada hacía extraordinaria; y, esperándola al paso, como la araña espera a la mosca, precipitábase sobre el lomo de bronce.

Lanzado con el ciego impulso de la campana, aferraba al monstruo por las dos aletas, lo ceñía con ambas rodillas y, taloneándolo, redoblaba, con todo el choque y el peso del cuerpo, la furia de su vuelo.

La torre parecía vacilar y Cuasimodo, apretados los dientes, los rojos cabellos en desorden, el pecho jadeante y la mirada febril, mezclaba sus gritos al relincho de la campana.

Y ya no eran ni la campana de Nuestra Señora ni Cuasimodo, sino dos seres de pesadilla; una tromba, una tempestad; el vértigo a caballo del ruido; un fantasma cabalgando sobre una grupa voladora; un monstruoso centauro, medio hombre y medio campana . . .

PALABRAS Y GIROS: *Bullangueras*: ruidosas. — *Alborozo*: extraordinaria alegría. — *Mole*: bulto grande. — *Espumarajos*: saliva abundante. — *Hálito*: soplo. — *Frenesí*: furia. — *Febril*: de fiebre. — *Seres de pesadilla*: que inspiran terror.

LA ESCENA DEL CÁNTARO

POR ALFONSO DAUDET

Novelista. Francés. Contemporáneo.

Mi hermano, Jaime, iba al mercado. Le ponían un cesto debajo del brazo y le decían: "Comprarás esto y aquello", y él compraba "esto y aquello" muy bien, pero sin dejar de llorar; era un niño raro, ¡tenía el don de las lágrimas! Por muy remoto que sea mi recuerdo, le veo siempre con los ojos colorados y las mejillas chorreantes. Por la mañana, por la tarde, de día, de noche, en casa, en la escuela, de paseo . . . lloraba siempre y en todas partes. Cuando se le preguntaba: "¿Qué tienes?", respondía sollozando: "No tengo nada". Algunas veces, mi padre, exasperado, decíale a mi madre:

—Ese niño es ridículo, ¡mírale! . . . parece un río . . .

De verle siempre con las lágrimas en los ojos, mi padre le había tomado fastidio, y le abrumaba continuamente. Siempre se le oía decir: "Jaime, eres un tonto. Jaime, eres un asno".

Lo cierto era que, cuando mi padre estaba en casa, el pobrecito Jaime perdía los estribos. Como demostración de que la simple presencia de mi padre le impedía a Jaime hacer nada a derechas, os contaré la escena del cántaro:

Una noche, en el momento de ir a sentarnos a la mesa, nos dimos cuenta de que en casa no había una gota de agua.

—Si quieren, yo iré a buscarla — dijo el buen Jaime.

Y, sin esperar contestación, tomó el cántaro, un hermoso cántaro de barro.

Mi padre se encogió de hombros.

—Si es Jaime el que va por el agua — dijo, — es seguro que romperá el cántaro.

—Ya lo oyes, Jaime, — observó mamá con voz tranquila, — ten mucho cuidado, y no lo rompas.

Su marido agregó:

—Lo mismo da que le digas una cosa que otra, no por eso dejará de romperlo.

Aquí, la voz quejumbrosa de Jaime volvió a oírse.

—Pero, en fin, ¿por qué quiere usted que lo rompa?

—Yo no quiero que lo rompas; digo que lo romperás, — respondió papá con un tono que no admitía réplica.

Jaime no respondió; aferró el cántaro con mano nerviosa y salió con un gesto que quería decir: “¿Así que lo romperé? Pues, ya lo veremos...”

Pasaron cinco minutos, diez, y Jaime no volvía. Mamá empezaba a inquietarse:

—Mientras no le haya ocurrido nada... — murmuró.

—¡Voto a tal! ¿Qué quieres que le haya ocurrido? — dijo mi padre con aspereza. — Es que ha roto el cántaro, y no se atreve a entrar.

Y, sin decir más, pues a pesar de su aire malhumorado era el mejor hombre del mundo, se levantó y fué a abrir la puerta para ver si, realmente, le había pasado algo a su hijo. No tuvo que ir muy lejos; Jaime estaba en el descanso de la escalera, ante la puerta, con las manos vacías, silencioso, petrificado.

Al ver a papá, se puso amarillo como un muerto, y con voz afligida y débil, tan débil que casi no se oía, explicó:

—Lo he roto...

¡Lo había roto!

En la historia de nuestra familia, este episodio es conocido por “la escena del cántaro.”

PALABRAS Y GIROS: *Remoto*: antiguo. — *Exasperado*: fuera de sí. — *Abrumaba*: cargaba. — *Cántaro*: recipiente. — *Quejumbrosa*: doliente.

VIAJANDO POR ESPAÑA

POR FERMÍN ESTRELLA GUTIÉRREZ

Poeta, Argentino, Contemporáneo.

¡España! Por la ruta de los Pirineos nos vamos acercando a ella. La ansiedad se hace tan grande en nuestro pecho, que temblamos, al asomarnos a la ventanilla. Una ansiedad no sentida nunca. Dolorosa y honda. Quisiéramos acercarnos a alguien, compartir con alguien esta impresión del primer encuentro, pero, como vamos solos, nuestro alborozo se arrincona en el corazón. Y los ojos empiezan a nublarse pero, ¿y ese resplandor azul que ha zigzagueado a lo lejos, entre dos montañas? ¡Es el Mediterráneo! Divino mar azul, el más hermoso de todos los mares del mundo. El mar de Homero y el mar de Virgilio. Ahora, desde aquí, apenas un triángulo celeste culminado de gaviotas.

Ya estamos en España. Estos campos, soleados y de un verde juvenil, campos de España son, y en buena hora. El cielo es ya otro cielo. La luz es ya otra luz. En las tierras labrantías, alguno que otro hombre inclinado sobre la herida del surco. Pantalón de pana, oscuro, y camisa roja. Y en la cabeza, ensombreciéndole el rostro, sombrero de alas anchas y desavenidas. Una noria. Un hatillo de ovejas. Una mujer que va sembrando, bancal arriba, con el brazo abierto en ademán de círculo.

Y luego, Barcelona. Entre la montaña y el mar. Extensa. Ruidosa. De vida apremiante y veloz. Chimeneas de fábricas se empinan en todos lados, y las espirales de humo negro se desvanecen poco a poco en el cielo, ahora sin ninguna nube.

Por el Montjuich han empezado a trepar las casas. Trepemos también nosotros, que allí, en lo alto, ha hecho nido la Exposición. Entre los árboles y los cortes del terreno, brotan como islas los pabellones. En uno de ellos, hemos quedado largo rato. Lo han bautizado bien: Un pueblo de España. Está rodeado de murallas, y cada casa es copia de una casa típica española. Y nos perdemos por sus callejas, y vamos a sus plazas, y pensamos que todo aquello es verdad y que no estamos soñando. Cada portal es una obra maestra. Cada reja labrada, un misterio.

Barcelona. La noble y la fabril. La de las viejas casas blasonadas, y la de las ramblas llenas de gente. Entre la montaña y el mar. Y con las chimeneas, desenroscando un humo espeso en el cielo.

EJ. DE LECTURA: Leer en tiempo pasado desde donde dice: Y luego, Barcelona...

PALABRAS Y GIROS: *Ruta*: camino. — *Alborozo*: extraordinaria alegría. — *Ese resplandor azul que ha zigzagueado*: que ha formado alternativamente ángulos entrantes y salientes. — *El mar de Homero y el mar de Virgilio*: el mar del más grande poeta griego y el mar del más grande poeta latino. — *Culminado*: coronado. — *Asoleados*: llenos de sol. — *Tierras labrantías*: tierras que se cultivan. — *Sombrero de alas anchas y desavenidas*: sombrero de alas anchas y deformadas. — *Noria*: máquina para sacar agua de un pozo. — *Hato de ovejas*: majada. — *Bancal arriba*: subiendo una loma. — *De vida apremiante y veloz*: de vida muy activa. — *Por el Montjuich*: por la montaña de ese nombre. — *Casa típica española*: casa característica de España. — *Portal*: donde está la puerta principal de una casa. — *Fabril*: perteneciente a las fábricas o a los operarios. — *Casas blasonadas*: casas adornadas con escudos de armas.

EN LAS CALLES DE MADRID

POR WENCESLAO FERNÁNDEZ-FLÓREZ
Humorista. Español. Contemporáneo.

En las calles de Madrid es más fácil hallar un billete de banco que una colilla. ¿Se ha fijado usted? ¿No? . . . Yo hice experiencias interesantes. He cogido mi cigarrillo, lo he arrojado por encima del hombro, me he vuelto a mirar, y ya no estaba en el suelo. ¿Había llegado a él, siquiera? Sospecho que no.

Sin embargo, esto carece de interés al lado de lo que puede aprender un hombre que suba, en esta ciudad, a un coche de alquiler. Yo tomé una vez uno de estos coches. En el pescante estaba un sujeto vestido con un viejo pantalón de soldado, una chaqueta con una sola manga y un sombrero mejicano. Era el cochero.

—¿Adónde va usted? — me dijo.

—A la calle de Lista.

El hombre movió la cabeza negativamente.

—La calle de Lista está muy lejos. Le llevaré a la plaza de Isabel Segunda.

Aseguré que nada tenía que hacer en aquella plaza. Pero él me argumentó:

—Es igual. Todas las calles se parecen.

Discutimos y le convencí. Trepé al coche y comenzó la carrera. Cada hierro chirriaba por cuenta propia. Pude observar que las ruedas eran casi cuadradas y querían seguir direcciones distintas. Pronto advertí que corrían unos bichos por la capota. Grité lleno de asco:

—¡Cochero, pare usted! ¡Esto está lleno de cucarachas!
El cochero volvió la cabeza con enojo:

—¡Eh! — dijo—. Respete usted mis cucarachas. Gracias a ellas se puede estar en el coche; se han comido todas las arañas que había en él. No conozco animal más limpio.

En una calle empinada se detuvo el caballo. Verdaderamente, el caballo era un pergamino con huesos. Se paró. El cochero chasqueó la lengua un cuarto de hora sin éxito alguno. Luego dedicó treinta minutos, sin mayor fortuna, a patear en el pescante. Entonces se dedicó a injuriar al animal. Inútil. Era un animal sin dignidad. Soportó los más tremendos insultos sin dar muestras de agitación. El cochero llegó hasta la calumnia. . . . Estoy seguro que llegó a la calumnia. Es imposible que fuesen ciertos todos los vicios que achacó a su caballo. Y el caballo, quieto. Se decidió a pegarle. Le golpeó terriblemente, jurando:

—¡Te he de comer las entrañas, cochino!

Intervine para rogarle que se calmara.

—¡Déjeme usted, que me lo como!

—Por mí que no haya disgustos — supliqué—. Yo me voy. . .

—¡Usted se sienta otra vez en el coche, hombre! Ahora es cuestión de amor propio. A ver quién puede más: esta bestia o yo.

La competencia de terquedad duró una hora. Al fin, pudo más la bestia: se arrojó al suelo.

Inmediatamente nos rodearon cien curiosos, y el cochero les explicó a todos, uno por uno, cómo había caído el caballo, y cuando se enteraron, aquellos curiosos fueron sustituidos por otros cien. . . .

PALABRAS Y GIROS: *Experiencias*: pruebas. — *Chaqueta*: corresponde a nuestro vocablo: saco. — *Argumentó*: explicó. — *Empinada*: en cuesta. — *Injuriar*: insultar. — *Achacó*: atribuyó.

DEL HUMORISMO.

LECOCHANDEGUI, EL JOVIAL

POR PÍO BAROJA

Novelista, Español, Contemporáneo.

No creo que haya minero, ni cazador de palomas, ni pescador de truchas que sea tan conocido en las márgenes del río Bidasoa, en el país vascongado, como Lecochandegui, el viajante de la casa de Ehecopar y Compañía.

A Lecochandegui le conocen todos, todo el mundo le saluda, le llama familiarmente Leco, le dice algo al verle pasar...

Lecochandegui es un hombre alto, serio, de nariz larga, los ojos algo tiernos, una boina muy pequeña en la cabeza y una corbata roja en el cuello.

Lecochandegui es conocido en Vera desde hace algunos años. Su aparición en el pueblo fué notable.

El primer día de llegar, al hospedarse en la fonda, se le ocurrió lanzar un cordelito negro por la ventana de su cuarto y atarlo al llamador de la posada. A media noche agarró el cordelito, tiró de él, y pam, pam, pam, dió con el llamador tres golpes sonoros en la puerta.

El amo de la posada, ex carabinero y castellano viejo, se levantó, vió que no había nadie, y, refunfuñando, se volvió a acostar.

Pasó un cuarto de hora, y al cabo de este tiempo, pam, pam, pam, Lecochandegui dió otro tres golpes.

Se abrió de nuevo la puerta, y el ex carabinero, al ver que seguía sin haber nadie, se incomodó, y saliendo a la carretera, y dirigiéndose a los cuatro puntos cardinales, lanzó los más terribles insultos a los supuestos bromistas...

Lecochandegui, mientras tanto, se reía silenciosamente.

A la tercera vez el ex carabinero no cerró la puerta, pensando que en aquello había alguna trampa. Lecochandegui tiró el cordelito a la calle y abandonó su ejercicio.

A la noche siguiente, Leco pensó acostarse muy temprano, porque tenía que salir en el automóvil a la madrugada.

Al ir a la cama, vió, en un rincón, varias latas vacías. Se durmió pensando en ellas, se levantó a las tres, hizo su maleta, y se acordó entonces de las latas. Las cogió y fué amontonándolas delante de la puerta de un viajante, rival suyo, hombre rubio y tan ñato que no se le veía la nariz. Luego, tomando la jarra de su cuarto, Leco empezó a echar agua por debajo de la puerta del dormitorio de su colega. Hecho esto se puso a gritar:

—¡Fuego! . . . ¡Fuego! — y bajó con su maleta a la carretera, donde tomó el automóvil.

El viajante rubio y ñato, al oír aquella voz, se levantó asustadísimo, saltó de la cama, y al poner los pies desnudos en el mojado suelo, creyó que echaban agua para apagar el incendio; encendió la luz, empujó la puerta, y las latas cayeron armando un gran estrépito.

El hombre estuvo a punto de desmayarse. Cuando se enteró de que todo ello era una farsa de Lecochandegui, decía:

—Esas no son bromas para dárselas a un viajante.

El pobre hombre sin nariz, creía que un viajante de comercio era un producto delicado y espiritual al cual no debían hacérsele bromas.

PALABRAS Y GIROS: *Truchas*: especie de pescado. — *Hospedarse*: albergarse. — *Refunfuñando*: hablando confusamente. — *Carabinero*: en España, soldado encargado de combatir el contrabando. — *Colega*: el que tiene la misma profesión. — *Farsa*: broma.

EL LEÓN DEL CIRCO

POR SANTIAGO RUSIÑOL

Escritor. Español. Contemporáneo.

Los interesados en la compra penetraron hasta el fondo de la casa, y allí, dentro de una jaula, vieron al león. Dormía, y dormía tan bien, que, aunque su propietario le llamó varias veces, no se dignó mover la cabeza.

Uno de los presuntos compradores, que era domador, lo observó detalladamente. Lo primero que notó fué que era un león de verdad. En cuanto a esto, no le engañaban. Al rey de los resiertos lo conocía muy bien. Estaban ante un león, tan destruído, que hacía bien en dormir: mientras dormía no se deshacía. Se encontraba en estado de si me apolillo o no me apolillo. Ya casi despedía olor a museo; pero, sin embargo, aún le quedaban la melena, el prestigio, la majestad. Un león, por débil y achacoso que esté, siempre valdrá más que un asno en la plenitud de su vida y de su fuerza.

—Aquí lo tienen — indicó el propietario.

—Sí, aquí lo tenemos, — respondió el domador; — pero, ¿no lo podríamos ver despierto, aunque hubiese que molestarlo? Así lo apreciaríamos mejor. . .

—Se le puede molestar. . . Probaremos. . . Pero, voy a ser franco: el animalito tiene un pequeño defecto. . .

—¿Otro, todavía?

—Sí, y es que, en cuanto se despierta, no hay manera de aplacarle el apetito. . .

—¿Ha probado usted a darle de comer?

—No, no se nos había ocurrido. Pero esté seguro de que eso también sería inútil. . .

—Con razón parece medio muerto de hambre.

—¿Medio muerto, eh? Entren en la jaula y ya lo verán. . .

—No discutamos. Con hambre o sin ella, el león ya no puede con sus años.

—La verdad es que tiene bastantes, pero, seamos justos, ¿no creen ustedes que la experiencia del viejo puede interesar tanto, en este caso, como la fuerza del joven? ¿O buscaban un león de pañales? Una fiera como ésta sabe cumplir su obligación en la jaula, sabe cómo rasguña. . . Y yo también.

—Bueno, hagamos el trato, — dijo el domador, — viejo o no, ¿cuánto pide usted por él?

—Si no tuviera tanta necesidad de dinero, pediría por él seis mil pesos. Pero, a ustedes, sólo les cobraré tres mil.

Todos lanzaron un grito. Tanto llegaron a chillar, que despertaron al león. El soñoliento animal levantó la cabeza y se les quedó mirando con unos ojos tan tristes, tan mortecinos y tan turbios, que parecían de celuloide.

—¿Tampoco se lo llevarían en dos mil pesos? — propuso el vendedor.

Continuaron los gritos y las protestas, pero el león, acostumbrado ya a aquel alboroto, había vuelto a dormirse.

—¿Y si dijéramos mil pesos?

Ante esta oferta, el domador dijo que lo pensarían y que al día siguiente, sin falta, iban a contestarle.

Los compradores volviéronse al circo, y, allí, discutieron e hicieron el balance de sus economías. Acordaron ofrecer quinientos pesos al contado y, por este ínfimo precio, entró en el templo de los fenómenos el rey de los desiertos.

PALABRAS Y GIROS: *Presuntos*: supuestos. — *Prestigio*: autoridad. — *Plenitud*: máximo, en toda su fuerza. — *Aplacarle*: calmarle. — *Soñoliento*: con sueño. — *Mortecinos*: apagados. — *Oferta*: propuesta. — *Ínfimo*: lo menos, muy bajo.

DEL HUMORISMO.

UN HUMORISTA CONTRA UN CASCARRABIAS

POR SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO
Dramaturgos. Españoles. Contemporáneos.

EL HUMORISTA. — ¿Qué hacen tan calladitos la espectadora y el espectador?

EL ESPECTADOR. — ¿Y usted qué hacía por allá dentro?

EL HUMORISTA. — ¡He estado embromando un rato al Cascarrabias!

EL ESPECTADOR. — ¡Duro, duro con él!

EL HUMORISTA. — Es delicioso. Acabo de decirle que hace vida de pisapapeles. Y se me ha puesto por las nubes.

EL ESPECTADOR. — Eso prueba lo justo de la comparación.

LA ESPECTADORA. — Sí, ha estado graciosa.

EL HUMORISTA. — El Cascarrabias me divierte muchísimo. Le cuento unas mentiras espantosas, sólo por oír sus protestas. . . Había que verle anoche cuando le juré que, hace seis años, fuí vendedor de babuchas en Egipto.

LA ESPECTADORA. — ¡Vaya una ocurrencia!

EL HUMORISTA. — ¡Ah, yo no me paro en barras! En mis conversaciones con él, ya le he dado tres o cuatro veces la vuelta al mundo.

LA ESPECTADORA. — Lo va a matar a rabieta. . .

EL ESPECTADOR. — No, mujer, no; descuida, que a un Cascarrabias no lo mata nadie. . .

EL HUMORISTA. — Se hará lo que se pueda, y veremos quién puede más.

LA ESPECTADORA. — Cambiemos de conversación, que ahí viene el Cascarrabias.

- EL ESPECTADOR. — Sí, sí; doblemos la hoja.
- EL HUMORISTA. — Ahora van a oírlo. Precisamente, en aquella época era yo... ¡cervecero en Alemania!
- EL ESPECTADOR. — Sí, recuerdo que ya nos ha hablado usted de eso el otro día...
- EL CASCARRABIAS. — ¡Permítanme!, ¡permítanme! ¿En qué época era eso, si es que puede saberse?
- EL HUMORISTA. — ¿Cómo no va a poder saberse? Eso era... en agosto de 1925. Eso es, en agosto del 25.
- EL CASCARRABIAS. — ¡Alto el carro! ¡Basta ya de mentiras!
- EL HUMORISTA. — ¿Qué dice usted?
- EL CASCARRABIAS. — Digo, que tengo apuntadas en este papel todas las cosas que ha sido usted en agosto del 25. ¿De qué se ríen ustedes? No hay de qué reirse. Aquí está el papelito. Oigan. Este caballero ha sido en agosto del 25: pastelero en Andalucía; sastre en Galicia; pintor en Bélgica; equilibrista en Rusia; peluquero en la China; enfermero en el Canadá; empleado público en la Argentina, cajero en Londres; capitán de un globo en medio de los aires... Díganme, ahora, si hay modo de creer en él.
- EL HUMORISTA. — Pues todo eso es rigurosamente histórico. Como que en agosto del 25 era yo...
- EL CASCARRABIAS. — ¿Otra cosa más, todavía?
- EL HUMORISTA. — Sí, señor; yo era, entonces, primer actor de una compañía teatral, y representaba un tipo distinto cada noche...

EJ. DE LECTURA: Leer omitiendo el nombre de los personajes a fin de que se los distinga por la voz.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, interpretarán esta escena.

PALABRAS Y GIROS: *Que hace vida de pisapapeles*: que está siempre sobre los papeles, leyendo. — *Babuchas*: calzado liviano, sin tacones. — *No me paro en barras*: no tengo reparos, nada me asusta. — *Rigurosamente*: estrictamente, fielmente.

DE LOS CARACTERES.

SANTA ISABEL

POR AMADO NERVO

Poeta. Mejicano. Contemporáneo.

A los doce años, cuando empezaba a volverse mujer y sentía en su corazón todo el retoñar de la primavera, fué invadiéndola una parálisis progresiva, implacable, contra la cual luchó en vano la ciencia.

Después de innumerables tanteos dolorosos, la pobrecita estaba peor que antes, y hubo que sentarla en el gran sillón de ruedas, donde debía ya pasar su existencia.

De la cintura para abajo, Isabel estaba muerta: de la cintura para arriba, vivía. Sus manos, tan finas, tan aristocráticas, conservaron su agilidad siempre, y pudo dedicarse a labores varias, casi siempre para los pobres: a hacer encaje de bolillos, a labrar flores artificiales, a bellos trabajos de tapicería, y, largos ratos, a la lectura . . . hasta que, pasados algunos años, su vista, siempre débil, se fué extinguiendo, para dejarla en una semiceguera, que le impidió ya casi todo trabajo, fuera de algunos, sobrado sencillos, de gancho, que ejecutaba maquinalmente.

Antes de enfermar, Isabel tenía un carácter dulce, embeleso de cuantos la conocían. Su enfermedad, no sólo no agrió aquella disposición sino que la dulcificó sobremanera.

¡Ni una queja! No recuerdo jamás, en los largos años que vivió a mi lado, que se quejase. Al contrario, cuando alguno de sus hermanos o de los míos estaba triste, era ella la que encontraba palabras y recursos para consolarlo. Llamábanla todos "el paño de lágrimas de la casa".

Cuando yo me casé con María, la hermana menor de Isabel, ésta fué a vivir con nosotros. María puso como condición esencial para otorgarme su mano, la de que jamás se separaría de Isabel.

—No tiene otro apoyo que el mío — me dijo. — Mi madre me la encomendó al morir, y he de ser su más cariñosa enfermera.

Yo no tuve reparo en acceder: en primer lugar, porque aquella resolución de María la aquilataba, ante mis ojos, y me hacía estimarla más aún, y en segundo, porque la dulzura y paciencia de Isabel me subyugaban y me daban un alto concepto de la vida.

Bendigo esta mi resolución, pues si María ha sido la compañera ideal de mi existencia, aquella que se encuentra una sola vez por misericordia del destino, Isabel ha sido el ideal mismo, más allá de todas las pequeñeces del mundo; la maestra moral más grande que yo haya podido soñar.

Viéndola, contemplándola en aquel sillón de tortura, sin proferir la más leve queja, sonriente siempre, bondadosa, contentándose con todo, agradecida a la amabilidad más insignificante, respondiendo a la menor gentileza con aquel hermosísimo timbre de su voz, que, al decir “muchas gracias”, parecía acariciar el oído con la música más deliciosa, comprendí hasta dónde puede llegar la excelencia humana, y qué cosas admirables forja Dios con este barro de que fuimos hechos.

PALABRAS Y GIROS: *El retoñar*: el reverdecer, la fuerza, la juventud. — *Implacable*: que no perdona. — *Tanteos*: pruebas, tratamientos. — *Extinguiendo*: apagando, desapareciendo. — *Maquinalmente*: como una máquina, mecánicamente. — *Embeleso*: encanto. — *Condición esencial*: la más importante. — *Otorgarme*: concederme, darme. — *Acceder*: consentir. — *La aquilataba*: la hacía más digna de aprecio. — *Me subyugaban*: me dominaban. — *Un alto concepto*: una idea elevada. — *Por misericordia*: por bondad. — *Proferir*: pronunciar. — *Este barro de que fuimos hechos*: la carne mortal, la materia

DE LOS SENTIMIENTOS.

TRES CAPÍTULOS DE "PLATERO Y YO"

POR JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
Poeta. Español. Contemporáneo.

PLATERO:

Platero es pequeño, peludo, suave; tan blando por fuera, que se diría todo de algodón, que no lleva huesos. Sólo los espejos de azabache de sus ojos son duros cual dos escarabajos de cristal negro.

Lo dejo suelto, y se va al prado, y acaricia tibiamente con su hocico, rozándolas apenas, las florecillas rosas, celestes y amarillas... Lo llamo dulcemente: "¿Platero?", y viene a mí con un trotecillo alegre que parece que se ríe, en no sé qué cascabeleo ideal...

Come cuanto le doy. Le gustan las naranjas mandarinas, las uvas moscateles, todas de ámbar, los higos morados, con su cristalina gotita de miel.

Es tierno y mimoso igual que un niño, que una niña...; pero fuerte y seco por dentro, como de piedra. Cuando paso montado en él, los domingos, por las últimas callejas del pueblo, los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos, se quedan mirándolo:

—Tien' asero...

Tiene acero. Acero y plata de luna, al mismo tiempo.

LA PUA:

Entrando en la dehesa de los Caballos, Platero ha comenzado a cojear. Me he echado al suelo...

—Pero, hombre, ¿qué te pasa?

Platero ha dejado la mano derecha un poco levantada, mostrando la ranilla, sin fuerza y sin peso, sin tocar casi con el casco la arena ardiente del camino.

Con una solicitud mayor, sin duda, que la del viejo Darbón, su médico, le he doblado la mano y le he mirado la ranilla roja. Una púa larga y verde, de naranjo sano, está clavada en ella como un redondo puñalillo de esmeralda. Estremecido del dolor de Platero, he tirado de la púa; y me lo he llevado, al pobre, al arroyo de los lirios amarillos, para que el agua corriente le lamiese, con su larga lengua pura, la heridilla.

Después, hemos seguido hacia la mar blanca, yo delante, él detrás, cojeando todavía y dándome suaves topadas en la espalda...

LA MUERTE:

Encontré a Platero echado en su cama de paja, blandos los ojos y tristes. Fuí a él, lo acaricié hablándole, y quise que se levantara...

El pobre se removió todo bruscamente, y dejó una mano arrodillada... No podía... Entonces le tendí su mano en el suelo, lo acaricié de nuevo con ternura, y mandé venir a su médico.

El viejo Darbón, así que lo hubo visto, sumió su enorme boca desdentada hasta la nuca y meció sobre el pecho la cabeza congestionada, igual que un péndulo.

—Nada bueno, ¿eh?

No sé qué contestó... Que el infeliz se iba... Nada... Que un dolor... Que no sé qué raíz mala... La tierra, entre la yerba...

A mediodía, Platero estaba muerto. La barriguilla de algodón se le había hinchado como el mundo, y sus patas, rígidas y descoloridas, se elevaban al cielo. Parecía su pelo

rizoso ese pelo de estopa apolillada de las muñecas viejas, que se cae, al pasarle la mano, en una polvorienta tristeza . . .

Por la cuadra en silencio, encendiéndose cada vez que pasaba por el rayo de sol de la ventanilla, revolaba una bella mariposa de tres colores . . .

Recomendamos la lectura de su exquisito libro: "Platero y yo".

EJ. DE LECTURA: Leer en tiempo pasado el primer capítulo.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Recitar el segundo.

PALABRAS Y GIROS: *Azabache*: mineral de hermoso color negro. — *Prado*: tierra donde crecen yerbas. — *De ámbar*: doradas. — *Morados*: entre rojos y azules. — *Vestidos de limpio y despaciosos*: con trajes dominigueros y paseando. — *Dehesa*: lugar de pastoreo. — *Ranilla*: parte baja y blanda del casco. — *Púa*: especie de espina. — *Esmeralda*: color verde. — *Lamiése*: acariciase. — *Topadas*: golpes con la cabeza. — *Sumió*: hundió. — *Congestionada*: llena del color de la sangre.

LA SUPERFICIE SOLAR

POR CAMILO FLAMMARIÓN

Astrónomo. Francés. Contemporáneo.

Para concebir el estado de la superficie solar, podríamos compararla a un ponche ardiendo, sin dejar de tener en cuenta, al propio tiempo, que esta superficie es más caliente que el metal en fusión y más deslumbrante que la luz eléctrica, y que sus llamas miden doscientos y trescientos mil kilómetros de elevación.

Dicha superficie no es igual en todas sus partes, no conserva el mismo aspecto ni presenta el mismo brillo en toda su extensión. Supongamos el Océano Atlántico, encendido, y cubriendo un globo un millón doscientas ochenta mil veces mayor que la Tierra. Esta superficie móvil, agitada por las olas en eterno movimiento, es de fuego líquido. Sus olas, mejor dicho, las crestas de sus olas, son de una deslumbrante blancura, apareciendo el fondo un poco más opaco. Vista por medio del telescopio, la superficie del Sol presenta granos luminosos que se montan unos sobre los otros y que resaltan sobre un fondo menos claro. Los bultos que componen esta granulación, son olas de fuego que miden doscientos o trescientos kilómetros cuadrados, y a veces mil, dos mil y más kilómetros.

A menudo se forman manchas en esa red, espacios oscuros más o menos grandes, que miden desde pocos miles de kilómetros de diámetro hasta cien mil, y a veces más. Una de las manchas más notables fué observada en octubre del año 1883; era siete veces mayor que la Tierra.

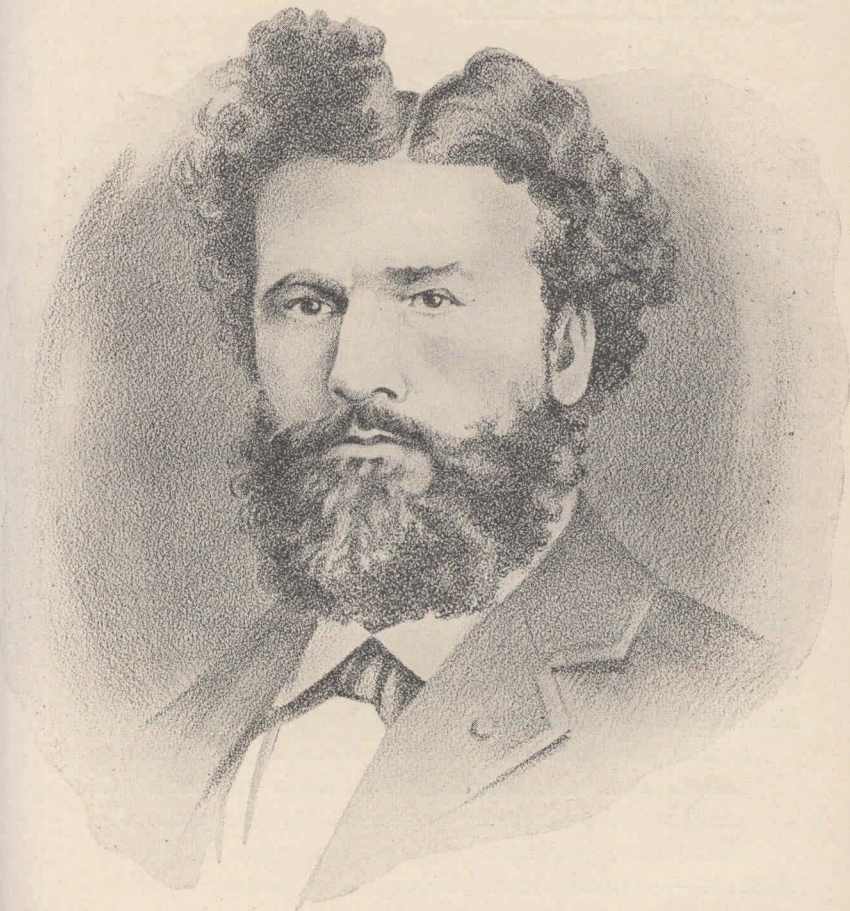
Cuando las manchas del Sol son importantes, basta observarlas durante algunos días para convencerse de que cambian de sitio. Son empujadas por la misma rotación del astro, que da la vuelta sobre sí mismo en veintiséis días. Esta rotación de la superficie visible no tiene la misma velocidad en todo el globo solar, pues resulta más rápida en el Ecuador y disminuye con la latitud, lo cual prueba también, que la superficie solar no es sólida. La rotación es de veinticinco días cuatro horas en el Ecuador, y de veintiocho días en el grado 48 de latitud.

Por efecto de la rotación se ven llegar las manchas por el extremo oriental del Sol, avanzar gradualmente hasta el meridiano central, llegando a él al cabo de siete días, y continuar su curso y desaparecer por completo en el extremo occidental, luego de otros siete días. Catorce días después de su desaparición, se ven aparecer de nuevo las manchas en la parte oriental, a menos de haber sido destruidas durante este lapso, lo cual ocurre muchas veces.

Generalmente las manchas solares sólo duran unas semanas; no obstante, algunas han subsistido durante cuatro y cinco rotaciones solares.

El máximun de manchas y de erupciones solares se presenta cada once años, como ha podido comprobarse por una serie de observaciones, y esta periodicidad de las actividades solares influye en el magnetismo terrestre, en la aguja imanada y en las auroras boreales.

PALABRAS Y GIROS: *Ponche*: bebida que se hace mezclando agua hirviendo con licores espirituosos o quemándolos. — *En fusión*: fundido. — *Telescopio*: antejo de gran alcance. — *Granulación*: conjunto de granos. — *Rotación*: movimiento sobre su eje. — *Disminuye con la latitud*: hacia los polos. — *Lapso*: período de tiempo. — *Subsistido*: permanecido. — *Magnetismo*: fenómeno eléctrico. — *Aguja imanada*: la brújula. — *Auroras boreales*: auroras polares.



CAMILO FLAMMARIÓN

Notable astrónomo francés contemporáneo, autor de muchas y valiosas obras de vulgarización científica. Nació en 1842. Recomendamos la lectura de sus obras.

MANELICH, EL PASTOR

POR ANGEL GUIMERA

Dramaturgo. Español. Contemporáneo.

MANELICH. — ¡Marta!

MARTA. — ¿Qué hay? ¿Qué quieres?

MANELICH. — Han dicho que cerrásemos; ¿cierro?

MARTA. — Cierra.

MANELICH. — Listos. Pues, ¿no estoy cansado? Más quiero una tronada, allá, en los ventisqueros, que este barullo de todos los demonios. Al suelo, al suelo, como allá en la montaña. Siéntate aquí, a mi lado, en el suelo. Allá arriba no tenemos sillas, ni falta. Mira tú que estos palitroques... Pero, ¿qué haces? ¡Vamos, Marta, ven aquí!

MARTA. — No, déjame.

MANELICH. — ¡Qué arisca! Pues, si te pones así, no te voy a decir una cosa. ¡Ya no me acordaba! ¡Con la alegría uno se pone más burro! ¡Verás, verás tú, ahora! Deja que desate el pañuelo en que las traigo. ¡Ya pesa, ya!... Mira, ¿no te esperabas esto, verdad?

MARTA. — Déjame tranquila.

MANELICH. — En mi vida he tenido animal más arisco que tú. Mira... ¿Ves? ¿Ves esto?... ¡Es una moneda! ¡Es la primera que gané! ¡Nunca la he querido gastar para ver si daba otras, y mira... mira si ha dado! ¡Mira cuántas! Allá arriba, cuando las contaba, sonaban de otro modo. Este modo con que suenan ahora es más alegre; será porque estás tú oyéndolas. ¡Ah!... to-

ma, toma . . . ¿Ves esta otra? ¿Ves las manchas que tiene? Son de sangre, de sangre mía. Me la regaló un día el patrón; don Sebastián; ¡que Dios se lo pague! ¡Tócala! ¡Tócala, mujer!

MARTA. — ¡Ea, déjame te he dicho!

MANELICH. — Bueno . . . pues yo la beso. Has de saber que todas las noches venía el lobo al rebaño. Y todas las mañanas, un perro patas arriba, destripado, y una oveja menos, o un carnero, según. Yo me desesperaba. Hasta que una noche . . . me quedé en acecho detrás de unas piedras, al lado del barranco. El carro del cielo, ¿sabes tú lo qué es? Pues el carro del cielo son siete estrellas que dan la vuelta allá arriba, como la rueda de una carreta . . . Pues, digo que el carro estaba clavado en las doce, y luego pasó a la una . . . y yo, escuchando. ¡Nada! Los cenizos . . . El agua de la nieve que se derretía . . . El airillo de la madrugada . . . ¡Las siete estrellas del carro siguiendo la vuelta, que me parecía que estaba oyendo rechinar el eje! ¡De pronto oigo ruido, pisadas, y veo un bulto negro, que, dando un salto como un demonio, pasa por encima de mí, resoplando tan fuerte, que sentí el resoplido aquí, en el cuello! Los pelos se me pusieron de punta, y por dentro del pecho sentía unos golpes . . . ¡pum! ¡pum! ¡pum!, que me ahogaba. Luego ladrar de perros y balar de ovejas . . . Y, sin manta al brazo ni nada para resguardarme, con el cuchillo en la mano y el pecho descubierto, me puse en mitad del camino por donde había de pasar el lobo. ¡Llega el animal con la oveja atravesada en el hocico . . . tropieza conmigo . . . me agarro a él . . . le clavo todo el cuchillo . . . y caemos barranca abajo, revueltos, el lobo y yo! . . . ¡Mordiéndole yo, mordiéndome él; aullando él y aullando yo con más fuerza aún; contra su hocico mi cara; contra los suyos mis dientes, que desde entonces tengo éste roto!

MARTA. — ¡Ah! ¿Y qué? . . . ¿Qué?

MANELICH. — Que, al otro día, unos pastores nos encontraron a los tres en el fondo del barranco: la oveja muerta, el lobo muerto, y yo medio muerto, con todo el cuerpo lleno de mordiscos y desgarrones. Me llevaron a la choza, me frotaron con nieve y aceite de lagarto . . . y, al cabo de unos días, subió el patrón y me dió esta moneda. Yo, con la prisa de besarle la mano, me desgarré esta herida; por eso son las manchas de sangre que viste en la moneda.

EJ. DE LECTURA: Leer omitiendo los nombres de los personajes a fin de que se los distinga por el tono de la voz.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, interpretarán esta escena.

PALABRAS Y GIROS: *Tronada*: los truenos. — *Ventisqueros*: altos montes. — *Palitroques*: palos pequeños y mal labrados, despectivo de palos. — *Si criaba*: si producía. — *Acecho*: observando a escondidas. — *Resguardarme*: protegerme.

¡LA LANGOSTA! ¡LA LANGOSTA!

I.—EL SIROCO.

POR ALFONSO DAUDET

Novelista. Francés. Contemporáneo.

La noche de mi llegada a aquella granja del valle de Sahel, en Argelia, Africa, no podía dormir. La novedad del país, la agitación del viaje, los aullidos de los chacales, y además el calor fastidioso, sofocante, como si las mallas del mosquitero no dejasen pasar un soplo de aire, todo me quitaba el sueño.

Cuando, al amanecer, abrí la ventana, una densa bruma negra y rosada flotaba en los aires, cual la que deja la explosión de la pólvora después de la batalla. No se movía una hoja, y en los hermosos campos que me rodeaban, los viñedos en donde, al espléndido sol africano, se endulza el próximo vino; los naranjos, el mundo vegetal entero se inmovilizaba esperando la tempestad. Los plátanos, esos grandes cañaverales de color verde claro, siempre agitados por alguna brisa que enmaraña la fina cabellera de su ramaje, eruíanse también silenciosos y quietos.

Admiré durante algunos momentos aquella maravillosa perspectiva; allí se encontraban reunidos todos los árboles del mundo, dando, cada cual a su tiempo, flores y frutos. Entre los campos de trigo y los macizos de alcornoques, relucía una corriente de agua fresca, que proporcionaba algún consuelo en esa asfixiante madrugada; contemplando la riqueza y el orden del conjunto, la hermosa quinta con sus

arcos de estilo árabe, sus blancas terrazas, las cuadras y los cobertizos agrupados en torno, pensaba yo en que, veinte años atrás, cuando mis intrépidos amigos habían venido a establecerse en este valle de Sahel, no encontraron aquí más que un terreno inculto. Todo tuvieron que crearlo ellos mismos, luchando a cada instante con los nativos. Era necesario dejar el arado para tomar las armas. Además, las enfermedades, los fracasos; los mil inconvenientes. ¡Cuántos esfuerzos! ¡Cuántas fatigas! ¡Qué incesante vigilancia!

Aún ahora, a pesar de la experiencia y de la fortuna a tan duro precio conquistadas, los propietarios, marido y mujer, se levantaban con el alba. A esa hora, oíales yo ir y venir por las grandes cocinas de la planta baja, en donde se preparaba el desayuno de los trabajadores.

Mi amigo, delante de la puerta, ya señalaba a cada uno de los obreros la tarea del día; les hablaba con tono breve y enérgico. Al verme en la ventana, me dijo:

—Mal tiempo para los sembrados... Va a soplar el siroco.

En efecto, a medida que se alzaba el sol, llegaban del sur bocanadas de aire cálido y sofocante como si se abriese y se cerrase un horno. No sabíamos dónde guarecernos, ni qué hacer. Así transcurrió toda la mañana; no teníamos ánimo para nada. Los perros, estirándose y buscando frescura en las losas de la galería, se tumbaban en posturas de fatiga. El almuerzo nos reanimó un poco.

Ibamos a levantarnos de la mesa cuando, de pronto, por la puertaventana que nos resguardaba del infierno exterior, resonaron grandes gritos:

—¡La langosta! ¡La langosta!

PALABRAS Y GIROS: *Granja*: establecimiento de campo. — *Chacales*: fieras. — *Densa*: espesa. — *Perspectiva*: paisaje. — *Cobertizos*: galpones, tinglados. — *Intrépidos*: atrevidos. — *El siroco*: viento cálido. — *Guarecernos*: refugiarnos. — *Transcurrió*: pasó.

¡LA LANGOSTA! ¡LA LANGOSTA!

II.—DEVASTACIÓN.

POR ALFONSO DAUDET

Novelista. Francés. Contemporáneo.

Al oír aquellos gritos, mi amigo se puso pálido, y salimos precipitadamente. Por espacio de diez minutos hubo en aquella casa, tan tranquila poco antes, un confuso ruido de pasos y voces. Desde las sombras en donde se habían echado a descansar, lanzáronse fuera los criados, haciendo resonar todos los utensilios de metal que encontraban a mano: calderos, cacerolas, palanganas. Los pastores tocaban cuernos, trompas de caza y hasta caracolas marinas. Aquello era un estrépito discordante y ensordecedor, en el que sobresalían los agudos "yu, yu, yu!" de las mujeres árabes, que acudieron presurosas desde su vecino aduar. Se decía que, a menudo, basta un gran ruido, un estremecimiento sonoro del aire, para alejar a la langosta impidiéndole que descienda.

Pero, ¿en dónde estaba el terrible enemigo?

En el cielo, que el calor hacía vibrar, yo no distinguía nada más que una nube cobriza y compacta como las de granizo, y que llenaba el horizonte con un ruido comparable al que hace el huracán en el bosque. ¡Era la manga de langostas en viaje! Sosteniéndose unas a las otras con sus alas, extendidas y tiasas como hojas secas, volaban en masa, y a pesar de nuestros gritos y de nuestros esfuerzos, la nube que proyectaba en la llanura una sombra inmensa, siguió su camino. Bien pronto estuvo sobre nuestras cabezas: en un se-

gundo se desgarraron sus bordes, y, lo mismo que los primeros granizos de una tormenta, se desprendieron algunos insectos, perceptibles, rojizos; en seguida estalló la nube entera, y cayó, vertical y ruidoso, un verdadero diluvio de insectos. Hasta la más remota lejanía quedaron los campos tapados de langostas enormes, gordas como un dedo.

Entonces se empezó la matanza. Rastras, arados y azadones, removiendo el suelo, se empeñaban en el repugnante aplastamiento que producía un ruido como de paja triturada, pero, cuantos más insectos se mataban, más aparecían. Encaramados unos sobre otros, se enredaban en sus altas patas, y los de encima procuraban salvarse de la muerte, lanzándose y aferrándose a los caballos, a las máquinas y a los hombres que los acosaban. Los perros precipitábase a campo traviesa, y los deshacían a montones entre sus dientes.

De pronto, la matanza cambió de aspecto, pues llegaron, en auxilio de los afligidos colonos, algunos soldados turcos con una banda de cornetas al frente. En vez de aplastar a los insectos, la tropa los quemaba esparciendo en los campos largos regueros de pólvora.

Cansado, y con el estómago revuelto por el espantoso olor, me metí en casa. En el interior había casi tantas langostas como afuera. Habían entrado por los resquicios de las puertas y ventanas, y por los tubos de las chimeneas. Por todas partes se arrastraban, caían, volaban, trepaban, acompañadas por una sombra gigantesca, que duplicaba su fealdad. Y siempre aquel olor pestífero. En la comida tuvimos que pasarnos sin agua. Las fuentes, los pozos, los víveres, todo lo habían contaminado.

Por la noche, en mi alcoba, donde también se habían matado muchas, oí aún, debajo de los muebles, ese estallido de sus alas, parecido al de los dientes de ajo cuando estallan por efecto del calor.

Aquella noche tampoco pude dormir, ni durmió nadie

en la granja. En los campos brotaban repentinas llamaradas; la tropa seguía la matanza.

Al día siguiente, cuando abrí la ventana como la víspera, las langostas habían partido. Pero, ¡qué ruina dejaron tras de sí! Ni una flor, ni una hierba; todo estaba negro, destruído, quemado. Los diversos frutales sólo se distinguían por el aspecto de sus esqueléticas ramas, desprovistas del encanto y del aleteo de sus hojas. Emprendíase la limpieza de los canales, de las fuentes, de los pozos. Por todas partes había peones que cavaban para destruir los huevos enterrados por los insectos: a este efecto, se removía y se destripaba el campo entero.

¡Sentí el corazón oprimido al contemplar las mil raíces, llenas de savia, que iban apareciendo destrozadas por las palas!

Recomendamos la lectura de sus deliciosas novelas: "Poquita cosa" y "Tartarín de Tarascón".

EJ. DE LECTURA: Leer reemplazando en el texto las palabras y giros explicados.

EJ. DE LENGUAJE: Formular series de palabras que se mantengan invariables al expresar los dos números.

PALABRAS Y GIROS: *Utensilios*: útiles, enseres. — *Discordante*: inarmónico. — *Aduar*: aldea. — *Proyectando*: lanzando. — *Perceptibles*: visibles. — *Diluvio*: lluvia muy copiosa. — *Remota*: distante. — *Triturada*: destrozada. — *Encaramados*: montados. — *Aferrándose*: agarrándose. — *Acosaban*: perseguían. — *A campo traviesa*: cruzando el campo. — *Resquicios*: aberturas pequeñas. — *Olor pestífero*: mal olor, hediondez. — *Contaminado*: corrompido. — *Emprendíase*: empezábase. — *Desvastación*: destrucción total.

EXPLORANDO LAS SELVAS

POR BOYD ALEXANDER

Explorador. Inglés. Contemporáneo.

Es difícil expresar las sensaciones que se experimentan al entrar, por primera vez, en el corazón de la gran selva ecuatorial africana. Los sentidos se entorpecen y uno se queda como ciego al pasar, de improvviso, del campo luminoso a la oscuridad del follaje; luego, poco a poco, entrando en las tinieblas, la inmensidad ábrese camino en la inteligencia, y, aunque entre la enredada y espesa vegetación, resulta imposible ver más allá de unos pocos pasos, se advierte, instintivamente, que se está en una región que es el bosque, como la tierra es la tierra y el mar es el mar; la elevación y corpulencia de los árboles permiten calcular la extensión de la selva, del mismo modo que podríamos imaginarnos las proporciones de un gigante, con sólo contemplar su cabellera.

Al principio, uno se queda maravillado ante los enormes troncos y echa hacia atrás la cabeza para alcanzar a considerarlos en toda su altura, pero en seguida dejan de causarle asombro, tal es su abundancia. La estrecha senda indígena, serpentea entre espesos matorrales de hojas opacas, oscuras y colgantes, evitando los grandes obstáculos, mientras las ramas caídas brillan por efecto de la humedad, y por todas partes flota el olor de las materias animales y vegetales descompuestas.

A veces, el sendero atraviesa un pantano que sirve de cuna a plantas de anchas hojas, preferidas por ciertos animales; al ruido de los pasos asústanse los millares de ranas que croan,

con tono profundo y sostenido, hasta que el viajero está muy lejos. De pronto, como si surgiera de la tierra, aparece allá adelante, por la huella, un grupo de indígenas; van pisándose los talones, temerosos de rezagarse. Más adelante, a la orilla del sendero, se ve una blanca rama de mimbre que los nativos han roto y doblado al pasar, a fin de que les sirva de señal a su regreso. Después una bandada de pájaros distintos, se abre paso a través de los ramajes: es que hacen amistad el grande y el chico, el fuerte y el débil, el manso y el cruel, dominados por el espanto común, el miedo habitual que es como la atmósfera del bosque primitivo. Más tarde aún, la oscuridad, que al principio parecía tan llena de silencio y de paz, se hace terrible, como una cosa viva que lucha entre esta red de árboles, que la apresó desde la lejana noche en que intentó cruzar la selva. Y el viajero se apresura, ansioso de la luz que brilla, allá, a lo lejos, entre los árboles, como un río de plata. Al llegar allí, cree entrar al Paraíso.

Excepto los antílopes, todos los animales del bosque son de hábitos nocturnos; por eso la noche lo llena de rumores. Creeríase que el ruido debiera ser sofocado por la espesura, pero no es así; cada tronco es un poste de resonancia que recoge y propaga hasta los menores roces que, a su alrededor, producen los animales ocupados en buscarse el sustento.

Si uno permanece despierto en su choza, escuchando, le llegan, de lejos, tan múltiples y simultáneos ruidos, que apenas puede distinguirlos, y sólo le es posible tener conciencia vaga de una confusión universal de gritos y crujidos.

Otras veces, lo despierta un repiqueteo como el que produce la lluvia al golpear en el techo: es que infinidad de hormigas avanzan sobre las hojas secas.

PALABRAS Y GIROS: *Instintivamente*: sin razonarlo. — *Indígena*: nativa. — *Rezagarse*: atrasarse. — *Antílopes*: rumiantes. — *Propaga*: extiende.

LOS GIGANTES INÚTILES

POR MAURICIO MAETERLINK
Escritor. Belga. Contemporáneo.

La atmósfera de la colmena ha cambiado. Al agradable perfume del néctar de las flores ha sucedido el picante olor del veneno de las abejas, que, en gotitas, brilla en la punta de los aguijones, exacerbando el rencor y el odio.

Antes de que puedan comprender toda la magnitud de su desgracia, los sorprendidos zánganos se ven asaltados por tres o cuatro obreras que intentan cortarles las alas, limarles el peciolo con que tienen unido el tórax al abdomen, amputarles las temblorosas antenas, dislocarles las patas, y hundirles el ponzoñoso dardo entre los anillos de la coraza.

Enormes, pero sin medios de defensa pues carecen de aguijón, no piensan siquiera en resistirse, y, acertando únicamente a oponer la torpe masa de su cuerpo a la lluvia de golpes con que los abruman, tratan de escapar. Derribados de espaldas, agitan con ciega desesperación en lo alto de sus poderosas patas, a sus encarnizadas enemigas y, cuando no logran librarse de ellas, giran sobre sí mismos, arrastrándolas a todas en un loco torbellino que pronto cesa.

Entonces, quedan en tan lamentable estado, que la piedad, (que nunca está muy lejos de la justicia en el fondo de nuestros corazones), acude a toda prisa y solicita misericordia para los infelices zánganos. Pero las duras obreras, que sólo reconocen la ley profunda e inflexible de la naturaleza, no escuchan el ruego.

Los desdichados tienen deshechas las alas, las patas arran-

cadadas, las antenas rotas, y sus magníficos ojos negros, que eran ayer espejos de las flores, dulcificados ahora por el sufrimiento, ya no expresan más que desconsuelo y angustia.

Unos sucumben a sus heridas y son arrastrados, inmediatamente, por dos o tres de sus verdugos, hasta lejanos cementerios. Otros, que aunque maltrechos sobreviven, logran refugiarse, amontonados, en algún rincón de la colmena, donde una guardia inexorable los sitiara hasta que perezcan de inanición. Muchos consiguen ganar la puerta salvándose así del tremendo peligro, mas, al caer la tarde, vuelven todos, obligados por el hambre y el frío, a implorar abrigo en la colmena; lo imploran inútilmente, pues crueles centinelas les cierran el paso.

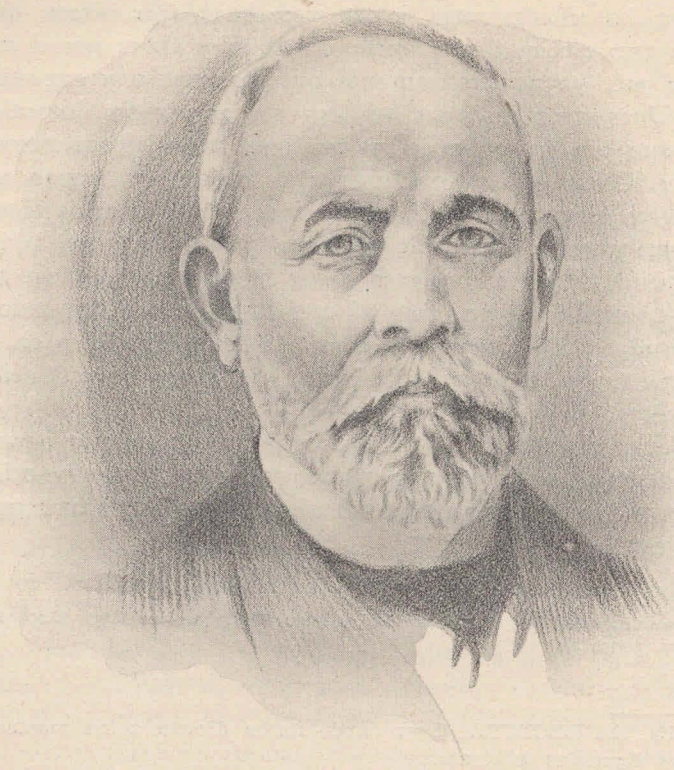
A la primera hora del día siguiente, las obreras barren los despojos de los gigantes inútiles, y el recuerdo de los ociosos se extingue, en la ciudad laboriosa, hasta la próxima primavera.

Recomendamos la lectura de sus obras: "El pájaro azul" y "La vida de las abejas".

EJ. DE LECTURA: Leer dando forma directa a las construcciones figuradas del texto.

EJ. DE LENGUAJE: Formular las series de palabras relativas a miel, abeja, colmena, panal, cera, etc.

PALABRAS Y GIROS: *Exacerbando*: irritando, agravando. — *Magnitud*: tamaño, extensión. — *Amputarles*: quitarles, cortarles. *Ponzoñoso dardo*: venenoso aguijón. — *Abruman*: agobian, cansan, agotan, debilitan. — *Encarnizadas*: crueles, enfurecidas. — *Torbellinos*: remolinos. — *Solicita misericordia*: pide perdón. — *Sucumben*: se rinden, mueren. — *Maltrechos*: destrozados. — *Inexorable*: que no se deja vencer por los ruegos, que no perdona. — *De inanición*: de debilidad por falta de alimento, de hambre. — *Implorar*: pedir con ruegos o lágrimas. — *Ociosos*: que no hacen nada, inútiles, los zánganos, por excelencia. — *Extingue*: cesa, acaba, desaparece.



FLORENTINO AMEGHINO

Sabio naturalista argentino. Nació en Luján en 1854 y murió en La Plata en 1911. "Honró a su patria, a la humanidad y a la ciencia, investigando el origen de los mamíferos de la Argentina y el del hombre. Su vida toda fué una lección de carácter, consagrada a trabajos y estudios que culminaron cuando labró su propio inmenso monumento imperecedero en su genial "Filogenia". (Texto de la medalla acuñada al inaugurarse en la ciudad de La Plata la Avenida Ameghino). Recomendamos la lectura de "Elogio de Ameghino", por Leopoldo Lugones.

ELOGIO DE AMEGHINO

I.—EL TALLER DEL SABIO.

POR LEOPOLDO LUGONES

Poeta. Argentino. Contemporáneo.

La vieja casa de La Plata, adquirida por Ameghino con la venta de una colección de fósiles, no alteró los hábitos del librero metropolitano. El negocio ocupaba una esquina, hallándose formados sus estantes por cajoncitos de tapa vertical, con que se disimulaba la escasez de artículos y se aprovechaba la capacidad excedente para guardar fósiles. Los rótulos nominales de estos últimos, formaban singular contraste con la mercadería, si bien la famosa muestra del gliptodonte había ya desaparecido.

En el zaguán inmediato, condenado para que sirviera a la vez de trastienda y de oficina, trabajaba Ameghino durante las horas comerciales, teniendo por únicos muebles un bufete y un diván.

La verdadera sala de labor hallábase al otro lado, ocupada enteramente por una gran mesa central de pino blanco, y una estantería del mismo material, donde yacía, en cajones de toda procedencia, la magnífica colección. Era ver el tesoro clásico del alquimista, en la consabida tablazón despareja, llena de polvo y de telarañas. Aprovechando el hueco de la ventana, había una mesita de pino, donde el sabio escudriñaba los fósiles y escribía con grande incomodidad. Pero nunca quiso alterar esta costumbre. Su arsenal de naturalista hallábase formado por dos cajoncitos, donde guardaba los huesos que tenía en inmediato estudio, varias lentes de bolsillo,

dos o tres raspadores, unas tijeritas y una regla; objetos a los que es menester agregar los avíos de escribir, consistentes en tres tinteros ordinarios, otras tantas plegaderas y lapiceros, y pedacitos de papel, que solían ser restos de libretas, en los cuales tomaba sus notas con letra menuda y fina. Dos piezas más lejos, hallábase su biblioteca, también dispuesta en tosca estantería de pino. Constaba de cuatro a quinientos volúmenes útiles; entre ellos, muchas memorias de naturalistas.

Pudiera sospecharse en esta humildad un fondo de tañería, si no demostrara lo contrario el desinterés que todos sus allegados le conocieron. La siguiente anécdota va a resumirle con elocuencia insuperable.

Quejábase el sabio de ir entrando a viejo y de cierta decadencia en la salud, cuando los amigos hubieron de aconsejarle que vendiese la colección, a tanto costo formada, con lo cual haríase de fondos bastante sólidos.

—No — respondió; — no quiero venderla, y menos al extranjero; pues aquí, tal vez, no la comprarían. Demasiado me pesan ya las enajenaciones a que la miseria me obligó en otro tiempo. Luego, el dinero me resultaría un estorbo. Si, como creo, la venta me daba unos doscientos mil pesos, esto iba a crearme obligaciones incómodas. Primeramente, con mi propia mujer, que nunca se ha divertido, la pobre; después, con el público que no me disculparía ciertas ausencias sin reprochármelo. Y, figúrese usted, a mi edad, con mis aficiones: el teatro, los compromisos, las comidas . . .

El rasgo valía la pena, a no dudarlo.

PALABRAS Y GIROS: *Rótulos nominales:* las indicaciones de los nombres. — *La famosa muestra del gliptodonte:* la librería de Ameghino tenía como muestra la imagen de un gliptodon, animal prehistórico, y se llamaba "Librería del gliptodon". — *Bufete:* mesa de escribir. — *Alquimista:* el que pretende hallar la piedra filosofal con la cual espera hacer oro. — *Fósiles:* substancia orgánica más o menos petrificada. — *Arsenal:* conjunto de útiles. — *Allegados:* amigos y parientes. — *Enajenaciones:* ventas.

ELOGIO DE AMEGHINO

II.—NI EL DON DE LA TERNURA LE FALTABA...

POR LEOPOLDO LUGONES

Poeta. Argentino. Contemporáneo.

Los fallecimientos de la madre y de la esposa en el mismo año, quebrantaron su salud, hasta hacerle presentir, con esa claridad que es privilegio del justo, la aproximación de la hora suprema.

—Duraré poco tiempo — dijo a sus amigos.

Y así fué; pues ni el don de la ternura le faltaba, para ser uno de esos hombres completos que constituyen el modelo de las razas. Aquel legislador de la vida y dominador de la muerte; aquel que resucitaba las especies y sacudía el sueño de piedra de las épocas, y leía lo que el mar dejó escrito en las arenas hace millones de años, y lo que puso el fuego primordial en los cimientos del mundo; aquel ser de verdad, de sabiduría, de luz, no pudo vivir sin afecto. No lo pudo, y la prueba es que se dejó morir. Habría prolongado su existencia, consintiendo en cierta operación requerida por la gangrena diabética que le sobrevino en un pie. Resistió con dulce obstinación, y se fué lo mismo. Si alguna vez sintió morir, era porque, así, dejaba de trabajar. Tenía entre manos una obra definitiva sobre la antigüedad del hombre, y una respuesta al antropólogo alemán Schwalbe, respecto del mismo asunto.

No se llevó de la vida sino una amargura: el fracaso de sus empeños, durante diez años estériles, para dar casa decente

al museo, que, pudiendo figurar entre los primeros del mundo, yacía como legendario matute en su cueva colonial amenazada de ruina. ¡Para quién iba a ser más doloroso, en efecto, que la ciencia careciera de instalación pasable, cuando ya no hay superstición sin templo ni institución sin palacio! Bajo aquellas bóvedas semisubterráneas, que los fardos de nuevas colecciones atestaban cada día, multiplicó su benevolencia, sus consejos, su generosidad inagotable, para hacer más llevadero el trabajo a los estudiosos cuyo entusiasmo podía con la humedad malsana, el ambiente de sótano, la manipulación desaseada y penosa de las piezas. Instalado en un hueco, entre cajones, como el último contramaestre de patacho, no disimulaba, por cierto, su aflicción ante tamaña vergüenza; pero todos tenían el mismo derecho a compartir su tazón de té ordinario, y el tesoro maravilloso de su saber.

Recomendamos la lectura de sus obras: "Odas seculares" y "La Grande Argentina".

PALABRAS Y GIROS: *Quebrantaron su salud*: la disminuyeron, empobrecieron. — *Presentir*: adivinar. — *Privilegio*: prerrogativa, ventaja. — *Primordial*: primitivo, primero. — *Gangrena diabética*: especie de enfermedad. — *Obstinación*: terquedad. — *Antropólogo*: el que estudia al hombre. — *Matute*: conjunto. — *Atestaban*: llenaban. — *Manipulación*: manejo. — *Patacho*: especie de embarcación.

LOS ANTECESORES DEL HOMBRE

POR FLORENTINO AMEGHINO

Naturalista. Argentino. Contemporáneo.

Los primates más antiguos y más primitivos encontraron su mayor seguridad entre las selvas, subiéndose a los árboles y recorriendo grandes distancias pasando de rama en rama, ejercicio que les exigía el empleo tanto de los miembros anteriores como de los posteriores, hasta que se convirtieron en arborícolas perfectos; los cuatro miembros, que antes les servían para la locomoción terrestre, se transformaron en cuatro manos, esto es, en cuatro órganos de prehensión, destinados a la locomoción arbórea, por lo cual fueron designados con el nombre de cuadrumanos: son los monos.

Pero otros planungulados, por causas que no es ahora del caso averiguar, viéronse confinados en comarcas llanas y desprovistas de árboles, como nuestras pampas; carecían allí de puntos de refugio y tenían que confiarlo todo a la vista y a la astucia. En la llanura, una de las condiciones esenciales para la seguridad individual, es poder divisar al enemigo desde lejos. Para observar a mayor distancia, necesitaban apoyarse sobre sus miembros posteriores, que eran plantígrados, irguiéndose sobre ellos, lo posible, para luego tender la vista y escudriñar el horizonte. En este ejercicio, los miembros posteriores adaptábanse de más en más a la sustentación y a la marcha, y los anteriores a la prehensión, transformándose, con la sucesión del tiempo, la posición horizontal en vertical. La vista, dirigida horizontalmente hacia adelante, dominaba el espacio máximo que le permitía abarcar su mayor eleva-

ción. A su vez, el cráneo, en lugar de estar más o menos suspendido como se encuentra en la posición horizontal, descansó desde entonces sobre una base vertical, permitiéndole un mayor ahorro de fuerza, acompañado de un mayor desarrollo cerebral, y un progreso en la intensidad intelectual o pensante, en detrimento del instinto bruto heredado de sus antepasados. Ese fué el antecesor del hombre.

Convertidos los miembros posteriores en órganos exclusivos de locomoción y los anteriores en órganos de prehensión, al precursor del hombre ya no le fué posible recoger en el suelo el alimento con la boca; tuvo que alzarlo llevándolo a ella por medio de las manos, ejercicio que desarrolló en él la facultad de observación, enseñándole que poseía instrumentos admirables que obedecían a su voluntad. Empuñó un día, por acaso, una rama, y al moverla comprendió que poseía una arma ofensiva y defensiva. Otro día, arrojó a cierta distancia un objeto que tenía entre las manos — una piedra, — y descubrió el arma ofensiva por excelencia, el proyectil arrojadizo de nuestra época, el arma más mortífera. Maquinalmente golpeó, otra vez, un guijarro contra otro, partiéndolo en fragmentos angulosos y cortantes, acaso lastimándose esas manos en evolución, aprendiendo, en carne propia, que esas lajas de piedra eran más duras y cortantes que los dientes. Quedaba descubierto el cuchillo, aunque fuera de piedra; el primer instrumento, el más primitivo y el más útil.

Esas toscas lajas de pedernal, llamadas cuchillos de piedra, fueron, para nuestro precursor, infinitamente más preciosas que lo son, para nosotros, los instrumentos de metal más perfectos y complicados. Mellado el filo de esos primeros y toscos instrumentos, a causa del desgaste producido por el uso, quiso luego reemplazarlos, repitiendo, intencionalmente, la misma operación con el propósito de obtener objetos parecidos. Escogió dos piedras que le parecieron adecuadas, golpeólas fuertemente la una contra la otra, entreabrióse una

de ellas y salió un cuchillo... pero, también del choque, saltó de la otra una chispa, iluminándole el semblante. ¡Había descubierto el fuego, y con esa chispa inextinguible, prolongada a través de las edades y transformada en resplandeciente antorcha, alumbró a la humanidad, en su camino, con rayos luminosos de más en más intensos!

PALABRAS Y GIROS: *Primates*: orden de los mamíferos que comprende a los monos y en el cual Ameghino y otros naturalistas incluyen al hombre. — *Primitivos*: primeros. — *Miembros anteriores y posteriores*: brazos y piernas. — *Arborícolas*: que viven en los árboles. — *Locomoción*: traslación. — *Arbórea*: de los árboles. — *Planungulados*: de casco o pezuña plana. — *Plantigrados*: que apoyan en el suelo toda la planta. — *Escudriñar*: averiguar con cuidado. — *Adaptábanse*: acomodábanse, ajustábanse. — *Prehensión*: de tomar, agarrar. — *Intensidad*: actividad o energía. — *Detrimento*: perjuicio, daño. — *Antecesor*: anterior en tiempo. — *Precursor*: que precede, va adelante, primero. — *Mortífera*: que causa la muerte. — *En evolución*: en transformación. — *Lajas*: láminas de piedra. — *Mellado*: roto. — *Semblante*: rostro. — *Inextinguible*: que no se apaga. — *Intensos*: fuertes.

EN EL ESTRECHO DE MAGALLANES

POR CONCHA ESPINA

Novelista. Española. Contemporánea.

Habíamos llegado al estrecho de Magallanes, y el barco se atrevía, lento, sobre las aguas misteriosas . . .

Al penetrar entre el cabo de las Vírgenes y la punta del Espíritu Santo, las tierras son cándidas, verdes, sin árboles ni rocas; y contrastando con esta mansedumbre, el mar inquieto, movido, oculta bajo la ondulante marea el agudo puñal del arrecife. Luego el paisaje se levanta: se empinan las montañas hasta las nubes y ruedan, hasta el mar, peñas y cerros que forman canales y lagos. Aquí el agua es calmosa, serena, profunda: surgen de ella negros cantiles, adustos y violentos; escarpados montes con el gorro de nieve y la falda selvosa; islas y valles de original belleza; archipiélagos; istmos; penínsulas, que dilatan la vertiente occidental de los Andes en un fiordo gigantesco y magnífico, para cortar la punta del continente sudamericano. Las praderas y los glaciares, el granito y el musgo, la nieve y la flor, el roble y el tremedal, cuanto hay en la naturaleza más diverso y contrario, más distante y enemigo, se une, con terrible hermosura, en esta maravilla del mundo que Magallanes descubrió, para España, en un día pretérito y glorioso.

Pasión de la raza y amor de la tierra me poseyeron en la ruta escabrosa y admirable, donde el misterio y el peligro navegaban a nuestro lado. Yo sabía que, en la dulcedumbre de la corriente y el encanto de las hendiduras, acechaban el escollo y el temporal, siempre ocultos en aquella intrincada

estrechez, y pensaba con asombro entrañable, con altísimo orgullo, en los exploradores hispanos, que lucharon, a veces hasta "noventa días", en las desconocidas angosturas del estrecho . . .

Y, después de cien millas de apacible navegación por el estrecho, entre mansa ribera, cuando los montes se levantaban y el glaciar y el cantil aparecían, un largo amanecer de diciembre nos llevó al refugio de una ensenada. Hallamos buen sitio para el ancla bajo el agua transparente y muda, tan cerca de la margen vecina, que el capitán del buque, adornado de una cortesía británica muy complaciente, nos permitió desembarcar a unos cuantos pasajeros curiosos.

Ya se abría en el cielo la divina rosa de un pálido plenilunio, cuando volvimos de nuestra visita a la solitaria tierra patagónica. Habíamos hurtado a su secreto raras piedras, tímidas flores y peludas arañas de color de rosa, inofensivas y cobardes: todos seres humildes, llenos de alma.

La quietud de la marea parecía el cristal de unos ojos muertos, donde soñara el paisaje milagroso bajo el hechizo del silencio y de la luna. Un inefable resplandor exaltaba en el cielo el vaivén luminoso de los astros, y, en la sublime escritura de las constelaciones, la Cruz del Sur decía su leyenda polar, clavada como señuelo en el profundo corazón de la noche. . .

PALABRAS Y GIROS: *Las tierras son candidas:* son suaves, atrayentes. — *Arrecife:* bajo formado por las aguas, peligro. — *Cantiles:* rocas. — *Fiordo:* profunda hendidura en la costa. — *Glaciares:* masa de hielo. — *Pretérito:* pasado, lejano. — *Dulcedumbre:* suavidad. — *Escollo:* peligroso peñasco a flor de agua. — *Entrañable:* cariñoso. — *Hispanos:* españoles. — *Milla:* un tercio de legua. — *Margen:* orilla. — *Británica:* inglesa. — *La divina rosa de un pálido plenilunio:* la luna llena. — *Habíamos hurtado a su secreto:* habíamos arrancado de su misterio. — *Hechizo:* encanto. — *Constelaciones:* conjuntos de estrellas. — *Señuelo:* atracción.



JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Orador, educacionista y escritor argentino. Nació en la provincia de La Rioja en 1863 y murió en 1923. "Lo más notable en González — ha dicho el poeta Arturo Marasso, su discípulo y comprovinciano —, fué su sencillez, su candor, la rectitud de su carácter". Recomendamos la lectura de "Mis montañas", "Cuentos" y "Fábulas nativas", y el capítulo: "Joaquín V. González" del libro de Arturo Marasso: "La creación poética".

MIS MONTAÑAS

I.—EL DÍA Y LA NOCHE.

POR JOAQUÍN V. GONZÁLEZ
Escrítor. Argentino. Contemporáneo.

La Sierra de Velazco anuncia ya con sus picos atrevidos, donde las nubes bajan a formar diádemas, la gran cordillera de los Andes. Son esas montañas inagotables a la observación. Cuando se ha creído conocerlas, nos sorprende el morador de sus valles con la relación de un monumento histórico o de la Naturaleza, del hombre culto o del indígena extinguido. Sus huellas están frescas todavía en el suelo y en las costumbres, en la habitación y en la fortaleza, en los usos y en los festivos de sus descendientes.

Rastros de los ejércitos de la conquista; restos de la tosca vivienda del misionero, a quien no arredraron las flechas ni los desiertos; muestras indestructibles del esfuerzo civilizador en la construcción de granito: todo esto se ve diariamente con la indiferencia estoica de otra raza que no la nuestra, en el camino tortuoso que abre paso hacia las comarcas donde se pone el sol. Enormes masas de piedra, cuya altura aumenta a medida que se avanza, lo flanquean por ambos lados, y así, por largo espacio, parece aquella hendedura la selva que, poblada de tan raras bestias, extravió al poeta del "infierno".

Allí la noche tiene lenguaje y tinieblas extraordinarios. El viajero marcha, inconsciente, sobre la mula por entre bosques de árboles gigantescos y casi desnudos, que, al aproximarse en la oscuridad, se asemejan a espectros alineados que

esperasen al caminante para detenerlo con sus manos espinosas. Se siente, a su aproximación, ese frío que inmoviliza y espeluzna, cuando con la imaginación, excitada por el terror de lo desconocido, nos figuramos vagar entre los muertos.

¡Y qué soledad tan llena de ruidos extraños! ¡Qué armonía tan grandiosa la de aquel conjunto de sonidos aunados en la altura de la profunda noche! El torrente que salta entre las piedras; los gajos que se chocan entre sí; las hojas que silban; los millares de insectos que en el aire y en las grietas hablan su lenguaje peculiar; el viento que cruza estrechándose entre las gargantas y las peñas; las pisadas que resuenan a lo lejos; el estrépito de los derrumbaderos; los relinchos que el eco repite de cumbre en cumbre; los gritos del arriero que guía la piara entre las sombras densas, como protegido por genios invisibles, cantando una vidalita lastimera que interrumpe, a cada instante, el seco golpe de su guardamonte de cuero, y ese indescriptible, indescifrable, solemne gemido del viento en las regiones superiores, semejante a la nota de un órgano que hubiera quedado, resonando, bajo la bóveda de un templo abandonado, todo eso se escucha en medio de esas montañas: es su lenguaje, es la manifestación de su alma henchida de poesía y de grandeza.

Esos músicos de la montaña, como artistas novicios, se ocultan para entonar sus cantos. La luz los oprime, los coarta, como si vieran un auditorio severo en los demás objetos que pueblan la selva; porque en las noches de luna, cuya claridad ilumina los huecos más recónditos, la escena cambia como movida por un maestro maravilloso.

PALABRAS Y GIROS: *Diademas*: coronas. — *Morador*: habitante. — *Relación*: noticia. — *Extinguido*: desaparecido. — *Festivales*: fiestas. — *Arredraron*: acobardaron. — *Estoica*: serena. — *Al poeta del "infierno"*: al Dante. — *Espectros*: fantasmas. — *Peculiar*: propio. — *La piara*: el ganado. — *Organo*: instrumento músico de viento. — *Henchida*: llena.

MIS MONTAÑAS

II.—LA NOCHE Y EL DÍA.

POR JOAQUÍN V. GONZÁLEZ
Escritor. Argentino. Contemporáneo.

Los acordes estruendosos, los crescendos colosales, los ruidos aterradores que surgen del fondo de las tinieblas, se convierten en la melodía dulcísima y suave, casi soñolienta, como si todos los seres, que allí viven, tuvieran miedo de turbar la serena marcha de esa sonámbula del espacio que, desplegando blancos tules, cruza sobre las montañas, las llanuras y los mares. Alzando los ojos a las cimas pueden distinguirse, sobre el fondo límpido del cielo, los contornos caprichosos de las rocas, que ya figuran torreones o cúpulas ciclópeas, ya grupos de estatuas levantadas sobre tamaños pedestales.

La imaginación se puebla de idealizaciones sonrientes, suaviza las curvas del dorso granítico, da formas humanas a los rudos contornos de la piedra, ve deslizarse por las laderas, iluminadas como la tela de un cuadro, fantasmas de mujeres luminosas que pasan, como la novia de Hamlet, deshojando coronas de flores silvestres, y aplícase el oído para percibir el canto melancólico perdido en las alturas. El torrente resplandece al quebrarse entre los peñascos, y los juegos de luz dejan ver las blandas ondulaciones de formas femeninas, como de mármoles diáfanos y animados, y aparecen y se desvanecen, como visiones, entre las grietas y los arbustos. Risas cadenciosas surgen de aquellos baños fantásticos, gritos infantiles, arrancados por el contacto de una hoja con la carne tersa

y transparente de las vírgenes que juegan entre las espumas.

Hemos gozado los dos espectáculos de la sombra y de la luz, y la transición vale por sí misma la más sublime de las sensaciones. La caravana, que al caer la tarde se internó bulliciosa en la garganta del monte, quedó sumida en profundo silencio cuando la noche veló los accidentes del camino; y alineados de uno en uno, caminábamos entre la selva que, desde entonces, llamé la Selva Obscura. Luego, a medida que la luna va asomando sobre el horizonte, se ilumina de pronto la más alta de las sierras y forma con las inferiores, sumergidas aún en la oscuridad, el más notable de los contrastes que ningún pincel podría trasladar al lienzo. Los abismos que costean la calzada dejan ver, poco a poco, sus senos profundos, hasta que la luz plena del cenit muestra, muy abajo de nuestros pies, deslizándose en curvas indefinibles, el torrente que socava sin reposo la base de granito.

Marchamos largas horas por aquella quebrada estrecha, de vueltas interminables, en medio de las emociones más variadas, desde el temor supersticioso hasta la suave sensación de un sueño paradisíaco, y, de súbito, vimos abrirse ante nuestros ojos un ancho valle casi circular, adonde tienen acceso todas las vertientes de las serranías que lo circundan. El cielo se muestra en toda su amplitud y esplendidez; y como salidos de una galería subterránea, aspiramos con avidez el aire pleno, paseamos con loca libertad la mirada y nos lanzamos al galope, como escapados de una cárcel.

Es el valle . . .

PALABRAS Y GIROS: *Acordes*: combinación armoniosa de sonidos. — *Crescendos*: armonías crecientes. — *Esa sonámbula del espacio*: la luna. — *Ciclópeas*: gigantescas. — *La novia de Hamlet*: Ofelia, creación dramática de Shakespeare. — *Diáfanos*: claros. — *Las vírgenes que juegan entre las espumas*: las ninfas, deidades fabulosas. — *Transición*: cambio. — *Cenit*: lo más alto del firmamento. — *Socava*: excava por debajo. — *Paradisíaco*: del paraíso.

EL CÓNDO R

I.—LA COMIDA.

POR JOAQUÍN V. GONZÁLEZ
Escritor. Argentino. Contemporáneo.

Si durante el día no han desaparecido sus temores, los cóndores no abandonarán la región, aunque la noche los sorprenda; antes bien, la esperan, porque a su amparo, y cuando todo descansa, ellos descenderán al fin a gozar tranquilos de la ansiada cena, en la cual la res exánime se rodea y se cubre de aquellos voraces y silenciosos convidados, que la desgarran, la mutilan, la descuartizan, la desmenuzan, arrancándole jirones de carne, abriéndole el vientre con sus cuádruples puñales, que luego son garfios para extraer cada uno una víscera: el corazón desprendido de sus profundas raíces; el hígado chorreando sangre negra; los intestinos dispersos o enredados, como cuerdas, entre aquel laberinto de plumosas y calludas patas, que se los disputan, estirándolos para cortarlos en pedazos...

Allá, uno ha enterrado sus férreos ganchos en la cuenca del ojo inmóvil de la víctima, y, apoyado en la pata izquierda, tira con fuerza hercúlea; óyese un seco estridor de fibras y músculos que se rompen, y el corvo pico rasga después la suplicante pupila.

El cuadro se desarrolla en un rincón tenebroso de la selva; hambrienta banda ejecuta la fúnebre tarea sin darse reposo; sólo se desprenden del conjunto los fatigosos resoplidos de la horrible y trágica faena, y, de tiempo en tiempo, gruñen y graznan, ahogados por los trozos engullidos a

prisa, para volver más pronto a renovar la ración sangrienta. Cuando ya no queda sino el desnudo esqueleto, y en torno suyo los grumos de sangre amasados en el polvo, formando un charco infecto y nauseabundo: cuando cada comensal se aparta de la mesa por sentirse harto, o porque antes se agotara la provisión, empiezan a levantarse como a escondidas, volando a las rocas próximas, donde limpian los picos, frotándolos como cuchillos contra la piedra.

Entonces comienza a adormecerlos ese vago sopor de las digestiones lentas, encogen el cuello, hunden la cabeza entre los arcos superiores de las alas, y, por breves instantes, se cierran esos rugosos párpados que por tanto tiempo no se juntaron, ni en las deslumbrantes irradiaciones de los soles estivales ni en las tinieblas de las noches, pasadas de centinelas sobre las cimas estremecidas por el trueno o por las convulsiones internas... Después, un gigantesco rumor de alas que azotan el aire y las ramas en medio del abismo, y a desparramarse de nuevo, más arriba de los altos dorsos de piedra, en el espacio estrellado, por donde sus sombras se desbandan como nubes de tormenta que el viento dispersa de súbito.

EJ. DE LECTURA: Leer reemplazando en el texto las palabras y giros explicados.

PALABRAS Y GIROS: *La res exánime*: el animal muerto. — *Voraces*: insaciables, que comen mucho, tragadores. — *Cuádruples puñales*: cuatro uñas. — *Garfios*: ganchos. — *Visceras*: entrañas. — *Laberinto*: confusión. — *Seco estridor*: ruido repentino y breve. — *Tenebroso*: oscuro. — *Grumos*: coágulos. — *Infecto y nauseabundo*: pestilente, mal oliente. — *Comensal*: el que come. — *Harto*: lleno, ahito. — *Vago sopor*: amodorramiento, somnolencia, sueño enfermizo. — *Rugosos*: arrugados. — *Deslumbrantes irradiaciones*: cegadores rayos. — *Estivales*: del verano. — *Convulsiones*: agitaciones. — *Dorsos*: lomos, espaldas. — *Dispersa*: aparta, disemina. — *De súbito*: de pronto.

EL CÓNDO R

II.—LA CAZA.

POR JOAQUÍN V. GONZÁLEZ
Escritor. Argentino. Contemporáneo.

Yo he visto también al indomable cóndor caer en manos del campesino montañés. Cuando, conduciendo el ganado por los desfiladeros y las agudas cuchillas de los montes, alguna res se derrumba y queda entregada a la voracidad de las aves carniceras, el hombre espera la noche para tender la celada a los convidados del banquete próximo, que ya se ciernen sobre la víctima a alturas increíbles, para descender sobre ella en el silencio de las sombras; impregna de mortífero unguento la carne muerta, y escondido a larga distancia, dentro de una piedra socavada por las aguas, o en paraje cerrado por tupidas e impenetrables ramas, aguarda la catástrofe.

El hambre congrega a la negra multitud sobre la presa; comen, engullen, devoran con ansia, con desesperación e inquietud por marcharse pronto, y con la avidez de un prolongado ayuno; y cuando llega el instante de emprender la fuga de sospechados peligros, sienten que sus alas no tienen vigor, que los músculos potentes que los agitan y los sostienen sobre los vientos y las calmas de la atmósfera, se vuelven flácidos y débiles, y ya no pueden siquiera levantar el peso de las plumas que los visten; desmayo, aniquilamiento, agonía, invaden sus cuerpos antes invulnerables, se esfuerzan por huir, y se revuelcan como ebrios;

abren los picos untados aún por el sebo de la carne, y los resoplidos de la angustia resuenan ahogados, pavorosos, horribles; uno tras otro, en confusión, lanzando postreros graznidos que retuercen el alma y erizan el cabello, van cayendo en espantosa lucha con la muerte, mordiendo la tierra con ira satánica, azotándola con aletazos feroces, rasgándola en hondos surcos con sus garfios acerados, como queriendo arrancarle las entrañas; hasta que, por último, después de un estertor de intraducible resonancia, abandonan su cuerpo al polvo, extienden el rugoso cuello, y abriendo en toda su amplitud las gigantescas alas, expiran...

EJ. DE LECTURA: Leer reemplazando en el texto las palabras y giros explicados.

PALABRAS Y GIROS: *Alguna res*: algún animal. — *Tender la celada*: preparar la trampa. — *Ciernen*: vuelan. — *Impregna de mortífero unguento*: envenena. — *Socavada*: ahuecada. — *Congrega*: reúne. — *Engullen*: tragan. — *Avidez*: ansia. — *Flácidos*: flojos. — *Aniquilamiento*: debilitamiento, destrucción. — *Invulnerables*: que no podían ser heridos. — *Untados aún por el sebo de la carne*: grasientos todavía. — *Postreros*: finales, últimos. — *Ira satánica*: cólera terrible, furia infernal. — *Con sus garfios*: con sus uñas, garras. — *Estertor*: respiración anhelosa. — *Intraducible resonancia*: sonoridad que no puede definirse. — *Expiran*: mueren.

LAS CATARATAS DEL IGUAZÚ

I.—LA SELVA.

POR MANUEL BERNÁRDEZ

Escritor. Uruguayo. Contemporáneo.

Como unos dos kilómetros se va por una picada ancha y cómoda, por donde transitan las alzaprimas. Después se entra a una media picada, por donde se cae al arroyo San Juan, que pasa rumoroso entre la selva cerrada. No recuerdo ni en subterráneo, ni en montaña, ni en santuario, ni en pampa, ni en noche, un silencio tan hondo, tan solemne y tan vasto como el de aquella selva. Ni un crujido de ramas, ni un trote de alimaña, ni un aleteo, ni un canto de pájaro. Y sin embargo, se siente, no puedo decir cómo, pero se siente el resuello, la palpitación de una vida potente; se adivina detrás de esa maleza agresiva, entre esos troncos secos, en los cruces del ramaje, en el misterio de las frondas cómplices, el monstruoso festín de las raíces parásitas, el pululamiento febril de millones de seres ardientes que nacen, se aman y mueren en la inmensa maraña incógnita. Acaba por pesar en el ánimo y oprimir el pecho, como bajo la presión de una oscura amenaza, aquel silencio obstinado del monte. Mil ecos se levantan cuando se alza la voz: se experimenta una sensación molesta de vacío, un recelo indeciso de agresiones traidoras, de celadas, y acaban las conversaciones por languidecer, por bajarse las voces, por extinguirse al fin, dominando en los hombres el inmenso silencio de las cosas. De pronto, vadeado el San Juan, entramos en una verdadera selva de helechos arborescentes, que van a abrir su regio

quitasol a diez metros de altura. Hay allí, formando un gracioso bosque de columnatas cimbreantes, millares de esos espléndidos vegetales, que los monteadores cortan y destruyen con encono, porque dicen que son criaderos de garrapatas. Las orquídeas y los filodendros extienden, por todas partes, sus gráciles varas florales y sus hojas viciosas, — los filodendros, encaramados en vertiginosas alturas de cuarenta metros, llegan a anular el follaje de los árboles que invaden, y dueños del campo, se esponjan al sol, dejando caer hasta el suelo, formando como “stores” en las picadas, sus larguísimas raíces, por donde los barbudos carayás se entretienen en subir y bajar, ágiles como grumetes.

A todo esto, por un claro del bosque, notamos, con alarma, que el cielo venía entoldándose rápidamente. Una tormenta nos perseguía en silencio. ¿Y mis fotografías? Nos habían dicho: “Será muy raro que lleguen sin agua... De todas las expediciones que hemos acompañado, sólo dos o tres han visto las cataratas con sol”.

¡Pues, señor! Después de tantos días, de tantas ilusiones, de tantas ansias, no ver la maravilla en plenitud, sería una catástrofe. Había que llegar. Echamos el carguero por delante, y, agachados sobre las monturas, apuramos el trote. Noté que me había distanciado de mis compañeros. Grité y me contestaron a lo lejos: “Se nos ha caído el carguero; siga no más por la picada”. Pero era que la picada no se veía, devorada por la vegetación, que invade todos los claros, creciendo a saltos. Resolví confiarme a la yegua que me había tocado en suerte. Le aflojé la rienda y enderezó a la maleza. ¡Así me pusieron las ortigas!

PALABRAS Y GIROS: *Picada*: camino en la selva. — *Alzaprima*: especie de vehículo. — *Vasto*: enorme. — *Alimaña*: animal. — *Parásitas*: que viven a expensas de otras. — *Pululamiento*: abundancia. — *Incógnita*: desconocida. — *Arborescentes*: ramificados. — “*Stores*”: cortinados. — *Carayás*: especie de monos.

LAS CATARATAS DEL IGUAZÚ

II.—EL AGUA.

POR MANUEL BERNÁRDEZ

Escritor. Uruguayo. Contemporáneo.

Adelanté rápidamente, estirando el pescuezo, poniendo el oído, ávido por sentir el estruendo inminente de las cataratas. El corazón, de ansioso, se me quería salir. Me habían dicho que, a dos leguas a la redonda, se oía el rumor como un trueno distante.

Anduve una hora. Sofrené. Escuché con toda el alma; me bajé, apliqué el oído al suelo. Nada: ni un rumor; el mismo silencio pesado y amenazador de la selva. ¡Si me habría perdido! Ya iban a ser las once; hacía tres horas que andábamos. ¿Cómo podía ser? Una perplejidad angustiosa me embargó. ¡Y aquella tormenta que se venía! Monté de nuevo y castigué con furia a la yegua, que se lanzó bravamente por entre el áspero malezal. Anduve, al galope, tironeado y sacudido, otro rato mortal. De pronto, sentí que el terreno subía y mejoraba un poco la picada. Miré: a la derecha, por entre el denso verdor de las ramazones, me pareció ver, aún a alguna distancia, no sé qué cosa blanca, inmensa y temblorosa, como un monstruoso témpano en deshielo, que, silenciosamente, se movía. Pretendí sujetar, pero la yegua, enardecida, continuó su galope, y ya no vi nada. ¿Será? . . . Pero no puede. ¿Cómo no iba a sentir algún ruido? Ignoraba que, según el estado de la atmósfera, se oye el estruendo de las cataratas a gran distancia, o no se oye hasta estar sobre

ellas. Lo oí de repente, infernal, abrumador, tonitronante, y entreví, a la vez, casi claramente entre los árboles, las primeras cascadas. Un poco más: ¡ahí están!

¡Gran Dios! ¡Cómo es visible la obra de tu mano! De un bárbaro tirón, senté a la yegua sobre los jarretes y sentí que, ante aquella belleza poderosa, soberana, infinita, inesperada, ni sospechada siquiera a pesar de la intensa expectativa, el corazón se me exaltaba y crecía — algo de la gran fuerza universal entraba en él, — y lágrimas de gratitud, llanto de fuerza, expresión de un sentimiento inenarrable, de una cosa inaudita y recóndita que la lengua no sabe decir, yo no sé, pero lágrimas de hombre, me llenaron los ojos.

Aquéllos no eran, sin embargo, los saltos más grandes. Eran como el prólogo, como los heraldos de la maravilla. A mí me parecieron insuperables, suma y término de la grandeza posible. Pero, simplemente, eran bellos al lado de los otros, que mi cabalgadura, sin que yo me diese cuenta, pasando por su voluntad o su costumbre a otra picada, puso de improviso ante mis ojos atónitos.

El sol, misericordioso, salió breves minutos para mí, y vi, a mis pies, el grandioso semicírculo en que brama y se despeña una muchedumbre de cataratas, que no se muestran a la mirada avara sino púdicamente, veladas por una gasa de pálido celeste, en que el sol pone, a veces, suavidades de rosa. Aquella vasta zona de cascadas acaricia los ojos, sacia el alma de emoción y la levanta, y la lleva, como con alas, a regiones excelsas.

¡No se puede decir lo que hay allí! Las aguas, que ya vienen hostigadas, corriendo en frenesí sobre un plano vastísimo, llegan a la arista inmensa y se deslizan al vacío, o chocan, antes de saltar, en enormes peñascos, y rebotan, y en los aires hacen juegos atléticos que la luz colorea con mágicos cambiantes. Efusiones de plata, chorros ingentes, surtidores sonoros que saltan en arco, anchos desbordamientos

de aguas plomizas que se desploman, pesadamente, con un mugido sordo, y al estrellarse en la roca aplanada y fortísima, se deshacen en gigantescas nubes de vapor, de un blanco immaculado cuando surgen flotantes del hervoroso abismo, y luego teñidas de rosa, de carmín, de violeta traslúcido, o hechas como de polvo de oro por el mágico sol. Y detrás de este amontonamiento de saltos, y a la izquierda, y a la derecha, cerca y lejos, arriba, abajo, allá en las alturas, aquí a los pies, trezándose a pechadas con las rocas que, aunque aguantan, retiemblan, otros, y otros, y otros saltos, cubriendo una superficie de cuatro mil metros: unos con deslizamientos de culebra, otros con fieros brincos de jaguar; unos oscuros, resbalan en silencio, otros, vistosamente empenachados de espuma, corren en vértigo, y todos, al llegar a la arista de los altos y negros paredones, pierden pie y ruedan al fatal e infinito derrumbe; y allá abajo, reventados, rugientes, siguen su curso arrastrando en girones su túnica de encaje, mientras, del uno al otro extremo del inmenso nido de cascadas, entre aquel estruendoso dislocamiento de violencias, sobre aquel paroxismo, cien arco-iris se tienden como puentes de paz.

EJ. DE LENGUAJE: Paráfrasis desde donde dice: "El sol, misericordioso, salió"... , etc.

PALABRAS Y GIROS: *Inminente*: próximo, cercano. — *Perplejidad*: duda. — *Picada*: camino en la selva. — *Tonitronante*: con tono de trueno, muy ruidoso. — *Cascadas*: caídas de agua. — *Inaudita y recóndita*: desconocida y honda. — *Como el prólogo, como los heraldos*: como el principio, como los anunciadores. — *Suma y término*: que nada puede superarlo. — *Púdicamente*: honestamente, con pudor. — *Regiones excelsas*: regiones elevadas, eminentes, cerca de Dios. — *Hvoroso abismo*: abismo que hierve. — *Empenachados*: coronados. — *Túnica de encaje*: espumas. — *Dislocamiento de violencias*: desparramo de fuerzas. — *Paroxismo*: furia.



PAÚL GROUSSAC

Escritor francés contemporáneo. Nació en Francia el 15 de febrero de 1848 y murió en Buenos Aires en 1929. Su biógrafo Alfonso de Laferrère, dice: "Groussac llegó a Buenos Aires en febrero de 1866, tenía, pues, dieciocho años, ignoraba nuestro idioma y carecía de profesión. El doctor Nicolás Avellaneda influyó en la orientación de su vida." "Fué periodista, catedrático y director de la Biblioteca Nacional.

EL VERBO SOBERANO DE SARMIENTO

POR PAÚL GROUSSAC

Escritor. Francés. Contemporáneo.

Para todos la gran atracción, el "clavo" de la ceremonia, era el anunciado discurso de Sarmiento. El público, apiñado en el vasto salón de exámenes de la Escuela de Artes y Oficios de Montevideo que dirigía el coronel Belinzon, esperaba con visible ansiedad: las señoras haciendo aletear sus abanicos; los viejos encorvando su mano en la oreja como concha de resonancia, y abriendo la boca para redondear su conducto auditivo...

No fué propiamente un discurso, sino una alocución familiar: un vagabundeo oratorio de indescriptible donaire y desenvoltura, con acompañamiento de mímica, muecas, golpes en la mesa y risas comunicativas. Fuera de dos o tres "arias de bravura", que yo mismo le viera preparar, todo el resto era un improvisado monólogo sobre cuanto puede ocurrírsele a un hombre de inmenso talento, que habla, con completa posesión de sí mismo, ante un auditorio dispuesto a aplaudirle, y con absoluta despreocupación de toda regla, u orden retórico de antemano meditado. Derramaba a manos llenas un caudal de ideas suficiente para diez discursos oficiales; lanzaba verdades macizas a la cabeza de quien quisiera recibirlas, alternando los puñados de sal gruesa con los preceptos de alta sabiduría; después de ensalzar seriamente los merecimientos del coronel Belinzon, felicitaba al director de la orquesta estudiantil por haber elegido a un sordo, Sarmiento lo era, como juez de los sonidos; remedaba a los eje-

cutantes y a sus instrumentos: descargaba palmadas sobre la mesa; soltaba carcajadas, festejando sus propios chistes, — creo que él mismo se hubiera aplaudido si el público no le quitara ese afán... Pero, a buen seguro que esto no era todo. Por momentos sentíase rugir algo que recordaba al dios de las tempestades. En medio de ciertas exuberancias de pésimo gusto, se escapaban, cruzando el espacio, gritos de vibrante protesta contra todos los despotismos; y no faltaban repentinamente muestras, brillantes, de concepto y de estilo, que nos estremecían. ¡Con qué acento potente y convencido, el gran profano, apenas iniciado por adivinación y respeto instintivo de la cultura científica, nos la pintaba como la única redentora posible de estos pueblos contra el estigma de su raza y de su historia! ¡Qué manto de regia púrpura arrojado entonces, y como al descuido, sobre los defectos de sus arrebatada improvisación!... Por cierto, y huelga repetirlo, que esa borrasca verbal, si a ratos nos levantaba del suelo era para luego dejarnos caer, cubiertos de arena y de salpicaduras. Pero, ¿acaso no es esta la característica de la oratoria popular? Figuraos — para variar la expresión, — un arca repleta de monedas, en la que las de oro se confunden con las de cobre, y cuyo contenido se arroja a puñados a la calle, apedreando al público con un tesoro en que el metal precioso va mezclado al cobre y plomo vil...

Tal escuché el verbo soberano de Sarmiento durante los cortos minutos en que estuvo realmente inspirado, y cuando se dijera que, en él, rugía el "demonio" de la elocuencia.

PALABRAS Y GIROS: *Alocución*: especie de razonamiento sencillo. — *Donaire*: discreción y gracia. — *Arias de bravura*: efectos. — *Puñados de sal gruesa*: algunos chistes de dudoso gusto. — *Preceptos*: enseñanzas. — *Remedaba*: imitaba grotescamente. — *El gran profano*: el grande hombre que carecía de conocimientos profundos. — *Huelga repetirlo*: no es necesario repetirlo. — *Elocuencia*: facultad de hablar o escribir para deleitar y conmover.

ÚLTIMOS DÍAS DE SARMIENTO

POR ALBERTO PALCOS

Escritor. Argentino. Contemporáneo.

La noche del 5 de septiembre de 1888, Sarmiento empezó a sentirse mal. Dijo: "Siento que el frío del bronce ya invade mis pies". Los médicos formularon pronósticos desesperantes. Pasaba las horas sentado en un sillón de lectura y respiraba dificultosamente. La enfermedad avanzaba a pasos rápidos. Estaba pálido, sumamente demacrado, con los ojos sin brillo. Aprovechando unos instantes de mejoría se hizo recortar el cabello y la barba: diríase que ambicionaba recibir con digno continente la visita de la Intrusa. No había nada que hacerle: aquella noble existencia se extinguía. El 10 a la tarde, diez médicos celebran junta y diagnostican una lesión orgánica del corazón. A las once de la noche pidió que lo trasladasen a la cama. ¡El luchador indomable, sólo se acostó sintiéndose morir! Durmió agitadamente. En un momento se le oyó decir: "He escrito un libro tres veces y lo he vuelto a romper: tenía cosas muy buenas". (Creen sus deudos que aludía a la segunda parte de "Conflicto"). A la madrugada dirigióse a su nieto Julio Belín: "Ponme en el sillón para ver amanecer". El sediento sembrador de luces, quería beber los primeros resplandores de la mañana que se avecinaba, y ser acariciado por la brisa que recorría la fronda. Para saludar mejor la llegada del día, hizo gesto de que le dieran vuelta. En seguida, una brusca contracción, ¡y el corazón, agrandado, cesó de latir! Eran las dos y quince. De acuerdo a su voluntad expresa — manifestada el año ante-

rior, — no se le prestaron auxilios religiosos. Respetando otro deseo suyo, su cadáver fué envuelto en las banderas de los cuatro pueblos que sirvió: Argentina, Chile, Paraguay y Uruguay.

Al difundirse la tristísima nueva, un estremecimiento súbito apoderábase del ánimo como si, de golpe, una catarata hubiera cesado de caer o se desgarrara una montaña.

Los restos fueron trasladados a Buenos Aires e inhumados el 21 de septiembre. Sobre su tumba se grabó el bello epitafio por él mismo elegido: "Una América libre, asilo de los dioses todos, con lengua, tierra y ríos libres para todos". Las exequias resultaron imponentes. Todo el mundo quiso decir su palabra de congoja, (se pronunciaron treinta y un discursos, algunos de primer orden). Pellegrini sintetizó el sentir unánime: "Fué el cerebro más poderoso que haya producido la América".

Y es tal su fuerza irradiadora, que aquella lumbre, próspera como la de un sol, no ha cesado un día de iluminarnos.

PALABRAS Y GIROS: *Pronósticos*: anuncios. — *Digno continente*: buen aspecto. — *La Intrusa*: la muerte. — *Diagnostican*: caracterizan la enfermedad. — *Deudos*: familiares, parientes. — *Aludía*: refería. — *Fronda*: follaje. — *Contracción*: encogimiento. — *Voluntad expresa*: deseo manifestado categóricamente. — *Al divulgarse*: al divulgarse. — *Inhumados*: enterrados. — *Epitafio*: inscripción en la tumba. — *Exequias*: honores fúnebres. — *Congoja*: pesar, dolor. — *Unánime*: general, total. — *Irradiadora*: la que despidе rayos, que los reparte. — *Lumbre*: fuego. — *Próvida*: benévola, generosa.

LOS CENTINELAS DEL MAR

POR JORGE TODOUZE

Escritor. Francés. Contemporáneo.

La vida de los torreros que atienden los faros marítimos es la siguiente: Ante todo, deben sujetarse a la absoluta regularidad de su tarea. Han de cuidar diariamente el mecanismo de la linterna, limpiar sus cristales, repasar con mucha prolijidad su aparato de relojería, para que el ritmo de los destellos del faro sea perfecto, pues cualquier retraso o modificación que sufriesen podría originar catástrofes irreparables. Además, han de hacer sus turnos de guardia, y durante toda la noche hay que ponerse las gafas ahumadas, para poder mirar, impunemente, el foco cegador, mientras se va tomando nota de cuanto ocurre dentro y fuera de la torre. En los días de bruma, también hay que dar otras señales, mediante sirenas, cohetes, petardos, etc., según los casos. Algunos focos muy modernos, llamados radio-faros, pueden emitir, repitiéndola y propagándola sobre la anchura del mar, una señal radiotelegráfica consistente en una letra, característica del faro respectivo. Los barcos que tienen aparatos receptores de telegrafía sin hilos, recogen esas letras, y, gracias a ellas, aunque no alcanzan a distinguir las luces de los faros, navegan sin dificultades entre las sombras de la noche. Así, cada uno de estos faros, es como un centinela misterioso e invisible, que, sin cesar y a través de las tinieblas, está diciendo a los navíos:

—¡ Aquí estoy!... Aunque no me veáis, ¡estoy aquí!...
Aquí estoy, en tal dirección: ¡cuidado con este peligro!....

¡Valor!... ¡Estoy aquí!... ¡Buenas noches, amigos míos!...

Las únicas ocupaciones de los torreros, fuera de las que constituyen su trabajo y de las que les proporcionan sus familias, cuando las tienen consigo, son la lectura y la pesca. Por eso en todas las torres hay algún libro que fué releído mil veces, y, aunque en torno de sus rocas suele abundar la pesca, los torreros recurren comúnmente a las conservas, pues no pueden criar aves de corral ni cerdos, por falta de terreno. Algunas veces y en grandes bandadas, los pájaros viajeros, atraídos y fascinados por el resplandor, van a estrellarse contra los cristales de la linterna: de esta manera, los torreros obtienen de vez en cuando, una abundante provisión de carne fresca.

La abnegación y la disciplina de estos solitarios admirables, hacen posible el tránsito nocturno en todos los mares del mundo, con la misma seguridad y la misma regularidad con que se efectúa la navegación diurna.

Y cada noche, lo mismo en la borrasca que en la calma, los países marítimos se coronan de faros que, como una constelación de estrellas salvadoras, heroicas y fieles, saludan en silencio a los navegantes y los guían sobre la oscura inmensidad de los océanos.

EJ. DE LECTURA: Leer reemplazando en el texto las palabras y giros explicados.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Citar los cinco océanos y los continentes. Su extensión.

PALABRAS Y GIROS: *Regularidad*: uniformidad. — *Ritmo de los destellos*: combinación y sucesión medida con que se enciende y se apaga cada faro y que sirven al navegante para reconocerlo. — *Impunemente*: sin peligro de daño. — *Bruma*: niebla, especialmente la que se forma sobre el mar. — *Emitir*: producir. — *Propagándola*: esparciéndola. — *Receptores*: que reciben. — *Fascinados*: engañados, alucinados, ofuscados. — *Abnegación*: sacrificio. — *Tránsito*: ir y venir. — *Borrasca*: tempestad, especialmente del mar. — *Constelación*: conjunto de estrellas.

¡VIRGEN DEL MAR, ADELANTE!

I.—¡QUE SE CUMPLA LA VOLUNTAD DE DIOS!

POR JOSÉ MARÍA PEREDA

Novelista. Español. Contemporáneo.

Andrés sintió que el frío de la muerte le invadía el corazón, que la vida iba a faltarle; y sólo un acontecimiento como el ocurrido allí, pudo rehacer sus fuerzas aniquiladas.

Y fué que Reñales, el patrón de la lancha, por coincidir su movimiento con un recio balanceo, perdió el equilibrio y cayó sobre el costado derecho, dándose un golpe en la cabeza. La lancha, sin gobierno, atravesóse a la mar; saltó hecho astillas el palo y arrebató el viento la vela. Andrés, entonces, comprendiendo la gravedad del nuevo peligro: — ¡A los remos! — gritó a los consternados pescadores, lanzándose él al de popa y poniendo la lancha en rumbo conveniente, con destreza y agilidad bien afortunadas.

Pasaban en aquel momento por delante de un cabo, sobre cuyas espaldas avanzaban las aguas para despeñarse del otro lado en abrumadora cascada. Desde allí, toda la costa era una sola tira de mugidoras espumas que hervían, trepaban y se asían a los acantilados, y volvían a caer para saltar de nuevo, al empuje incontenible de aquellas montañas líquidas que iban a estrellarse furiosas, sin punto de sosiego, contra las inmovibles barreras.

— ¡Adelante, Virgen del Mar! — repetían con voz firme los remeros, al compás de su fatiga.

Andrés, empuñando su remo; clavados sus pies, más que

asentados, en el fondo de la lancha, luchando y viendo luchar a sus valerosos compañeros contra la muerte que los amenazaba, comenzaba a sentir la sublimidad de tantos horrores juntos, y alababa a Dios ante aquel pavoroso testimonio de su grandeza.

A todo esto, Reñales no se movía; uno de los marineros que sacaba el agua embarcada, suspendió su importantísimo trabajo y acudió a levantar al patrón, que había quedado aturdido con el golpe y sangraba copiosamente por la herida. Atendiósele lo menos mal que se pudo y, con ello, fué reanimándose poco a poco, hasta que intentó volver a su puesto. Pero, en aquellos instantes, además de la serenidad y de la inteligencia, se necesitaba fuerza no común para gobernar la lancha; y a Reñales le faltaba esta última condición tan importante, al paso que Andrés las reunía todas.

— Pues, ¡adelante! — le dijo el patrón, acurrucándose, porque su cabeza dolorida no podía resistir los azotes de la tempestad, — ¡y que se cumpla la voluntad de Dios!

EJ. DE LECTURA: Reemplazar en el texto las palabras y giros explicados.

PALABRAS Y GIROS: *Le invadía*: le entraba. — *Acontecimiento*: hecho. — *Aniquiladas*: perdidas, anuladas. — *Recio*: fuerte. — *Consternados*: abatidos. — *Popa*: parte trasera de una embarcación. — *Destreza*: habilidad. — *Abrumadora*: agobiadora. — *Mugidoras*: ruidosas. — *Se asian*: se agarraban. — *Acantilados*: escalones de la costa. — *Sosiego*: descanso. — *Inconmovibles*: firmes. — *Asentados*: puestos. — *Sublimidad*: grandeza. — *Alababa*: rendía homenaje. — *Pavoroso*: terrible. — *Testimonio*: prueba. — *Copiosamente*: abundantemente.

¡VIRGEN DEL MAR, ADELANTE!

II.—¡JESÚS, Y ADENTRO!

POR JOSÉ MARÍA PEREDA
Novelista. Español. Contemporáneo.

¡Adelante! Adelante era acometer al puerto, es decir, jugar la vida en el último y más importante azar; porque el puerto estaba cerrado por una serie de olas enormes que, al llegar al boquete y sentirse oprimidas allí, se partían para asaltar y envolver al escueto peñasco y lanzarse a la oscura garganta, que llenaban, alzando sus espaldas colosales, a fin de caber mejor. A su paso, retemblaban los enormes muros de granito. Però — decíase Andrés, — ¿cómo huír del puerto? ¿Adónde ir en busca de un refugio? ¿No era un milagro cada instante que pasaba sin que la lancha zozobrase?

Lo menos malo de aquella situación era que iba a resolverse muy pronto; y esta certidumbre se leía, bien claramente, en las caras de los tripulantes, fijas en la de Andrés, e inmóviles como si, de repente, se hubieran petrificado todas por obra de un mismo pensamiento.

—Ya lo sabe — dijo Reñales, — enfilando por el Alto de Rubayo y el Codio de Solares, es la media barra justa.

— Cierto, — respondió amargamente Andrés, sin apartar los ojos de la boca del puerto ni sus manos del remo con que gobernaba; — pero, cuando como ahora no se ven ni el Codio de Solares ni el Alto de Rubayo, ¿qué se hace?

— Ponerse en las manos de Dios, y entrar por donde

se pueda, — respondió el patrón, después de una breve pausa y devorando con los ojos el terrible atolladero.

Hasta entonces, todo lo que fuera correr delante del temporal era acercarse a la salvación; pero desde aquel momento, podía ser tan peligroso el avance rápido como la detención involuntaria: porque se hallaban en medio del huracán y del boquete que debían asaltar entre dos golpes de agua.

Andrés que no lo ignoraba, parecía una estatua de piedra con ojos de fuego, y los remeros, máquinas que se movían al mandato de su mirada. Reñales no se atrevía a respirar. De pronto, Andrés gritó a sus remeros:

— ¡Ahora!... ¡Bogar!... ¡Más!

Los remeros, sacando milagrosas fuerzas de sus largas fatigas, se alzaron rígidos en el aire, haciendo pie en los bancos y colgándose del remo con las manos.

Una ola colosal se lanzó entonces al boquete, hinchada, reluciente, mugidora, y, en lo más alto de su lomo, cabalgaba la lancha a toda fuerza de remo.

El lomo de la ola llegaba de costa a costa; mejor que lomo, anillo de reptil gigantesco que se desenvolvía de la cola a la cabeza. Siguió avanzando por el boquete adentro. Pasó bajo la quilla de la lancha y ésta comenzó a deslizarse de popa, como por la cortina de una cascada, hasta el fondo del abismo que la ola había dejado tras de sí. Allí se corría riesgo de que la lancha se durmiera; pero, Andrés pensaba en todo, y pidió otro esfuerzo heroico a sus remeros. Hiciéronlo, y, remaron para vencer el reflujo de la ola pasada; otra mayor, que iba entrando sin romper en el boquete y que fué alzándola de popa y encaramándola en su lomo, la empujó hacia el puerto. La altura era espantosa, y Andrés sentía el vértigo de los precipicios; no se atemorizaba, ni su cuerpo perdía el equilibrio en aquella posición inverosímil.

— ¡Más!... ¡Más!... — gritaba a los extenuados remeros, porque había llegado el momento decisivo.

Y los remos crujían, y los hombres jadeaban, y la lancha seguía encaramándose, pero avanzando siempre. Cuando la popa tocaba la cima de la montaña rugiente y la débil embarcación iba a recibir el último impulso favorable, Andrés, dando un enérgico golpe de timón, gritó, conmovido, y con todo el fuego que le quedaba en el corazón:

— ¡Jesús, y adentro!

Y la ola pasó sin reventar, y la lancha comenzó a deslizarse por la pendiente de un nuevo abismo. Pero esto era la salvación de todos, porque habían vencido el último obstáculo, y estaban en puerto seguro.

EJ. DE LECTURA: Leer reemplazando en el texto las palabras y giros explicados.

PALABRAS Y GIROS: *Acometer*: atacar. — *Azar*: caso fortuito. — *Boquete*: agujero. — *Escueto*: despejado. — *Zozobrase*: naufragase. — *Certidumbre*: convicción, convencimiento, certeza. — *Petrificado*: convertido en piedra. — *Enfilando*: enderezando. — *Media barra*: el punto medio del paso. — *Atolladero*: paso difícil. — *Bogar*: remar. — *Quilla*: parte media inferior del barco. — *Reflujo*: descenso de las aguas. — *Inverosímil*: que no parece posible. — *Cima*: vértice superior.

LA SOMBRA DE LA PATRIA

POR ALMAFUERTE. (PEDRO B. PALACIOS).

Poeta. Argentino. Contemporáneo.

*Los que sabéis de amor, de amor heroico
que palpita en el pecho y lo dilata,
que reside en el ser y lo embellece,
que se apropia una vida y la agiganta;
los que sabéis de amor, bravos donceles,
fuertes, altivos, briosos, entusiastas,
que penetráis recién en el santuario
de la perpleja pubertad sagrada:
vosotros, sí, vosotros ¡oh, mancebos!,
llenos aún de la infantil fragancia,
que todavía honráis a vuestras madres,
que todavía las juzgáis las amas,
que todavía las pensáis las reinas
de las demás mujeres humilladas,
que todavía les tejéis coronas
de besos resonantes como dianas,
de besos refulgentes como estrellas,
de besos impalpables como almas,
para su sola frente pensadora,
su solo corazón lleno de gracia,
su sola majestad indiscutible
y su sola virtud insospechada;
vosotros, sí, vosotros, los confiados,
los sencillos, los nobles, los que aman,
los intactos, los puros, los que tienen*

la foja de la vida toda blanca,
porque aun no pusieron, — ¡ni la pongan! —
sobre la fría realidad la planta;
porque aun no dejaron, — ¡ni los dejen! —,
pedazos de vellón entre la zarza;
porque aun en su pecho, como un niño,
su corazón feliz bate las palmas;
vosotros, sí, vosotros, los mejores
pues que sois, todavía, una esperanza;
pues que sois, todavía, el cofre lleno
de la fortuna entera de mañana;
pues que sois, todavía, la retorta,
do la futura humanidad se amasa;
pues que sois, todavía, la vislumbre
del sol desconocido que se aguarda;
pues que sois, todavía, una promesa,
como sois, a la vez, una amenaza:
volved los rostros a la sombra ilustre
que por la mente del poeta pasa
como un lirio lloroso, como un astro
que se abisma en el éter y naufraga...
¡Mas, si al poner los ojos sobre aquellos
divinos ojos fúlgidos de lágrimas,
no sentís que os invaden las tinieblas
como si fuera Dios quien los bajara;
si al contemplar su seno desceñido,
que su propio rubor sólo recata,
no sentís, allí mismo, las mejillas
por torrentes de púrpura inundadas;
si al escuchar sus ayes lastimosos
de leona que gime y que no brama,
no sentís un poder incontrastable
que os impele a la lucha y la venganza;
que os inspira el afán de la grandeza

dentro de la justicia y la templanza,
que os inyecta en los huesos como un filtro
la generosa médula de Esparta:
¡arrancaos, a puñados, de los rostros
las mal nacidas juveniles barbas,
y dejad escoltar a vuestras novias
la sombra de la Patria!

EJ. MNEMOTÉCNICO: Recitación de conjunto.

PALABRAS Y GIROS: *Donceles*: jóvenes. — *Perpleja pubertad sagrada*: asombrada adolescencia pura. — *La vislumbre*: el primer resplandor. — *Que se abisma en el éter*: que desaparece en el infinito. — *Que su propio rubor sólo recata*: que su propia inocencia solamente defiende. — *Un poder incontrastable*: una fuerza irresistible. — *Que os inyecta en los huesos como un filtro la generosa médula de Esparta*: que os da la fuerza y el heroísmo guerrero.

LA PROSA DEL SEÑOR JOURDAIN

POR MOLIÉRE

Dramaturgo. Francés. Siglo XVII.

EL SEÑOR JOURDAIN. — Me siento atraído por una gran dama, y os pediría que me ayudaseis a escribirle una cartita que deseo enviarle.

EL PROFESOR DE FILOSOFÍA. — Perfectamente.

JOURDAIN. — ¿No es esto lo que se acostumbra entre personas elegantes?

PROFESOR. — Sin duda. ¿Y queréis escribirle en verso?

JOURDAIN. — No, no; nada de versos.

PROFESOR. — ¡Ah!, deseáis hacerlo en prosa.

JOURDAIN. — Tampoco; ni prosa ni verso.

PROFESOR. — Pues hace falta que sea una de esas dos cosas.

JOURDAIN. — ¿Por qué?

PROFESOR. — Por la razón, señor, de que no hay otra manera de expresarse si no es en prosa o en verso.

JOURDAIN. — ¿No hay más que la prosa o el verso?

PROFESOR. — No, señor. Todo lo que no es prosa es verso, y todo lo que no es verso es prosa.

JOURDAIN. — ¿Y cuando se habla, qué es?

PROFESOR. — Es prosa.

JOURDAIN. — ¡Cómo! De modo que cuando yo digo: Nicolasa, tráeme mis pantuflas y mi gorro de dormir, ¿esto es prosa?

PROFESOR. — Sí, señor.

JOURDAIN. — No está mal. Hace más de cuarenta años que hago prosa sin saberlo; os quedo muy agradecido por habérmelo enseñado. Ahora, volvamos a mi cartita; yo

quisiera poner: "Bella marquesa, vuestros bellos ojos me hacen morir de amor". Pero, desearía decirlo de una manera distinguida, dándole un giro bonito.

PROFESOR. — Poned que el fuego de sus ojos reduce vuestro corazón a cenizas; que, día y noche, sufrís por ella.

JOURDAIN. — No, no me gusta eso tan largo; sólo quiero lo que os he dicho: "Bella marquesa, vuestros bellos ojos me hacen morir de amor".

PROFESOR. — Pero es necesario que vuestra carta sea un poco más extensa.

JOURDAIN. — No; os digo que no quiero poner más que estas palabras; aunque, eso sí, ordenándolas elegantemente, como está de moda. Para que yo pueda escoger uno, indicadme los giros que podríais darle a mi prosa.

PROFESOR. — Primero, el mismo que vos empleasteis: "Bella marquesa, vuestros bellos ojos me hacen morir de amor"; o bien: "De amor morir me hacen, bella marquesa, vuestros bellos ojos"; o bien: "Vuestros ojos bellos, de amor me hacen, bella marquesa, morir"; o bien: "Morir vuestros bellos ojos, bella marquesa, de amor me hacen"; o bien: "Me hacen vuestros bellos ojos morir, bella marquesa, de amor".

JOURDAIN. — Y de todas esas maneras, ¿cuál es la mejor?

PROFESOR. — La que habéis dicho: Bella marquesa, vuestros bellos ojos me hacen morir de amor.

JOURDAIN. — Pues a pesar de que nunca he estudiado, esto me ha salido del primer golpe. Mil gracias.

EJ. DE LECTURA: Leer omitiendo el nombre de los personajes a fin de que se los distinga por la voz.

EJ. MNEMOTÉCNICO: Alumnos, designados previamente, interpretarán esta escena.

PALABRAS Y GIROS: *Filosofía*: una ciencia. — *Pantuflas*: chinelas, especie de calzado. — *Dis'inguida*: aristocrática. — *Giro*: ordenación de las palabras.

VIDA DE BEETHOVEN

I.—INFANCIA Y JUVENTUD.

POR ROMAIN ROLLAND

Escritor. Francés. Contemporáneo.

Ludwig van Beethoven nació el 16 de diciembre de 1770, en Bonn, cerca de la ciudad de Colonia, Alemania, en la mísera guardilla de una casa humilde. Su familia era de origen flamenco, esto es, belga; su padre fué un tenor mediocre y borracho, y su madre, casada en segunda nupcias, era hija de un cocinero y viuda de un criado, habiendo sido criada ella también.

La niñez de Beethoven careció de halagos: desde el comienzo, su vida fué una lucha triste y brutal. Su padre, explotando las aptitudes que para la música empezaba a manifestar, quiso exhibirlo como niño prodigio. A los cuatro años lo obligaba a estar horas y horas en el clavicordio, o lo encerraba, con un violín, a trabajar hasta que no podía más.

Poco faltó para que, este padre torpe, le hiciera odiar el arte. ¡Era necesario emplear la fuerza para que Beethoven aprendiese la música!

Su adolescencia no fué más dulce, pues la ensombrecieron las preocupaciones materiales, la necesidad de ganar el pan, las más tempranas exigencias de la vida; a los once años tocaba en la orquesta de un teatro; a los trece era organista. En 1787 perdió a su madre, la madre a quien había hecho objeto de su adoración. "Era tan buena para mí, — ha dejado dicho: — ¡tan digna de ser amada! ¡Fué mi mejor ami-

ga! ¿Quién más feliz que yo, cuando podía pronunciar el dulce nombre, y cuando ella podía escucharlo?" Murió tísica; Beethoven se creyó presa de la misma enfermedad, y, desde entonces, sufrió constantemente, añadiendo a su dolencia una melancolía más cruel que la dolencia misma.

A los diez y siete años tenía ya a su cargo el mantenimiento de la familia y la educación de sus dos hermanos, pues, para evitar que su padre malgastase la pensión que cobraba, sufrió la vergüenza de hacerle declarar, oficialmente, incapaz de gobernar la casa, por borracho.

En medio de sus desventuras, tuvo la suerte de encontrar cariño y apoyo en los Breuning, una familia del mismo Bonn, y a quienes siempre quiso mucho. La gentil "Lorchen", como llamaba a Leonor Breuning, era dos años menor que Beethoven; él le enseñó a ella la música, y ella le inició a él en la poesía. Su amiga de la infancia se casó después con el doctor Wegeler, que fué también gran amigo de Beethoven. Y hasta el último día, no dejó de reinar entre los tres espíritus una inalterable amistad, como lo atestiguan, (celosamente guardadas en la casa-museo de Beethoven, en Bonn), las cartas, dignas y tiernas, de los esposos Wegeler a su viejo amigo fiel, y las del gran músico a su bueno y querido Wegeler; afecto más conmovedor, todavía, cuando la ancianidad llegó para los tres, sin enfriar sus corazones.

PALABRAS Y GIROS: *Misera*: miserable, pobre. — *Guardilla*: habitación contigua al tejado. — *Mediocre*: mediano. — *Segundas nupcias*: por segunda vez. — *Halagos*: comodidades, mimos. — *Explotando*: beneficiándose, sacando utilidad. — *Aptitudes*: cualidades, condiciones naturales. — *Exhibirlo*: mostrarlo. — *Clavicordio*: semejante al piano de cola. — *Adolescencia*: edad que sigue a la niñez. — *Organista*: el que posee el arte de tocar el órgano. — *Dolencia*: enfermedad, mal. — *Melancolía*: pesadumbre, tristeza. — *Desventuras*: desdichas. — *Gentil*: graciosa. — *Le inició*: le hizo conocer. — *Inalterable*: sin cambios.



LUIS VAN BEETHOVEN

Genial compositor alemán, autor de la ópera "Fidelio" y de sonatas y sinfonías admirables. Escribió más de doscientas composiciones. (1770 - 1827).

VIDA DE BEETHOVEN

II.—LA SORDERA Y LA MUERTE.

POR ROMAIN ROLLAND
Escritor. Francés. Contemporáneo.

Aunque su niñez fué tan triste, Beethoven guardó siempre de ella y de los lugares en que se deslizara, un recuerdo enternecido y melancólico. Obligado a dejar su pueblo natal y a pasar casi toda su vida en Viena, jamás olvidó el valle del Rhin ni el vasto río, "nuestro padre, el Rhin", como él lo llama.

En 1796, ya el dolor había llamado a su puerta y lo había esclavizado para siempre. Desde entonces, la sordera fué aumentado sus estragos; los oídos le zumban noche y día; está minado por graves dolores, y aquel precioso sentido se le debilita progresivamente. Durante muchos años no revela a nadie la desdicha que lo aqueja, ni aún a sus más íntimos amigos, y evita toda compañía para que no sea descubierto su terrible secreto; pero, en 1801, cuando ya hacía nueve años que vivía en Viena, no pudo más y, desesperado, se lo confió a su amigo el doctor Wegeler: "Desde hace unos dos años, le escribe, — rehuyo todo trato, porque yo no voy a decir a la gente que soy sordo. Si yo me dedicara a otra cosa, todavía esto podría pasar, pero, siendo músico, mi situación es terrible." Y unas líneas más abajo, agrega: "Te suplico que no digas nada de esto a nadie, ni aun a Lorchen; a ti te lo digo en secreto." Observemos aquí, que toda la grandiosa obra musical de Beethoven está fechada del año

1796 en adelante, es decir, cuando ya estaba sordo.

A fines de noviembre de 1826, enfermó de pleuresía, al regresar a Viena, de un viaje que emprendió, en pleno invierno, con el propósito de asegurar el porvenir de su sobrino Carlos, a quien amaba como a un hijo. Sus amigos estaban lejos y encargó a su sobrino que buscara un médico. El miserable, el ingrato, el indigno sobrino, olvidó el encargo, y no volvió a acordarse hasta dos días después. Acudió tarde el facultativo y, además, equivocó el tratamiento. Sin embargo, la atlética constitución de Beethoven resistió a la enfermedad durante meses. El 3 de enero de 1827, instituyó heredero universal, de sus escasos bienes, al sobrino a quien tanto y tan inmerecidamente quería, y, volviendo su espíritu dolorido hacia sus caros amigos de Bonn, escribió a Wegeler: "¡Cuánto quisiera decirte! Pero estoy tan débil... Unicamente puedo estrecharos, a ti y a tu Lorchen, contra mi corazón".

La miseria hubiera ensombrecido sus últimos momentos a no ser por la generosa ayuda que, en aquellos días, le enviaron algunos admiradores desde Inglaterra.

Sus maneras habíanse suavizado según se iba aproximando su fin. Sobre el lecho en que agonizaba, después de haber soportado tres operaciones y esperando la cuarta, escribe serenamente: "Tengo paciencia y pienso que no hay mal que no nos reporte algún bien".

Murió el 26 de marzo de 1827, durante una tormenta de nieve, en un relámpago. Una mano extraña le cerró los ojos.

PALABRAS Y GIROS: *Melancólico*: triste. — *Vasto*: grande. — *Estragos*: daños. — *No revela*: no descubre, no confía. — *Rehuyo*: evito. — *Pleuresía*: inflamación de la pleura, membrana que cubre los pulmones. — *Facultativo*: médico. — *Atlética*: fuerte. — *Constitución*: su físico. — *Heredero universal*: único. — *Caros*: queridos. — *Una mano extraña*: un desconocido.

EL FRUTO DE LA EXPERIENCIA

I.—LOS OBSTÁCULOS HAY QUE VENCERLOS...

POR CARLOS PELLEGRINI
Estadista. Argentino. Contemporáneo.

Hace más de veinte años que un joven, como vosotros, en toda la plenitud de la esperanza y de la ilusión, se despedía de estas aulas para emprender el camino de la montaña.

La Escuela, nuestra madre intelectual, había provisto el bagaje del estudiante, y, con cariñoso cuidado, puesto en él todo lo que la lección y el consejo pueden dar de útil, para fortalecer el espíritu y salvar las asperezas del camino. Ella lo condujo hasta la puerta de este hogar común; allí, besándole la frente y estrechándole la mano, le indicó la senda, y el estudiante partió. Lleva andado largo camino, ha subido y ha bajado las cuestas de la montaña, ha atravesado valles risueños, sendas ásperas y pasos difíciles, días de luz y horas de tinieblas, ha visto pueblos y gentes diversas, sintió crecer su experiencia, disminuir sus entusiasmos, acumularse surcos sobre su frente y disiparse muchas ilusiones.

Han pasado los años, y hoy vuelve por vez primera al punto de su partida; recuerda los días lejanos, las aulas donde nutrió su espíritu, el maestro y el condiscípulo desaparecidos, y mezcla extraña de gratos recuerdos y profundas tristezas emociona su espíritu.

Permitidle, ya que lo habéis invitado a acompañaros en este acto, que se siente un momento en el viejo y querido hogar, que limpie de su frente el sudor y el polvo de la jor-

nada, y rodeado por los jóvenes que se preparan a emprender idéntico camino, evoque sus recuerdos, y, en íntima y amistosa conversación, les cuente lo que vió y lo que aprendió, y les dé, así, lo único que puede darles para aumentar su bagaje. ¡una parte de su experiencia!

Es necesario, jóvenes amigos, en el camino que vais a recorrer, tener un ideal, un propósito, y adoptarlos desde ahora aprovechando toda la pureza de vuestras almas. Una vida pública que se desenvuelve, si no quiere ser juguete de las acometidas de las pasiones, de los intereses encontrados, debe tener su estrella polar.

Para saber qué camino se ha de seguir, es necesario saber a dónde se quiere llegar. El secreto de la energía y el nervio de todas nuestras acciones consiste en eso, pues, esa firmeza de objetivo, hace imposibles las vacilaciones en los momentos decisivos en que van a fijarse rumbos trascendentales.

Esta persistencia en el propósito, no exige, por el contrario, excluye la intransigencia en los medios. Todos son buenos cuando son eficientes; y pueden ser honradamente empleados, cuando pueden confesarse públicamente, pues sólo la deslealtad, la cobardía o el delito necesitan esconderse. Los obstáculos hay que vencerlos o desviarlos; sólo los viejos se estrellan contra ellos.

PALABRAS Y GIROS: *Plenitud*: totalidad. — *Bagaje*: equipaje. — *Evoque*: haga memoria. — *Estrella polar*: ideal. — *Trascendentales*: de consecuencias. — *Persistencia*: constancia. — *Excluye*: aparta. — *Eficientes*: de resultado.

EL FRUTO DE LA EXPERIENCIA

II.—LA AMISTAD NACIDA EN LAS AULAS.

POR CARLOS PELLEGRINI
Estadista, Argentino, Contemporáneo.

No toméis nunca el aplauso por objetivo ni por guía: él vendrá a su hora si lo merecéis en verdad. Hay otro guía más seguro dentro de vosotros mismos: vuestra conciencia sana; seguidla siempre y, si es necesario, sufrid por ella.

En los momentos supremos o difíciles, concentraos dentro de vosotros mismos, procuraos una idea exacta de vuestro deber, y cumplidlo sin vacilar ante ninguna otra consideración. Procediendo así, vencedores o vencidos, seréis siempre respetados.

La energía y el carácter no consisten en la violencia de la palabra o de la acción. La verdadera energía y el verdadero carácter, son como el valor, tranquilo y moderado, siempre a la altura de las exigencias, sin alardes y sin vacilaciones.

Voy a terminar; pero, antes, permitidme un último consejo. La amistad nacida en la vida común de las aulas, entre niños que compartieron los primeros afanes y las primeras ilusiones, que juntos velaron en las horas dedicadas al estudio y que unidos se lanzaron a las primeras aventuras juveniles, es el vínculo más grande que une a los hombres, es el sentimiento más resistente a las vicisitudes de la vida. A medida que los años avancen, ese sentimiento fraternal os servirá para salvar muchos abismos, suavizar muchas asperezas, y os ofrecerá, aliento y apoyo, en esas horas difíciles en

que el ánimo más firme se siente desfallecer. No permitáis jamás que las pasiones de la vida pública destruyan esas amistades, que no serán reemplazadas: conservadlas como tesoro de vuestra vida íntima, y defendedlas contra la acción destructora de la lucha de ideas, aspiraciones y propósitos antagónicos, que es condición de la vida democrática.

He terminado. Lo que os dejo dicho, no tiene otro mérito que la sinceridad de mi deseo de que veáis colmadas todas las nobles y altas ambiciones, que hoy agitan vuestra alma; vuestro porvenir es el gran anhelo del patriotismo, porque lleváis, en vuestro corazón y en vuestro cerebro, el secreto del porvenir de nuestra patria.

En este día, uno de los más hermosos en la hermosa primavera de vuestra vida, vais a despediros de las aulas y emprender a vuestro turno el camino de la montaña. Lleváis la palabra de estímulo y de aprobación de vuestros maestros; sobre vuestra frente, como bendición divina, el beso de la madre que ve colmados sus afanes; y vuestra mirada se cruza, tal vez, con otra mirada que os penetra y acaricia el alma y os habla en secreto el lenguaje misterioso del corazón. Entonad el himno de todas las alegrías. Adelante, y sed felices. La sociedad y la patria os esperan.

PALABRAS Y GIROS: *Vinculo*: lazo. — *Vicisitudes*: contrariedades, luchas. — *Desfallecer*: desmayar, rendirse. — *Antagónicos*: opuestos. — *Afanes*: anhelos, deseos ansiosos.

DE LOS SENTIMIENTOS.

VAMOS A SEPARARNOS

POR VICENTE ALLENDE

Maestro. Argentino. Contemporáneo.

Niños:

Vamos a separarnos y me invade una emoción de tristeza y de esperanza. Ya no nos reuniremos más en el salón de clase. Otros niños ocuparán nuestros asientos. Vendrán los años y pasarán los años. Pero un día, desde el fondo del tiempo desvanecido, volverán a nuestra memoria los años de la escuela infantil. Con los ojos profundos del recuerdo volveremos a ver esta casa: los patios que cruzamos, corriendo, en el ímpetu armonioso de los juegos; las salas de clase con sus ilustraciones y sus muebles; los cuadernos de deberes donde, en letras, dibujos y cifras, se iban sedimentando las primeras verdades de la ciencia y un espíritu nuevo de justicia y de bien.

Recordaremos, acaso, muchas cosas que creíamos para siempre olvidadas; el ruido de nuestros pasos, en los corredores, cuando llegábamos tarde en las crudas mañanas de invierno; la manga del saco que se volvió blanca de tiza; las travesuras hechas; la fisonomía dulce y suave de las maestras; la voz serena de los profesores; la silueta del director; el aire de una vieja canción; el ritmo alegre de una marcha; el color de las rosas florecidas en el jardín... y, en verdad os digo, que será hermoso este recuerdo porque tendrá la belleza, dulce y grave, que adquieren las cosas que se van esfumando en el tiempo y en la distancia.

Vamos a separarnos y me invade una emoción de tristeza y de esperanza.

La humanidad persigue, a través de las generaciones y de los siglos, un luminoso sueño de justicia y de amor. Trabajan en la realización de ese sueño, impalpable y ardiente, los hombres de todos los climas y los pueblos de todas las razas. Nosotros trabajaremos también en él. En la agricultura, en la ganadería, en la industria, en el comercio, en las ciencias, en las artes, en la política, en la enseñanza acaso, seremos los obreros de ese sueño maravilloso que irradia, como un alba lejana, en la conciencia dolorida de las muchedumbres. Seamos siempre laboriosos, honrados, leales y veraces. Eso es lo que se necesita y eso es lo que se espera de nosotros. Ante nosotros se abren los caminos de la vida. Yo estoy seguro que iremos, por ellos, llevando el corazón como una lámpara encendida. Amémonos los unos a los otros. Seamos buenos, veraces, leales, y fieles a nuestra palabra, tesoneros en el trabajo y generosos con los que sufren.

Ese es mi deseo y esa es mi esperanza.

PALABRAS Y GIROS: *Me invade*: me llena, siento. — *Tiempo desvanecido*: tiempo pasado, lejano, olvidado. — *Impetu*: impulso. — *Sedimentando*: acumulando, reuniendo. — *Ritmo*: compás. — *Esfumando*: borrando. — *Irradia*: ilumina. — *Alba*: aurora. — *Leales*: fieles. — *Veraces*: que dicen la verdad. — *Tesoneros*: tenaces, constantes.

PALABRAS DE DESPEDIDA

POR GERMÁN BERDIALES

Niños:

Nuestra escuela es un barco que, después de una larga, lenta, dura travesía de nueve meses, los del curso escolar, llega hoy con su capitán, sus tripulantes y sus pasajeros, hasta el encantado país de las vacaciones.

El capitán, los tripulantes y los pasajeros, es decir, el director, los maestros y los alumnos, pasaremos tres meses en este delicioso país, tres meses de reposo, nosotros, y tres de holgorio, vosotros, para volver en marzo a ocupar, con renovados ánimos, nuestros respectivos puestos de labor.

Mas no volveremos todos, pues algunos de nuestros pasajeros habránse quedado definitivamente en tierra, o se embarcarán en naves mayores que la nuestra: esos pasajeros, que ya no han de estar con nosotros el año próximo, son los niños que acaban de aprobar el sexto grado...

Ellos no han de volver nunca más a nuestro barco; a lo sumo, nos harán amistosas señales, desde las fábricas y talleres de la costa, los que empiecen a trabajar, y los que sigan estudiando, desde a bordo de esas grandes naves que se llaman Escuela de Comercio, Escuela Naval, Escuela Industrial, Escuela Militar, Escuelas Normales y Colegios Nacionales...

Por eso, hoy, al bajar a tierra, al pisar este maravilloso país de las vacaciones, donde nos toca separarnos de ellos, creo que estos muchachos, discípulos nuestros y compañeros vuestros, han de sentir alguna pena al considerar que están a punto de abandonar el viejo barco en que, muchos de ellos,

pasaron los seis grados de la instrucción primaria, y al que, casi todos, entraron, un día, traídos de la mano por sus madres . . .

Sin embargo, por sagrada que sea su emoción en estos instantes, no ha de aventajar, seguramente, a la que experimentamos nosotros, los maestros que los hemos visto crecer y perfeccionarse día tras día, y año tras año . . .

Al mirarlos reunidos por última vez, sentimos una zozobra parecida a la que nos produce la rotura de un collar de perlas. ¿Cuántas de ellas se perderán?, ¿cuántas disminuirán su brillo?, ¿cuántas serán luego apreciadas en su justo valor? — nos preguntamos mientras las perlas rebotan por el suelo. Como las perlas constituyen un collar, los alumnos de sexto grado constituyen un sistema, una armonía, un conjunto, donde cada uno tiene su sitio y su concepto propios, y, he aquí llegado el momento de que se corte el hilo que mantenía reunidas las perlas, el momento de que todas estas almas vayan a luchar y a abrirse paso por el mundo. Es por eso que, los maestros, nos preguntamos ahora: ¿Cuántas de estas almas serán luego apreciadas justamente?, ¿cuántas verán sus méritos empañados?, ¿cuántas lograrán desarrollar sus aptitudes? . . .

Niños: La escuela os saluda hasta marzo, a los que proseguiréis en ella vuestros estudios, y, a los que ya los habéis terminado, os dice: Hijos, id con Dios.





ÍNDICE

	PÁG.
¡Los cuentos son cuentos! (Carlos Octavio Bunge)	13
Mis padres. (Santiago Ramón y Cajal)	17
En las calles de Londres. (Margarita Abella Caprile)	19
Un gran escritor ruso retratado por su hija. (Amada Dostoiewski)	21
El distraído. (Juan de La Bruyère)	23
El cardenal. (Guillermo Enrique Hudson).	
I.—La fuga	25
II.—La muerte	27
Volando hacia el Polo Norte. (Roald Amundsen)	29
Del diario de una expedición polar. (Juan Charcot)	31
Dos fábulas griegas. (Esopo)	33
Los lechones quemados. (Carlos Lamb).	
I.—El origen del asado	36
II.—El inventor de la parrilla	38
Un episodio histórico. (Víctor Hugo)	41
La vaca muerta. (B. Fernández Moreno)	44
La generosidad de Alejandro. (Plutarco)	46
Carrera de carnos en Antioquía. (Luis Wallace).	
I.—Hacia la meta	48
II.—El triunfo de Bën-Hur	50

	PÁG.
Economía. (Eusebio Blasco)	52
La tortuga gigante. (Horacio Quiroga)	
I.—Había una vez...	54
II.—Esa luz que vez allá...	57
Las arañas del Lago Verde. (Carlos Wagner)	61
Los sordos. (Germán Berdiales)	63
En tiempos de Nerón. (Enrique Sienkiewicz).	
I.—El Hércules ligo	66
II.—El perdón	68
El incendio de Roma. (Enrique Sienkiewicz)	70
Aquel hermoso lodo. (Enrique Lasserre)	72
El incendio. (Edmundo de Amicis).	
I.—Entre el fuego	74
II.—El cabo Robbino	76
Diálogo gaucho. (Estanislao del Campo)	78
El maquinista. (Joaquín Dicenta).	
I.—La vida...	81
II.—La muerte...	83
Solidaridad. (Selma Lagerlof)	85
Descubrimiento de América. (Guillermo Róbertson).	
I.—En viaje	88
II.—¡Tierra!	90
Aventura del Barón de Munchhausen. (Rodolfo Eric Raspe).	92
De "Martín Fierro". (José Hernández).	
I.—Consejos de Martín Fierro	94
II.—Consejos de Martín Fierro	97
El asador. (Pedro Inchauspe)	101
Los jardines del Japón. (Enrique Gómez Carrillo).	
I.—Pequeñez aparente y real grandeza	103
II.—Símbolos y evocaciones	105
Esplendor y desgracia de la última reina de Francia. (Luis Adolfo Thiers).	
I.—Compadezcámosla	107
II.—Acerquémonos a juzgarla	109
Tres momentos de la vida de Napoleón. (Emil Ludwig).	
I.—La muerte del mariscal Duroc	111
II.—El adiós a la vieja Guardia	114
III.—Napoleón en Santa Elena	116

El hijo de don Ignacio. (Manuel Linares Rivas)	119
Los tartamudos que ya no tartamudean. (Ernesto Legouvé).	122
Polifemo. (Armando Palacio Valdés).	
I.—Anverso	124
II.—Reverso	126
La gran semana de Mayo de 1810. (Vicente Fidel López).	
I.—He aquí otra época	129
II.—La borrasca está encima	132
III.—La noche del 25	134
El 25 de Mayo de 1810. (Germán Berdiales)	137
El himno del payador. (Rafael Obligado)	139
La muerte del general Belgrano. (Bartolomé Mitre)	143
El equívoco. (José Francisco de Isla)	147
El titiritero y el lugareño. (José Francisco de Isla)	149
La aventura del rebusno. (Miguel de Cervantes)	151
La caña hueca. (Miguel de Cervantes)	155
La primera edición del "Quijote" (Dionisio Pérez)	157
Las hormigas soldados. (F. W. Up. de Graff)	159
De "Martín Fierro". (José Hernández).	
I.—Consejos del Viejo Vizcacha	161
II.—Consejos del Viejo Vizcacha	164
III.—Velorio del Viejo Vizcacha	166
IV.—La cueva del Viejo Vizcacha	169
Retrato de San Martín. (Benjamín Vicuña Makenna)	173
San Martín lejos de la patria. (Benjamín Vicuña Makenna).	
I.—Sus costumbres	175
II.—Su guardarropa y su habitación	177
San Martín ve por última vez la tierra natal. (Carlos Ibar- guren)	179
Fusilamiento de Dorrego. (Carlos Ibarguren)	181
El genio alegre. (Serafin y Joaquín Alvarez Quintero)	183
El ejemplo de Edison. (Henry Ford).	186
Las golondrinas. (Juan Enrique Fabre).	
I.—El vuelo y el nido	189
II.—La inteligencia	191
La fragata "Sarmiento". (Germán Berdiales)	193
El plato de madera. (Jacinto Benavente)	196
Hay una patria americana. (Nicolás Avellaneda)	199

El potrillo roano. (Benito Lynch).	
I.—La dicha de Mario	201
II.—¿Qué has hecho, "Nene"?	203
Los baguales. (Justo P. Sáenz, hijo)	206
La paloma de la puñalada. (Ernesto Morales)	208
El silbido del patrón. (Benito Lynch)	211
La noche de Ituzaingó. (Ernesto Quesada)	214
El automóvil. (Enrique Kistemaeckers)	216
El matadero en la época de Rosas. (Esteban Echeverría).	
I.—La patrona	219
II.—Durante la faena	221
La madre de Rosas. (Lucio V. Mansilla)	224
Retrato moral de Rosas. (Domingo Faustino Sarmiento)	227
Santos Pérez, el ejecutor de Quiroga. (Ramón J. Cárcano).	
I.—Nadie se mueva	230
II.—El hombre de palabra	232
El niño estrella. (Germán Berdiales)	234
El dormitorio. (Ernesto Legouvé)	237
Recuerdos de mi niñez. (Juan Jacobo Rousseau)	239
El mercader de Venecia. (Guillermo Shakespeare).	
I.—El judío	241
II.—La sentencia	244
Cuasimodo, el jorobado de Nuestra Señora de París. (Víctor Hugo)	246
La escena del cántaro. (Alfonso Daudet)	248
Viajando por España. (Fermín Estrella Gutiérrez)	250
En las calles de Madrid. (Wenceslao Fernández Flórez).	252
Lecochandegui el jovial. (Pío Baroja)	254
El león del Circo. (Santiago Rusiñol)	256
Un humorista contra un cascarrabias. (Serafín y Joaquín Álvarez Quintero)	258
Santa Isabel. (Amado Nervo)	260
Tres capítulos de "Platero y yo". (Juan Ramón Jiménez)	262
La superficie solar. (Camilo Flammarión)	265
Manelich, el pastor. (Angel Guimerá)	268

¡La langosta! ¡La langosta! (Alfonso Daudet).	
I.—El siroco	271
II.—Devastación	273
Explorando las selvas africanas. (Boyd Alexander)	276
Los gigantes inútiles. (Mauricio Maeterlink)	278
Elogio de Ameghino. (Leopoldo Lugones).	
I.—El taller del sabio	281
II.—Ni el don de la ternura le faltaba.	283
Los antecesores del hombre. (Florentino Ameghino).	285
En el estrecho de Magallanes. (Concha Espina)	288
Mis montañas. (Joaquín V. González).	
I.—El día y la noche	291
II.—La noche y el día	293
El cóndor. (Joaquín V. González).	
I.—La comida	295
II.—La caza	297
Las cataratas del Iguazú. (Manuel Bernárdez).	
I.—La selva	299
II.—El agua	301
El verbo soberano de Sarmiento. (Paul Groussac).	305
Ultimos días de Sarmiento. (Alberto Palcos)	307
Los centinelas del mar. (Jorge Todouze)	309
¡Virgen del Mar, adelante! (José María Pereda).	
I.—¡Que se cumpla la voluntad de Dios!	311
II.—¡Jesús, y adentro!	313
La sombra de la patria.—Almafuerte (Pedro B. Palacios).	316
La prosa del señor Jourdain. (Moliére)	319
Vida de Beethoven. (Romain Rolland).	
I.—Infancia y juventud	321
II.—La sordera y la muerte	324
El fruto de la experiencia. (Carlos Pellegrini).	
I.—Los obstáculos hay que vencerlos	326
II.—La amistad nacida en las aulas	328
Vamos a separarnos. (Vicente Allende)	330
Palabras de despedida. (Germán Berdiales).	332

NOTA.—Las lecciones agrupadas forman conjuntos orgánicos.

ÍNDICE POR MATERIAS

I. — DE LOS SENTIMIENTOS.

	PÁG.
El cardenal. (Guillermo Enrique Hudson).	
I.—La fuga	25
II.—La muerte	27
Del diario de una expedición polar. (Juan Charcot)	31
La vaca muerta. (B. Fernández Moreno)	44
Aquel hermoso lodo. (Enrique Lasserre)	72
Solidaridad. (Selma Lagerlof)	85
De "Martín Fierro". (José Hernández).	
I.—Consejos de Martín Fierro	94
II.—Consejos de Martín Fierro	97
Polifemo. (Armando Palacio Valdés).	
I.—Anverso	124
II.—Reverso	126
El plato de madera. (Jacinto Benavente)	196
El potrillo roano. (Benito Lynch).	
I.—La dicha de Mario	201
II.—¿Qué has hecho, "Nene"?	203
El niño estrella. (Germán Berdiales).	234
El dormitorio. (Ernesto Legouvé)	237
Tres capítulos de "Platero y yo". (Juan Ramón Jiménez)	262
El fruto de la experiencia. (Carlos Pellegrini).	
I.—Los obstáculos hay que vencerlos	326
II.—La amistad nacida en las aulas	328
Vamos a separarnos. (Vicente Allende)	330
Palabras de despedida. (Germán Berdiales)	332

II. — DE LOS CARACTERES.

Mis padres. (Santiago Ramón y Cajal)	17
Un gran escritor ruso retratado por su hija. (Amada Dostoiéwski)	21
El distraído. (Juan de La Bruyére)	23
Las arañas del Lago Verde. (Carlos Wagner)	61

El hijo de don Ignacio. (Manuel Linares Rivas)	119
De "Martín Fierro". (José Hernández).	
I.—Consejos del Viejo Vizcacha	161
II.—Consejos del Viejo Vizcacha	164
III.—Velorio del Viejo Vizcacha	166
IV.—La cueva del Viejo Vizcacha	169
El genio alegre. (Serafín y Joaquín Álvarez Quintero)	183
El ejemplo de Edison. (Henry Ford)	186
El silbido del patrón. (Benito Lynch)	211
Santos Pérez, el ejecutor de Quiroga. (Ramón J. Cárcano).	
I.—Nadie se mueva	230
II.—El hombre de palabra	232
Recuerdos de mi niñez. (Juan Jacobo Rousseau)	239
El mercader de Venecia. (Guillermo Shakespeare).	
I.—El judío	241
II.—La sentencia	244
Cuasimodo, el jorobado de Nuestra Señora de París. (Victor Hugo)	246
Santa Isabel. (Amado Nervo)	260
Manelich, el pastor. (Angel Guimerá)	268
Elogio de Ameghino. (Leopoldo Lugones).	
I.—El taller del sabio	281
II.—Ni el don de la ternura le faltaba	283
Vida de Beethoven. (Romain Rolland).	
I.—Infancia y juventud	321
II.—La sordera y la muerte	321

III.—DEL HEROÍSMO.

Un episodio histórico. (Victor Hugo).	41
La tortuga gigante. (Horacio Quiroga).	
I.—Había una vez...	54
II.—Esa luz que ves allá...	57
El incendio. (Edmundo de Amicis).	
I.—Entre el fuego	74
II.—El cabo Robbino	76
El maquinista. (Joaquín Dicenta).	
I.—La vida...	81
II.—La muerte...	83
Los centinelas del mar. (Jorge Todouze)	309
¡Virgen del Mar, adelante! (José María Pereda).	
I.—¡Que se cumpla la voluntad de Dios!	311
II.—¡Jesús, y adentro!	313

IV.—DE LA HISTORIA.

La generosidad de Alejandro. (Plutarco)	46
Carrera de carros en Antioquía. (Luis Wallace).	
I.—Hacia la meta	48
II.—El triunfo de Ben-Hur	50
En tiempos de Nerón. (Enrique Sienkiewicz).	
I.—El Hércules ligio	66
II.—El perdón	68

El incendio de Roma. (Enrique Sienkiewicz)	70
El descubrimiento de América. (Guillermo Róbertson).	
I.—En viaje	88
II.—¡Tierra!	90
Esplendor y desgracia de la última reina de Francia. (Luís Adolfo Thiers).	
I.—Compadezcámosla	107
II.—Acerquémonos a juzgarla	109
Tres momentos de la vida de Napoleón. (Emil Ludwig).	
I.—La muerte del mariscal Duroc	111
II.—El adiós a la vieja Guardia	114
III.—Napoleón en Santa Elena	116
La gran semana de Mayo. (Vicente Fidel López).	
I.—He aquí otra época	129
II.—La borrasca está encima	132
III.—La noche del 25	134
El 25 de Mayo de 1810. (Germán Berdiales)	137
El himno del payador. (Rafael Obligado)	139
La muerte del general Belgrano. (Bartolomé Mitre)	143
La primera edición del "Quijote". (Dionisio Pérez)	157
Retrato de San Martín. (Benjamín Vicuña Makenna)	173
San Martín lejos de la patria. (Benjamín Vicuña Makenna).	
I.—Sus costumbres	175
II.—Su guardarropa y su habitación	177
San Martín ve por última vez la tierra natal. (Carlos Ibar-guren)	179
Fusilamiento de Dorrego. (Carlos Ibarguren)	181
La fragata "Sarmiento". (Germán Berdiales)	193
Hay una patria americana. (Nicolás Avellaneda)	199
La noche de Ituzaingó. (Ernesto Quesada)	214
El matadero en la época de Rosas. (Esteban Echeverría).	
I.—La patrona	219
II.—Durante la facna	221
La madre de Rosas. (Lucío V. Mansilla)	224
Retrato moral de Rosas. (Domingo Faustino Sarmiento)	227
El verbo soberano de Sarmiento. (Paul Groussac)	305
Ultimos días de Sarmiento. (Alberto Palcos)	307
La sombra de la patria.—Almafuerte (Pedro B. Palacios).	316

V.—DE LA GEOGRAFÍA.

En las calles de Londres. (Margarita Abella Caprile)	19
Volando hacia el Polo Norte. (Roald Amundsen)	29
Los jardines del Japón. (Enrique Gómez Carrillo).	
I.—Pequeñez aparente y real grandeza	103
II.—Símbolos y evocaciones	105
Viajando por España. (Fermín Estrella Gutiérrez)	250
Explorando las selvas africanas. (Boy Alexander)	276
En el Estrecho de Magallanes. (Concha Espina)	288
Mis montañas. (Joaquín V. González).	
I.—El día y la noche	291
II.—La noche y el día	293

Las cataratas del Iguazú. (Manuel Bernárdez).	
I.—La selva	299
II.—El agua	301

VI.—DE LOS ANIMALES.

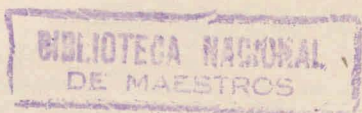
Las hormigas soldados. (F. W. Up. de Graff)	159
Las golondrinas. (Juan Enrique Fabre)	
I.—El vuelo y el nido	189
II.—La inteligencia	191
Los baguales. (Justo P. Sáenz, hijo)	206
La paloma de la puñalada. (Ernesto Morales)	208
¡La langosta! ¡La langosta! (Alfonso Daudet).	
I.—El siroco	271
II.—Devastación	273
Los gigantes inútiles. (Mauricio Maeterlink)	278
El cóndor. (Joaquín V. González).	
I.—La comida	295
II.—La caza	297

VII.—DE LAS TEORÍAS CIENTÍFICAS.

La superficie solar. (Camilo Flammarión)	265
Los antecesores del hombre. (Florentino Ameghino)	285

VIII.—DEL HUMORISMO.

¡Los cuentos son cuentos! (Carlos Octavio Bunge)	13
Dos fábulas griegas. (Esopo)	33
Los lechones quemados. (Carlos Lamb).	
I.—El origen del asado	36
II.—El inventor de la parrilla	38
Economía. (Eusebio Blasco)	52
Los sordos. (Germán Berdiales)	63
Diálogo gaucho. (Estanislao del Campo)	78
Aventura del Barón de Munchhausen. Rodolfo Eric Raspe)	92
El asador. (Pedro Inchauspe)	101
Los tartamudos que ya no tartamudean. (Ernesto Legouvé).	122
El equívoco. (José Francisco de Isla)	147
El titiritero y el lugareño. (José Francisco de Isla)	148
La aventura del rebuzno. (Miguel de Cervantes)	151
La caña hueca. (Miguel de Cervantes)	155
El automóvil. (Enrique Kistmaeckers).	216
La escena del cántaro. (Alfonso Daudet)	248
En las calles de Madrid. (Wenceslao Fernández Flórez)	252
Lecochandegui el jovial. (Pío Baroja)	254
El león del circo. (Santiago Rusiñol)	256
Un humorista contra un cascarrabias. (Serafín y Joaquín Alvarez Quintero)	258
La prosa del señor Jourdain. (Molière)	319



ÍNDICE DE LECTURAS EN VERSO

DE LOS SENTIMIENTOS.

	PÁG.
La vaca muerta. (B. Fernández Moreno)	44
De "Martín Fierro". (José Hernández).	
I.—Consejos de Martín Fierro	94
II.—Consejos de Martín Fierro	97
El niño estrella. (Germán Berdiales)	234

DE LOS CARACTERES.

De "Martín Fierro". (José Hernández).	
I.—Consejos del Viejo Vizcacha	161
II.—Consejos del Viejo Vizcacha	164
III.—Velorio del Viejo Vizcacha	166
IV.—La cueva del Viejo Vizcacha	169

DE LA HISTORIA.

El 25 de Mayo de 1810. (Germán Berdiales)	137
El himno del payador. (Rafael Obligado)	139
La fragata "Sarmiento". (Germán Berdiales)	193
La sombra de la patria.—Almafuerte (Pedro B. Palacios)	316

DEL HUMORISMO.

Diálogo gaucho. (Estanislao del Campo)	78
--------------------------------------------------	----

ÍNDICE DE LECTURAS DIALOGADAS

DE LOS SENTIMIENTOS.

	PÁG.
Solidaridad. (Selma Lagerlof)	85
El plato de madera. (Jacinto Benavente)	196
El niño Estrella. (Germán Berdiales)	234

DE LOS CARACTERES.

El hijo de don Ignacio. (Manuel Linares Rivas)	119
El genio alegre. (Serafín y Joaquín Alvarez Quintero)	183
El mercader de Venecia. (Guillermo Shakespeare).	
I.—El judío	241
II.—La sentencia	244
Manelich, el pastor. (Angel Guimerá)	268

DEL HUMORISMO

Economía. (Eusebio Blasco)	52
Los sordos. (Germán Berdiales)	63
Un humorista contra un cascarrabias. (Serafín y Joaquín Alvarez Quintero)	258
La prosa del señor Jourdain. (Molière)	319



ÍNDICE DE OBRAS RECOMENDADAS

- ABELLA CAPRILE, Margarita: "Nieve".
- ALMAFUERTE (Pedro B. Palacios): Obras completas.
- AMICIS, Edmundo de: "Corazón" (Diario de un niño).
- BENAVENTE, Jacinto: "Abuela y nieta".
"El Príncipe que todo lo aprendió en los libros".
"De cerca".
"Ganarse la vida".
"Un par de botas".
"El nietecito".
"Por qué se dejó Juan de la bebida".
- CAMPO, Estanislao del: "Fausto" (Impresiones del gaucho Anastasio el Pollo).
- CERVANTES, Miguel de: "El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha".
- DAUDET, Alfonso: "Poquita cosa".
"Tartarín de Tarascón".
- DAIREAUX, Godofredo: Obras completas.
- ENSEÑAT, Juan B.: "Napoleón II, L'aiglon".
- CHEVERRÍA, Esteban: "La Cautiva".
- ESOPO: Obras completas.
- FABRE, Juan Enrique: "El libro de cuentos de la ciencia".
- FERNÁNDEZ MORENO, Baldomero: "Campo argentino".
"Aldea española".
- FLAMMARIÓN, Camilo: Obras completas.
- FORD, Henry: "Edison tal como yo lo he conocido".
- GÓMEZ CARRILLO, Enrique: "Por tierras lejanas".
- GONZÁLEZ, Joaquín V.: "Cuentos".
"Fábulas nativas".
"Mis montañas".
- HARTZENBUSCH, Juan Eugenio: "Fábulas".
- HERNÁNDEZ, José: "Martín Fierro". Edic. correg. y anot. por Santiago M. Lugones.
- HUGO, Víctor: "Poesías".
"Bug-Jargall".

- IRIARTE, Juan de: "Fábulas literarias".
- JIMÉNEZ, Juan Ramón: "Platero y yo".
- LA FONTAINE, Juan de: "Fábulas".
- LAGERLOF, Selma: "El maravilloso viaje de Nils Holgersson a través de Suecia".
"Leyendas de Cristo".
- LEGOUVÉ, Ernesto: "En el arte de la lectura".
- LESSING, G. E.: "Fábulas".
- LÓPEZ, Vicente Fidel: "La gran semana de Mayo de 1810".
"La gran aldea".
- LUGONES, Leopoldo: "Elogio de Ameghino".
"Odas seculares".
"La Grande Argentina".
- LYNCH, Benito: "De los campos porteños".
- MAETERLINK, Mauricio: "El pájaro azul".
"La vida de las abejas".
- MARASSO, Arturó: "La creación poética". (Cap. "Joaquín V. González".— I, II, III).
- MITRE, Bartolomé: Obras completas.
- MORALES, Ernesto: "Leyendas guaraníes".
- OBLIGADO, Rafael: "Poesías".
"Santos Vega".
- PALCOS, Alberto: "Sarmiento".
- QUIROGA, Horacio: "Cuentos de la selva".
- RAMÓN Y CAJAL, Santiago: "La infancia de Ramón y Cajal contada por él mismo".
- RASPE, Rodolfo Eric: "Aventuras del Barón de Munchhausen".
- SÁENZ (h.), Justo P.: "Pasto puna".
"Baguales".
- SAMANIEGO, Félix María: "Fábulas en verso castellano".
- SARMIENTO, Domingo F.: "Recuerdos de provincia".
"Facundo o civilización y barbarie".
"Vida de Domínguito".
- SIENKIEWICZ, Enrique: "¿Quo vadis?".
- WALLACE, Luis: "Ben-Hur".

